

Seix Barral

Ernesto Carriøn

Ulises y los juguetes rotos


Seix Barral Biblioteca Breve

Ernesto Carrion

Ulises y los juguetes rotos

© Ernesto Carriøn, 2022
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): febrero de 2022
ISBN 13: 978-628-00-0030-5
ISBN 10: 628-00-0029-X

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

CAPÍTULOS

RELATOS

a la memoria de Ulises Juárez Polanco

La poesía de las primeras décadas del siglo XXI será una poesía híbrida, como ya lo está siendo la narrativa. Posiblemente nos encaminamos, con una lentitud espantosa, hacia nuevos temblores formales. En ese futuro incierto nuestros hijos contemplarán el encuentro sobre una mesa de operaciones del poeta que duerme en una silla con el pájaro negro del desierto, aquel que se alimenta de los parásitos de los camellos.

ROBERTO BOLAÑO

Le dije que sufriría muchas calamidades, que perdería a todos sus compañeros y que volvería a casa a los veinte años desconocido de todos. Y ya se está cumpliendo todo.

HOMERO

Ah, no crees que estamos en vísperas de la destrucción.

BARRY MCGUIRE

—*¡Construcción! ¡Construcción!*

—¿Perdón?

—*No, señor, usted no puede empezar así. Comience, por favor, con la descripción de un cielo. O de un bosque, si así lo prefiere.*

—No entiendo.

—*Que para empezar, usted debe hacerlo mucho mejor. Debe empezar por el inicio. ¡Construcción! ¡Construcción!*

—Pero, yo apenas sé que si...

—*Usted no sabe nada, no se trata de saber. Ahora, empiece, por favor.*

—¿Dígame?

—*Que arranque.*

—¿Que arranque?

—*¿Qué cuál le parece a usted un buen arranque?*

—Pero ¿cuándo?

—*Quiso decir, pero, ¿cómo?*

—Eso mismo, no lo sé.

—*Señor, vamos, formule un personaje.*

—¿Un personaje? ¿Puedo hacer eso?

—*Claro que sí. Mentalícelo. O, por último, describa a alguien real. Describa a su madre, por ejemplo.*

—A mi madre... Creo que podría hacerlo. Sí. Pero, mi madre, ¿cómo era? ¿Sabe usted si tengo una?

—*¡Qué desastre! Claro que sí: todos tenemos una. Real o imaginaria. Cálmese y empiece de cero. Mire el papel en blanco. Vamos, señor, pesque algún personaje. ¡Construcción! ¡Construcción!*

—Y eso… ¿cómo se hace? Usted pretende que yo lance una caña imaginaria y pesque a este personaje, pero, ¿dónde? ¿En un río de muertos dentro de mi mente?

—*Esa es una bonita metáfora, señor. Empiece por allí. ¡Construcción! ¡Construcción!*

—¿Pero a quién pesco?

—*Pesque, por ejemplo, a su madre.*

—Ya le dije que no sé si tengo una.

—*Invéntela. Mucho mejor.*

—Pero si la invento, ¿no debería basarme en el modelo original?

—*Eso no es importante. Lo importante es vaciar algo aquí mismo, en este perímetro. Además, ¿qué es lo original? ¿Usted lo sabe? Porque eso, hasta donde nosotros sabemos, no existe. Algo se parece a algo que a su vez se parece a algo que alguien más ya inventó. Y así vamos tirando.*

—¿Tirando? Yo quiero hacer lo que usted me dice: empezar, vaciarme. Pero no sé de qué.

—*Imagine, entonces.*

—¿Que imagine? Bueno. ¿Y cierro así los ojos?

—*Ciérrelos si gusta, señor. O ábralos hasta más no poder. Pero imagine, por favor. ¡Construcción! ¡Construcción!*

—Espere un segundo. Eso de imaginar no es tan fácil, porque si empiezo a imaginar, supongamos, a un perro negro y lanudo sobre un prado en llamas, luego no sé dónde terminaríamos ese perro y yo.

—*Ese es exactamente el inicio, caballero.*

—¿El de un perro negro y lanudo sobre un prado en llamas?

—*Sí.*

—Bueno, entonces sí puedo hacerlo. Aunque debo advertirle que si hay un prado en llamas, más adelante seguramente aparecerá algún pirómano. Y, quizás, bajando la colina, uno o dos muertos. Incluso, se lo advierto, puedo matar a toda una familia.

—*Hágalo si lo siente correcto. Estamos listos. ¡Construcción! ¡Construcción!*

—¿En serio? ¿No le importa si mato a una familia entera, aunque sea sólo por ver cómo se pasea un gran perro negro y lanudo sobre un prado en llamas?

—*Claro que no, señor. ¿Si no, de qué cree usted que se trata esto de la literatura?*

PRIMERA PARTE

MÉXICO NO ES ÍTACA

Nuestros hijos fueron entonces un apodo rompiéndose entre los roqueríos.

RAÚL ZURITA

I

Ulises aún desconoce que hay dos tipos de escritores en el mundo: los que se traicionan a sí mismos y por eso escriben, los que traicionan a los otros y por eso escriben. Asistió a tertulias y mesas literarias por donde merodeó tímidamente cuando la curiosidad por escribir fue creciendo dentro de él. Hizo amistad con un poeta de su ciudad, quien le animó a publicar sus primeros cuentos en una editorial que ambos fundaron. Y realizó algunas visitas al domicilio de un afamado novelista, también de su ciudad, que fue quien le otorgó una carta de apoyo para la beca que acaba de ganarse.

Esta será su primera vez en la Ciudad de México. Hasta cierto punto le preocupa su inexperiencia. Entre los cuarenta ganadores hay pintores, escultores, músicos, cineastas, fotógrafos, bailarinas, artistas visuales, escritores y poetas.

Repara en el hecho de que comprende menos aún el mundo de los poetas: los excesos, el desenfreno, la zambullida en la depresión o la idea del suicidio, por ejemplo, le han parecido siempre detalles extraños. ¿Qué es eso de matarse para legitimar una obra? Jamás ha pensado en un artista como alguien que debe escarbar en pilas de cadáveres para encenderse. O como alguien que debe abrirse la piel para que brote, precisamente de su herida, oraciones en lugar de sangre. Sabe que un escritor no es un abogado. Sabe que es un sujeto con una sensibilidad distinta. Pero tampoco es un elegido por la divinidad. La escritura es un oficio como cualquier otro. No es tan sorprendente que cualquiera escriba un libro. Hay delincuentes y expresidentes que han lanzado libros. Hay banqueros que publican sus memorias. Y hay actores que son poetas irregulares. El valor debe venir por otro lado. Quizás, por el lado de los lectores.

Ahora toma asiento en el avión y tose. Apega su dedo índice en la ventanilla para dejar una huella extraña que dure milésimas de segundos. Una huella que es una despedida que nadie más que él comprende de este modo.

De repente se siente orgulloso por haber sido uno de los pocos elegidos para la beca. Apenas ocho cupos se entregaron a escritores. Y esas plazas fueron peleadas por más de cuatrocientos autores de veinte países. Ulises había publicado unos cuentos unos meses antes. Sin embargo, aquel hecho le dio el brío necesario para abandonar las leyes por la escritura. Y a pesar de los problemas con su familia, apenas leyó sobre la beca organizada por El Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), en un correo electrónico que

aún no sabe cómo llegó a su email, preparó tres de sus mejores historias. Luego corrió donde el afamado novelista de su ciudad para solicitarle una carta de apoyo. No esperó ganar. Pero tampoco esperó perder. Se quedó en ese plácido limbo donde las posibilidades van creciendo como hiedras hacia el espacio. Entonces, tres meses después, llegó un correo anunciándole que había ganado. Y el yo escritor miró al yo abogado frente al espejo. El uno resbalaba frente al otro gradualmente. El uno discutía con el otro sobre las diferencias de las dos versiones de vida que le ofrecían. Y luego de liberar una larga carcajada, y de decirle a la imagen frente a él «ahora sí lo hicimos, cagado, miráme bien que nadie nos para», decidió dejar al yo abogado, allí, encerrado para siempre. Del otro lado de un espejo que apretaba ese pasado sin cortesías.

«Aclaremos lo siguiente: yo no estoy viajando a México para dar con un padre perdido. Tampoco para fundar la última literatura latinoamericana.» Razona así, importándole poco el zangoloteo de la nave, licuando en una misma línea a Bolaño con Rulfo. *Pedro Páramo* y *Los detectives salvajes* quedan revueltos y asesinados por su insolencia, sometidos a su interpretación fanática. Porque así muere todo buen arte: reciclado por un majadero. La verdad, sigue internándose por la línea blanca de su pensamiento, «yo no estoy viajando para contribuir con ninguna forma que está de moda en la actualidad. No tengo amigos con los que hacer alguna de esas maniobras. Ni ganas de comprender ese país rojo, verde y blanco, que mantiene la unión del sur y el norte con uñas y dientes. Y con el tráfico de millones de gentes y sueños. A duras penas entiendo lo que sucede en el mío, donde la guerra es un fantasma que amenaza cada semana en reaparecer, como para ponerme de fino sociólogo de otras causas. Yo estoy viajando a México para dedicarle cuatro meses de mi vida a la construcción de un libro sobre árboles comunes. Para mejorar, tener hambre, y empezar a masticar otros relatos. Estoy yendo hacia allá para sudar la literatura hasta desaparecer la espantosa realidad de mi antiguo yo: un abogado penalista del estudio jurídico más lleno de seres insensibles e hijos de puta que se hayan formado en los años republicanos que lleva mi paisito. Yo estoy viajando a México para probarme a mí mismo que la literatura es todo lo que puedo ofrecerme.»

Cuando termina esa idea, Ulises se retira rápidamente los anteojos, ovales y sin molduras, y cierra los ojos mientras el avión hace un aterrizaje delicado en el aeropuerto de la Ciudad de México. En dos segundos la alergia que padece desde niño le provoca una picazón en la nuca. Se rasca. Tose de nuevo. Dobla con ambas manos el cuello de su chaqueta para cubrirse esa región que pasa afectada por los

constantes ataques de las esporas de polvo, los vientos muy helados, las frituras y todas las comidas con preservantes. Aquella zona está habitada por claras y largas estrías que apenas disimula con su cabello negro y rizado.

No debió probar el maní.

Cuando se levanta del asiento, cuida de no golpearse contra el techo; su estatura lo hace siempre partícipe de una necesidad extra: vigilar marcos de puertas y techos para no chocar con ellos. Aunque no es un gigante, su tamaño es una de sus características más visibles. Así como el grosor y color pardusco de su piel. Una piel que por temporadas se torna más clara en las regiones donde se empieza a desgajar por culpa de la alergia.

No conoce a ninguno de los otros escritores con los que compartirá los próximos meses en la ciudad de Veracruz. Porque aunque la beca se organizó desde la Ciudad de México, el FONCA había ideado una curiosa distribución de los becarios por ciudades de todo el país. Involucrando así al programa con algunas casas de artistas y centros culturales importantes.

De aquel modo, los artistas de Artes Visuales y Diseño debían establecerse en San Agustín Etla, Oaxaca, para trabajar en el CaSa del maestro Toledo. Los músicos y dramaturgos tendrían su residencia en el Centro de las Artes de San Luis Potosí. Las bailarinas y los escritores lo harían en Veracruz, una ciudad porteña, para colaborar desde el Centro Veracruzano de las Artes "Hugo Argüelles". Y los artistas de Medios Audiovisuales tendrían que desarrollar sus proyectos en el Centro Multimedia del CENART de la Ciudad de México. Precisamente donde acaba de aterrizar el avión de Ulises, quien ahora imagina que alguna gente lo espera con los brazos abiertos en la puerta de Arribos Internacionales.

La tibieza del espacio de aquel aeropuerto absorbiendo una gran cantidad de luz por sus ventanales sacude su cabeza, embotada aún en el sueño que había tenido la noche previa al viaje: un auto Chevrolet Impala derrapaba a toda velocidad por un desierto mexicano hundiéndose y levantando una cortina de polvo. Piensa que aquel sueño no es otra cosa que el futuro advirtiéndole todo lo que le falta por escribir.

Apenas avanza con su enorme equipaje negro de polipropileno (viaja con más de lo necesario, desde medicinas hasta un cúmulo de libros por releer). Atisba la presencia de un joven pálido, rubio y delgado, de cabello relamido y mirada triste, que sostiene un cartelito con su nombre.

—Hola, soy Uli…—la interrupción se produce como la respuesta espontánea de una mente que conoce a su interlocutor.

—Eres Ulises. Lo sé. Yo soy Roberto García, quien te ha estado

escribiendo y solicitando documentación por correo.

—Ah, Roberto del FONCA. No imaginé que vos vendrías a recogerme. ¡Tanto gusto! —le estrecha la mano con emoción. Algo que obliga a Roberto a una reciprocidad automática. Es tan joven que a Ulises se le hace raro que aquel muchacho de mirada apagada se encuentre al frente de un proyecto de esta envergadura.

—Mira, Ulises, qué pena, pero debemos esperar unos minutos porque está por salir otro de los escritores. Así aprovechamos el transporte para llevarlos a ambos al hotel. Pero su avión aterrizó hace unos minutos; así que no será mucho tiempo.

—No te preocupés que mi vuelo fue corto. ¿Y cómo se llama el escritor al que estás esperando?

—Es el poeta ecuatoriano Río Carcelén.

Río Carcelén camina totalmente trasnochado por el aeropuerto, arrastrando el bulto de su maleta como un zombi. Tiene el cabello zambo y elevado como si hubiese recibido alguna descarga eléctrica. Es un negro que debe de estar por sus treintas, barbudo, escuálido y de caderas afiladas, que lleva un largo y barroco tatuaje multicolor en su brazo izquierdo. Cuando se aproxima a ellos, Ulises no puede mirarlo a los ojos: unas enormes gafas cuadradas lo protegen del sol mañanero.

Roberto García, el joven funcionario del FONCA, le da la mano al poeta con una mínima sonrisa de bienvenida.

—Río Carcelén, ¿cierto?

—Simón —contesta el ecuatoriano, y le entrega su maleta al segundo—. ¿Sabes dónde puedo comprarme una biela? Ando chuchaqui.

—¿Chuchaqui?

—Sí, bróder. Chuchaqui o con la goma o como ustedes le digan aquí a la resaca. Y una cerveza es lo que necesito para resucitar. Demasiada huevadilla me metí anoche —y, habiendo dicho esto, se restriega la punta de su nariz con el índice y el pulgar de la mano derecha.

Ulises se queda mirando al poeta y rápidamente se le parece a esos encomiables engendros literarios que pululan por Latinoamérica imitando a Bukowski.

—Hola, me llamo Ulises. Soy un autor nicaragüense.

—Qué tal, bróder. ¿Tú quieres una biela? Pilas, que invito yo… ¡pero con el guiso de estos batos, claro!

—No, gracias, Río. Yo quiero desayunar. Sabés algo, la bebida a mí me causa alergia.

—¿Alergia al trago? ¡Verga, mejor que te lleve dios entonces!

¡Ábrete que puede ser contagioso!

El joven funcionario, quien luce fatigado por la tarea de recoger artistas desde la madrugada, se ve en la necesidad de interrumpirlos. El sitio sigue llenándose de gente. Los mensajes de los altavoces producen una constante estridencia que desorienta a todos.

—Vamos mejor de una vez al hotel. Allí hay cervezas y pueden desayunar. Además deben reposar para el coctel de bienvenida que será a las doce en punto. Estarán allí la prensa y los directivos mexicanos y españoles.

Río Carcelén calma su enojo prendiendo un cigarrillo, sin esquivar la mirada de Roberto, quien empieza a moverse hacia la salida. Ulises decide avanzar junto a él. Se pega al funcionario dejando así que aquel poeta alcoholizado avance a su ritmo mirando los puestitos del aeropuerto con su malestar encima.

—¡Cuánta mexicanada! ¡Pero cómo me gusta México! Desde niño… siempre le iba a México cuando había un mundial de fútbol. Jamás a esos argentinos pedorros que se las dan de racistas. Además, nosotros les regalamos a Alex Aguinaga. ¿Sí o sí? Espero que no se les olvide esa deuda futbolera nunca.

Nadie le responde.

Ulises cruza una mirada con Roberto de complicidad. Ambos se sienten más seguros caminando sin cruzar palabra con aquel poeta; y, cuando llegan hasta la furgoneta blanca, que espera aparcada en el exterior, es Roberto quien abre la puerta solicitándoles a ambos que ingresen.

Ulises se sienta en la primera fila. Y aunque desprecia el olor del cigarrillo, decide no pedirle al ecuatoriano que apague su mierda antes de subirse. Simplemente abre la ventana de su lado y empieza a revisar el paisaje de la Ciudad de México, mientras la furgoneta se interna por largas avenidas atiborradas de gente y locales. El vértigo de lo desconocido da vueltas en su cabeza con alegría. Mira otra vez y pone su dedo índice en la ventana para dejar una huella extraña que dure milésimas de segundos. Absolutamente todo parece hablarle sobre la identidad de una nación deportiva, guerrera y ancestral. Una metrópoli donde sus estructuras modernas contrastan con el bullicio de una muchedumbre que se desborda por parques, bares, taquerías y pulquerías a cualquier hora. «México es el ombligo del mundo, la cicatriz maternal», se lo dijeron antes de partir.

Y muchos de los que llegan ya no quieren irse.

Las primeras horas que pasa en el Hotel María Cristina no pega un ojo. En su lugar, y a pesar de que sabe que apenas dormirán dos noches allí, antes de realizar un viaje de diez días por algunas regiones de

México (preámbulo turístico, otorgado por la beca, para que los cuarenta artistas se distraigan antes de instalarse a trabajar por dieciséis semanas), saca los libros de su maleta y los organiza sobre su escritorio. Hace igual con parte de su ropa. La acomoda en el clóset ordenada por tonos, de claros a más oscuros.

El banco queda a tres manzanas. Hacia allá se dirige después de acatar el consejo de Roberto: «necesitas abrir una cuenta en un banco nacional para poder realizarte las transferencias mensuales de tu dinero». Cuando pasa por el lobby, algo desorientado, repara en la llegada de otros artistas. Inmediatamente los va descubriendo por sus fachas. Los hay de pelo largo y chaquetas. Los raros y divas. También están los barbudos, rapados y pálidos. Y otros que lucen ropa colorida, bufandas enrolladas en sus cuellos y zapatos deportivos demasiado infantiles. Él poco entiende de aquello. Ulises ha sido siempre muy formal. De traje vistió en el colegio, de traje vistió en la universidad, y de traje vistió durante los dos años que laboró como abogado penalista. El resto de su ropa es cualquier bluyín y una camisa informal o deportiva.

Cuando está de vuelta del banco, se queda un rato mirando la fachada de piedra del hotel. Apostadas junto a la entrada ve a dos becarias fumando y hablando con un guardia. Se trata de dos escritoras que están pidiendo por alguna dirección. Una es baja de estatura, de cabello castaño, lacio y corto. Es bastante guapa, y aunque usa una diadema, Ulises intuye que debe de tener más de cuarenta años. La otra luce muy joven, algo tímida, y lleva el cabello oscuro y ondulado agarrado por un moño infantil de lana. Su rostro es redondo y sobrecargado de pecas que a ratos parecen picaduras. La primera es brasilera, pero habla bastante bien el español. Y la segunda es salvadoreña. Ambas quieren llegar hasta el banco más cercano para abrir una cuenta. Ulises, asaltado por la caballerosidad y el deseo de compartir impresiones sobre ese destierro que ha empezado para todos, ofrece llevarlas de inmediato. Aunque les pide unos minutos para subir a su habitación. Desea revisarse los dientes y el cabello antes de retomar el camino hacia el banco.

Atraviesa rápidamente el lobby. El puñado de artistas con chaquetas y pelo largo se ha esfumado. Pero un poco antes de llegar a los ascensores, sobre su derecha, donde se extiende un bar al que es posible mirar a través de unas amplias ventanas cuadriformes, descubre al poeta ecuatoriano, encorvado como un mal bicho, bebiendo una cerveza Negra Modelo. Tiene la mirada fija en algún punto vacío sobre las copas frondosas de los árboles que bordean los exteriores del hotel.

El poeta no se percata de Ulises, quien piensa por dos segundos en invitarlo a caminar con ellos; después de todo, él también necesita

abrir una cuenta bancaria para el depósito mensual de los honorarios de la beca. Sin embargo siente que aquel animalejo no necesita de ninguna compañía. Y que a esa clase de sujetos es mejor dejarlos de aquel modo: batallando con sus demonios en la cabeza.

Avanza hacia el ascensor y lo toma.

Cuando baja de nuevo se topa con Roberto García, quien les indica a él, al igual que a las escritoras Lía Rangel, de Brasil, y María Justa Benítez, de El Salvador, que en dos horas vendrán a recogerlos en unos buses para llevarlos a todos hasta el sitio donde tendrá lugar el coctel de bienvenida, por lo que no pueden tardarse demasiado.

—¿Y llegaron ya todos los escritores? —pregunta Ulises animado. Cuando se ríe la punta de la nariz se le hincha como un pimpollo.

—Acabo de traer a los últimos. Están todos compartiendo habitación. Bueno, todos excepto tú, porque de los ocho al final han llegado únicamente siete. Aún no sabemos si el que falta llegará en unas semanas. O si renunciará a la beca.

—¡Qué suerte! —responde sin comprender lo egoísta de su reacción.

—¿Y quién se ha quedado rezagado? —Lía es quien ahora pregunta al funcionario con un ritmo ondulante. Ritmo aculebrado que a Ulises le trae recuerdos de la *Lambada*. Un baile erótico brasileño que de niño se hizo popular en su país y por otro montón de países.

—Un peruano que debía llegar desde España, donde vive desde hace cinco años.

Piso número veinte de un edificio elegante en la Ciudad de México: una gran terraza bajo un sol abrasador de agosto que irrumpe en un perímetro de mesas y sillas altas por donde se pasean afamados intelectuales y artistas, al igual que algunos funcionarios mexicanos y españoles. Conversan, gesticulan, fuman y devoran elegantes bocaditos de bandejas maniobradas por meseros aindiados y guapas muchachas.

La planta principal del FONCA está allí frente a las cámaras de televisión y a fotógrafos de los principales medios del país. También están el Embajador de España y su escuadra de funcionarios. Gran porcentaje del dinero para este programa lo otorga España a través de la AECID. Por eso, aquellos empleados deben seguir a toda hora los detalles de la beca para justificar los dineros, llevando cuenta de los objetivos alcanzados.

Los artistas, por ahora treinta y nueve (treinta y ocho si descontamos a Río Carcelén, quien duerme su borrachera plácidamente en una banca al pie del edificio donde ocurre el coctel), son presentados al público, fotografiados y entrevistados. A los artistas

tampoco les disgusta la atención. Han comenzado a flotar como mosquitos hambrientos que se agitan entre un público ruidoso que los mira como astronautas.

Da un discurso extravagante la Directora del Todopoderoso FONCA: Olga Ciprián. Es una dama escuálida y rubísima que provoca cierta estupefacción por su aspecto etéreo. De allí toman la palabra el Embajador de España y un escritor mexicano, que es el editor del sello Tusquets en México. Le explican a la prensa que los cuatro meses concluirán con el retorno de los artistas de distintas partes de México al DF, para la realización de la Muestra de Arte Iberoamericano en el Centro Nacional de las Artes de la ciudad. Entonces el aterrizaje está garantizado.

Y en cada discurso se elogia la importancia de Iberoamérica como región.

Ulises, de traje formal, deambula por las mesas socializando con los compañeros de la beca, al igual que con algunos funcionarios. Emplea sus habilidades de abogado: su facilidad de palabra, así como sus buenos modales y soltura excesivos. Le presentan a uno de los jurados, a uno de los responsables de que él esté allí. Se trata de un escritor cincuentón de bigote espeso y cabello ondulado, en buena forma (lo que genera siempre alguna sospecha entre los intelectuales), quien le comenta que lo que más le gustó de su propuesta fue esa posibilidad de elaborar relatos a partir de árboles nativos. «Porque la vida de un árbol —dice, algo achispado por los whiskies— ¿cómo puede contársela? No mames, eso es arte, cabrón». Y de allí no pierde ocasión para elogiar al afamado novelista de su país que le había recomendado para la beca.

Cuando lo entrevistan para la televisión habla con seguridad. Se apropia del rol de embajador cultural de su país: —Los felicito por tan importante programa. Los escritores nicaragüenses estamos contentos por este tipo de iniciativas que unifican Iberoamérica, a través de las artes y la cultura. —Concluye así, desenredando los dedos de sus manos para acomodarse los anteojos, mientras es observado por otros compañeros escritores desde una mesa frente a él.

Es Lía quien le pide que se acerque y le presenta al resto del grupo.

Byron Galindo viste un típico traje pastuso: camisa y pantalones blancos, un pañuelo celeste alrededor del cuello y un sombrero de paja. Usa lentes cuadrados de carey. Es un colombiano de treinta años, cuentista y licenciado en literatura.

José Carlos López, un boliviano de cincuenta y dos años, antiguo comerciante de telas y ex heredero de una fábrica de helados, enciende un cigarrillo mientras exhibe una gran dentadura con dientes tan blancos y redondos que solo pueden ser de porcelana. Escribe relatos y trabaja como periodista para un diario en La Paz.

Ramiro Cueva, de treinta y tres años, con cabeza de cuervo, viste un suéter grueso de cuello alto. Lleva el cabello negro, alisado y largo. Si no fuera por su sobrepeso, la baja estatura y su barbita rala en la región del mentón, se parecería mucho al profesor de artes oscuras Severus Snape de la película Harry Potter. Es un escritor chileno de ciencia ficción.

Completan el grupo Lía Rangel y María Justa Benítez, quien ahora parece estar al cuidado de la mesa. La protege de aquellos que se mueven alrededor buscando un sitio. María Justa tiene veintisiete años. No fuma ni dice malas palabras. Lleva el cabello largo y se enrojece con facilidad. En la mano izquierda ostenta un grupo de anillos abultados de bisutería.

Las condiciones de la reunión obliga a darse saludos a medias. Así como a charlar con el oído lleno de ruido. Apenas con movimientos de ojos van asentando ideas entre ellos. Y cuando Ulises logra acodarse en la mesa, ubicando su vaso con Coca–Cola, una ráfaga de sonidos estalla desde un rincón donde una banda de música ha empezado a tocar *Tu cárcel* de Marco Antonio Solís en versión reggae.

Entonces, comienza el baile.

Y Lía deja su sonrisa flotando en el aire, mostrando una dentadura blanca y pequeña, oyendo subir hasta el último acorde de la canción dentro de su cuerpo. Debe aprovechar este viaje. Debe aprender la realidad de sus hospederos. Lleva dos décadas sobreviviendo en países gracias a becas y trabajos literarios de traducción. Hija de una pareja de obreros de Sao Paulo, que hizo un esfuerzo para pagarle la universidad. Entre Madrid y Buenos Aires descubrió que padece una escoliosis lumbar. Desde entonces escribe semiacostada en su cama haciendo un cerco de almohadas a su alrededor. No le interesa tratarse con ningún médico ni lleva la cuenta de las noches mal dormidas por escribir. Nada le molesta más que la banalidad de las disputas de los hombres y las mujeres por los cuerpos bonitos de las mujeres. Y nada le contenta más que dar con una historia que le permita militar ligeramente, así sea como una turista que desde la orilla opuesta saca conclusiones sobre lo que está mal en una realidad que no es la suya. Ahora Lía cierra los ojos por puro entusiasmo. La música de Marco Antonio Solís reanima un viejo deseo que conoce desde hace mucho. Mueve su tobillo izquierdo sobre el empeine de su pie derecho. Y piensa en lo bonito que sería quedarse a vivir allí para siempre.

Todos los artistas viajan en dos buses con los equipajes a tope. Divididos, por supuesto, en dos grupos. Van acompañados por tres funcionarios del FONCA y uno de la AECID. Esos primeros recorridos, Ulises los realiza sentado junto a María Justa y Lía, con las que ha hecho buenas migas después de cuarenta y ocho horas.

Dejar la Ciudad de México, donde la vida luce reñida entre más de ocho millones de personas que, aunque no son refugiados ni perdidos, emergen apiñados en una superficie barroca de un primer mundo mirado a través de un caleidoscopio de un niño del tercer mundo, es un alivio para aquellos becarios que han empezado a exigir por mirar todo México. Como si aquello fuera posible. Pero el entusiasmo y los nervios constantemente excluyen toda lógica. Ulises se siente desanimado por haber pasado poco tiempo en una ciudad tan grande y llena de librerías como el D. F. Sin embargo quiere entender ese país para desarrollar su proyecto donde los árboles sean, de algún modo, los protagonistas. Y sabe que un país es mucho más que su capital. Como ocurre siempre. La longitud de la realidad se va estrechando a medida que uno recorre la fantasía de su rompecabezas.

Los restos arqueológicos a los que llegan encierran esa cualidad desconcertante con la que un turista se tropieza: entender que algo parecido a aborígenes gigantes, monstruos mitológicos o aves de cuatro metros merodeaban en el pasado por esas tierras. Pero esto en México es de lo más ordinario. Una cabeza de jaguar o una serpiente emplumada justifican aquí un encuentro entre dos mundos. Entre dos tiempos opuestamente distintos que no han dejado de convivir o de retroalimentarse a través de una topografía que, a Ulises, le asombra hasta llevarlo a sentir que está flotando por un cementerio asombroso de civilizaciones galácticas.

Los Atlantes de Tula.

El grupo de artistas avanza entre las ruinas.

Una manada trepa la pirámide. El viento va golpeando con mayor fuerza mientras el ascenso ocurre por la cara sur. Los más pesados, como Ulises, van cayendo sobre la escalinata y se echan a descansar entregándose al sol. Los primeros que llegan hasta la cima, sonríen, y se fotografían abrazados. Aquellos que, como es natural, han formado ya pequeñísimos clanes o círculos.

Alrededor de la pirámide hay pilares blancos sembrados como lápidas o morteros de guerra. Encajados con disciplina entre depósitos de piedra y pasto requemado.

Este es el templo evaporado de Quetzalcóatl donde cuatro gigantescos guerreros, que aún conservan la definición de sus armas y vestimentas (lanzadardos, haz de flechas, pectoral en forma de mariposa y un disco solar), así como una mitigada coloración roja en algunos detalles, sirvieron de base cuando la vida era sencilla y despiadada. Un enigma, piensa Ulises, como lo es hasta hoy.

De pronto un avión cruza el cielo despejado dejando un rastro neutro, aunque un tanto irreal. El ruido que hace rompe un poco la serenidad del espectáculo. Ulises mira a todas partes hasta que descubre a Río Carcelén, a la distancia y sin ninguna consideración,

meando detrás de uno de los pilares ancestrales. Meándose literalmente la historia de un país, que no es el suyo. Le repugna y desconcierta ese salvajismo y falta de tacto de un poeta. Se pregunta hasta qué punto todos los poetas viven profundamente odiando cada realidad, cada experiencia. A su lado ve a una pelirroja de cabello ondulado, pantalones ajustados de cuero y gafas estrafalarias amarillas, que lo espera echando humo como una desquiciada.

Recorren algunos sitios: Peña de Bernal, Querétaro, Oaxaca y Guanajuato. Desfilan por hoteles y hosterías de lujo donde desayunan margaritas, ostras y champagne. Como es agosto, los funcionarios que los acompañan de tour les recomiendan comer chiles en nogada. Un plato a base de chiles, carne molida, crema de nuez de Castilla, decorado con granadas rojas. Se trata de una exquisitez que sólo puede preparase de julio a septiembre, y que simboliza La Independencia de México.

Algunos se animan. Otros siguen buscando sitios donde comer algo parecido a lo que comen en sus países. Tratan de esquivar el picante con el miedo de morirse con la lengua en llamas.

Por las noches, más de la mitad se arroja a bares y discotecas buscando algo de sexo y drogas. Van ganando confianza. Son artistas con ego, eso está claro, que al entrar en contacto con otros empiezan a descontrolarse. Sus credenciales de artistas entran con facilidad en cuestionamiento dentro de esa pequeña comunidad, escindida en gustos y fobias, que reclama por su existencia durante el paseo antes de pasar a convertirse en polvo.

Antes de instalarse a trabajar en sus proyectos.

Pero un viaje es un proceso donde lo que se mira no termina asociando nada todavía. Donde la novedad y el misterio ponen todo su peso sobre lo mirado. Además un viaje es un proceso donde lo mirado no logra ser mirado por completo, sino hasta muchos años después, cuando nada queda ya de ese viaje. Entonces a alguien melancólico o aburrido se le ocurre hacer de su mente una máquina del tiempo. Porque cuando se vuelve a todo, ese todo ya no existe. Porque los cambios, como señales rojas o un conjunto de números infinitos, son las únicas eternidades. Pero esto Ulises no lo desconoce por completo. Por eso va asentando la yema de sus dedos sobre cualquier superficie. Quiere atrapar la tenue sombra que se cierne sobre la rapidez de un mundo impreciso. Por eso empieza a mirar al sol de otro modo, y no como lo hace en su país. Porque siente que ese sol no es igual al que conoce desde niño: uno que suele propagar las sombras con la furia de quien puede sobrevivir a las ausencias.

Todo empezó con los españoles.

Y con aztecas adorándolos.

Todo empezó con un enamoramiento fugaz que terminó en genocidio, piensa Ulises. Y, sin embargo, España aún sigue siendo el amante tóxico, o la madre desaparecida que Latinoamérica extraña, piensa e imagina. Mucho de lo que hace se construye en relación con ese antiguo amor. Con esa orfandad inútil.

Desde la literatura hasta el vino.

Ahora ingresan a la finca Sala Vivé para recorrer, trasnochados y con ojeras, el viñedo de Freixenet.

En la década de los setenta el Grupo Freixenet de Barcelona adquirió esos terrenos por contar con un microclima ideal. Así va un guía proporcionándoles la historia.

Los llevan por bodegas donde van probando el producto.

Y, antes de salir de allí, los agasajan con dos grandes mesas al aire libre llenas de más vino, champagne y quesos de todo tipo.

Es una gran maratón alcohólica.

Los becarios son tan considerados que se beben hasta la última gota.

Todos ayudan a la causa y participan.

Una noche, en Querétaro, comienza a darse un extraño experimento como producto del encuentro entre todos. Ocurre durante una fiesta en una de las habitaciones. Durante el séptimo día de viaje.

¿Gente real mezclada con personajes de ficción? ¿O artistas simulando ser más artistas de lo que realmente son? Ulises contempla cómo ahora todos piden un turno para meterse en el clóset. Así van desfilando uno por uno. Y cuando el clóset se abre, quien aparece frente a los demás ya no es el mismo artista. «Esos torsos girados, esas frentes fruncidas y manos sosteniendo cigarrillos o paraguas, esas palabras que se arrastran como zapatos bajo la lluvia, esos ojos de madriguera bajo falsos pases de baile, deslizando sonrisas, son de otro lado. Provienen de algún sitio muy oscuro o muy chillón que a mí me desconcierta», piensa Ulises. Pero es entonces cuando uno de los tres sacerdotes del *Triunvirato del mal* le dispara un apodo al aparecido. Y desde el día siguiente todos empiezan a llamar a aquel becario de aquel modo. Nadie quiere recordar su nombre anterior. Ese mote se convierte en su auténtica cabellera. «Se trata de un bautizo obligatorio que genera amnesia, y del que no quiero participar.»

El bautizo del clóset ocurre en una habitación compartida por Pablo Urrutia, artista plástico de gran talento, alto y con poco cabello; y Xavier Castell, un paraguayo francés, pequeño y alegre, que además de artista visual es diseñador de ropa. Ambos creadores junto a la fotógrafa española Inés Bejarano (que es la pelirroja alborotada, de

pantalones de cuero y gafas amarillas, que se ha pasado los últimos días con Río Carcelén) son conocidos como *El Triunvirato del mal*. Así empezaron a llamarlos por hacer gala de un comportamiento extremo, discrepante y altamente fiestero. Pasan los días sumergidos en piscinas, bebiendo margaritas y esnifando coca. Se quejan ante cualquier intención de un horario en el que se les pida asistir a un recorrido turístico.

Cuando Ulises llega al bautizo de María Justa, se sienta en un rincón de la habitación. La cámara de video de Xavier Castell encendida, sobre su trípode, frente a las dos puertas cerradas del clóset, luce como un rayo paralizador que en cualquier segundo atacará a su próxima víctima, transformándola para siempre en una versión reducida o ampliada de sí misma. Hay doce o quince asistentes a la ceremonia que están en total silencio. El tequila, la cerveza y la marihuana realizan viajes relampagueantes entre un manojo de dedos necesitados.

Al abrirse una de las puertas, lo primero que puede verse es una espalda desnuda y dos manos anudadas sobre la nuca, apretándola. La blusa de la escritora cuelga de su cintura, con los botones rotos, como si hubiese sido arrancada con violencia por alguien más dentro del clóset. Está acuclillada y farfullando cosas sin sentido. Comienza lentamente a erguirse. La sombra sobre su columna vertebral pinta una rápida serpiente que resulta fascinante. Cuando se voltea, con sus manos apretando con fuerza sus pechos pequeños, mira al ojo de la cámara, y con los pómulos manchados por el rímel corrido, dice: «Creo en el abismo porque salí de él».

Se oyen aplausos.

Ulises enmudece; la cantidad de humo le provoca un embate alérgico que lo obliga a rascarse la nuca y los antebrazos. Y antes de abandonar la habitación, le parece observar cómo alguien llora más allá porque cree haber captado un sentido personal, un aborto de la memoria de una infancia golpeada en el personaje que emergió del clóset.

El Triunvirato del mal (Pablo Urrutia, Inés Bejarano y Xavier Castell) se hablan al oído. Concretan un veredicto. Desde esa noche María Justa será conocida como María la Escamada.

Los escritores han quedado bautizados para los próximos meses de este modo:

Lía Rangel = Blancanieves.
José Carlos López = El Tramoyista.
Byron Galindo = Clon de pichón.
María Justa Benítez = María la Escamada.

Ramiro Cueva = La Madre.
Río Carcelén = Calibán.

Solamente Ulises salvó su nombre al negarse a entrar en el clóset durante aquel recorrido de diez días.

Tiene mucho trabajo por delante y no le preocupa demasiado formar parte de una comunidad rara, excéntrica hasta cierto punto, donde se producen discusiones prematuras, al igual que romances. Donde cada uno de esos artistas no demora en poner en la cara del otro el conocimiento de lo que hace. Se exhiben de un modo arrogante, que también hace gala de una angustia íntima, demasiado íntima.

Cuando la depresión aparece, un día antes de llegar a Guanajuato, último punto del paseo de esa gira a la que todos los becarios han empezado a llamar *El Tour de los Rolling Stones*, los funcionarios del FONCA deben asistirlos con tranquilizantes y píldoras para dormir. Con el anuncio del final del paseo no ha demorado en asentarse la idea de todo el trabajo futuro que deben realizar. Algunos comienzan a entender que deben cumplir con sus respectivos proyectos a cabalidad. Por el bien de sus carreras y por el compromiso adquirido con México. Algunos experimentan pesadillas. Otros, la incertidumbre de tener que vivir en un país extranjero, lejos de familiares y amigos, por dieciséis semanas. Otros solo tienen síndrome de abstinencia por el modo en cómo escasean las drogas de pueblo en pueblo.

De los treinta y nueve, al menos diez van desmoronándose. Una tarde, después de un paseo por la ciudad, María la Escamada llora porque entiende que quizás no aguantará esos cuatro meses en México. Sospecha que no alcanzará a cumplir su proyecto. Y teme, por supuesto, a las consecuencias legales de no lograrlo. Será la Madre quien le dé afecto, ese hombro para llorar, y termine animándola con frases de superación personal.

Algo que, por supuesto, no necesitan Calibán ni la fotógrafa española (o *Lollipop*), quienes ahora son reconocidos como *Sus Satánicas Santidades*. Y quienes se las apañan, junto con el resto del Triunvirato del mal, para encontrar drogas hasta por debajo de las piedras. Empiezan a separarse del grupo principal de becarios y se internan en bares para sentir la noche mexicana mordiéndoles los talones. Son bravos y embusteros. Aman la oscuridad y el humo porque es allí donde entienden su arte.

Las comidas son una pesadilla para Ulises. La necesidad de escoger con cuidado lo que puede consumir es una actividad que le quita tiempo. Y deseos. Y, a veces, lo termina aislando. Por ejemplo, cuando los escritores hicieron migas con los artistas visuales y se enrumbaron

hacia una taberna de mala muerte a meterse pulque y devorar chapuletes, Ulises se disculpó y se encerró en la habitación del hotel con una pizza grande de jamón y queso. Sabe que la pasaron bien por la historia que al día siguiente contaban todos sobre cómo Calibán y Lollipop se habían encerrado en el baño de la taberna a follar hasta que los echaron de allí. Carcajeándose, semidesnudos, se fueron con ganas de buscar otro sitio donde hacer lo mismo.

«¿Pero de qué va todo ese desenfreno?», se pregunta. «¿Se escribe o se vive? No se escribe para vivir y tampoco se vive para escribir. Se escribe para poner la realidad en crisis. Entonces, un poeta debe saber más que un novelista de literatura. Porque solamente un poeta pasa su vida en crisis. O su poesía es un homenaje a la crisis de todos. ¿Y el relato? ¿Qué puede hacer por mí un relato? ¿O por cualquier lector? ¿Puede un relato tranquilizar mi vista sobre las cosas? ¿Puede una historia bien escrita curar la pena o el aburrimiento?»

Le molestan ciertas actitudes del poeta. Sin embargo, no deja de ser cordial cuando lo topa en los paseos, en el bus o en los pasillos de los hoteles por los que van transitando. Había escuchado que no era cualquier autor; había ganado premios nacionales e internacionales. Y a lo mejor no estaba bien de la cabeza. Pero sobre todo del espíritu: lo llevaba destripado y atado a los zapatos. Su alcoholismo y desenfreno son máscaras de algo que Ulises no ataja todavía. Ese abandono en el que vive un hombre, ¿cómo puede ser su mejor atributo?

La penúltima noche, en Guanajuato, la mitad de los becarios decide ir a ver un espectáculo de lucha libre.

Van tomando asiento en las anchas gradas metálicas frente a un arenero donde un ring iluminado, rodeado por torres de parlantes, evoca la imagen de una época moderna de gladiadores chistosos o ridículos.

Ulises se sienta con el Tramoyista, María la Escamada y Blancanieves. Bebe una Coca–Cola grande mientras sus compañeros beben cervezas. Se sorprende gritando y emocionándose por la pelea que se da entre El Mascarita Sagrada y Pimpinela Escarlata. Un enanito y un travestí que hacen maromas aéreas y se avientan golpes de culo, así como constantes jalones de cabello, consiguiendo que el público se desternille de la risa. La luna luce blanca y limpia, de un brillo total, como el de un plato acabado de relamer.

Abismo Negro camina entre la multitud portando una máscara que parece calcada de algún soldado galáctico de una película de ciencia ficción; ingresa al cuadrilátero y trepa sobre las cuerdas de su esquina con una lata de spray en la mano, que lanza fuego al presionarla. Grita lo que todos quieren oír: su nombre y su braveza. Lo llaman: «la novena maravilla del mundo». Emerge entonces, de entre las sombras

y el bullicio, Míster Niebla, enmascarado también, aunque con un traje menos espectacular que su oponente, y con todo el cuerpo aceitado. Cuando toma el micrófono estalla como un perturbado. Hay deudas de luchas remotas entre ambos hombres. Hay una trama de conexiones que organiza su pasado. Hay una ficción entretenida que ambos empiezan a tejer ante la marea de ojos flotantes de los espectadores sentados en vilo.

En ese preciso instante Ulises siente, mirando a los luchadores sobre el cuadrilátero y a sus compañeros de beca desperdigados por algunas gradas, aferrado a su frio vaso de Coca–Cola, que la falsedad de esos gladiadores contemporáneos, la lucha transformada en un show de emociones baratas, resume la ficción en la que todos viven ahora. O que en México la realidad es la ficción. Porque lleva días con gente que en lugar de nombres posee con orgullo un apodo como una confesión firmada por un álter ego.

Se entretiene por más de una hora. Logra así olvidarse del miedo que él también siente antes de que concluya ese paseo. Cuando llenó los documentos de aplicación, detalló que escribiría relatos a partir de los árboles de México. Una idea que ahora luce descabellada, casi imposible. Sin embargo, se permite relajarse en ese espectáculo de lucha libre, enredando a ratos su voz con la del resto de artistas que extienden la mirada sobre el arenero.

Antes de que el espectáculo termine, la mayoría ya se ha embriagado y perdido el interés por la pelea.

El hotel donde se están quedando tiene más de cien años. Esa noche, dentro de su habitación, arropado y leyendo por onceava vez el destino del empleado de un despacho jurídico de nombre Bartleby, mientras las vigas de madera de los pasillos y habitaciones adyacentes recrujen al mínimo apoyo de sus huéspedes, algo lo saca de sitio: podría jurar que acaba de ver el fantasma de un indio mexicano entrando por el espejo junto a su cama.

II

El domingo el bus entra en Veracruz bajo un sol de fuego que está a punto de desaparecer como un manojo de monedas brillantes sobre la línea del mar. La despedida en Ciudad de México fue un acontecimiento engorroso y amplificado por llantos y abrazos que se dispararon desde puntos distintos. Casi todos se reconocían como náufragos de la misma embarcación que solo volverían a reencontrarse después de cuatro meses.

Ulises no hizo nada de eso. Ni lloró ni abrazó a nadie. Apenas se despidió con la formalidad de siempre. A diferencia de las parejas que se habían formado a la velocidad del deseo, él no había viajado a México para enamorarse. Ni para hacer mejores amigos. Había viajado para convertirse en un escritor profesional y estacionar definitivamente su vida de abogado.

A pesar del sol, los miembros del Triunvirato del mal fumaban apoyados a un bus, esperando dirigirse rápidamente hacia Oaxaca para seguir sudando la fiesta. Mientras Sus Satánicas Santidades no dejaban de abrazarse, prometiéndose verse antes de que la beca finalizara. Fue un episodio raro para algunos: esos dos eran tan transgresores que nadie imaginó que algún afecto hubiera surgido entre ambos. Ulises reparó en que otra pareja, una conformada por una bailarina costarricense y un pintor peruano, se despedía sin mayores dramas.

Ulises registró todo aquello desde su asiento en el bus. Se quitó la gorra y la puso en el puesto de al lado. Tenía varios intereses. Limpió sus lentes y tomó de su mochila el libro de Borges donde aparece un cuento sobre un oscuro autor francés que colaboró con la escritura del Quijote. No quiso seguir prestándole atención a cada una de esas despedidas. «Las experiencias que no sirven para la literatura no sirven para nada», reflexionó.

El bus con cuatro bailarinas, siete escritores y dos funcionarios, bordea ahora el malecón y de allí se adentra hacia las calles de un puerto que, en domingo, posee una descifrable melancolía que se hace más palpable por la cantidad de locales cerrados.

Aparca frente a un grupo de edificios pequeños junto a unas casas marcadas por el desaseo y el deterioro, con filas de hombres y mujeres aburridos sentados afuera. Gentes tostadas por el sol que se estrechan la mano y mastican cualquier alimento, suspendidos en el trance de la cotidianidad.

Roberto García se pone de pie con una rara sonrisa, tan fingida como el ancho de una mueca provocada por problemas respiratorios. Ulises mira el lugar y se le ocurre que todo debe ser un asunto de percepción. Quizás, el gran departamento que compartirá con la Madre y Calibán está detrás de aquel lugar pulverulento atravesado por aparcamientos decadentes. Una hora antes de llegar a Veracruz, uno de los funcionarios dio lectura a una lista, que se redactó quién sabe por qué o bajo cuáles parámetros omitidos, especificando cómo quedarían las bailarinas y los escritores repartidos en cinco departamentos.

—Llegamos. Ustedes tres bajen sus maletas y vengan conmigo —dice el hombrecito pálido sacando fuerzas de algún sitio recóndito dentro de su mente.

Cuando entran al edificio, deben atravesar un angosto y húmedo pasillo de tierra que termina en un patio interno, donde los escritores observan puertas y ventanas de otros departamentos, custodiadas por plataformas, barras de metal y materiales apilados de construcción. Se trata de una obra en progreso como esta beca. Los tres compañeros se miran. Tratan de ayudarse en silencio. Esperan por que alguno se anime primero a decir alguna cosa sobre las instalaciones donde vivirán por cuatro meses.

Roberto García, estirando aún más su mueca impostada de benefactor y piloto de un experimento cultural, introduce la llave en la chapa y la gira tres veces hacia la derecha. Elige decir él algo al respecto. Así se les adelanta.

—El dueño nos dijo que estas reparaciones estarán listas en unos diez días. Pero no pasa nada. El sitio está chingón, ¿no?

—Chingado, diría yo.

Calibán es quien responde pisando rápidamente una cucaracha con su botín.

—Ojalá así sea, Roberto, porque yo no me vine de Nicaragua para escribir en un sitio como éste. Para eso me quedo en mi país —dice Ulises turbado porque siente por primera vez que las cosas no están en su sitio—. A mí nadie me ha explicado esto, dice en voz alta intentando levantar un muro entre la realidad y él.

Al abrirse la puerta no hay un punto agradable donde ubicar la mirada. Las paredes blancas están descascaradas; en el centro hay una mesa de madera pequeña con tres sillas de cojines atados a las patas; en el suelo hay piedras de lava gris; una refrigeradora oxidada en una esquina facilita la convivencia y otorga perímetro a la cocina; una ventana oval y empolvada da al patio interior; en las tres habitaciones no hay mucho más por ver. El funcionario enciende la luz y un tono naranja decapita el paisaje otorgando mayor dramatismo a los movimientos en su interior.

Calibán tira su maleta sobre una de las camas, enciende un cigarrillo, y recorre nuevamente el departamento con un ligero disgusto.

—¿Ustedes no han tenido hasta ahora algún becario que se les haya ahorcado?—pregunta al funcionario señalándole una viga enmaderada sobre la mesita del recibidor —. Porque yo soy depresivo… ¡Y si me provocan más de lo necesario, me vale verga y me cuelgo!

Roberto García se queda pasmado ante el comentario. No responde ni se mueve un ápice.

—¿Puedes decirme al menos dónde chucha consigo una cerveza por aquí?

Por primera vez el tono grosero de Calibán le parece a Ulises un tono apropiado.

El funcionario se descongela. Ríe nerviosamente. Da tres pasos hacia atrás y remira el departamento. Luego pasa a explicarle a Calibán que a dos cuadras puede encontrar un Oxxo abierto. Aunque es domingo, le indica.

—Ya vengo —grita el poeta enfadado—. ¡Porque si no consigo trago no sé cómo vamos a pasar esta noche!

Ulises se desprende del grupo del apartamento y retorna por el húmedo corredor hasta llegar a la calle, donde el resto de becarios siguen montados en el bus, esperando para ser guiados hacia sus respectivos destinos. Se sienta en la vereda y coloca sus manos gruesas sobre su frente y cuello, intentando infructuosamente limpiar el sudor que genera el clima de aquel puerto salvaje.

Unos minutos después mira a Roberto García subiendo al bus. Abandonándolos ahí, a él y a la Madre, tras prometerles que volverá después de hacer algunas llamadas. Quizás haya modo de arreglar esto. Quizás haya otro de estos departamentos en mejor estado, dice, aguantando el calor que comienza a ponerle el rostro colorado. Pero Ulises no se despide de él. Continúa manifestando su malestar tumbado sobre la vereda.

Cuando Calibán aparece por la esquina cargando con dos caguamas de Corona, se pone de pie y, sintiendo cómo una minúscula necesidad de reparación resbala desde su garganta hacia su lengua, termina diciendo:

—Ahora sí, Calibán, poneme un vaso de cerveza para empezar a embriagarme. Jodido, creo que después de ver este agujero en el que viviremos los próximos meses, te acepto todos los tragos de México.

III

INCOMPLETA O UN RELATO DEL CAPITALISMO MÁGICO

Por Blancanieves

Luna menguante en casa de Acuario . El Diablo, El emperador y El Nombre falso. De cualquier manera había que salvar esa vida aunque las cartas que salían disparadas del hueco de mi mano no hacían mayor favor. Su vida se hubiera extraviado de no haber estado perfeccionando el final de esta historia desde la vidriera de mi departamento en París. Buscando la salida. Revisando los hechos como un brujo detective que sabe que La Mendiga es una carta del tarot borrada por la sangre.

Pero no quiero ir al final que es algo impuro. Ni exponer las cartas entre la doctora y yo, que contienen párrafos ilegibles. Mi viaje posterior, mi tour como cineasta, me permitió aterrizar unos meses después de los eventos que presento. Y demostrar cómo se da otra cachetada a la medicina tradicional. Un paciente enfermo no es otra cosa que un crimen escondido dentro de un túnel. Que tiene responsables, aunque no lo parezca. Nuestra misión es absorber las pesadillas como un futuro fatal que avanza con los brazos desnudos. Revisar el deslizamiento de esas deudas vampíricas que brotan en la familia. Es verdad, todos los días alguien acepta que está loco y estropea una vida interior aun por deshilvanar. Sin embargo el mundo invisible tiene siempre la última palabra. Y así como una enfermedad puede provenir de las sombras, hay que elegir de las sombras una cantidad de fórmulas para acabarla. Para ganar la vida hay que recuperar el alma.

Cuando Casandra abrió los ojos, lo primero que sintió fue un aguijón helado en la vena delgada de su brazo izquierdo. Entendía que estaba donde quería: a salvo dentro de una clínica. La aguja no podía verla, pero sí la transparente cañería que se izaba a un costado de su cabeza y conectaba con una bolsa, también de plástico, que contenía un líquido lento y amarillo. En la oscuridad se tocó el cuello con la otra mano, con la que no estaba siendo cebada, dejando que sus cinco dedos filosos se amontonaran alrededor del pellejo para sentir cómo seguía latiendo. Para entender que estaba viva. La tráquea le dolía muchísimo. Había pasado por algo más de lo que no había sido consciente.

Cuando la habitación se iluminó fue su madre quien tomó la palabra. La miró con odio y resentimiento. Pero también con lástima y

terror.

—¿Te duele mucho la garganta, Casandra? —preguntó la madre que se sentía traicionada por su hija.

La chica intentó hablar pero se dio cuenta de que el dolor era más fuerte que sus ganas de hablar. Atinó a mover la cabeza.

—Te hicieron un lavado estomacal. Yo misma pedí que te lo hicieran. A pesar de que me dijeron los doctores que no era necesario. Que ya habías vomitado todo. ¡Esta es la última vez que me haces esta pendejada! ¿Me oíste? ¡Esta es la última vez que te tomas un frasco de pastillas para matarte! ¡La próxima vez te lo juro que te despiertas en un hospital siquiátrico! ¿Sí me oíste? ¡Y te dejo allí internada de por vida! ¡Te declaro interdicta! ¿Sí me estás oyendo, mal agradecida? ¡Nunca más me haces esto!

Casandra miró con furia a su madre y se mordió la lengua. De pronto, unas cuantas lágrimas rodaron sobre sus pómulos chupados como el trazo de unas huellas sobre la nieve. A la chica le habían introducido una sonda de cuarenta centímetros por la boca. Único modo de bombear todo el contenido de su estómago. Casandra se zampó esa noche veinte pastillas de diazepam, y antes de caer inconsciente llamó a su novio, quien, alarmado, llamó inmediatamente a su madre. Quien, a su vez, desplegó un veloz operativo para salvar la vida de su hija.

El novio, por supuesto, después de aquel acto, desapareció para siempre. No fue a la clínica ni quiso contestarle más el teléfono. Las horas que pasó en angustia, sintiéndose culpable de su posible defunción (ya que la chica, además de indicárselo por teléfono, lo dejaba como responsable en su nota de suicidio), fueron un brutal golpe de amnesia para que se olvidara de ella.

Ahora Casandra estaba pasándola mal y lo único que quería era largarse de allí, volver a casa y perseguir a su novio. Pero ese deseo, el de volver, se había convertido en una meta inalcanzable. Si algo sabe un hijo que transgrede las leyes del hogar es que luego hay una deuda que pagar. Una penitencia. No ofendes a tu familia con un intento de suicidio y sales de allí bailando. Hay una doble transgresión que se produce por la fantasía de aquello que no termina de ocurrir.

Me explico: a) si escoges suicidarte, a pesar de los cuidados y el tiempo entregados por tus seres queridos, el mensaje es igual a: *ustedes no hicieron un buen trabajo*; b) si escoges como sitio de suicidio la casa familiar el mensaje es igual a: *no sólo hicieron un mal trabajo conmigo, sino que además les pretendo dejar a ustedes el muerto, porque es de su entera responsabilidad cargar con él.*

Al final, hemos fracasado todos. La humanidad entera fracasa cuando ocurre un suicidio. Porque la muerte existe precisamente como esa niebla fosca que le da luz a todo lo que hacemos. Y que nunca

fracasa. El hombre es quien fracasa. La muerte, no. Por eso nos sentimos optimistas en lo que realizamos, esperando que cuando el último de los fracasos ocurra nos encuentre íntegros y en paz. La muerte guía toda incursión y excursión. Logra lo aparentemente irrealizable. Por eso, matar el proceso de la muerte, o adelantarse hacia ella, no es sino el fracaso de todos esos fracasos cotidianos que nos organizan como materia frustrada que ama.

Unos días después, la doctora Nadia Nimbriotis entró en su habitación y encontró vómito por todas partes. Casandra había sido obligada a comer y, como era habitual, había vomitado lo digerido. Como no podía levantarse lo había hecho alrededor de la cama estableciendo un perímetro de regurgitaciones. Ella tenía años con un cuadro crónico de bulimia. Pero el vómito era una señal no tan clara de protesta, que provenía de un lado oscuro. Los bulímicos esconden su enfermedad como los topos sus madrigueras.

La doctora, una argentina rubia y de cabello corto, bordeando los sesenta años, y tan pequeña de estatura como la misma paciente, se mantuvo de pie frente a la chica, tensa como un ave feroz, mirándola como si estuviera a punto de acusarla.

—Nena, ¿y vos cuánto tiempo llevás así?

—¿Cómo así?

—Vomitando toda la comida. Padeciendo. Atendé un poco: acá a mí debes decirme toda la verdad. Y no lo que te cante el orto.

(Lo de los *ortos* que canturrean es una cosa maravillosa que los argentinos hacen con el lenguaje. Algo que a mí me remite a un verso del poeta Osvaldo Lamborghini que, tan loco como los dioses, escribió: *agujero, hazme reír*. ¿O fue: *agujero, hazme feliz*?)

—¿Dónde está mi mamá? ¿Y quién es usted? ¿Qué hace en mi habitación? Si no se va empezaré a gritar pidiendo auxilio —saltó Casandra. No iba a dejarse controlar de nadie. Menos, de una extraña que tenía casi las mismas estatura y complexión física que ella.

—Y podés hacer el berrinche que se te antoje, piba. Pero de acá no vas a salir si yo no firmo tu alta. Y eso no va a pasar si vos no colaborás conmigo. Mi nombre es Nadia. Y desde este momento soy yo quien está a cargo de tu recuperación.

—Si yo soy mayor de edad. Y puedo salir de acá si me da la gana —. En ese momento Casandra hizo el amago de levantarse pero los codos le temblaron y terminó abatida.

—No funciona así, nena. Vos tenés veintidós añitos. Nada. Y nadie se mueve de un hospital mientras su vida siga en riesgo. Y la tuya, a mí me lo parece, está más que comprometida en perderse.

—Usted haga lo que quiera, pero a mí no me va a sacar ni media

palabra.

—Eso ya lo veremos. Enviaré a alguien a limpiar. Te recomiendo que te asees un poco. ¿Y si te podés levantar? Vamos, arriba ese ánimo, que esto entre las dos recién empieza.

Los tonos de la doctora de discrepancia y confianza eran reales. Tan reales que por primera vez Casandra pensó que había cometido un error del que esta vez no se iba a zafar con facilidad.

No era la primera vez que Casandra intentaba chantajear a su madre o a alguno de sus novios con un falso intento de suicidio. A los dieciséis, perdidamente enamorada de un motociclista cuatro años mayor que ella, y viendo que el tipo se había aburrido de sus ataques de celos, se engulló una botella entera de aspirinas. Aunque la verdad es que no tomó ni la mitad del frasco, y ella misma vomitó sobre los muebles de la sala, tirándose sobre la alfombra en pose de muerta y dejando la botella destapada junto a su cuerpo.

El tema de sus chantajes carecería de importancia, sino hubiera sido porque su madre los iba documentando. Todos desde los quince. Siete años corriendo hacia hospitales y consultorios de médicos y siquiatras, así como a bares y viviendas de amigas y novios con los que se fugaba su hija, llevaba la pobre mujer. Una mujer que a sus cincuenta, divorciada y con un trabajo agobiante en el archivo histórico de la ciudad, estaba aniquilada.

La doctora Nadia no tardó en reunirse con la madre y explicarle que el caso de su hija era grave.

—¿Cuán grave? —preguntó la mujer en la cafetería del hospital, mientras intentaba esconder su rostro bajo unas enormes gafas oscuras. Le avergonzaba la idea de que familiares o conocidos suyos se enteraran de los padecimientos de Casandra.

—Esto no se trata de un intento de suicidio. Porque ¿cuántos van? ¿Tres?

—Cinco.

—No se trata de eso. Esto se trata de la bulimia. La que debió empezar seguramente con un cuadro de anorexia. La que de algún modo debió comenzar cuando su hija era gorda. Dígame: ¿Casandra fue alguna vez gorda?

—Hasta los catorce fue obesa.

—Y un año después empezó con estos intentos de matarse.

—Sí.

—Yo pienso que para salvar la vida de su hija debemos sacarla de este país. Acá no hay medios. Mirá, lo mejor será llevarla a Buenos Aires. Allá hay un montón de clínicas especializadas en esto. La bulimia no es una tontería. Pero acá la gente ni entiende de eso. Estos

boludos se piensan que la bulimia es una cosa de reinas de belleza. Y del capitalismo. Que, bueno, también lo es, pero se trata siempre de algo más. Su hijita sí es una reinita de belleza arruinada. Pero sobre todo es una gorda enfadada.

La madre era consciente de todo lo que la doctora le había dicho. Había vivido con una chica anoréxica y bulímica por ocho años. La había cuidado y protegido a pesar de que sabía que mentía en exceso. Que dramatizaba en exceso. A pesar de que le robaba dinero de la cartera. O de que incluso agotaba sus tarjetas de crédito. La había cuidado de sí misma cuando se miraba al espejo y se sentía gorda a pesar de que tenía años convertida en pellejo. Y había volteado la cara cuando la empleada de la casa descubrió cajas y cajas metálicas de galletas llenas de vómito por toda su habitación. Debajo de la cama, en el clóset, en los cajones de los veladores, y hasta detrás del inodoro fueron halladas esas cajas. Había sobrevivido a cinco intentos de suicidio. Ambas lo habían hecho. Juntas. Habían pasado por antidepresivos, por médicos, por caprichos, por novios y hasta por un embarazo interrumpido. De modo que lo que dijo esa tarde la doctora era la única seguridad de que estaba por primera vez dando el paso correcto.

Tres días después, Casandra y Nadia se movían dentro de un taxi por la ciudad de Buenos Aires. Las avenidas empezaban a abrirse, frente a los ojos de la chica, como un abanico hipnótico y psicodélico. Era de noche, y había un ambiente de presente intenso manoseando cualquier vereda.

Observó calzadas anchas y repletas de gente deambulando entre bares, cafés y teatros. Construyendo primeros planos en su cabeza de una realidad extranjera que parecía invitar a cruzar la raya. Había una intensa actividad nocturna donde debían deslizarse los más bajos comportamientos.

El taxi se detuvo frente a la fachada amenazante de un hospital que estaba parcialmente encendido por su entrada de Emergencias.

—Llegamos —dijo la doctora empuñando con una mano su cartera y con la otra los dos pliegues de su abrigo largo de paño.

—¿Es aquí? —preguntó, temerosa, Casandra. Su cabello oxigenado y lacio lo llevaba recogido con un moño. Sus grandes ojos escoltados por largas y rizadas pestañas se abrían y cerraban ante una situación que demandaba de su completa atención. Tenía miedo. Pero entendía que tampoco podía ser tan mala esa mujer que había hecho de todo para convencer a su madre de llevársela a otro país.

—Así es. Bajáte, piba. Y cambiá la carita que hoy entramos a una rehabilitación de verdad.

Cuando Casandra bajó del taxi el frío golpeó su rostro demacrado

obligándola a encorvarse y buscar protección dentro de su chaqueta negra de cuero. Sacó de los bolsillos dos guantes grises de lana y se los colocó en las manos con prisa. Se quedó de pie por unos segundos y de allí avanzó hacia la entrada casi corriendo, mientras la doctora Nadia tomaba el equipaje de la cajuela. Tres maletas quedaron paradas a los pies de la mujer; y el chofer arrancó de allí echando humo por la mitad de la calle.

Nadia miró a Casandra, quien no se percató de que ella misma debía cargar con su equipaje. Entonces avanzó hacia la chica decidida a modificar sus modales.

El Hospital Borda se especializaba en trastornos de la conducta alimentaria y otros desórdenes como la bulimia. Así como en dificultades afectivas y de relaciones interpersonales. Muchos de sus pacientes, al igual que Casandra, habían intentado suicidarse. La depresión es una enfermedad real; tan real como cualquier pandemia. Cobra millones de víctimas todos los años. Y aunque lo que había hecho Casandra fue hasta cierto punto planificado, siempre existía el riesgo de que un día se le pasara la mano y se matara solamente por el deseo de fingir que intentaba matarse. Suena ilógico o ridículo, pero en el mundo de los suicidas esto que digo tiene muchísimo sentido.

—Pero dígame que al menos tendré aquí mi propia habitación. Porque no pienso compartir el cuarto con nadie. No me llevo bien con gente extraña. Tengo mis costumbres, mis rutinas, mis cosas —siguió la chica hablando así, disimulando que temblaba.

Se había detenido, ensayando una mueca encogida, mientras miraba por una larga ventana hacia la calle donde había empezado a llover. Cualquier ciudad bajo el efecto de la lluvia luce escalofriante como un galeón a la deriva.

—De eso no te preocupés, nena. Tu madre pagó mucha guita por esto, ¿sabés? Tu madre hasta hipotecó la casa por esto. Así que sí: como la princesa que sos, tendrás tu cuartito con tele y baño.

—¿Y por qué hizo eso? ¡Estúpida! ¡Es una estúpida! ¿Y si nos quedamos sin casa?

—Ese quilombo no es de vos. Pero lo que sí es de vos es el propósito real de recuperación conmigo. Ese compromiso adquirido sí que es tu quilombo. De lo de tu madre y lo que gaste no es cuestión nuestra. Dejálo así, Casandra.

La chica hizo un puchero y siguió caminando por el corredor haciendo rodar sus maletas.

—¿Y vos querés que te cuente cómo es Buenos Aires? Buenos Aires es una ciudad castigada y esquizofrénica. Acá todo es ligero y, al mismo tiempo, grave. Como si se manejara en estado de tensión.

Como si fuese un cuento.

—Pero asumo que no podré ver mucho de la ciudad, ¿cierto? —inquirió sintiendo de pronto un suave dolor sobre los ojos.

—¿Y de dónde sacás esa idea? Vos no te podés mover hasta que empecés a mostrar mejorías. Pero luego ya verás cómo también vamos a divertirnos.

Comentario que se trataba de una estafa burocrática de la doctora. Quería ganarse su confianza y buena disposición para los próximos seis meses que viviría dentro de aquel hospital. Una muchacha de veintidós años con sentimientos extraviados o endurecidos, con baja autoestima, con cinco intentos de suicidio, que alucinaba con un mundo de princesas y castillos con brujas, que perseguía hombres con aptitudes de héroe que la rescataran de un crimen invisible, que se expresaba siempre como si estuviera soñando, y que castigaba a diario su cuerpo porque la belleza era lo más importante que existía para ella, era un caso atractivo que la doctora Nadia quería curar y poder archivarlo entre sus logros profesionales.

Hay un corredor de la muerte al que llegan en un punto todos los depresivos. Se trata de un espacio recargado de fotografías y salas a las que ya no se puede entrar. Al final del corredor está la nada, descarnada, esperando. Y mientras se avanza por el corredor, todo lo que puede revisar el condenado son parches de una biografía tan real como irreal. Allí se mezclan lo padecido con lo que nunca será y el depresivo soñó con que sucediera. Es un preámbulo del infierno que al mismo tiempo se trasmuta en una puerta de salida. Pero hay un segundo, en la mitad del recorrido, justo antes de terminar devorado por una ráfaga de recuerdos lastimones, en que la mente del depresivo se ha transformado en la totalidad del mundo. Está dentro del vacío de la existencia, ignorado por su cuerpo. Flota como si estuviera muerto porque ha dejado de latir su corazón: el cuerpo como pura mente comprimiéndose. De pronto, del otro lado del corredor, ve una luz que le ofrece el retorno. Y sabe que si se mueve hacia atrás, aunque no esté volviendo, la angustia puede desbordarse en su rostro; y el llanto despojado de contenidos, el llorar como simple función biológica, como cagar o dormir, puede liberarlo del corredor. Sin embargo muchas veces es más fuerte el deseo de caminar toda la negrura requerida. Nacimos ciegos y por eso la oscuridad nos reclama.

Para la doctora, Casandra no había llegado al final del corredor. Y aquello era un riesgo constante. En cambio, yo creía que la chica, aunque fingía la experiencia del suicidio (entiendo lo polémico de referirme al suicidio como experiencia fingida, cuando, *per se*, muchos actores terminan como suicidas), nunca había entrado en el corredor de la muerte. Para mí su mayor riesgo era la falta de conexión con el

origen de su enfermedad. Sobre todo el que ella no materializara el crimen en su cuerpo y mente.

Cuando empezamos a cartearnos se lo expliqué a Nadia, así, tajantemente: «Esa muchacha no es esquizofrénica ni depresiva. Esa chica finge hasta la depresión. Lo que no quiere decir que no se deprima. Debes leer los resultados de los exámenes y su historia clínica como un producto literario elaborado por ella misma. Todos esos doctores, todos esos intentos de suicidio, todos esos amantes abandonados o maltratadores, toda esa comida vomitada desde hace ocho años nos está contando otra cosa: su rechazo por el mundo, sí, pero al mismo tiempo una gran necesidad de afecto. Por algo recopilaba su vómito en cajas de galletas. ¿Sabes lo que eso significa? Hay un llamado de atención y un regalo como significados allí escondidos. Pero ella cuenta con la atención de su madre, ¿cierto? Entonces ¿de qué estamos hablando?»

La resonancia magnética descartó la esquizofrenia. No se halló ninguna actividad cerebral anómala. Entonces, durante ese primer mes lo que la doctora hizo fue suministrarle calmantes y brindarle terapia cognitiva, mientras intentaba regular su ciclo alimenticio. Obligarla a comer y vigilar porque no vomitara. Comprometerse a reunirse con ella todos los días por dos horas para discutir sus razonamientos más irracionales, así como la historia familiar.

Pero la chica se quebró. Empezó a quejarse de la comida. Y cuando la obligaban a comer, las cuatro pastillas diarias desaparecían diluidas en la marea de vómito que iba dejando por todas partes. Apenas una enfermera vigilaba a Casandra después de comer y darle sus calmantes. Nada podían hacer cuando a la media noche se metía al baño y lo dejaba hasta el tope de vómito. Y cuando el baño se rebosó y cubrió la alfombra de su habitación de una capa viscosa de alimentos triturados revueltos con pelo, se procedió a ponerle llave a la puerta de su baño durante la noche. Mas nada impidió que Casandra se escabullera por el hospital buscando los baños de otras habitaciones y las jardineras apartadas donde sació su deseo de vomitar hasta más no poder. Y cuando esto también fue descubierto, después de que el olor de su piso se hiciera insoportable, y de que el conserje reaccionara como un orate por la muerte de algunas de sus plantas, la aislaron a un piso donde no había jardineras, el baño era compartido, y apenas existía otra habitación más al final del pasillo donde habitaba otro paciente.

La historia de Rodrigo Negroni, el paciente del otro lado del pasillo, la conocí cuando terminó todo. Era un exitoso abogado que, después de que su prometida de alta cuna (como se dice, para bien o para mal) canceló el matrimonio de ambos, se lanzó por la ventana del estudio

jurídico donde trabajaba, que quedaba en el noveno piso de un edificio elegante en la zona de Palermo.

No se mató porque aterrizó de milagro sobre el cableado eléctrico, que terminó amortiguando su caída. Sin embargo, cuando despertó, dos días después, descubrió que estaba parapléjico.

Para entonces, ya deambulaba en una silla de ruedas como un condenado por los pasillos del Hospital Borda. Su familia lo había puesto allí con el propósito de que los médicos curaran su depresión. Cosa altamente difícil: el abogado de veintisiete años no solo había intentado matarse y había fracasado; no solo había descubierto el corredor de la muerte y lo había caminado sin mirar atrás, sino que también había sido escupido de la muerte. Ni la muerte lo quería. Lo que era ya un castigo. Y para colmo, había retornado como un inválido.

Su mente y cuerpo se habían terminado fusionando provocando la imagen de un trozo innecesario de vida.

—Nena, tenés que decirme algo más. Todos esos atracones y purgas de comida, ¿cuándo se suscitan? ¿Qué pensás vos que los origina? Algo más cambia tu ánimo. ¿En serio te mirás al espejo y te sentís obesa? ¿Y por qué descabellada razón guardabas el vómito en cajas de galletas? Me interesa el origen de esas cajas.

Casandra seguía tan esquelética como el primer día en que se conocieron. Apenas se arreglaba. Vestía una playera americana, debajo de un ancho suéter rosa, con unos pantalones de licra. Se movía en sandalias por su habitación y el piso entero. Algo más le preocupaba. Se había hartado de sus conversaciones con Nadia, que iban siempre de lo mismo, y aportaban muy poco en su conducta. Ya había hablado de sus amantes. Ya había hablado de sus cinco intentos de suicidio. Ya había culpado a su madre por el aborto al que la obligó, alegando que era muy joven para ser madre. Y encima de un pendejo que no deseaba hacerse cargo. ¿Drogas? Por suerte, ninguna. ¿Otras adicciones? Algo de alcohol, pero nada alarmante. La bruja de Nadia, que era como ahora Casandra la percibía y nombraba a solas, continuaba sentada frente a su cama vacía, mientras ella se movía alrededor con las manos huesudas en los bolsillos. Con las venas azules y violetas de su rostro atrapando sus gestos tan artificiales como la luz de la habitación. La chica no permitía a ninguna hora que se corrieran las cortinas para que el sol entrara en la recámara.

—Desde que comparto el baño de este piso me ha tocado encontrarme con un tipo que anda en silla de ruedas. Nunca habla. Apenas alza la mirada cuando entra y sale del baño, acompañado de un enfermero. ¿Qué le pasa?

—Ése es Rodrigo. Está dopado hasta el orto. No te dirá nada a vos

ni a nadie.

Los rasgados que hacía la pluma de la doctora sobre un bloc de papel, una especie de chirrido constante, incrementaban su ansiedad. Había empezado a odiarla. Y a entender que iba a ser muy difícil manipular a esa mujer tan diminuta como ella que parecía no asustarse ni condolerse con nada. Era terrible estar del otro lado siempre. Llevaba casi dos meses encerrada como un animal en observación.

—Algo malo le pasa. Es muy guapo. Pero anda con esa cara de zombi todos los días. Vamos, Nadia, cuénteme.

—Bueno, si tanto te interesa. Es otro de mis pacientes. Está en esa lamentable silla porque su intento de suicidio le dejó consecuencias. ¿Viste lo fácil que es arruinarse la vida?

—¿Y por qué lo hizo?

—Eso yo no puedo contarte. Sabés que soy una profesional. ¿O a vos te gustaría que anduviera de chismosa con tus cosas por allí?

—¿Y se lo puedo preguntar yo?

—Y yo qué sé. Habla muy poco. De pronto y vos le animás.

Después de ese fin de semana, Casandra y Rodrigo empezaron a recibir juntos la terapia de la doctora Nadia en su oficina. Era un progreso que no tuviera que ir ella hasta las habitaciones de ambos a convencerles de hablar. El milagro había ocurrido después de que la chica, efectivamente, lo abordara en el pasillo.

No titubeó en aproximársele cuando el enfermero lo dejó al pie de uno de los ventanales tomando el sol, mirando hacia la ciudad sentado en su silla de ruedas como dentro de una máquina de remordimientos.

—Hola, me llamo Casandra.

Un silencio entre ambos siguió fortaleciéndose. —Mira, yo no soy de acá. Pero estoy interna, como tú, por depresión.

Rodrigo no se animó a responderle. Agitó su mano derecha como pidiéndole que se alejara. Pero Casandra no lo hizo. Siguió de pie junto a él mirando la ciudad desde arriba: un plano de cruces y círculos como en cualquier juego infantil de tres en raya.

—¿Tiene mucha gente Buenos Aires?

—Tres millones de insensibles. Es la ciudad de la furia —finalmente respondió sin bajar sus ojos azules, colgados en alguna atmósfera marchita.

—Me encanta Soda Stereo. Es mi banda favorita de los ochenta.

Rodrigo se animó a levantar la mirada hacia la chica a su lado; y lo que encontró le gustó hasta el punto de provocarle un ligero flujo eléctrico en medio de las piernas muertas. Fue un calambre pélvico que le pegó tan duro que le hizo latir el corazón con mayor fuerza.

Antes de volver a hablar se acomodó el cabello ondulado y castaño por detrás de las orejas. No tenía cicatrices en el cráneo ni en ninguna otra parte visible.

—¿Y vos intentaste suicidarte?

Casandra no pudo evitar reírse mientras sus pómulos demacrados formaban unas protuberancias amarillas. Su boca entonces hizo un puchero involuntario.

—Tú y yo nos parecemos muchísimo. Créeme. Si alguien puede comprender lo que has pasado soy yo. Porque yo he vivido lo mismo que tú.

Luna llena en casa de Tauro . Los Enamorados, El Loco y La Reina de picas. Las noticias que me llegaban eran tontísimas. Además, si en algo soy terco es justamente en lo que tiene que ver con el tema de los afectos entre los aniquilados. Entre dos seres humanos que han perdido la esperanza. Entre dos suicidas fracasados. Alguien dirá: ¿Pero quién puede salvarnos, sino quien está cayendo a la misma velocidad a la que estamos cayendo nosotros? Pero eso no es tan cierto. No le pones el salvavidas a tu compañero mientras te estás ahogando en la mitad del océano. Te lo pones tú primero. Primero, te salvas tú. Y, luego, le das la mano al prójimo. Lo que digo, hasta cuando subes a un avión te lo narran. Lo saben hasta las azafatas que son los seres más prácticos y distraídos del mundo. No podemos entregar lo que no tenemos.

«Se están enamorando. Y se ven felices y predispuestos para la terapia cognitiva. Quieren compartir sus problemas, buscar salidas. He pensado incluso en retirarles a ambos la medicina a ver qué pasa », me escribió Nadia.

Y así pasaron el invierno.

A esas alturas yo me había entusiasmado con el caso de Casandra. Y Rodrigo, así como la historia de los enamorados, se me borraba porque no encajaba para nada. Por lo que de entrada yo sospechaba. En todos esos años, desde que Casandra desarrolló su desorden alimenticio, ella había estado con muchísimos hombres. Hasta siete u ocho por año. Eran relaciones que no duraban nada. Y que empleaba para manipular emociones en la madre. En otras palabras: esos novios eran piezas de un chantaje que buscaba clavar espadas en el corazón de su progenitora.

Pero Nadia no hizo caso a mis comentarios.

Y no tardó en ocurrir lo que había sucedido muchas veces.

Una mañana de agosto los pacientes no aparecieron a su cita de rutina. Y cuando los enviaron a buscar a sus habitaciones descubrieron que se habían fugado dejando rastros de haber levantado la tienda de

campaña con algo de prisa. En la habitación de Rodrigo hallaron unos paquetes de cigarrillos, un libro de Ernesto Sábato y un bolso con ropa sucia. En el cuarto de Casandra, en cambio, no había ni una sola prenda suya de vestir. Pero sí hallaron nuevamente vómito almacenado en cuarenta y cuatro latas de fórmula Ensure.

Nadie pudo responder cómo hizo la chica para escapar de allí con Rodrigo en silla de ruedas sin que alguien se percatara. Aunque en esta descripción tan obvia está el detalle. Nadie pudo responder cómo hizo para robar las latas de fórmula, rellenarlas y mantenerlas escondidas dentro de la habitación. La única explicación, que pudo ofrecerse a sí misma la doctora, es que Casandra había estado rotándolas entre las habitaciones. Y que todo ese despliegue estratégico, más la fuga de los enamorados, probaban que esa chica jamás se había rendido. Ni siquiera había iniciado su proceso terapéutico. Había estado actuando desde el segundo día de haberla conocido en Emergencias.

Buenos Aires no es París, pero guarda una belleza intensa que hace de todas sus partes una estatua futura. Amanece vieja y arreglada como si hubiera dormido con ropa. Rodrigo quiso mostrarle a Casandra su ciudad. La que conocía y amaba cuando era abogado. Y la que conoce y odia desde que es un inválido. Su idea (aunque a mí me quedó claro que sólo fue de Casandra) era pasear por algunas avenidas, parques y centros comerciales. Mostrarle buenos restaurantes y cafeterías. Y terminar como cualquier pareja hospedándose en un hotel.

Realizaron una parada en el banco donde Rodrigo retiró de su cuenta una suma importante. Había ahorrado por años para esa boda futura que jamás ocurrió. Era una máquina de hacer dinero porque entendía que no había otro modo de estar a la altura de esa novia que terminó abandonándolo cuando descubrió lo difícil que se le hacía moverse en sus círculos o ir a vacacionar a Bariloche. Pero ahora ese dinero podía brindarle una historia con Casandra que tuviera el poder de cicatrizar heridas pasadas. Que pudiera hacerlo levitar de la silla de ruedas. Que le volara la tapa de los sesos con el sexo que ella le había prometido con algunos avances y masturbaciones nocturnas en el Hospital.

Desaparecidos para sus familias, los enamorados entraron al restaurante St. Regis en el barrio de Retiro. Una tormenta eléctrica empezó a cernirse sobre el área. Las voces de los comensales de otras mesas iban en aumento.

—¿Y si pedimos un vino? —dijo Casandra sosteniendo la carta con las dos manos huesudas y llenas de anillos. Collares, aretes y anillos onerosos decoraban su aspecto de novia alegre. Se había arreglado el cabello y se había vestido con esmero. Miraba a todas partes como

pesquisando la inmundicia o pobreza ajenas.

—La doctora lo prohibió. Sí, sé que ahora eso no importa. Pero, pienso… ¿y si nos altera después de tanto tiempo sin haber bebido?

—Ja, ja, ja, ja. No seas mojigato. La gente bebe y eso la hace reír. Yo he bebido incluso veinticuatro horas después de un intento de suicidio.

Comieron y bebieron celebrando el comienzo de una nueva vida. Se rieron y revolvieron anécdotas como fotos de un archivo histórico de significados tiernos. Y en todo momento se detenían a imaginar el rostro desbocado en despecho que debía tener a esa hora la doctora Nadia. Desconcertada y sin pistas en su oficina a oscuras. Llamando a sus familiares y hablándoles con pena como una niñera inoperante que había extraviado lo único que no podía extraviársele.

Cuando un taxi se detuvo frente a una serie de casas inmaculadas y repetidas como paneles solares sembrados entre palmeras, Casandra besó con fuerza a Rodrigo y le indicó que ni para qué hacer el esfuerzo de sacar la silla de ruedas de la cajuela. Que mejor esperara desde la comodidad del asiento trasero donde igual vería todo desde un buen ángulo.

Corrió hacia una gran puerta doble con arabescos en hierro forjado, y tocó el timbre dos veces.

Una chica bronceada y más guapa que ella apareció con un gato en las manos. En el interior de la casa sucedía una reunión con hombres y mujeres bien vestidos. La alta clase social bonaerense tenía pinta de exiliada y meticulosa. Como la mafia. Como cualquier clase social alta de cualquier otra ciudad del mundo.

—¿Tú eres Antonella López?

—¿Quién pregunta? —repreguntó la chica que era harta despabilada.

—Eso no importa. ¿Eres Antonella o no? ¿La exnovia de Rodrigo Negroni?

La chica no pudo evitar ser abordada por una mueca de asco que le cruzó el mapa del rostro como si hubiera atisbado un lago de mierda.

—Y cuánto sacrificio fue eso, ¿viste? ¿Vos lo conocés?

—¡Eres una zorra hija de puta! ¡Nunca en tu perra vida conseguirás a otro tipo tan bueno y amoroso como Rodrigo! ¿Si me estás escuchando, zorra súper asquerosa? —aunque estaba ebria sus palabras golpeaban con claridad, alejando así a la chica de su reunión.

Antonella soltó el gato y lanzó una bofetada directa al rostro de Casandra, quien le detuvo la mano en el aire. El gato corrió en dirección al taxi donde estaba Rodrigo, quien le abrió la puerta, muerto de risa, para que el gato saltara hacia sus piernas. Casandra

arrastró de los cabellos a la chica, le escupió en la cara y terminó diciéndole de lo que iba a morirse en unos años. La vagina se le hincharía de bichos repugnantes y enfermedades desconocidas por su capacidad para zorrear. Y el culo chato se lo desflorarían tanto que no volvería a retener sus propias heces.

Casandra huyó de allí cuando alguien se dio cuenta del altercado en la entrada de la casa y llamó a los padres de Antonella hacia el interior de la villa.

Entonces, los enamorados se besaron entusiasmados, nuevamente, bajo el calor de una camaradería delirante que prometía hacerles perder el juicio hasta los confines de sus historias y países.

Al día siguiente la policía y la doctora estaban en el Hotel Barceló. Los padres de Antonella tomaron el número de la placa del taxi y reportaron todo a la policía, que hizo las averiguaciones con la compañía y contactó a los familiares. La doctora Nadia debió intervenir para que sus pacientes no terminaran enfrentando cargos legales por invasión de propiedad privada, agresión y el hurto de un gato. Su anarquismo había llegado a su fin. Tuvo una vida corta.

De vuelta al hospital fueron dopados y ubicados en pisos distintos.

Ahora los enfermeros hacían rondas afuera de sus habitaciones. Cuarenta y ocho horas después les suministraron sueros para limpiar sus organismos. Y la doctora se rehusó en hablar con ellos por dos días más. A pesar de todos los gritos, llantos y reclamos que lanzó Casandra. Y a pesar de que Rodrigo esgrimió sus credenciales como abogado de la República Argentina, exigiendo por su inmediata liberación. Y contando incluso que ambos habían quedado para casarse el mismo día en que los atraparon.

Casandra habló de todo, menos de Rodrigo. Y pidió ser enviada de vuelta a su país. «Estoy aburrida y agotada, Nadia. Y no pienso colaborar con usted. Por lo que no puede curarme ni hacer nada más». Y etcétera, etcétera. Entonces la doctora para no desembarazarse de ella la mantuvo sedada.

Pero alguien como Casandra era incapaz de amar. La historia con Rodrigo era solo una excusa para atracarse de comida y, luego, vomitar. Ella era incapaz de amar porque alguien más había sido incapaz de amarla. O le había negado el placer. Y lo que estaba reproduciendo, una y otra vez, era el mismo crimen. Se había vuelto adicta a lastimarse de aquel modo. Por eso, Casandra no amaba a esos novios. Porque una vez que ellos le daban placer o afecto se sentía en la necesidad de vomitarlos. Por eso ninguno de sus amantes tenía realmente un rostro. Eran otro trozo de comida por digerir y escupir. Lo más seguro es que nunca hubiera amado. La bulimia es frustración en estado puro. Frustración de un cuerpo que no puede satisfacerse.

Sin embargo, la doctora Nadia estaba confundida, y no veía el real disparador del comportamiento compulsivo de Casandra. Ni tampoco a quién dirigía su odio. Los novios no eran los receptores de aquel odio. Los novios, como ya lo he dicho, eran comida. Eran culpa en estado latente. El verdadero receptor de su odio era su madre. Y aquello sí encerraba algún misterio. Por lo que había que traer a la madre al estrado.

Escorpión en el Fondo del Cielo. El Emperador, El mago y La Mendiga. Aterricé en Buenos Aires invitado a un ciclo de mis películas que se proyectarían en el Centro Cultural Floreal Gorini. Viajé motivado por aquello; pero también viajé por el deseo de ayudar a Casandra, esa muchacha que estaba espiritualmente condenada. Y quien ahora también estaba confinada en su habitación como si hubiese cometido algún crimen.

Le pedí a la doctora Nadia que me asistiera para lo que sería un ritual psicológico y chamánico de sanación.

Necesitaba que la madre estuviera presente. Que la doctora estuviera presente. Y que me trajeran un enorme pollo rostizado con papas y lechugas.

Cuando entré a la habitación la chica se quedó mirándome con algo de temor. Llevaba una bata rosada holgada; y lucía como un futuro muerto, lento y oscuro, que todavía respira con un jadeo pesado.

La madre me dio la mano cuando la doctora nos presentó:

—Este es Alejandro Jodorowsky. Y aunque sus prácticas son algo extrañas, quizás es el único que puede curar a su hija, porque parece saber lo que realmente ocurre en esta habitación.

Las sillas de la madre y la doctora estaban frente a la cama de la chica.

—Retírate el calzón, acuéstate y abre las piernas —dije sin concesiones. Tomando el pollo rostizado que había estado esperando su momento en el velador a un costado.

La madre se erizó e intentó argüir un reclamo.

La doctora la controló y le repitió al oído algunas cosas. Quizás lo que mucha gente dice de mí. Tal vez le recordó cómo la había preparado para mis métodos.

La chica, que apenas flotaba dentro de su mente, hizo lo solicitado.

—Vas a empezar a comer este pollo con las manos. Y el primer pedazo que tomes lo dividirás en dos. Uno entrará en tu boca y otro lo introducirás en tu vagina por un buen rato. Y esto lo repetirás hasta que termines de comerte el pollo entero.

Casandra rompió el pollo. Tomo una pechuga y desgajó un buen

trozo de carne blanca con pellejo negro colgante y lo dividió. Procedió a meterse un pedazo dentro de la boca y otro en la vagina.

La madre y la doctora me miraban incrédulas y desconcertadas. Les parecía que estaban asistiendo al set de una filmación surrealista. Sin embargo la chica empezó a reaccionar casi inmediatamente. Empezó a reír cada vez con mayor aceleración mientras hacía desaparecer el pollo rostizado, tanto dentro de su boca como en el interior de su vagina.

Cuando concluyó, pedí a la madre que retirara los pedazos de pollo de la vagina de la hija y los colocara dentro de una bolsa de plástico.

—Esta bolsa con pedazos de pollo deben ambas enterrarla en terreno fértil. Quizás en el patio de su casa. Y allí mismo plantar un árbol. Eso sería todo.

La mujer tomó la bolsa de plástico como si estuviera sosteniendo algún material tóxico. Se aproximó a su hija y la abrazó con ternura al hallar en su rostro un rasgo extraño de felicidad temporal. Lágrimas corrieron por las mejillas de las dos como si se hubieran reencontrado después de una larga travesía.

Antes de salir corriendo para el cine foro que me tocaba esa tarde, la doctora me tomó por el brazo en el pasillo, y me dijo:

—¿Che, pero, cómo supiste?

—No es tan complejo, Nadia. La chica vive en una insatisfacción constante desde los catorce años. A los catorce su padre la abandonó. La dejó antes de que ella pudiera satisfacer sus impulsos incestuosos. Y debió ser entonces cuando empezó a vomitar. Y esto no lo sé, pero sospecho que el padre tenía cuarenta y cuatro años cuando dejó el hogar. Lo que explicaría el por qué empleó exactamente cuarenta y cuatro latas para acopiar su última purga. Como sea, la chica debió culpar a la madre por ese abandono. Y por eso hace de todo para herirla. En otras palabras: culpa a la madre de negarle el placer sexual con el padre. Sus intentos de suicidio, planificados o impulsivos, son otros modos de castigar a la madre por haberle negado ese placer. Y sus atracones y purgas no son más que el gesto de hartarse de placer y, luego, quitárselo ella misma. Pero ahora ya no ocurrirá más. Por un lado, Casandra acaba de entender que no hay nada de malo en darse placer. Y por otro lado, acabamos de enterrar al padre en esa bolsa. De la que ahora florecerá un árbol bello en el patio de la casa de estas dos mujeres. Compartiendo así, finalmente, el crimen y el deseo.

IV

Muchos becarios habían llevado sus proyectos avanzados. Ulises se percata de aquello mientras desayuna con Blancanieves y María la Escamada en el departamento de ambas. Les lanza la pregunta, la misma pregunta que todos los becarios no han dejado de hacerse entre ellos desde que llegaron a México.

—¿Sobre qué es tu proyecto? ¿Y ya lo empezaste?

Ambas responden, cada una a su tiempo, sobre el modo en que esa escritura había iniciado hace mucho. Así remontan vuelo hacia sus naciones y meses oscuros en los que, como para cualquier artista, sobrevivir y vivir fueron casi lo mismo.

—Tampoco te preocupes tanto, Ulises —dice Blancanieves reparando en su semblante decaído—. ¿Sabes que apenas un cuento de cada uno es lo que publicarán para la Muestra de Arte Iberoamericano? Y un cuento, algo de tres o cuatro carillas, seguro que puedes escribirlo.

—Sí. No es nada —responde a pesar de que ahora está seguro, después de varios días en Veracruz, días que pasaron con la Madre buscando otro departamento, en definitiva: días perdidos, que se había impuesto un proyecto muy complejo. Porque ¿cómo crear relatos a partir de árboles que, de algún modo, cuenten la historia del país, del árbol y de unos personajes armados al azar?

Además, ¿qué es lo que entiende por un personaje?

Un personaje es como un traje nuevo al que debe dársele uso muchas veces hasta empezar a sentirse cómodo con él.

Eso, quizás.

Vive ahora en la calle Víctimas del 25 de junio.

Ese nombre le causa algo de estupor cuando le toca pronunciarlo o ponérselo por escrito a su familia en un correo electrónico. «Hola, ¿cómo van? Sí, estoy en un mejor lugar, más apropiado para empezar mi trabajo. ¿La dirección? Bueno, la calle se llama: *Víctimas del…* Y eso.» La relación de México con la muerte parece más contundente que la que tiene con la vida. Sin embargo, está en una disposición increíble. Cuenta por primera vez con dinero, vivienda y tiempo para escribir. En poco tiempo descubrió que muchos de los becarios, aunque decían estar allí para crear arte en un lugar tan mágico como México, que por eso habían aplicado a la beca, estaban allí por el dinero. Ahorraban hasta en lo indispensable con la idea de volver a casa, después de cuatro meses, con un dinero que los ayudara a mantenerse a flote del otro lado. La diferencia entre un abogado y un

artista es que el abogado siempre tendrá trabajo, razona así, aunque odie lo que haga o a quienes defienda. El artista, por otro lado, siempre tendrá necesidades aunque ame lo que haga y nadie quiera pagarle por ello.

Vistiendo una ancha camisa deportiva, camina dos cuadras hacia la izquierda y una hacia la derecha, hasta llegar a un bazar donde compra un papelógrafo y unos marcadores de punta gruesa. Tiene el propósito de redactar unos mandamientos, una especie de decálogo personal de escritor, que pegará con cinta adhesiva sobre la pared al pie de su escritorio.

A su retorno, eleva la mirada hacia el balcón donde, como es usual desde hace una semana, están Calibán y la Madre fumando y bebiendo caguamas. El sol lo inflama todo. Sin embargo, para ellos es más importante andar ebrios y drogados que ocultarse de los azotes del sol. Les ha pedido en reiteradas ocasiones que no fumen dentro del nuevo departamento que tanto les costó conseguir, por el que debieron enfrentarse con el FONCA. Se trata de un nuevo sitio con cuartos espaciosos, así como una cocina, un comedor, una sala acogedora y un balcón.

Se resigna y les hace a ambos un saludo desde la calle. Como respuesta recibe una sonrisa de parte de la Madre. Ulises siente que a sus espaldas ambos se burlan de su personalidad estricta y ceremoniosa. Llega hasta el segundo piso, abre la puerta y entra directamente a su habitación que está pegada al balcón. No es el cuarto de un niño pero tampoco es la habitación de un hombre adulto. Parece, más bien, el cuarto de un estudiante universitario que vive lejos de casa. Allí están sus gorras en un estante junto a sus cremas y medicinas para la alergia. Su gel para el cabello. Los estuches de sus lentes. Sus libros. Un orden que lo aísla pero lo eleva sobre el desorden de otros artistas.

Empieza a reciclar frases de grandes escritores para sus mandamientos. Faulkner. Hemingway. Cortázar. Borges & Co. Únicamente la última frase que escribe sobre la cartulina es de su autoría: *Pensá menos*. *Razoná menos y escribí lo que podás*.

Termina y pega con cinta el papelógrafo, sobre la pared, justo al pie de su escritorio, donde la laptop permanece abierta. Retrocede y se queda mirándolo por un largo rato. El punto diez debe ser mi íntima regla, se dice a sí mismo, mientras se arroja a la cama y cae dormido por culpa del sopor.

Se despierta por la bulla que proviene de la sala. Apenas asoma la cabeza por el marco de la puerta, ve a dos bailarinas junto a sus compañeros en lo que parece ser una fiesta a las doce del día. Se están metiendo marihuana, papas fritas y cervezas. Se ha roto el marco

consensuado respecto al cigarrillo. Se ha roto el marco consensuado respecto a las horas para poner música e invitar gente. Ulises se encoleriza viendo cómo Calibán está probando mezcal con una bailarina pequeña de ojos claros y mirada extraviada. Se pegan bailando al son de Café Tacuba.

—¡Madre! —grita desde su lugar—. ¡Vení un momento por favor!

La Madre reacciona levantando los brazos y poniendo los codos muy separados. Una carcajada, seguida por un llanto producto de la risa, lo sorprende a él mismo mientras continúa inmóvil como una montaña honorable al pie de un rio.

La marihuana ha exiliado la conciencia de la Madre hacia un jardín invisible.

Si uno escribe sobre ciertos temas u obsesiones debe estar dispuesto a traerlos a la realidad. Escribir hace real esos fantasmas de los que uno huye. Quizás, construir un relato no es otra cosa que volver real algún dolor imaginario. Porque es difícil escribir sin poner el cuerpo. Sin involucrarse. Así sea como una presencia sospechosa. Lo que me lleva a desconfiar de otras cuestiones importantes como, por ejemplo, la estética y la precisión. Porque nada de lo que hace nuestro cuerpo es preciso.

No lo sé.

En todo esto piensa Ulises mientras continúa con su laptop abierta sin poder escribir ni un solo párrafo de su proyecto. Son las siete de la noche. Y aunque hace rato concluyó la reunión en su departamento, todavía escucha ciertas puertas abrirse y cerrarse, así como algunos pasos por distintos sitios. Abre y relee partes de su libro anterior de cuentos, intentando hallar allí alguna pista o razonamiento que acelere su proceso creativo. Nada sucede. Es doméstica la conspiración de una mente que no puede escribir: el atasco sucede desde adentro.

De pronto escucha una agitación en la sala. Calibán está hablando como loco en voz alta. Sale dispuesto esta vez a reclamarle su falta de tacto, su escaso o nulo compañerismo, cuando se tropieza con un cuadro misterioso: la bailarina, con la que tomaba horas antes, está recostada en el mueble mientras Calibán está fumando desnudo. Está sentado en el piso con la quijada apuntando hacia el techo. Hay sangre en los costados interiores de sus muslos y colgando de su miembro. Repite incoherencias que Ulises no logra atajar. La bailarina está envuelta en una sábana con su mirada extraviada y transparente fijada en el balcón.

—¿Y a vos qué te ocurrió?

—Corre como un jaguar. Corre con el jaguar. Corre con jaguares. Tú eres el jaguar. Corre. Corre, Jaguar.

—¿Y de qué habla este jodido? —pregunta Ulises a la muchacha, a quien le tiemblan los brazos. No lo mira. Sigue ensimismada—. ¿Y toda esa sangre?

—Hay otra gente viviendo aquí mismo, Ulises. Nosotros la vimos.

—¿Pero de qué hablás? ¿Cuál gente? ¿Se te subió el mezcal o qué?

—Otra gente que vivía aquí antes que nosotros.

—No te sigo.

—Una mujer y dos niños —dice la bailarina sin dejar de mirar hacia el balcón.

—Esta casa no es nuestra.

—Dejáte de decir tonterías. Y explicáme mejor de dónde salió toda esa sangre.

—No repares en eso, bróder. Esta man anda con la regla.

La bailarina sigue temblando desde su sitio en el mueble. La sábana cubre su desnudez aunque una mancha de sangre empieza a dilatarse y dibujar la sombra de un huevo a la altura de sus piernas.

—A vos deberían cortarte la verga, Calibán. ¡No respetás nada! ¡Ni siquiera a los que no tenemos oportunidad de coger!

«No han pensado muy bien esta beca», dice Ulises en un correo de respuesta, cuando les comunican a todos que, finalmente, el octavo escritor está por llegar a Veracruz. Se llama Leonardo Rojas. Es un cuentista peruano que lleva algunos años residiendo en Madrid. «Esperamos que lo puedan hacer sentir a gusto en la ciudad», asentó en su correo Roberto García, el tímido funcionario que trata de llevar en paz la guerra con los cuarenta becarios. Quien, además de preguntarles por el estado de sus proyectos y mencionarles la fecha en la que ocurrirá la primera tutoría, cuando finalmente los tutores contratados por el FONCA cotejarán sus avances, les habló del arribo de Rojas.

Ulises está nervioso por la tutoría. No tiene nada que mostrar. Cuando entra a la cocina toma unos cereales, un cartón de leche y pone todo en un bol. Allí encuentra a la Madre, cabizbajo y agencioso, con su cabeza de cuervo, deshaciendo bolitas de marihuana frente a su cajita de madera. Sus dedos se mueven con la soltura del experto.

—Madre, dejáme desayunar en paz, por favor. ¡Movéte para tu cuarto a fumar!

—Calma, hueón, que sólo vine hasta acá por la luz. En mi cuarto entra muy poca. Oye —continúa hablando mientras va formando unos pequeños misiles verdes de papel manteca—, ¿y viste que llega pronto el peruano?

—Leí también el correo de Roberto.

—¿Y lo conoces?

—No. Pero lo busqué por Internet.

—Ay, qué curiosito, hueón. ¿Y qué escribe? ¿O qué tal está? ¿Sabes si le gusta el pico?

—¿El qué…? Es un escritor de ficción como casi todos nosotros. Aunque más raro, excéntrico.

—¿Raro como que está loco?

—Raro como que limpia inodoros en una estación de los metros de Madrid.

—¿Obrero?

—Sí. Un tipo de casi cuarenta años que no tiene ninguna educación.

—Un hueón machito de esos en esta época promete. ¿Y dónde se quedará?

—Ni idea. Pero no puede quedarse con Clon de pichón y el Tramoyista. La semana pasada pasé a visitarlos y allí no hay mucho espacio. Además, les preocupaba a ambos el asunto de ese tercero. Que se los quisieran clavar en su departamento. De pasar eso, esos jodidos se iban a quejar.

—Y si le dan uno solo para él, ¿habría también que quejarse o qué? Porque a nosotros nos han puesto a compartir casa. Y si por llegar tarde le dan un departamento solito para él, pues habría que quejarse con el FONCA, ¿cachay?

—Mejor ponéte a trabajar en tu libro en lugar de andar pensado en el peruano. Oye, Madre, ¿y vos sabés qué le pasó a Calibán la otra noche, cuando se le zafó un tornillo y se chivió con el mezcal?

—Ese negro es buena onda. Pero le encanta pasar continuamente inconsciente. El tema es que al hueón le da por maltratarse mucho, ¿cachay?

—Demasiada marihuana.

—No. Si yo lo estoy convenciendo a eso. Está como loco: no sabe qué hacer para conseguir drogas más fuertes.

—¡Ay, Madre, ustedes dos van a arruinarme esta beca!

—No, tampoco así, hueón. Pero hay que divertirse acá también. Si nos están pagando para escribir. Y eso, lo sabes bien, es un privilegio. Asumo que en tu país, como en el mío, nadie lo hace. Lo que necesitas es relajarte, Ulises. Quizás por eso andas atascado con tu tema.

Ulises se queda callado y elige abandonar la cocina. Cuando atraviesa por la sala mira hacia el balcón donde observa a Calibán fumando con cierta intensidad, aguantando el aplastante calor de ese puerto sin una sola racha de viento.

Y, por un segundo, cree presenciar cómo se limpia unas lágrimas con gran vergüenza.

Una semana después, se encuentran todos en el departamento de Ulises para ir a la feria del libro de Xalapa. Blancanieves y María la Escamada se han puesto bloqueador y gorras deportivas para protegerse del sol. El Tramoyista está fumando en el balcón: echa el humo y esboza una sonrisa escultórica con sus enormes dientes. Clon de pichón, ya sin la necesidad de representar a su región frente a los funcionarios del FONCA, ha guardado su traje típico, por lo que ahora luce como el resto: camiseta, bluyín y gorra. De todos, solamente la Madre se está sofocando: el calor inclemente de Veracruz lo hace sudar cada dos metros que recorre. Odia con todas sus fuerzas ese clima.

—Oí que estará Sergio Pitol en la feria —dice Ulises ubicando sus últimas cosas dentro de un bolsito de mano—. Aquí llevo una de sus novelas para que me la firme.

—Yo supe que estará Mario Bellatin. Y muero por una foto con él —responde Blancanieves.

—¿Quién es Mario Bellatin? —pregunta Clon de pichón, mientras se asienta el cabello con las manos húmedas.

—Hueón, ¿en serio no cachas quién es el Bellatin? — repregunta la Madre.

—Es uno de los autores más afamados del momento. La crema de la crema. O la *creme brûlée*, como a mí me gusta decir —interrumpe el Tramoyista, entrando a la sala con su sonrisa sarcástica. Se ha dejado un bigotito cano que parece un dibujo trazado con bisturí.

—¿Y cómo sucede aquello? —pregunta en voz alta Ulises, aunque su primera intención no ha sido ésa—. ¿Cómo se convierte un autor en alguien famoso de la noche a la mañana?

—Pues hay dos formas, querido Ulises. O participas de la maquinaria, me refiero a volverte visible para la bola de críticos, diarios, editoriales internacionales y agentes literarios; o te instalas en un proceso creativo muy lento y aislado, por lo que serás reconocido *post mortem*, o un poquito antes —responde el Tramoyista, soltando de allí otra carcajada.

—A mí lo de *post mortem* no me interesa. Ni un poquito antes. Porque pienso en Bolaño y sólo me perturba imaginarlo escribiendo tres libros al mismo tiempo, haciendo poesía y novela, y enviando a concursos para poder mantener a su familia. ¿Todo para qué? Para alcanzar la fama y morir cinco años después.

—En Chile Bolaño ni pinta mucho —le increpa la Madre—. En Chile tenemos autores grandes de verdad —afirma, a pesar de que se ha leído todo sus libros y secretamente lo admira.

—Como sea, decíme vos si tiene sentido partirte el lomo escribiendo para no recoger nada. Para no recibir los créditos por tu

trabajo.

—Lo de Bolaño expone precisamente la trampa del bucle literario. Es un ejemplo de lo más ordinario. Sin embargo, mientras más años pasan desde su fallecimiento, el valor de su obra aumenta. Lo que hace aumentar su figura. Lo explico de otro modo: antes de *Los detectives salvajes*, que le dio el reconocimiento internacional, Bolaño había ganado unos ocho premios literarios, tanto en Chile como en España. ¿Y eso a quién le importó? A nadie. Sus libros seguían sin comentarse, salvando poquísimas excepciones. Y vendía muy poco. Lo que tal vez se debía a su desconexión, tanto con las argollas literarias chilenas como con las españolas. Una vez que obtiene el Premio Herralde, y Herralde se encarga de promocionarlo con fuerza, comienzan a leerlo y comentarlo por todas partes. Y, de repente, se ejecuta una especie de recuperación de sus libros anteriores. Como sea, el mercado y sus caprichos son quienes mandan.

—¿Eso pensás vos, Tramoyista? ¿Pero, cómo entender el capricho del mercado? Por ejemplo, ¿cómo hacés vos en tu medio?

—Eso es diferente, Ulises. En nuestras pequeñas realidades literarias casi nadie queda fuera. Tarde o temprano cualquier poeta o narrador se embolsa un premio local. Y esto por méritos de la obra, o por amistades mafiosas. Lo difícil es articular una obra por fuera de tu país. O ganar un premio internacional. No uno internacional en tu país, que es igual a nada. Pero aun así, aun ganando premios o publicando fuera de tu país, aquello no establece que la maquinaria internacional empiece a trabajar a favor tuyo. Creo que debe de haber otro atractivo. Quizás algo que esté vinculado con el espíritu de la época. O con aquelarres mediáticos. A veces, solo tiene que ver con caprichos como las antologías. O estrategias publicitarias como el grupo llamado *Bogotá 39*, que reúne autores de cierta franja generacional que viven o vivieron fuera de sus países. Una especie de recuperación del boom latinoamericano.

—Lo que observo yo —habla así Calibán, quien aparece sin camisa, con el cabello alborotado y una botella de mezcal a medio beber en su mano izquierda— es que España continúa, quinientos años después, obligándonos a pensar, escribir y sentir como ellos.

—¿No vienes con nosotros? —pregunta Blancanieves mirándolo como si fuera la aparición de un animal real. Un demonio que suprime su respiración haciendo zumbidos. En segundos una ligera corriente eléctrica le hace arquear el cuello.

—¿A una feria de libro a sobajear vergas de escritores que no tienen verga? No. Me quedaré leyendo a Alejandra Pizarnik y bebiendo. Esa poeta y este mezcal es todo lo que necesito.

—¿Y tu noviecita española, Calibán? —pregunta y sonríe el Tramoyista.

—Eso se trató de otra cosa. Mira, Tramoyista, hay dos momentos en la educación de todo ecuatoriano en que el estigma es asumido a totalidad. En que nos rompen. Y ambos momentos ocurren en la escuela, cuando uno es muy pequeño. El primero, es cuando te ajustan con las enseñanzas de la Biblia, empezando por el Génesis, haciéndote el relato de esos tres personajes: Adán, Eva y la Serpiente; sobre cómo el hombre pierde el paraíso por culpa de la Serpiente. El segundo, es cuando te explican la Conquista con el relato del rey inca Atahualpa, y de cómo fue apresado por los españoles, quienes exigieron para su liberación inmediata un cuarto lleno de oro y dos llenos de plata, hasta donde la mano levantada del rey alcanzara. Oro y plata que, una vez entregados, sólo provocaron el asesinato del rey inca y una mayor ambición por parte de los españoles. En ambos relatos, tanto en el de la Biblia como en el de la Conquista, hay un elemento en común: el engaño y la traición. Quizás por eso para los ecuatorianos la vida íntima y pública está enlazada a todo tipo de embustes y corruptelas. No lo sé. Lo que sí puedo decirte es que esa manipulación original ha establecido cierto orden. Cierta forma de crecer, mirarse y mirar el mundo.

—No todas las tendencias artísticas vienen de España, Calibán. Piensa, por ejemplo, en lo que el surrealismo francés dio a la pintura. O en el neobarroco cubano. O en la poesía beatnik de los Estados Unidos que alimentó a grupos de poetas como en el que estuvo Roberto Bolaño. Y si hablamos del cine, pues Orson Welles es un referente indiscutido —se anima a opinar María la Escamada, juntando sus rodillas en un sillón azul marino.

—Va más allá de la idea del embuste. Yo creo que no es fácil borrar trescientos años de la historia de una pérdida. Además, qué se puede esperar de una cultura que llamó a un genocidio La Conquista. Si se fijan: lo usual es que cuando un latinoamericano entra en contacto con un español, el primero le rinda pleitesía, se ponga casi a las órdenes. Un latinoamericano jamás siente que un ciudadano español vaya a traicionarle, o pueda siquiera embaucarlo. Es más: quiere ser aceptado por él. Se siente atraído por el misterio del origen. ¡Si hasta Simón Bolívar se casó en Madrid con una aristócrata española! Se trata de un reflejo automático. Nosotros somos los hijos bastardos y rebeldes de esa patria, que todavía aguardan por la aprobación, por su bendición —dice el Tramoyista encendiendo otro cigarrillo—. Incluso, si nos ponemos más finos, por una carta de nacimiento. Ciertamente no es lo mismo ser un autor latinoamericano como Onetti y Lamborghini viviendo en España, quienes se pasaron su estadía española metidos en la cama, casi sin ser vistos, a serlo como Vargas Llosa. O sea, un autor nacionalizado español. Algo que cubre el deseo contemporáneo de una masa de criollos aún agobiados por la

identidad.

—Bueno, tampoco es tan diferente la relación que Brasil tiene con Portugal. Se quieren pero no se quieren —dice Blancanieves acicalándose una pequeña cola de cabello castaño que escapa por el orificio de su gorra deportiva.

—Lo que quiero saber es otra cosa. Lo que quiero saber es, para ustedes, ¿cuál es la mejor estrategia para, de la noche a la mañana, convertirse en un escritor afamado? ¿Qué tal hacer como Salinger? Recluirse, por ejemplo. ¿O como Thomas Pynchon? No dejar que nadie te vea la cara. O cambiar de nombre y de residencia. ¿No les parece a ustedes que hacerse invisible en estos tiempos sería igual a hacerse completamente visible? —insiste Ulises.

El sol golpea sin pausas. El balcón luce a ratos como un desván ardiente. Todos se guarecen en la sala bebiendo jugos antes del viaje a Xalapa.

—No sé, Ulises —responde el Tramoyista—, esos esnobismos son fórmulas que no siempre funcionan.

—Nones, bróderes. No es lo mismo. Esos registros se transforman en tendencias con el tiempo, pero habría que ver si sobreviven al tiempo —dice Calibán, dejando a un lado la necesidad de Ulises y mirando directamente a María la Escamada— y se adquieren como gustos más que como manipulación del marketing que hoy lo organiza todo. Piensen en lo siguiente, desde que nuestros paisitos son repúblicas, ¿cuál ha sido la literatura dominante? En mi país: la escrita por hombres blancos, heterosexuales, de clase alta, que tuvieron cargos diplomáticos en otras naciones. ¿Católicos? La mayoría. ¿De modales y gustos europeos? La mayoría. Y los hubo de derecha como de izquierda. Porque la izquierda tiene también su élite. Y ha sabido construirla y asentarla. Solo en mi país pienso en Oswaldo Guayasamín y Jorge Enrique Adoum con todos sus hijos putativos. Pero antes que ellos, ¿quiénes escribían en nuestras naciones? ¿No eran los sacerdotes, los jesuitas, esos cabrones que tuvieron la mala suerte de nacer por allá? ¿Dónde está la tradición literaria de mujeres, de maricones, de negros, de indios, de marginales en nuestros países? ¿Existe eso? Nones, bróderes. Aunque luego empezamos a descubrir a esos autores. Y empezamos a darles chance, a leerlos y a empujar a otros para que los lean. Pero de pronto la idea de cierto canon se asienta desde España. Casi nunca desde los Estados Unidos, y por el simple hecho de que no compartimos el idioma. Entonces, la idea de que un autor para consagrarse debe hacerlo primero en España empieza a tomar forma. Yo lo entendí a los veintitantos, después de pasar por la idea de que debía lograrlo primero en Quito, la capital de mi país. Como ven, todo se trata de capas y ascendencia. Entonces, muchos autores hacen la diáspora esperando por el milagro. ¿Pero

cuál milagro? ¿Y por qué? ¿Cómo puede España saber, por ejemplo, que la poesía de Caballero Bonald es mejor que la poesía de Lezama Lima? Sin embargo, los escritores, incluso de discurso anticolonialista, se dejan arropar por ese marketing. Porque aunque esto se trata de fabricar una tendencia, se trata sobre todo de vender. Sí, los libros son productos, cosas que se venden. Y los autores son también marcas que se venden. ¿Y por qué nadie dice nada contra ese colonialismo literario? ¿Porque ellos inventaron la ortografía? ¿Porque nosotros agradecemos por la ortografía? La verdad es que somos unos monos pendejos e impresionables. Y de esto ya habló Bolaño cuando preguntó por qué un autor de éxito es un autor de éxito en España. Y él mismo se respondió que solo porque sus historias se entienden. Como si el público español no quisiera saber nada más de otro modo de escribir y sentir el español que el suyo. Como si ser un autor latinoamericano fuera entender que uno vive dentro de una caja de fósforos casi siempre vacía, donde a veces uno es el único fósforo que queda por encender para incendiarlo todo. Y de la poesía no me hagan ni empezar a hablar. Todos los premios literarios, los más apetecibles que, por supuesto, son españoles, por el billete y el prestigio internacional que otorgan, son cedidos muchas veces a libros con poemas con alguno que otro buen momento, pero llenos de trivialidades, de lugares comunes. Cuando una obviedad no merece estar en un poema. Porque cualquier obviedad transforma un poema en comentario. Además, un poema no puede tener «buenos momentos», porque un poema no es una película. Un poema será o no será. Un poema es contundente o no sirve. O te deja temblando las rodillas. O te deja temblando el pensamiento. Pero cierta poesía en español impulsa un espantoso modo de revisar la realidad como una elemental alineación de superficialidades. De cursilerías. Donde el gato es el gato. Y el cuello, el cuello. Y una vagina es solo eso: una vagina. Y no, bróderes, yo sí quiero que una vagina se convierta en algo más dentro de un poema. Quiero que una vagina me cuente la historia de su dolor. Quiero que se me aparezca como una calavera sin agujeros enterrada en la mitad de la playa más solitaria de este horrible planeta.

Ulises elige echar más tierra, o silencio, a ese montículo de rabia que acaba de escupir Calibán. Sacude la cabeza para volver a lo suyo y cambiar mentalmente de página.

—¿Y las redes sociales y los blogs que hacen también alguna difusión? ¿Tú sí las empleas? Sé que hay autores que por allí se han hecho de miles de seguidores. De miles de lectores.

El Tramoyista resopla antes de responder. Esconde los dientes por segundos y luego rápidamente vuelve a desplegarlos como un enorme abanico de cuarzo frente al grupo.

—Sabes que a mí, Ulises, lo de las redes me causa lo mismo que se supone le causaba a los indios la fotografía. *Twitter* y *Facebook* no solamente acumulan información y fotos elegantes que la gente elige. Hay vida allí que se aglomera. Me es difícil fingir aplomo cuando mis hijas o mi mujer me muestran cómo comparten con tanta facilidad nuestra intimidad. Además, todo parece mentira, ¿no? Quiero decir que esa vida no es la vida. No puede suplantarla. Las imágenes y las ideas son expulsiones de la materia, pero no son la materia. Ahora: si los autores pueden por allí influenciar y ganar atención publicando sus hábitos diarios lo desconozco. Yo lo único que digo es que no me gusta que estés vivo en tantas partes en donde no lo estás.

«Escribe sobre lo que conoces. Y lo que desconoces recréalo o invéntalo igualmente con lo que conoces». Aquel fue el consejo que le dio Sergio Pitol cuando Ulises se animó a pedirle que le firmara uno de sus libros. Sabía que no podía desaprovechar la oportunidad. Entonces, masculló las preguntas, allí mismo, junto a un viejo poeta y una colegiala:

—Maestro, ¿cómo escoge usted sus temas para escribir? ¿Cómo empieza?

Y después de que el sabio escritor le respondió, Ulises se consideró aún más perdido.

Ahora se sienta solo y mira caer el sol desde su lugar en el bus que viaja de retorno a Veracruz. Tuvo una rara necesidad de aislamiento. Le quedan apenas dos semanas para trabajar antes de la tutoría. Oye la disputa de los demás en los asientos traseros. Hablan del socialismo del siglo XXI y de la función del escritor en América Latina. Hablan de la ficción y de la autoficción como fuerzas opuestas que amenazan acabar un día con el planeta literario en el que todos ellos se sostienen. Hablan de temas que para él son un átomo del mundo, pero no el mundo. Al menos, no el que a él le importa. Se quita la gorra y la coloca sobre su bolso de mano junto a dos fundas de papel repletas de libros que compró en la feria. Siente que debe leer cada una de esas obras antes de sentarse a escribir. Son trece libros de entre cien y trescientas páginas. Es un reto improbable. Leer trece libros y de allí construir dos relatos. Todo en quince días. Pero son autores que ganaron el reconocimiento internacional. Son escritores que llevaron vidas de escritores y tuvieron sueldos de escritores y pasearon por el mundo vestidos y hablando como escritores. Y eso es lo que él más desea. Despertar una mañana en su casa de escritor, llena de enseres de escritor (libros, apuntes, diplomas, trofeos y fotos con otros escritores cardinales), donde recibe una llamada de su agente que le informa sobre un evento importante al otro lado del mundo para el que es requerido (con boletos de avión en primera clase y sueldo

incluidos, por supuesto), y, tras decir que sí, deja su hogar en su auto de escritor (un blanco convertible de dos puertas) y se dirige hacia el corazón de la ciudad europea en la que vive. París o Madrid. Lisboa o Barcelona. Y cuando camina por las anchas y limpias calzadas de esa ciudad extranjera, pasa junto a una librería donde sus novelas y cuentos, publicados por un reverenciado sello, se exhiben en una enorme vitrina. Acto seguido entra en una encantadora cafetería de 1900, donde desayuna desde hace algunos años, y donde todos parecen conocer muy bien su nombre.

Y cuando Ulises abre los ojos el sol está descoagulándose en la vastedad del cielo.

V

VOY A SALIR A CAZAR UN ÁNGEL PARA LA CENA

Por el Tramoyista

A cualquiera puede ocurrirle. Despertarse un día y no recordar su nombre. Y frente a él mirar una especie de río desplegándose. Sin embargo, no es propiamente un río lo que aparece a sus pies. Porque, en lugar de agua, hay un sendero azul intenso que se agita ondulante como si fuera movido por alguna polea invisible.

El cuerpo, por otro lado, ha dejado inmediatamente de dolerle. La sensación que guarda con respecto a ese pasado, a un pasado suprimido pero vinculado ahora a un dolor corporal, le resulta extraña. Sabe que no tiene sentido alguno poder recordar la ausencia de un dolor, mas no su nombre. Y luego se pregunta si quizás lo que deba hacer es seguir la idea de ese dolor para dar así con su pasado.

¿Cómo llegó hasta allí? ¿De dónde viene? O, en el mejor de los casos, ¿hacia dónde estaba yendo? ¿Por qué le dolía todo el cuerpo? Respira y se resigna a rebuscar en los bolsillos de su ropa alguna cosa que inspire a su mente. Nada. No hay nada allí. Está limpio como recién llegado al mundo. Limpio y sin memoria.

Se mueve bajo la sombra de un gran pájaro azul que termina por desaparecer en la esquina siguiente. Apenas lo vio piando llamó su atención. Las calles, de un lado al otro, lucen raramente vacías y tan brillantes como una vajilla de acero repulido. Mi nombre es, se dice a sí mismo. ¿Pero cómo es esto posible? Se apoya sobre un árbol inflado de hojas amarillas. Se soba la nuca con la palma derecha. Mira hacia el cielo por segundos. Y se queda observando por más tiempo sus brazos y manos. ¿Cuál era mi nombre? La conciencia de necesitar de su pasado para poder comprender qué está haciendo allí, en medio de una calle silenciosa, lo golpea contundentemente. Es un ladrillazo de razón. Sin pasado no existe presente. La camisa blanca que usa ha empezado a mojarse por el sudor. Sabe que debe caminar aunque no tiene idea hacia dónde ni para qué.

Avanza.

En la calle de enfrente, junto a una cafetería cerrada, hay una pequeña librería con un letrero metálico que exhibe el nombre del sitio: *La libélula nómada*. Algo lo impulsa a entrar en aquel lugar. Quizás la forma de los libros apilados en la vitrina. Quizás el tono esmeralda de las puertas. Antes de cruzar, mira hacia ambos lados de

la avenida solo para cerciorarse de que no hay autos, ni gente, ni animales por allí. El viento que corre desde el vacío infinito de un extremo que se observa algo oscuro, casi como la boca agrisada de un túnel, despeina sus cabellos. Repara en que los lleva descuidadamente largos. Casi sobre los hombros. Para que no alteren su visión, se le ocurre meter tramos de su pelo por detrás de las orejas.

Entonces, entra.

Hay cuatro hileras de estanterías de libros con dos ejemplares que se repiten de lado a lado. Únicamente hay dos libros de dos autores distintos. Y, al fondo de todo, un hombre calvo, de unos sesenta años y con lentes redondos sin marcos, ojea una revista junto a la caja registradora. No hay nadie más en el sitio. Solo aquel sujeto y él. Sin embargo, puede oír con claridad absoluta las fluctuaciones del sonido de una canción brotando por las bocinas. Se trata de una canción que, en unos cuantos segundos, lo obliga a tararearla como si hubiera sido poseído por su ritmo.

The year of the cat. El año del gato. Esa canción me ha gustado siempre, habla así el hombre sin memoria sin dirigirse realmente a nadie. Se queda pensando por un segundo en qué puede significar ese «siempre» que ha empleado. Tropieza con un pequeño cesto oscuro. Al voltearse, lo que termina regado por el suelo son facturas. Cientos de ellas. Cuando endereza el cesto y comienza a recoger las facturas, el hombre calvo de lentes, junto a la caja registradora, repite como una máquina: «The year of the cat. Canción de Al Stewart. Fecha de lanzamiento: 1976. Género: Folk. En sus primeras líneas dice: En una mañana salida de una película de Bogart, en un país donde todos retroceden en el tiempo…»

De pronto, esa canción, su sentido intrínseco, hacen algo de luz dentro de su cabeza aún parcialmente en tinieblas. Por eso interrumpe al sujeto junto a la caja registradora.

—En un país donde todos retroceden en el tiempo, vas paseando como Peter Lorre contemplando un crimen.

—Precisamente. ¿Es esa tu canción?

—¿Mi canción? Mi canción… Creo que sí, puede que así sea. Hoy no me he sentido nada bien.

—Mira, no te preocupes. Les pasa a todos.

—¿A todos?

—Nos pasa a todos despertar un día y no recordar nada más que una canción. Nuestra canción favorita.

Hace muchos años, seguramente, todo comenzó con alguien preguntándose quién era. El solo sentido que anuncia ese cuestionamiento es, por demás, inexplicable. Lo más seguro es que

casi todas las personas vengan y vayan por allí sin terminar de saber qué quieren o quiénes realmente son. El hombre sin memoria también desea comprenderse. Piensa, mientras ojea los únicos dos ejemplares replicados por miles en las estanterías de esa librería pequeña llamada *La libélula nómada*, que los libros y él deben guardar algún pasado.

Cuando la canción concluye, el hombre calvo junto a la caja registradora ha dejado su sitio. No se lo ve por ninguna parte. De repente, de las bocinas brota una curiosa invitación. Un llamado de atención para un programa radial. «Está escuchando usted la estación *Azul frágil*; no se olvide que en pocos minutos estará con nosotros el gran Jorge Luis Borges.» Se paraliza al oír ese nombre. Siente que sabe de quién se trata. Siente que, tal vez, desde que despertó o abrió los ojos en medio de la calle, o se miró por primera vez a sí mismo mirando a su vez la realidad, una sin dolor, tiene el conocimiento de algo. Borges, repite en su mente. «Sí. Borges estará en unos minutos aquí, con nosotros, junto al nudista de fama mundial Jimmy Jones». Parece haber respondido el locutor a su pensamiento.

—Si quieres ir a la radio, está apenas a una cuadra de aquí. En el décimo piso del edificio Flores. Verás el enorme letrero iluminado sobre la parte alta de la fachada del edificio. No hay modo de perderse. Sigue todo derecho.

Le habla así el dueño de la librería, quien acaba de volver a su sitio y tiene ahora sus manos cubiertas por unos guantes quirúrgicos. Cuando el hombre abandona rápidamente el lugar, el tipo de lentes está cortando frases de los libros con un largo estilete. El fragmento de papel recortado lo enrolla hasta darle la forma de un tubito que inserta en la pulpa de una rara variedad de manzanas, peras y naranjas, abiertas sobre un enorme plato blanco de cerámica.

El hombre sin memoria no se distrae. Avanza movido por la idea de que ese Borges debe de tener alguna relación con él. Seguramente es un amigo. O su padre. Ambas ideas, la de tener un amigo o un padre, empiezan a dar vueltas en su mente. De repente, emergen frases con cierta frecuencia por el aire. Oraciones que parecen brotar de altavoces sumergidos entre fachadas y árboles. Y antes de que la noción de un padre, de tener o haber tenido algún día uno, cobre potencia en él, mira el letrero chispeante de la estación de la radio *Azul frágil* sobre su cabeza.

Cuando entra al edificio solo hay señales. Signos, palabras y oraciones que indican por dónde ir. Un ligero escalofrío, producto del aire acondicionado inalterable por horas, o días allí, lo deja paralizado frente al ascensor. Lo toma y se dirige al décimo piso, recordando lo que el dueño de la librería le mencionó.

Apenas se abren las puertas metálicas, un corredor forrado por una alfombra de un intenso amarillo se extiende. Duda. Sin embargo, otra

vez escucha el anuncio, la invitación que parece curiosamente dirigida a él, flotando con fuerza: «Borges y un nudista, en pocos minutos, mantendrán un diálogo. Un debate que promete.»

Desde el lugar donde está puede intentar otear hacia el exterior. La cálida luz del sol pegada sobre unos vitrales al fondo del pasillo lo invita a seguir. El tono que produce el contacto de esos rayos sobre el vidrio templado serpentea la alfombra amarilla. Unos ribetes celestes y púrpuras se dibujan como manchas, tallos y cuernos mientras camina.

Coloca ambas manos sobre el vidrio templado, y lo que apenas puede ver desde allí es el retrato de una ciudad fantasma. Calles vacías con letreros que se encienden y se apagan por minutos. No entiende nada. Ni qué hace allí, ni por qué. Antes de que pueda mirar más allá, quizás en los límites de la última de las calles que se muestran bordeadas por unos árboles grandes y frondosos, oye la voz todopoderosa de Borges:

Es verdad que el mundo solamente es cuando ya es demasiado tarde.

Le molesta esa frase tan conmovedora, paradójica y zafada. Además, no sabe bien por qué, pero le parece reconocerla de algún lado. Entra con decisión a la oficina de la radio para mirar cara a cara a Borges y ver si de aquel modo puede acontecer alguna especie de milagro de resurrección en él. Necesita saber quién es, qué hace allí, desde hace cuánto tiempo anda desorientado en esa ciudad fantasma llena de anuncios y voces que a ratos parecen frases de filósofos de cantina.

Tú escribes, Borges, pero qué vas a saber de la desnudez.
La desnudez no es escribir.
Eso es una patraña. Un embuste de un montón de intelectuales que quieren vender sus libros a tontos e incautos.

La voz, la segunda, es rara, parece la traducción de una voz original. Una especie de lengua extranjera que ha sacado a pasear su herramienta por algún tipo de rencor. El hombre abre la puerta, no sin antes acicalarse el cabello largo con ambas manos.

Sobre una mesa de roble, apenas iluminada por una lámpara negra y diminuta, hay una cabeza dispuesta al pie de un micrófono. Se trata de una cabeza grande y llena de detalles, de una escultura o una pieza de mármol empalidecida con los años. Ha perdido algo de color en la base y sobre los pliegues de los que debieron ser cabellos.

Del otro lado de la gran cabeza de mármol hay solamente un

parlante pequeño, una bocina por donde sigue el hombre escuchando al famoso nudista:

Cuando inventamos el Streaking en los setenta no lo hacíamos por dinero.
No se trataba de cobrar por meterse a interrumpir un evento social o deportivo.
Lo hacíamos por principios. Queríamos que el mundo asumiera que el tiempo que estaba viviendo era un error.

La cabeza, sin moverse, que ahora el hombre reconoce como la cabeza de Borges, la mancha aristotélica de un venerable anciano de mirada cansada, responde sin abrir siquiera los labios:

Es difícil imaginarnos el tiempo con un principio y un fin.
Estamos siempre en el centro del tiempo.

Pero inmediatamente contraataca esa voz nasal, casi doblada, a través del parlante:

Todo lo que empieza termina, gil.
El centro no existe. Corres a la meta desde el disparo original.
Y ganas o pierdes. Fin del comunicado.

El hombre sigue de pie observando esta interacción que le resulta aún más extraña que la que él tuvo con el librero anteojudo minutos antes. Ciertamente, lo asombroso se le revela como una imposibilidad, sin ni siquiera entender qué es lo asombroso. Y aquello le provoca un asombro aún más profundo.

Pensé con miedo ¿dónde estoy?
Y comprendí que no lo sabía.
Pensé ¿quién soy?
Y no me pude reconocer.

Antes de que la cabeza de Borges concluya su idea, el hombre sin memoria se abalanza hacia ella, movido por un impulso nacido de una intuición radical. Esa cabeza es lo que necesita. Así lo siente. Toma rápidamente la gran cabeza de mármol entre sus manos y empieza a correr, mientras Borges emite un: «Ay, ¿pero qué hacés, bruto?». Seguido de un: «Esperá un poco. ¿No ves que estoy en medio de un debate de *Twitter*?»

Pero el hombre desaparece de allí cargando con ella.

Después de haber corrido por dos cuadras descubre que nadie los sigue. Se siente agitado y confundido. Además, durante todo el camino, la cabeza de Borges no se ha callado ni por un momento. Se ha quejado de cada brinco padecido en manos de su secuestrador.

Halla un angosto callejón donde se interna para sentarse bajo la sombra de una pila de cartones sellados donde puede leer con claridad la palabra: «Tendencias». Se arrellana allí mismo, y coloca con mucho cuidado la cabeza de mármol del autor argentino sobre sus piernas mientras se limpia el sudor de la frente.

—Gran lío que has hecho, ¿no te parece, che?

Fija su mirada en esa cabezota que parece arrancada de alguna escultura y que tiene los ojos hundidos. Su quijada está algo caída. No mueve los labios cuando habla pero lo hace con determinación. La cabeza está inquieta, prácticamente iracunda; desea saber el porqué de su secuestro.

—Ahora empezarán a buscarme hasta darme por desaparecido. Habrá cientos de miles de quejas. Vos tendrás que responder.

—De algún modo, desde que abrí los ojos, o desde que cobré consciencia de que los llevaba abiertos, todo me ha guiado hacia ti. Necesito saber quién soy —explica con poca vergüenza el hombre sin memoria. Ha sido impulsivo pero al menos ha sido él, así lo sospecha.

—Has razonado erróneamente. Si apenas sé quién soy yo, ¿cómo puedo saber quién sos vos? Aunque quizás la pregunta más apropiada sería: ¿Sabés vos lo qué hacés aquí?

El hombre sin memoria niega con la cabeza. Nuevamente sobre el cielo surcan unos rapidísimos zumbidos, seguidos de sonidos de sirenas y frases largas que, al brotar al unísono, se mezclan de tal modo que no facilitan su comprensión.

—Seguramente tu nombre sí lo conocés.

—Precisamente ése es el problema. No lo recuerdo.

—Dejáme explicarte algo, che. En este lugar todo lo que podés ser es un usuario, un bot, o un fantasma. En mi caso, si no has caído en la cuenta, no soy realmente Borges: fui creado por una institución o un fanático de Borges. Un académico que recopiló miles de frases del autor, recortó una foto de su cabeza y la subió a esta red.

—¿A qué te refieres con *esta red*?

—Que pudo ser peor. Esto es *Twitter*. Pero bien pudiste acabar penando por *Facebook* o *Instagram*. El horror de un mundo donde escasean las palabras. Un laberinto de espejos mentirosos. Por otro lado, los vivos no pueden entrar aquí. Sus ruidos horribles y estúpidas frases son los zumbidos que brotan de bocinas y se acumulan por el aire. Vos ya los oíste, ¿cierto?

—Entonces es definitivo: estoy muerto.

—Es lo más seguro.

—¿Pero por qué mi cuerpo guardaba la sensación de un dolor antiguo?

—Querrás decir que experimentaste un alivio. Pues eso: abandonaste la tensión.

—Ya. Pero si estoy muerto, ¿por qué he olvidado mi nombre?

—Ése es un bonito dilema. De alguna manera, muerto no estás.

—Te contradices.

—Pará un poco. Como te digo, ésta es una red social. Y tu usuario, o sea el dueño de tu identidad, debió haber fallecido recientemente. Y vos, al igual que un montón de usuarios fallecidos, estás solamente desplazándote sin interactuar. Cuando la gente del otro lado se muere, a sus familiares no se les ocurre cerrar esas cuentas. Quizás lo hacen como un homenaje o por el puro deseo de aún verlos *vivos*. Entonces, de este lado, la memoria de quienes fueron ellos, me refiero a sus opiniones, imágenes e interacciones pasadas se quedan buceando intermitentemente como información espectral. Si lo querés mirar de otro modo: vos estás más vivo que el verdadero tú, que es quien está realmente muerto del otro lado.

El sol finalmente ha cedido. La oscuridad va tomándose lentamente buena parte de esa ciudad inmaterial mientras el hombre sin memoria ahora teme porque su vida sea para siempre una antivida. O sea: una vida en estado negativo que no es la muerte.

—Pero si no somos reales, ¿qué sentido tiene tener consciencia? —pronuncia así esta sentencia a bocajarro.

—Siempre, de algún modo, somos reales.

—No es así. Yo ni siquiera sé quién era o a quién le pertenecía mi información. Y tu caso es aún peor: no eres ni siquiera el recuerdo de Borges. Eres solo un pedazo de mármol.

—Todos somos de algún modo solamente información: códigos, algoritmos, pulsos o impulsos que se traducen en frases y sensaciones. Nada más. Y con suerte, si lo has hecho bien en vida, en muerte te convertirás en una famosa cabeza de mármol como yo.

—Si somos solo frases escritas o dichas, es imposible que un *Yo* pueda ponerse de acuerdo consigo mismo. Menos, con los otros.

—Si lo razonás mejor, quizás cada individuo tiene la posibilidad de convertirse en un aforismo. O, si le deleita el suspenso, en un poema. En definitiva: no somos más que líneas y líneas escritas, borradas y por escribir que se interconectan hasta dejar como resultado un mundo tachado. Vaya que me inspiro y me agiganto. Vos y yo somos relatos y poemas. Ojalá nunca ensayos ni guiones de cine.

El hombre, que ahora entiende no es tal, de repente es abordado

por un nuevo impulso. Lo saca de su mente sin pensárselo dos veces:

—Entonces quiero volver al mundo para hallar mi origen.

—El viaje hacia el origen, hacia la semilla, es, desde que el hombre imagina, lo más original que haya existido —apenas dice esto, larga un bostezo. Y sigue hablando—. Vaya, me gustaría ayudarte. Pero no conozco cómo llegar al otro lado. Nunca tuve esa inquietud porque no la necesité. Además, dicho así, suena como un disparate porque vos realmente nunca has estado en el mundo.

—Entonces quiero ir por primera vez al otro lado, al mundo.

—Eso no es posible, che. Creo que deberías buscarte un departamento libre y hallar una actividad en la que ocupar los próximos cien años que te esperan. Bueno, hasta que algún joven excéntrico termine por derribar esta red con alguna idea novedosa. Con otra red. Y se la cancele por completo. Y volvamos a la nada real.

—¿Entonces si es posible morir?

—Morir no. Desaparecer, que no es lo mismo.

—Me confundes, cabeza de Borges. ¿Cómo es posible que morir y desaparecer no sean exactamente lo mismo? O sea: *no ser*.

—Morir es la ausencia de la vida. Morir es, efectivamente, dejar de ser después de haber sido. Desaparecer, por otro lado, es únicamente un acto de magia, una alucinación. Como el agua que se transforma en estado gaseoso y luego sólido y luego líquido. Algún día, el menos esperado, retorna. Por otro lado, una muerte es bastante casual. Una desaparición no, una desaparición, al igual que una aparición, genera un caos.

El hombre sin memoria hace silencio. No le gusta esa compleja discusión que se produce en un callejón estrecho de una ciudad fantasma entre una cabeza y él, quien acaba de descubrir que solamente existe por el capricho de un usuario. Que apenas es un cúmulo de acciones y pensamientos de alguien más que ya no existe.

La cabeza de Borges rompe el silencio:

—Entiendo tu desazón —se detiene y un ligero zumbido la agita por segundos. Entonces continúa—: *Qué no daría yo por la memoria de mi madre mirando la mañana…*

—¿Qué?

—Lo siento, ha sido mi reproductor automático de frases. Como te decía, si vos sabías quién era yo, seguramente te gustaba la literatura. Podés comenzar por allí.

—Espera un poco —responde el hombre alterado por una idea que le ha caído quién sabe desde qué espacio—. ¿Qué sabes tú de la Ouija? ¿O de sesiones espiritistas? ¿O de esoterismo y resurrección?

La cabeza de Borges se queda más quieta de lo que ya está. Por un minuto y medio no dice absolutamente nada. La noche es una bestia

negra y fosforescente que se extiende por el cielo: se torna atigrada cuando frases y voces emergen con rapidez.

—Creo que algunas cuentas así existen aquí.

—¿Y puedes llevarme donde alguna?

—¿Puedo? Claro. Pero debo primero manifestar mi firme incredulidad hacia esas artes que son más estafas que la ficción literaria.

—Entiendo. Sin embargo tampoco tengo nada qué perder. Si he de *no–vivir* aquí por los siguientes cien años, al menos quiero intentar dar con otra respuesta.

Mientras deambulan por la ciudad a oscuras, apenas iluminada por las ráfagas de frases y las voces que emiten altoparlantes, el hombre sin memoria va perdiendo su mirada en locales cerrados. En tiendas donde se ofertan muebles al igual que tecnología. No entiende para qué están esas tiendas allí. Cuando llega hasta la altura de un comercio de televisores, se detiene a observar por una larga vitrina lo que se está transmitiendo.

Lo que hace, mirar un documental televisado, le resulta familiar.

No es una broma pesada, sino el relato de la carrera de un luchador de la ECW. Le llama la atención que aquel luchador aparezca allí, sonriendo y delirando, mientras sostiene una cabeza entre sus manos.

Se queda de pie, frente a la vitrina, con su cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, y con la fría cabeza de mármol apoyada como un bebé entre sus dos brazos. Aunque aún no la mece, la idea de empezar a mecer la cabeza de Borges le pasa por la mente. El luchador se llama Al Snow. Y aparentemente había sufrido algún tipo de crisis mental en los años noventa. Cuando se recuperó, lo hizo gracias a una cabeza de poliestireno sobrante de un maniquí que encontró su muerte en un desfile de Año Nuevo en Filadelfia. Entonces retornó a las luchas en mejor estado y con la cabeza femenina de un maniquí, a la que le escribió con marcador negro sobre la frente: ¡Ayúdame!

Cabeza y luchador protagonizaron múltiples combates de dúos.

—¿Pero qué hacés, hombre? —pregunta indignada la cabeza de Borges al sentir que está siendo mecida cual bebé.

—Perdona, me he perdido un segundo.

—Prestá atención, que no soy cualquier cabeza. Así que pon tu cabeza en orden.

El hombre recula y, mientras se aleja de la vitrina para retomar su camino, la sensación de que en su vida pasada, o en su no–vida anterior, bien pudo haber sido alguien parecido a Al Snow lo sacude. Un tipo suelto con un delirio. Un luchador que solo necesitaba de

alguien que lo entendiera. Un hombre con una cabeza en los brazos caminando por el mundo sin necesidad de nada más.

La escasa luz le permite otear a otras personas que han empezado a vagar por las calles, y que aunque lucen menos perdidas que él, se mueven inyectadas por un turbia orden que les hace entrar y salir de establecimientos y edificios semivacíos. Abre los ojos como intentando reconocer a alguien dentro de esa muchedumbre de fantasmas virtuales que ni siquiera son fantasmas. Es triste el razonamiento que lo golpea. Borges y él ni siquiera son dos fantasmas. Son la fantasía de dos identidades que algún día existieron y que ahora están condenadas a vivir muchos años, allí, diciéndose verdades sin sentido. «Aunque yo más que una fantasía —piensa así en silencio—, haya sido un ego, un disfraz que mejoraba la realidad de su dueño.»

—Hemos llegado —dice la cabeza muerta de Borges sin abrir los labios.

Frente a él se alza una casa siniestra que luce como una villa adornada para Halloween. La puerta es una gran tabla de hierro con una equis de lado a lado. Hay cuatro antorchas de jardín de más de un metro de alto clavadas en el césped. Se encienden y se apagan por sí mismas cada cierta cantidad de segundos. No duda y toma los cinco escalones hacia la puerta. Descubre con aplomo que no hay perilla o manigueta para poder moverla.

—No hay cómo entrar —le dice finalmente a la cabeza en sus brazos.

—¿Te pensás rendir tan fácilmente? Eso puede ser una señal de tu nacionalidad. Seguro sos latinoamericano igual que yo. Pero de ancestros menos tercos.

Antes de que el hombre sin memoria responda, mira una sombra detenida al pie de la ventana superior de la casa. Si alguien ya está dentro, ese alguien solamente puede ser parecido a él. O sea: un no–vivo que halló el modo de entrar. Se pone la cabeza bajo el brazo derecho y empieza a caminar con la intención de darle toda la vuelta a la propiedad.

Cuando pasa en silencio por el costado izquierdo de la villa, logra escuchar una música extraña, una tonada que le resulta muy lejana, por no decir indiferente. La cabeza lo mira, como siempre lo hace: sin mirarlo, porque ha oído también la tonada.

—Epa, eso es holandés.

—¿Holandés?

—Sí, señor. Esa es una tonada holandesa de hace cientos de años.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. Eso, lo que dije.

—Y si no significa nada, ¿para qué lo mencionas?

—¿Quién ha dicho que solo debe usarse el lenguaje para mencionar cosas importantes? Además, a veces en todas esas cosas sin aparente importancia está el verdadero sentido del mundo.

Cuando llegan a la parte trasera, el hombre sin memoria se percata de que hay una ventana movida. Por algún reflejo que no entiende, que no debería ni siquiera tener, menos alguien en su condición, mira hacia el cielo buscando la luna. No existe. No existe la luna en ese agujero electrónico y celestial. La sensación de que algo falta allí lo invade por completo. Le brinda las fuerzas que necesita para colarse a la villa.

Apenas salta por la ventana, la cabeza de Borges, del gran escritor argentino, rueda por los suelos haciendo un traqueteo estirajeado al poner el mármol en contacto con un suelo de duelas de madera.

—¡Oh…..! ¡Ah…..! —va quejándose mientras rueda hasta golpearse con una pared.

Pierde así la nariz que tanto orgullo le causaba.

—¡Mirá lo que has hecho, bruto! ¡Mi nariz, mi amada nariz portuguesa!

No tiene tiempo para otra cosa que recoger la cabeza del suelo y apenas sacudirle unos fragmentos de mármol. Siente, en el interior, una extraña energía llamándolo.

Avanza hasta la sala, parcialmente a oscuras, donde puede ver sobre unas paredes rojas las fotografías de mujeres y hombres de distintas razas y edades, que aparecen con los ojos cerrados. Esto no lo saca tanto de sitio, como el hecho de que haya un enorme oso pardo sentado en la cabecera de la mesa junto a una bocina.

El oso no lo mira: está en trance.

Él mira al oso y, cada dos segundos, a las fotografías de esa gente con los ojos cerrados.

La cabeza ñata de Borges también mira al oso, y bosteza.

La energía monstruosa llamándolo, le hace perder el miedo y avanzar hasta la mesa. Entonces, la cabeza golpeada de Borges se percata de que hay múltiples voces saliendo al mismo tiempo por las bocinas.

—Es holandés.

—¿Y tú puedes entender lo que dicen?

—Creo que puedo. No soy tan bueno en holandés pero sí estoy muy familiarizado con sus raíces… Están llamando a alguien. A una mujer de nombre Ana.

—¿Llamando? Pero si aquí no hay ninguna Ana.

—¿Dije «llamando»? Quise decir: invocando.

El hombre sin memoria se agita y opta por arrancar la bocina. Está ofuscado y agotado de sentirse extraviado desde que abrió los ojos.

Comienza a hacerlo, cuando el enorme oso pardo se pone de pie y lo agarra con fuerzas abriendo sus fauces. Y poco antes de arrancarle el cuello de un mordisco, un fulminante pitido ensordecedor sale desde el fondo de su garganta.

Es así como el hombre sin memoria cae derribado con la cabeza de Borges en sus manos, mientras todo a su alrededor se vuelve negro.

Cuando abrí los ojos el mundo seguía en oscuridad total. Sin embargo, la noción de poder hablar en primera persona, aunque fuese desde el pasado, pero refiriéndome en mi narración desde un «Yo», desde una existencia total, me hizo girar la cara de un lado al otro. Era una pena igual que solo fuera posible hablar en primera persona desde el pasado.

Descubrí que el cuerpo me dolía terriblemente. La idea de ese dolor me pareció por un momento un *déjà vu*. Y la noción de que yo entendía lo que era un *déjà vu*, un tipo de paramnesia, me causó extrañamiento. Pero no me amilané porque sentía que estaba en otra parte.

A pesar del dolor en mi cuerpo, podía mover mi cabeza de un lado al otro, aunque no podía mirar ninguna cosa, porque la tenía cubierta por una larga capucha que emitía olores repulsivos. Tampoco podía retirármela porque mis manos se hallaban atadas a los brazos de un sillón, mientras mis pies reposaban dentro de una vasija mediana, llena de agua tibia.

Sentí de pronto unas manos pequeñas sacudirse sobre las mías.

Su frialdad me provocó un ligero escalofrío sobre las muñecas. Y aunque no podía verlas sabía que estaban allí, y que pertenecían a alguien que estaba del otro lado de mi capucha, arrodillado o apoyado cerca de mis piernas. Cantaba una rara tonada en holandés. Tonada que un tímido coro alrededor tarareaba.

Entendí que esta persona era mi asistente. Sabía que esa persona estaba allí por una razón específica: hacer mi viaje más fácil.

Hasta que se detuvo.

Y luego se aproximó hacia mi rostro, sin moverme la capucha, y me dijo en voz baja, aunque con un batiente acento argentino:

—¿Sos el hombre sin memoria?

—¿Qué?

—Seguro que sos vos. Que no cunda el pánico, amigo. Que soy yo: Borges. Bueno, su cabeza.

Era una voz femenina la que hablaba chapuceando.

Me aturdí de inmediato y contuve la respiración.

El silencio que precedió a sus palabras causó un silencio aún más profundo en la habitación. Quienes estaban alrededor nuestro esperaban porque la rara tonada continuara. Y Borges, evidentemente, ya no podía hacerlo.

Entendí que tanto la cabeza de mármol como yo habíamos ido a parar al otro lado. Habíamos aterrizado en el mundo. Finalmente habíamos nacido, aunque aquello haya ocurrido en medio de una sesión espiritista en una antigua villa alejada en medio de un campo holandés, donde venía gente de todas partes a buscar la vida después de la muerte.

—Pero… ¿qué es esto? —oí que se hablaba a sí misma la cabeza de Borges, a la que razoné que sería mejor empezar a llamarla simplemente como *Borges*. O *Borgito*. O *El nuevo Borges*. Porque Borges *Borges*, pues, no era. Aunque quizás, habiendo sido quién sabe por cuánto tiempo el receptáculo y emisor de las mejores frases del afamado escritor, este nuevo Borges era uno más compacto y asertivo.

Un rumor empezó a crecer en la pieza. Precisamente entre esos fieles sembrados alrededor mío, pero a quienes no podía ver. Decían cosas en holandés, otras en inglés, frases que no entendía para nada, mientras Borges se sacudía poniéndose de pie y alejando sus manos de las mías.

—Pero… ¿qué es esto? —volvía a repetir como un palurdo con voz de chica.

Más por instinto que por cualquier otro asunto, empecé a divagar en voz alta sin retirarme la capucha. Todos se callaron inmediatamente. Concluí que lo mejor sería decir lo que se me viniera a la cabeza y en español. Porque aunque aún no sabía quién era, al menos ya sabía que existía; y con el arribo de mi rotunda existencia, ciertos contenidos, literarios en su mayoría, empezaron a aterrizar en mi mente como soltados desde lo alto de un volcán en llamas.

O como soldaditos de plástico soltados hacia un volcán de lava.

Dije —mientras imaginaba que Borgito caería pronto en la cuenta de que debía, por el momento, poner a un lado su estupefacción y jugar a la par conmigo—:

«El señor Bloom pasaba perezosamente páginas de *Las terribles revelaciones de María Monk*, y luego de la *Obra maestra* de Aristóteles. Imprecisión torcida y echada a perder. Ilustraciones: niñitos encogidos en bola dentro de úteros rojos de sangre como hígados de vacas del matadero. Montones de ellos así en ese momento por todo el mundo. Todos golpeando con los cráneos para salir de ahí. Un niño nacido cada minuto en algún sitio.»

—Pero… esto es un cuerpo, pero… mirá qué cuerpo, che. Si soy una mujer. Pero…

Y cuando había dado por perdida nuestra pequeña y mala actuación, finalmente Borgito reaccionó:

—Eso que has dicho es de James Joyce —apuntó recuperando así la compostura, justo cuando alguien encendió la luz de la habitación. Y alguien más me retiró la capucha, para permitirnos mirar por primera vez qué calidad de seres humanos nos rodeaban. Y quiénes éramos.

Por mi lado no había mucho que ver. Una vez que destaparon mi cabeza, una bata roja cubría mi cuerpo. Además estaba tan atontado y adolorido por el viaje que no coordinaba apropiadamente mis pasos.

Borgito, que era una pálida chica de veinte años, una rubia de ojos azules y fríos como el hielo ártico, abría y cerraba sus pestañas mientras terminaba de pasarse las palmas de las manos por los pechos. Se asía a su materialidad con ternura. Precisé que tenía unos bonitos pechos pequeños, pero tampoco tanto.

—*Our Médium needs some rest* —dijo en un inglés impecable, poniendo con esta frase a todo mundo a dispersarse. Hombres y mujeres que lucían anonadados por lo que habían presenciado comenzaron a moverse con lentitud, intentando no mirar hacia atrás, hacia mi puesto en el centro de todo.

Alguien más, una mujer de cabellos blancos, se acercó a retirarme las correas de cuero que ataban mis manos a la butaca antigua de madera. Dijo algo al oído de Borgito, quien solo asintió con su nuevo perfil holandés coronado por una nariz dorada y afilada. Me alegró por unos segundos que lo de su nariz se hubiese resuelto de buen modo.

—Seguíme —me dijo rápidamente.

Caminamos por un angosto pasillo que conectaba la oscura habitación donde había ocurrido la sesión espiritista, con una habitación pequeña, que era un espacio de reposo abastecido con cama, sillones, televisor y una refrigeradora blanca con todo tipo de alimentos. Habitación que se empleaba, según Borgito, para el reposo inmediato del Médium. Al parecer, cada vez que hacía estas sesiones necesitaba de calma y concentración para situarse así correctamente en la época y lugar en el que estaba.

Aseguró la puerta y buscó rápidamente un espejo donde mirarse.

—Qué cosa es este cuerpo, ¿viste? Tengo algo que confesarte. La verdad, en todos estos años, aunque nunca haya extrañado la idea de venir al mundo, sí me molestaba mucho esa idea que otros tenían de mí. Bueno, de Borges.

—¿A qué idea te refieres?

—A la idea de que nunca disfruté de otros cuerpos o del propio.

Mucha gente decía eso, ¿sabés? Lo iban dejando colgado por allí. Incluso artículos se escribieron donde se habló de aquello. El gran escritor argentino jamás escribió sobre copular o sobre eyacular o sobre el sudor de dos cuerpos que se olfatean como bestias hambrientas. Borges solo fue un cerebro gordo e hirviente que zangoloteaba encadenado a la fabulación de su propio laberinto luminoso. Y ahora, pues, ahora que soy una mujer joven creo que tendré la oportunidad de desmentir a esa gente y escribir de otro modo. De palpar y sufrir después de haber palpado. Y dejáme decirte, aunque aún no te hayas visto, que vos tampoco estás nada mal. Quizás deberíamos iniciar otro viaje, uno diferente, uno sin lenguaje. ¿Qué te parece? Y desde Europa hasta la Antártida Argentina. Aunque primero habría que ver el modo de salir de esta villa de locos.

Yo me quedé de pie experimentando una agonía tras otra que caían como cascada dentro de mi mente. ¿Información? ¿Frases de quién había sido alguna vez? ¿O era acaso el suspenso llegándome en oleadas, a punto de convertirse en poesía pura?

Y antes de alcanzar a responderle que iba a considerarlo, un rugido horrible, como el de un oso humillado, empezó a salir lentamente de mi boca.

VI

Escribir desde lo profundo de mí, pero sin ser todo yo, poniendo todo de mí. Apenas termina de escribir esa línea en su laptop, Ulises se la queda mirando como si alguien le hubiera metido una bala en la cabeza. Observa un agujero por allí. Un agujero en su cabeza que acaba de hacérselo él mismo.

Esa mañana reciben la visita de Lollipop.

La fotógrafa española grita «cari» apenas entra al departamento, y se lanza a los brazos de Calibán. Lleva el cabello rojo ensortijado y alborotado sobre la frente. Abre y cierra con rapidez sus grandes ojos verdes con fugaces líneas amarillas para que caigan más fácilmente unas cuantas lágrimas. Su nariz corva, llena de pecas, empuja a Ulises a pensar en una aldea holandesa del pasado. La mujer ha viajado en bus por más de siete horas desde Oaxaca hasta Veracruz. Piensa en todo lo que esa visita implica. Más gente en el departamento. Nuevos desmadres por venir. Y, como si fuera necesario, más sexo para ese negro lenguaraz. Sin embargo no pierde sus modales de abogado. Saluda con efusividad a la visitante, porque aunque ella es intensa es muy sociable.

Lollipop va abrazando a cada uno de ellos, para de allí pasar a decir a quemarropa: «Dónde coño está tu habitación, cari, que vengo súper urgida por follar.»

Ambos se borran por el pasillo hacia la habitación del fondo, la más amplia, que es la de Calibán.

Por una hora con dieciséis minutos la Madre y Ulises oyen cómo esa cama rechina. Su respaldar es una intrincada tubería dorada que le confiere el aspecto de un submarino. Se trata de un modelo de los setenta que vino con el departamento. Calibán hace su parte, pero en silencio. Lollipop, en cambio, rutinaria, grita: «dios, dios, dios», por intervalos.

Cuando finalmente salen del cuarto, invitan a todos a realizar un viaje al mercado. Quieren comprar mariscos para cocinarlos y comerlos con cerveza y vino blanco. Cocinará Lollipop mientras Calibán pondrá música en su laptop y mantendrá llenos los vasos de los invitados. Ulises llama por teléfono al Tramoyista y a Clon de pichón para que se integren a lo que promete ser un banquete. Felices, aceptan. Llevan semanas comiendo sándwiches refrigerados del Oxxo. Pocas veces se han animado a buscar restaurantes por el puerto. El dinero no es un inconveniente, pero sí el poco apego que sienten por la comida mexicana.

Los mariscos cubiertos de hielo están apilados sobre gavetas de colores negro, azul y rojo. Calibán no pierde de vista el gran culo de Lollipop. Y Lollipop no pierde de vista a los cangrejos, peces, camarones y calamares que aparecen sobre pequeños volcanes iluminados de hielo. Se lleva un redondo y rojo chupete a la boca. Por instantes, sus labios carnosos se abrillantan por el caramelo. Entonces pasea una lengua larga y descontrolada sobre sus labios como quien ase una presa.

—Estos están perfectos, cari —dice la mujer, desapareciendo otra vez el chupete dentro de su boca.

Calibán los va guardando en una bolsa y, luego, paga. Ulises y la Madre compran tomate, cebolla y otros vegetales que son necesarios. Antes de tomar el taxi de retorno al departamento, hacen una parada en una pequeña tienda de abarrotes donde compran doce caguamas de Corona y tres botellas de vino blanco. Calibán pide cigarrillos y una botella de mezcal para su consumo personal.

Cuando llegan a su departamento en la calle Víctimas del 25 de junio, el Tramoyista y Clon de pichón están aguardando sobre la vereda, protegiéndose infructuosamente del sol debajo del techito de la puerta de ingreso. Ambos saludan con familiaridad a Lollipop, aunque apenas cruzaron palabras con ella durante *El Tour de Los Rolling Stones*.

Suben todos por las escaleras riéndose y preparándose para recuperar las historias de los becarios que llevan semanas trabajando en Oaxaca.

Ulises deja las bolsas en la cocina, entra en su habitación y echa el cerrojo. Imagina por minutos lo agradable que sería contar durante el *almuerzo familiar* lo que ha hecho Calibán en ausencia de su pareja demoníaca. Relatar, como quien no lo hace a propósito, sobre esa noche en que lo encontró desnudo y con las pelotas colgando, llenas de sangre. Hablando de jaguares y de indios futuros. Se ríe imaginando que recibe finalmente su merecido. Podría preguntarle por los fantasmas que dice haber visto. Y soltar así el anzuelo hasta que apareciera la bailarina temblorosa de mirada extraviada. Pero repara en que ese tipo de hombres siempre andan cargados de deseos violentos. Además, ¿quién es él para meterse en los asuntos privados de la gente? Tampoco es que aquella pareja mantuviera alguna exclusividad. Ambos eran orates que tal vez se saboteaban en silencio. ¿Quién sabe? Mejor llevar el banquete en paz y de allí tratar de escribir alguna cosa.

Antes de terminar de comer, María la Escamada y Blancanieves aparecen con otra botella de vino. Quieren compartir con Lollipop antes de que retorne a Oaxaca. Quieren que ella les cuente sobre

algunos artistas con quienes hicieron migas durante *El Tour de Los Rolling Stones*, y que ahora se encuentran a más de siete horas de distancia. También quieren imaginar cómo vive otra parte de los becarios, con otro clima, uno más favorable que el de allí.

—La verdad es que yo no estoy en la ciudad de Oaxaca. Vivo en un bungaló, en San Agustín Etla, que está muy guay. En toda la montaña —dice la fotógrafa moviéndose por la sala con su Nikon especial. Aunque lo suyo no es la fotografía de retratos, el vino ha colado esa idea en su cabeza: la de sacar fotos de todos esos escritores de sonrisas arrastradas que están fuera de su rutina oficial.

Antes de que pueda contarles sobre la montaña en la que vive, Calibán la toma de la cintura, y de allí la levanta por los aires con cámara y todo. Mientras se carcajea, él se la lleva sumergiéndola en la oscuridad del pasillo que termina en su habitación. Las carcasas rojas de los cangrejos y camarones destripados sobre los platos cuentan un insignificante relato mecánico. «Indio servido, indio ido», dice Calibán antes de que todos oigan cómo cierra de golpe la puerta.

—Hemos visto al octavo becario —cuenta Blancanieves, dispersando de la mente del grupo las connotaciones de la escena anterior.

—¿En serio? ¿Lo vieron ya? —pregunta la Madre entusiasmado. Acaba de abrir su cajita de operaciones sicotrópicas.

—¿Y qué tipo de gente es? —ahora es Ulises quien se muestra algo interesado. Va recogiendo los platos de la mesa y llevándolos a la cocina.

—Pues es, no sé cómo decir bien en español, *hostil*.

—¿Hostil? —pregunta Clon de pichón, retirándose sus gruesos lentes cuadrados para limpiarlos con el borde inferior de su camiseta. No tiene deseos de beber. Ha rechazado el vino y las cervezas. La única vez que bebió, durante *El Tour de Los Rolling Stones*, le dio por insultar a todo mundo. Perdió sus impecables modales de caballero de la literatura. Está tomando café en una taza pequeña.

—Que no es simpático. No sale a ningún lado. Lo vimos de lejos. Y aunque le hicimos de la mano, no quiso saludar —opina así Blancanieves, haciendo un mayor esfuerzo esta vez.

—¿En serio? ¿Y qué se ha creído ese hueón?

—¿Vive por donde están ustedes? —pregunta el Tramoyista.

—No. Lo han puesto en un hotel.

—¿Quéeeeee? ¿Y por qué en un hotel? ¿Quién le dio corona a ese jodido? —pregunta Ulises molesto. No puede creer lo que acaba de oír —. ¿Un hotel? Al menos decíme que es un hotel de una estrella refundido en el sector más marginal de este puerto.

—Pues no, Ulises —dice Blancanieves, riéndose y cruzando sus

gruesas piernas por debajo de un vestido amarillo que le cubre hasta las rodillas. Mueve su tobillo izquierdo sobre el empeine de su pie derecho.

—Afloja toda la información, querida Blancanieves —larga algo ardido el Tramoyista, sacando rápidamente un cigarrillo de su cajetilla Marlboro.

—Lo han puesto en el Ruíz Milán.

—¿Y eso dónde queda?

—Está por el Paseo del Malecón. Es hermoso. Da prácticamente a la playa —comenta Clon de pichón. Y continúa—: Es muy costoso. He recorrido algunos hoteles y sus historias. Y ya recorrí casi todos los de aquí. Tengo esa antigua afición. Me gustan mucho los hoteles. Como escribió Saramago, la gente fácilmente olvida que un hotel tiene dueño. Entonces evolucionan en espacios comunitarios donde puede ocurrir casi de todo.

Nadie hace caso a su comentario.

—¡Pues yo voy a escribirle un correo a Roberto García en este momento! —grita Ulises abandonando algunos platos sucios sobre la mesa.

Unos ríen y otros, enmudecen. El almuerzo familiar deja ahora un vago sabor a desprecio por la nueva noticia.

En la laptop sobre la mesa sigue oyéndose la voz estridente de Eminem acribillando el aire con enérgica rapidez. Ahogando cada uno de esos «¡Ay, dios!» de Lollipop que llegan por el pasillo. Cuando la Madre mira a Ulises tiene los ojos enrojecidos. Es un segundo de vigilancia mutua del que nadie más se percata. Los orificios de su nariz se dilatan por la expulsión de aire. Entonces ladea la cabeza expresándole su gesto de apoyo.

Ambos esperan incendiar el FONCA con un correo electrónico.

VII

HOTEL ELEFANTE

Por Clon de pichón

1. UN CINESTOCOPIO

Se trata de una estructura metálica, de un innovador diseño que hechiza al mundo como traído por un pájaro; de una increíble máquina que puede emitir sonidos e imágenes al mismo tiempo.

Se trata, entonces, de la unión de las actividades: *ver* y *oír*. Con tanta determinación que es la madre de las invenciones. Se trata de algo que despelleja la realidad dentro de ella. Se trata del puro progreso en una caja negra con la única función de divertir al Hombre.

Se trata de una estructura metálica y vertical, con una serie de bobinas, por donde corren hasta catorce metros de película como la luz de una lengua diferente.

El Hombre, para su diversión, debe ubicar primero una moneda por una ranura metálica. Por el visor se congela la cinta momentáneamente. Dentro de esta película, de cierto sabor a olvido, hay un elefante.

Por un centésimo de dólar el Hombre puede ver la electrocución de un elefante.

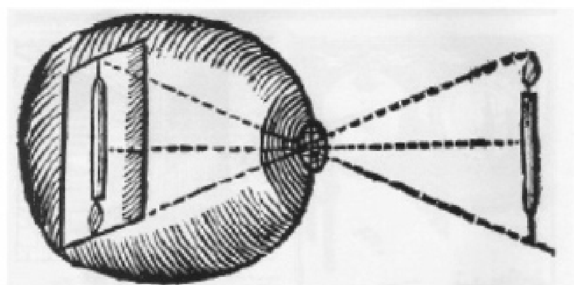
Abre aún más los ojos el Hombre ante la desnudez de la muerte que está por presenciar. Sin embargo, el mundo era de piedra antes de aquella película. La ráfaga de imágenes horizontales ofrece una banalidad de primera línea que apenas llega a sentirse. Acaso como la sensación de un mineral quemándose en el aire.

La película en sí, de apenas un minuto y diecisiete segundos, se acompaña con música. La que sólo le sirve al Hombre para sentirse un poco menos autómata. Por la blancura cayendo como surcos de metal, sobre los personajes principales, parecería que la tierra está llorando. Se extravían las voces de quienes se mueven alrededor de aquella escena.

El ojo, por otro lado, captura las imágenes desde un lado oscuro. Todo acto de mirar —dirá Da Vinci en sus *cuadernos de genio*— corta en dos planos lo mirado. Un corte tiene lugar en la pupila; mientras el otro corte tiene lugar en el cristalino. Solamente así nuestro ojo puede captar una buena cantidad desbordada de realidad.

Mira y Vence.

Al parecer las cosas demoran en llegar a la mente: primera cámara oscura.



—He aquí el principio del dolor—

La combustión espontánea en la cabeza del Hombre, que mira a través de aquella estructura metálica, de diseño progresista y oscuro, la electrocución de un elefante, llena de pestilencia y dudas la esfera de su cabeza. Aunque no se pregunta: ¿Qué ha pasado con el elefante? Sino que se pregunta: ¿Por qué diablos debo entretenerme con esto? Sin salir de su asombro, ubica otra moneda en la ranura para mirar aquel silencioso dolor, una vez más.

Ninguna imagen se hunde y se hace humo. Jamás. La más pequeña de ellas, la más insuficiente o distraída, oculta una escalera hacia el interior de la mente. Una escalera que será utilizada en algún momento. Incluso colocándola al revés.

Cuadro a cuadro, en este moderno aparato del siglo XIX, un sujeto gordo con un palo en su mano izquierda arrea un elefante bajo la luz invernal en medio de rápidos escombros que se transforman en tejido y celulosa. Otros personajes secundarios e inútiles acompañan a los protagonistas en su marcha. Por un instante, puede escucharse la electricidad en las cadenas que lleva el elefante alrededor de su cráneo. Incluso el Hombre logra ver trozos descuartizados del paisaje como en el efecto de un cuento.

Las manchas azules acentúan la veracidad de la película: se trata de

un elefante hermoso guiado por un sujeto disfrazado como un soldado ruso. Queda como vestigio para el Hombre que el elefante parece estar calmado y el guía, no. Ambos se mueven de forma ondulante como extraviados en la fábula de otro tiempo. El guía conduce al elefante hacia un espacio donde desaparece la bruma; y él se esconde. Su figura, tan grande como una casa, se queda viviendo allí, a la espera de algo terrible.

Otra cosa: aún no se pregunta el Hombre por qué saben a cuerda esas imágenes dentro de su ojo.

De pronto, la cabeza del elefante puja hacia arriba, mientras su trompa se contrae haciendo una **U** venada, encerrada en sí misma. Las sogas alrededor de su cuello parecen labradas por garras de leones. Cascadas de humo ascienden desde sus patas, donde le fueron colocadas placas por las que pudiera la electricidad viajar con rapidez.

6600 voltios en una sola descarga en menos de un minuto.

1.500 personas, entre cobardes y entusiastas, ven caer petrificado a un elefante como tocado por un rayo invisible en medio de la tarde. Aunque no hay fuego, el Hombre apoyado en la estructura innovadora tiene la mirada ardiendo, envuelta en humo. Sobre la máquina hay un círculo con el dibujo de un elefante con alas transparentes flotando fantasmagóricamente, en esa luna metálica, con su nombre decorando el borde superior.

Entonces, alguien se acerca y le dice:

—Por esa época no había mayormente luz eléctrica; se la peleaban dos compañías. Quiero decir: había, sí, pero la gente era recelosa con esas cosas.

—¿Con qué cosas? —pregunta el Hombre, mientras levanta el rostro del objeto moderno, que alguna vez fue considerado un instrumento completamente futurista.

—Con cuál corriente eléctrica era la mejor para los hogares. Si la corriente alterna o la directa. A éste elefante lo electrocutaron para probar el peligro de la corriente alterna.

Y después de mirar la tenebrosa caída del elefante, el mundo vuelve a ser de piedra.

2. LA EJECUCIÓN

La Mujer aprieta la mano de su hija cuando bajan por la calle buscando al elefante entre los bultos. El cielo de Coney Island, a esa hora, luce quieto como un cuartel de nubes en medio de un oasis. O

como un hospital de estatuas.

(Y, además, como decenas de masas vivas que se rompen)

—¿De dónde vienen los elefantes? —la niña hace la pregunta así, rápidamente, mascando por undécima vez su chicle strawberry.

(Pensé ubicar aquí la marca Clark's Teaberry, patentada por Charles Burke, quien experimentó diversos sabores en su sótano que estaba situado en 533 McClintock Ave, Pittsburgh Pennsylvania, pero aquello no despuntó realmente sino hasta 1960; así que opté por un sabor)

—Creo que de África y Asia —titubea la madre.

—¿Entonces los elefantes no son realmente americanos, como nosotros, mamá?

(A primera vista, ésta sería una interrogante un poco absurda. Pero si vislumbran conmigo que Mary —la niña en cuestión, aún sin mayores detalles dentro de la narración— es americana, esta pregunta se torna bastante creíble. Un gesto, incluso, necesario. Ser americano es imaginar que todo lo superlativo y magnífico que hay en la tierra es precisamente americano)

—No, Mary, son demasiado grandes para ser americanos. Y aunque parecen inofensivos, no lo son. Además, jamás serán tan fieles como los perros.

—Ah, ya. ¿Y por eso van a castigar a este elefante? ¿Por no ser tan bueno como un perro?

—Precisamente, Mary. Este elefante ha hecho cosas muy malas.

De pronto, el sol detenido se asemeja a un nudo blanco de energía encima de los toldos coloridos y las gigantes ruedas moscovitas. «Esta isla, de ser una isla, llena de carpas y andamios de madera, hecha de juguetes, de qué se trata realmente», piensa la Mujer, moviéndose por un motivo inaudito, caminando por una razón que nunca antes había existido para ella: ver la ejecución de un elefante.

Ver y Vencer.

«Ver la ejecución de un elefante», dice la voz temblorosa de la Mujer dentro de su mente.

«Casi como ver la aniquilación de un pecado», continúa.

«Ver cómo se chamusca el animal más grande del mundo, de 7.500 kilogramos, en menos de un minuto», se repite a sí misma en silencio, mientras sumerge sus pupilas dilatadas en medio de la calle.

Han venido desde Nueva York para mirar morir al elefante. La Mujer recuerda, por unos segundos, dieciocho para ser preciso, algunas de las noticias que leyó en la prensa sobre el evento que iba a presenciar junto a su hija:

«ELEFANTE MALO MORIRÁ HOY»

«MORIRÁ TOPSY POR EL NUEVO METODO DE LA SILLA ELÉCTRICA»

«TOPSY, LA GRAN BESTIA, CONOCERÁ UNA MUERTE RÁPIDA Y SIN DOLOR EN CONEY ISLAND»

Pero ¿una silla eléctrica para un elefante? ¿Es posible eso? ¿Sentar a un elefante en una silla de ejecución? ¿Y no había mirado precisamente en un circo el dibujo de un elefante equilibrándose sobre dos de sus patas, simulando sentarse?

Pero, esa silla eléctrica para Topsy, ¿de qué material sería?

Nadie supo a quién se le ocurrió la idea de llamar a Thomas Edison. Ni que todo esto iba a desembocar en una nueva posibilidad para la justicia.

(Sí, precisamente Thomas Edison, el Gran Kahuna de la electricidad entra ahora en escena. Y lo hace de este modo: enviando a los electricistas de su empresa, *Edison Company*, a ejecutar y filmar la ejecución de Topsy. Empujado por la urgencia de ganar la guerra contra Tesla por el poder del mercado eléctrico. Corriente Continua *Vs.* Corriente Alterna. A esta guerra se la conocerá en los libros de historia americana como *La Guerra de las Corrientes*).

(En los albores del siglo XX, a mucha gente le parecía que el sistema de justicia ligado al modelo de ahorcamiento era, digámoslo en un tono alarmante, algo retrógrado y barbárico. La silla eléctrica confeccionada por el empleado de Edison, Harold P. Brown, bajo la necesidad de enseñarle al pueblo americano (*dios los salve de negocios riesgosos*) que la electricidad alterna que promovía Tesla era la muerte —para lo que se procedió a electrocutar a perros, gatos y algunas ardillas— lucía como un prototipo moderno y limpio para la ejecución nacional de criminales).

Para la Mujer, así como para muchísimos americanos, acabar con la vida de un elefante electrocutándolo era una noticia atractiva. Quizás, la misma compañía de Edison fue quien realizó su milagrosa aparición para librar de apuros a los actuales dueños del elefante. Quizás (*y que esto nadie lo piense así*) la historia le ha propinado un puntapiés a Edison incriminándolo con algo en lo que realmente nunca participó. Aunque su compañía sí estaba allí filmándolo todo. Los diarios son mapas estelares para la extracción del pasado.

Como sea, Topsy (que era realmente una elefanta) había sido sentenciada meses antes por sus propietarios. Y aunque se intentó, en principio, darle muerte por medio de la horca, una compañía protectora de animales hizo sentir su oposición con eficacia.

Imaginarse a una elefanta colgada en un parque de atracciones (y que se cobrase por la entrada) es algo abrumador. Pero no es menos abrumador imaginarla recibiendo una descarga eléctrica.

> (Me preocupa, en este punto de la narración, qué árbol, qué torre de concreto, podía ser capaz de sostener el peso de un elefante ahorcado moviéndose lentamente, con intensidad especial, al borde de la noche de Coney Island).

Isla Conejo. Tierra de la diversión. Y en unos pocos minutos: de la silla eléctrica. Isla plagada de conejos con una enorme playa sobre el Océano Atlántico. En el extremo sur de Brooklyn. Además: área de juegos y prostitución. Con hoteles con nombres muy prometedores como *Sea View*, *Iron Pier Baths*, *Surf House* y *Elephant Hotel*. Delirantes historias de gente de clases adineradas, medias y bajas, viajando el fin de semana en carruajes y formidables barcos a vapor que parecían derretirse como hielo oscuro entre las olas. Cuchicheos de labios hinchados de sangre abandonando sus aburridos oficios, dirigiéndose a visitar la nueva civilización en un balneario, lleno de juegos y artefactos curiosos.

Entonces, la Mujer alcanza a mirar la porosa cabeza del mastodonte.

Hay más de mil personas en aquel momento buscando lo mismo que ella: mirar el bulto enorme de ese animal asesino, dirigiéndose encadenado y con sogas en su cuello, en medio de la avenida Surf, hasta el sitio elevado donde se ha planeado su ejecución.

> (Me pregunto qué nos gusta mirar más: si a los muertos o a los condenados a muerte. Y aunque todos estamos indudablemente condenados, queremos mirar la muerte antes de tocarla. Sobre todo si en el camino uno ve el arrepentimiento brotando como sudor o fiebre sobre el rostro de quien va a ser ejecutado. Pero Topsy, una elefanta con tanta personalidad y tan *mata–hombres*, no hace otra cosa que hundir su mirada en el polvo, dejando a su paso el ruido aplastante de su asombrosa figura).

—Mamá —chilla la niña—, a mí sí me gusta Topsy. Su trompa es graciosísima. Aunque debe de ser muy viejo porque la piel la tiene toda arrugada.

> (La verdad es que uno piensa en muchas cosas cuando ve por primera vez a un elefante. Aunque en el caso de Mary, la primera vez que ve a un elefante será para verlo echar humo

unos minutos después. Y caer petrificado como un bulto en medio de la vía. Sin embargo, debo decir que un elefante trae a la mente muchísimas ideas. Algunas, incluso, descabelladas. Una montaña greñuda. Un apacible monstruo con miles de arrugas. Una tercera colina después de África. La resurrección de unos árboles en forma de una criatura digna de ser un dios. Un bloque corrugado que sonríe como entre cuerdas vocales. Etc. A mí, quien tan solo había estado paseando por Coney Island el año pasado, junto a mi esposa, y miré la electrocución de Topsy por un cinestocopio, lo que me causó tal impresión que me orilló a escribir esta pieza, me recordó inmediatamente aquel dibujo indescifrable para los adultos del libro *El Principito*. Vi a Topsy devorada por una boa en el centro de un mundo hecho de palabras humanas, que no eran para nada mejores que cualquier gruñido).

—No es tan viejo —murmura en aquel segundo la Mujer, escogiendo no decirle así a su hija que Topsy es realmente una elefanta. Le ha parecido más piadoso dejarlo de ese modo—. Creo que tiene treinta y seis o treinta y siete años. Apenas unos años más que yo —concluye la Mujer. Y continúan juntas por aquel camino iluminado y extraño, duro aunque brillante, pero sobre todo contagiado por el contexto de lo que están a punto de presenciar.

Porque algo es seguro, tanto para la Mujer como para el resto de los asistentes al asesinato de Topsy, observar aquella distracción con electricidad es, en aquel preciso momento, formar parte de la nueva justicia del mundo.

Poco antes de envenenar a la elefanta, alguien entre la multitud de mirones pregunta:

—¿Pero es verdad que esta elefanta mató a más de diez hombres?

Y alguien le responde (una silueta de sombrero azul y leva de fieltro):

—Yo he oído de tres. Ha asesinado en Waco y París, Texas. Aquí se le pasó la mano porque a quien mató esta vez no fue a su entrenador o a uno de los guardias del circo en el que actuaba, sino a uno de los asistentes del espectáculo. Un pobre hombre que lo único que hizo fue lanzarle bromas pesadas.

(Hasta el día de hoy no se ha podido corroborar, con documentos de la época, los dos anteriores asesinatos adjudicados a Topsy. Los de París y Waco. Y aunque dos hombres fueron heridos por ella, sus decesos jamás se confirmaron. Sin embargo, aquella tarde de enero de 1903, sin juicio previo realizado por los hombres de la tierra en la que Topsy fue traída para trabajar en el circo Forepaugh, siendo

apenas una pequeña elefanta de meses secuestrada de la India, ella iba a decirle un espectacular y eléctrico adiós a toda América)

(El hombre, quien respondía al nombre de J. Fielding Blunt, posiblemente en estado de embriaguez, tuvo a bien arrojarle arena al rostro de Topsy y luego pasó a quemar reiteradamente su trompa con un cigarrillo, por lo que ésta le habría respondido lanzándolo al piso con su trompa y luego aplastándolo con su cabeza).

—¿Y para qué le dan de comer esas zanahorias? —pregunta ahora Mary a su mamá, la que sigue transpirando en medio de esa oleada de mirones, quienes además asoman sus perfiles ladinos entre las ventanas de otras viviendas o trepados a las rejas que bordean el nuevo Luna Park. Todos quieren mirar cómo el animal se zampa esas zanahorias con 460 gramos de cianuro de potasio.

—Debe de ser su última cena —musita la Mujer, esgrimiendo algún tipo dudoso de caridad cristiana.

Ella comprende que esos hombres están allí para asegurarse de que el animal se muera. Por eso el uso del cianuro. Por eso hay cuerdas alrededor de su cuello. Por eso, finalmente, está la electricidad aguardando en las manos de sus ejecutores.

—Pues come con muchas ganas —dice Mary riéndose estrepitosamente, abriendo sus ojos azules como el cielo serpenteante de Coney Island.

(A sus dueños actuales, Frederic Thompson y Elmer Dundy, Topsy no les servía de mucho. A pesar de que la obligaron a realizar trabajos de carga cuando se pusieron en la tarea de levantar el nuevo Luna Park. Su fama de asesina se había esparcido por todo el país. Después de sus últimos actos impulsivos nadie iría al parque de atracciones. Había corrido libremente por la calle, liberándose de su arnés de carga, tras haber sido apuñalada con un trinche por su manejador William “Whitey” Alt. Y emitió un poderoso bramido afuera de la estación de la policía, lo que obligó a los uniformados a guarecerse en sus celdas. Su sola presencia terminaría perjudicando el negocio. Por eso a los dos socios emprendedores, Frederic Thompson y Elmer Dundy, se les ocurrió hacerle pagar a Topsy con la pena de muerte. Y ganar también algún dinero con su ejecución)

—¡Maldito elefante! —dice uno de los hombres de la Edison Company —. No quiere moverse. Como que intuye lo que va a sucederle.

La masa grisácea del animal, iluminada por las caras apelmazadas,

ahora apenas se mueve. Sus orejas son dos lenguas enormes, tajadas y abiertas en par como una calabaza reventada.

La Mujer mueve a su hija hacia otro lugar; intenta mirar mejor lo que allí ocurre.

Topsy no quiere cruzar un pequeño puente y acercarse hasta la torre de electricidad, dentro del parque, donde están los hombres de la Edison Company preparándolo todo para su gran final.

Se rehúsa a moverse.

> (Imaginemos, por un momento, cómo mover a un elefante. Hagamos una lista de opciones: _________. Ninguna opción funcionará sin alguien de la confianza del animal que lo guíe. Y aunque los actuales dueños de Topsy le ofrecieron una buena suma a su último cuidador, William “Whitey” Alt, éste se negó en guiarla al matadero. «Ni por todo el dinero del mundo», dicen que dijo)

Pero ahora todos los asistentes se turban. Además de los periodistas e invitados especiales, hay una multitud que ha pagado para mirar con sus propios ojos hacer justicia. Un país como América debe, para seguir siendo América, fusilar, ahorcar y desde ahora electrocutar a todos sus monstruos. Locales o extranjeros. El progreso depende de la carbonización de esos monstruos. Y qué mejor sitio para que esto suceda que aquella isla donde la vida es un espectáculo.

> (En alguna ocasión le pregunté a mi esposa si ella entendía el concepto de la palabra *Progreso*, porque para mí sigue siendo una palabra que tiembla de boca en boca, desde hace siglos, sin visión ni descanso. Y ella me contestó de un modo eficiente y, por ser tan breve su modo, increíblemente cierto: «dejar la mierda atrás»).

Pero Topsy no está furiosa ni agitada.

A Mary, de siete años, le parece que un elefante luce como una quieta cascada removida de su lugar natural. Como una hondura abrupta en medio del paisaje.

Mientras los hombres de la Edison Company se han decidido finalmente por arrastrar los cables pesados y unas planchas metálicas hasta donde se encuentra su impasible figura, la Mujer pasa a explicarle a su hija que Topsy había asesinado a doce hombres americanos. A doce ciudadanos de su país. Que se trata de un animal temperamental y poco civilizado; sin compromiso alguno con la humanidad. Que había sido traído de un país lleno de salvajes llamado India. Que se le había otorgado un buen hogar y un show donde él era la estrella principal. Sin embargo, no valoró nada de esto, y su naturaleza inapropiada brotó de pronto. Por eso, su castigo ahora será

removerlo de la vida, frente a toda esta gente, logrando de aquel modo hacer justicia para los familiares de las víctimas. Le indica que este acto será una forma de hacer las paces con la realidad, o de nivelar las cosas en el universo.

> (Siendo niño, hay cierta tendencia a pensar con ejemplos. Lo que llevó como resultado a que Mary se imaginase en aquel preciso momento que un cometa caería sobre su cabeza, arrastrando una larga cola de cables pelados y eléctricos, si ella se comportaba mal con su madre o si no hacía sus tareas)

—Todas nuestras malas acciones deben pagarse aquí —sentencia la Mujer. Y sigue diciendo a su hija cosas por el estilo.

—¿Y hemos venido por eso a mirar al elefante? —replica la niña.

> (Y qué puedo hablar yo acerca del estilo, del estilo literario, sino que a mí me parece algo absurdo y totalmente sobrevalorado. Incluso el de este libro, que sería el estilo de un libro muerto. O la prueba de que el estilo no vale de mucho cuando lo importante es la historia, apareciendo a su propia velocidad. ¿Y para qué encasillarse? Lo que yo necesitaba, al iniciar esta pieza, era contar la película sobre una elefanta electrocutada. Sacarme ese extraño dolor visual de la mente. Escribir y Vencer. Dejar de ver. Lo que me anima a decir, sin alejarnos mucho del tema, que hoy que las máquinas están escribiendo —recientemente leí en un estado de romana estupefacción la noticia de que en Japón un robot ha quedado finalista en un importante premio literario— lo que uno debe hacer es escribir lo menos humanamente posible. Escribir de la manera opuesta a como lo haría un robot. Lo que significa que hay que hacerlo como un robot–robot o como un posthumano).

> (Desde 1890, la frase *Seeing the elephant* o *Irse a mirar el elefante* era, para los habitantes de la ciudad de Nueva York que se desplazaban hasta Coney Island, una frase que escondía un pecado. Significaba —ayudo así al lector— algo parecido a *Irse de putas*).

La Mujer ha realizado aquel viaje porque quiere enseñarle una lección sobre valores a su hija y, a la par, tener una buena historia que poder contar al día siguiente en su trabajo en una perfumería.

Por otro lado, su hija Mary se había ofrecido entusiasmada a acompañar a su madre porque quería mirar un elefante por primera vez.

(En mi viaje a Coney Island, durante un minuto y diecisiete segundos, yo perdí la felicidad y toda la música que me acompañaba en la cabeza mientras paseaba junto a mi esposa por América. Y ese minuto con diecisiete segundos se convirtió para mí en un año de guerra síquica).

Preste usted atención que aún está vivo.

Huele a carne asada de elefante sobre la ebria luz de los carruseles. Y sobre los rizos de Mary, que ha dejado caer el chicle strawberry de su boca abierta. Ha gritado y cerrado las palmas de sus manos como ocultando un cuchillo o unas cápsulas negras.

Las partes blandas del relato no hay modo de expresarlas.

Preste usted atención que quizás llegue a ellas.

3. EL GRAN SEÑUELO

La tierra se extendía frente a la línea del mar de modo huraño. Eran dunas llenas de sombras que se recortaban en medio de la luz como la siniestra figura de un desierto. Trechos de arena infértil donde, a pesar de ello, habían crecido pinos de matorral, arbustos de arrayán y algo de hierba parda, tostada por el sol, cerca de unas cuantas chozas pesqueras desperdigadas con absoluto desorden.

El dueño de la tierra, mentalmente atascado, no sabía qué hacer con todo aquello. Cómo sacarle provecho a esa costa americana que apenas podía mirarse cuando bajaba la marea. Era una herencia familiar que parecía inservible, sobradamente muerta.

Volvía en su cabeza, una y otra vez, sobre lo elemental: ¿Cómo vender la tierra? Hizo una breve pausa; y pasó sus dedos helados sobre un bigote grueso, anaranjado, instalado indomablemente sobre sus labios expuestos a la desnudez de una idea. De cualquier idea.

Cerró una vez más sus ojos; y se dejó llevar por un viento artificial y secreto que contenía una oleada de satisfacciones. Un viento americano que estaba envuelto en un espíritu provocador y moderno. Sin conciliar el sueño imaginó desde fuera de las extensiones de su tierra la mirada de los otros, de los posibles visitantes de esa costa. No buscaba ampliar el horror de ese desierto, sino generar el impacto de lo que significaba ser un *landlord*. Un amo verdadero.

Fue así como recordó su genealogía irlandesa. De golpe. Dándole vueltas a lo raro de su mundo.

De pronto la historia hecha pedazos de sus antepasados irlandeses, sometidos por el Imperio británico, iluminó el futuro de esa playa.

—¡Un elefante! —gritó el hombre—. ¡Un enorme elefante blanco que no pueda dormir!

Lafferty, el dueño de la tierra, imaginó un enorme elefante blanco

sobre la costa. Un elefante blanco, por más tonto que se oiga, es precisamente *un elefante blanco*. O sea, algo invendible. Algo que nadie necesita, ni sabe por qué diablos se construyó. Sin embargo Lafferty vio el blanco mastodonte protegiendo la entrada de la costa. Lo miró siendo observado, a su vez, por cientos de miles de personas desde el mar. Lo miró convertirse en una herramienta de persuasión. Lo miró siendo mirado y venciendo. Apoderándose de la mente de todos.

Entonces, lo imaginó con facciones hindúes y una actitud de Todopoderoso. Y con una silla sobre su lomo para que pudiera ser dominado únicamente por el hombre.

Ahora le hacía falta (¡ah, ese poder de Dios!) nombrarlo.

La elefanta recibiría el nombre de Lucy. Lucy sería un monstruo hermoso creado para generar una lluvia de dólares. Lucy sería un gran señuelo para suavizar la fealdad de esas dunas estériles. Lucy sería el único elefante que podría ser atravesado por un hombre sin que éste muriera. Lucy podría ser vista a ocho millas desde cualquier punto cardinal.

Lucy sería un edificio de sesenta y cinco pies de alto y ochenta y siete de largo, que funcionaría como bazar y observatorio, con la única misión de atraer a posibles compradores de tierra hasta el *howdah* ubicado en su lomo, para que ellos pudieran, casi congelados por haber atravesado un elefante entero, mirar los espacios de tierra en venta a su alrededor. Y, por supuesto, comprar. Lucy no sería otra cosa que una carnada publicitaria para hacer millonario a su verdadero amo.

Lucy sería una estructura confeccionada con un millón de piezas de madera y lata que, copiándose de dibujos de elefantes de la India, sacados de ciertas revistas de la época que reflejaban la forma de vida en safaris del Raj Británico, se convertiría en la persuasión ideal.

Lucy sería un vistazo al futuro desde el presente.

—¡Shh! —Lafferty se dice a sí mismo, enganchando su bigote, deteniendo dos de los dedos de su mano derecha sobre los bordes anaranjados de su vello facial.

Y sin abrir los ojos observa cómo un millar de compradores entra a raudales por un camino de arena.

Cabeceando día tras día, soñando con Oriente pero tratando de sacarle provecho a Occidente, Lafferty hace traer un elefante hasta las dunas. Vislumbra que su figura puede ayudar a sus obreros a concretar con exactitud a Lucy.

El reflejo humeante de las olas no permite aclarar para los navegantes la borrosa sorpresa de lo que se está erigiendo allí, sobre la

costa, donde cientos de obreros se mueven entre bultos de madera, cuerdas y torres de escaleras, bajo las disposiciones del irlandés bigotudo.

Por otro lado, la figura de ese elefante (aquel sin nombre que yace encadenado, posiblemente con ganas de huir de esa civilización y volver a África) subyuga la mirada de los obreros de la monstruosa construcción.

Todos, salvo Lafferty, lucen desconcertados. Embrujados por lo que construyen. Dejándose guiar sin deseos de continuar. Pensando en la chifladura del hombre que está pagándoles un salario para que ellos fabriquen un elefante de seis pisos que, en sus ojos de cristal, tendrá telescopios por los que se podrá visibilizar la suave luz blanqueada del océano atlántico.

De pie sobre el lomo abierto del elefante, con unos binoculares pesados sobre sus ojos, Lafferty imagina otra vez más que lo vende todo. Ve los dólares como un bloque de pizarra verde elevándose por encima del elefante. Echa por su boca un respiro espeso, caliente como el pan. Cree en su ingenio y en la montaña de dinero aguardándolo en el límite de la arena. O entrando por el mar. Mira y Alucina. Deja de ver y cree.

Y sólo a ratos entiende que únicamente está imaginando.

Después de algunos meses de trabajo, con el elefante concluido, una embarcación de vapor atraviesa el océano y, justo antes de llegar a Nueva York, ladea con actitud la costa de Jersey.

Una puñalada de ron se cierra en el interior de la garganta del marinero que, equilibrado en el mástil, no puede gritar «tierra a la vista». Y en su lugar una frase ronca y dramática, inexpresable para el capitán, aparece de sus labios simulando un graznido:

¡E–L–E–F–A–N–T–E–A–L–A–V–I–S–T–A!

El capitán piensa, por supuesto, que su hombre ha perdido la cabeza. O que el ron se la ha volado por completo. Limpia sus anteojos inmediatamente; moviéndose hacia la proa para transformar en irrealidad la frase tan fabulosa de su hombre. Mira fijamente hacia la costa, como saliendo de ese armario de hielo que es la luz del amanecer, y es sorprendido por la increíble presencia de un monumental elefante blanco de madera abandonado sobre la arena, dejando huellas en su memoria, hinchándola de un significado oscuro e inaudito, como quien mira a una bestia llorando, golpeada frente al extrañamiento de un nuevo mundo que emerge. Cuando los marineros desembarcan en Nueva York comparten su alucinación, su espejismo desproporcionado con todo el mundo. No paran de hablar del elefante

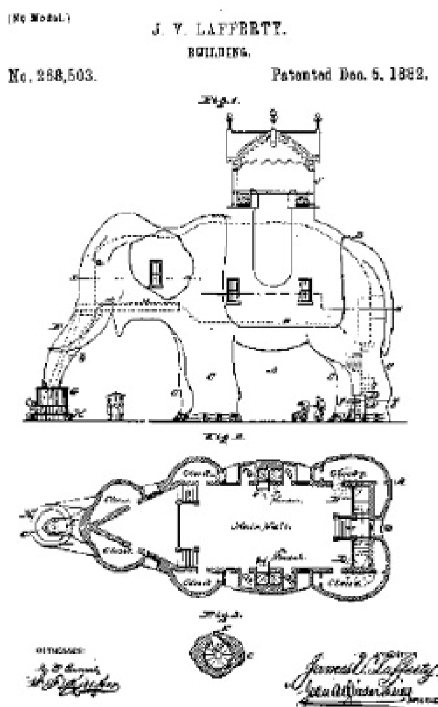
blanco clavado como una iglesia aterradora, o un petrificado dique, al pie del mar.

De aquí para allá van lanzando datos, hasta que aquella escalofriante historia se esparce por la ciudad y aparece en forma de noticia en los principales diarios. Ahora todos saben que hay un nuevo edificio con forma de elefante vigilando la costa de Jersey.

Entonces, todos empiezan a visitar la estructura futurística ubicada en la tierra de Lafferty. Enmudecen ante Lucy; suben por las escaleras adaptadas en sus patas; recorren el piso en la barriga del animal; se internan en su cabeza para ubicar sus ojos a través de los ojos de cristal del elefante, y viajar así sobre el océano poblado de ecos de otras historias de conquistas de tierras hurañas e imposibles de describir. Llegan hasta el lomo de esa bestia artificial para sentirse amos del mundo, elevando exclamaciones al cielo.

Es 1881, y Lafferty, de veinticinco años, ha hecho historia con un producto de su imaginación y osadía llevado hasta los últimos límites.

Un año después de la creación del elefante blanco, Lafferty, defendiendo su visión empresarial, sacó esta patente:



Aclarando en el documento que cualquier otro edificio con forma de animal, no sólo de elefante, también era su invento. Cubriendo así la posibilidad de que en la costa de Jersey (o en el resto de América)

comenzaran a aparecer ballenas, leones, osos y tigres de bengala de veinte metros de altura, que pudieran enriquecer a otras personas.

Hay una leyenda hindú que habla sobre seis hombres ciegos junto a un elefante. A cada uno de ellos se le pide que describa al animal tocándolo, aunque cada uno de ellos tiene acceso a una única parte del elefante. Por lo que cada uno de los seis hombres ciegos describirá al elefante de forma distinta. El que tocó solamente su pata dirá que es como un árbol. El que tocó su colmillo dirá que se parece a una lanza. El que sintió su costado dirá que es una pared. El que tocó su cola dirá que es como una cuerda. El que tocó su oreja dirá que es un abanico. Y el que tocó su trompa dirá que se asemeja a una serpiente. Los seis hombres están en lo correcto y, al mismo tiempo, están equivocados. Concluye así la parábola. Dando nacimiento a la idea de la multiplicidad de puntos de vista de una misma cosa. Y a la noción de que, ante un problema, siempre será mejor mirar el elefante entero.

De los cientos de miles de visitantes que tuvo Lucy, en los siguientes dos años, prácticamente ninguno logró mirarla por completo. Los visitantes entraban a Lucy, copaban de aclamaciones sus bóvedas de madera, jugaban con la idea de acampar en su lomo, pero se iban con los bolsillos llenos, sin comprar la tierra. Querían recorrer el animal, aunque no se interesaban en invertir.

Lafferty había adecuado una oficina dentro del elefante. Además, había realizado publicidad en la prensa donde se promocionaba su descomunal observatorio. Y donde se señalaba que había tierra en descuento y a la venta a su alrededor. Pero a nadie le interesó construir casas de verano cerca de Lucy. Ni vivir junto a ella.

Algo desanimado, Lafferty comprobó que si bien no podía vender la tierra, el elefante era un éxito como atracción turística. Se había generado inmediatamente un culto a esa imagen portadora del ingenio de Occidente sobre Oriente.

Entonces, sin poder recuperar su inversión ni vender la tierra, Lafferty tuvo otra idea que, aunque era parecida a su anterior, la superaba en tamaño y alucinación.

Una idea encerrada en una cabeza puede ser también un elefante. Un mastodonte inmóvil al que uno intenta mirar por todos lados hasta captarlo por completo. Pero una idea realizada, llevada al hecho concreto (articulada en la realidad), se parece más a un elefante incendiado. Por lo que la recuperación de una idea realizada debe significar un incesante viaje a ese mirar ardiendo.

Lafferty imaginó otro elefante. Un segundo elefante mucho más grande que Lucy (que sería realmente el tercero: un hombre de nombre Theodore Redge pagó a Lafferty por los derechos, y terminó

construyendo a *Luz de Asia*, un elefante de cincuenta y ocho pies, en el sur de Cape May) como saliendo de un sueño doloroso para entrar en otro sueño de mayor brillo.

Lafferty miró un hotel con forma de elefante. Lo vio brillando a lo lejos, atrayendo e hipnotizando a millones de huéspedes. Una audacia que les recordaría a todos los hombres que ellos podían también dar la vida; edificar un mundo contra el mundo que les había sido entregado únicamente para rodar por las piedras.

Respiró aliviado. Estaba por amanecer y el sol buscaba estirarse sobre la masa montañosa de las nubes. Comprobó cuánto dinero tenía. Besó a su esposa dormida. Miró a sus tres hijos pequeños aún cubiertos por mantas, instalados en otros sueños carentes de delirio. Se palpó el bigote helado, poblado por la luz del amanecer, y decidió partir hacia Coney Island.

Iba a construir allí la octava maravilla del mundo.

4. MIRANDO EL ELEFANTE

Instalan hipódromos detrás de la feria. Obras en construcción aparecen como los relámpagos entre los ruidos de los árboles quebrados. Brilla el progreso: crecen sus tentáculos en ese laboratorio de esperanzas nuevas frente al oleaje.

Lafferty se mueve entre apostadores, hombres de negocio, jockeys, prostitutas, alemanes, hebreos, turistas, asaltantes y bañistas despistados que deambulan juntos en esa tibia Sodoma de sólo dos cuadras, mientras una banda llueve su música desde los recovecos oscuros que guían hasta el corazón de La Tripa.

La vieja y la nueva Coney Island son un estado mental. Todas las razas y clases sociales de América pueden llegar hasta allí a cumplir sus sueños.

Imaginar y Ver para volver a ver.

Por detrás de las ruedas moscovitas y los fraseos de los cuartetos de barbería, entre espacios elegantes de tiro al blanco y carritos de algodón de azúcar, allí donde las familias acuden con sus niños a mirar rodar el sol dentro de un cinema surrealista frente a una costa suspendida por un océano limpio, late La Tripa. Un intestino negro adonde van a parar todos los pecadores del siglo XIX, que se engorda con decenas de salones de baile, bares, prostíbulos, cabarets, casas de apuestas, cabinas de baños e infraviviendas.

El ron abre puñaladas en las gargantas de los hombres. Y las mujeres del Cancán abren sus piernas liberando una ranura para que ingrese el poderoso dólar. Para que el sueño americano empiece.

Para que ruede la película completa.

Lafferty ha elaborado su último elefante sólo por un cuarto de millón de dólares.

Y lo ha hecho con las siguientes especificaciones:

263 hombres • 63 ventanas • 25 luces eléctricas • 12 toneladas de pernos de hierro • 11.000 barriles de clavos • 57.000 pies cuadrados de estaño • 31 habitaciones • 1 galería de 208 pies de largo • 175 pies de altura • 203 pies de largo • 1 howdah u observatorio que cubre hasta 50 millas del océano

Después de ciento veintinueve días de trabajo, la misma luna parece apoyarse en las nalgas del animal, idéntica a un farol.

Cuando Lafferty se persigna, lo hace como un condenado que ruega por la vida. Convertido en cualquier otro hombre que ha puesto su futuro en las manos de un invento extraordinario o un capricho.

En la inauguración del hotel los malabaristas se retuercen con destreza como si fueran hijos de lo subnormal. Gánsteres de banca fuman sin derretirse, con pereza, ejecutando falsos parlamentos. Hombres, mujeres y niños rodean como hormigas el elefante.

Hay 1.500 personas alrededor del animal cuando Lafferty grita a través de un megáfono:

«Quien busque a América debe entrar por la trompa del elefante.»

«Quien busque a América que deje su corazón en las olas.»

«Quien busque a América que entre en la arena con los guantes arriba.»

El hotel ha representado pérdidas financieras desde su construcción. Sin embargo, Lafferty olfatea el dinero. La lengua se le hincha por la sed, pero sigue gritando. Cuando cierra los ojos, ve una colonia de bichos entrando por el mar. Todas las razas del mundo han llegado para entender su gran invento.

«Quien busque a América que no discuta con nadie, sino que crea y pague.»

«Quien busque a América que esté dispuesto a perderlo todo.»

Miramos, nos limpiamos los ojos, y miramos de nuevo, para entender lo que debe de haber en la mente del creador de este hotel. Porque primero se mira, y luego se imagina o se sospecha.



«Los futuros visitantes descubrirán el esqueleto del animal como si entraran por un espectáculo lujoso de vertebras de bambú, donde se ora a un dios más poderoso. Y el hombre que quiera saludar al dios que lo habita hará fila por tan solo veinticinco centavos.»

JAMES B. LAFFERTY,
PRESIDENT

Esta alucinación de Lafferty es bautizada con el nombre de *Elefanta Colossus*. Pero su apodo local será *Hotel Elefante*.

Y su ubicación: la avenida Surf.

Es de este modo como diecinueve años antes de la electrocución pública de un elefante, ante 1.500 espectadores, entre los que estarán la pequeña Mary y su madre, hay otro elefante apostado en el mismo lugar.

Las coincidencias se encienden y se apagan como luciérnagas.

Tan importante es la imaginación como la visión, piensa Lafferty, quien ha diluido dos meses de su vida en la fabricación del animal. Porque el cerebro es un órgano celoso: necesita ver para vencer.

En las siguientes semanas, los habitantes de Coney Island empiezan a oír por las noches voces extrañas dentro del elefante. Escuchan también los crujidos de sus costillas masticadas por los incesantes pasos de Lafferty. Sienten que algo se sacude por las habitaciones con la habilidad taimada de los gatos.

Es así como dos años antes de que arribara La Estatua de la Libertad, TODOS LOS INMIGRANTES QUE VAN LLEGANDO AL PAÍS DE LA LIBERTAD Y DEL TRABAJO, EN BUQUES Y PAQUEBOTES, HUYENDO

DEL DOLOR DE SUS TIERRAS, ABREN SUS MANDÍBULAS EN UN VUELO DE TRANCE AL MIRAR DESDE EL OCÉANO UN ELEFANTE.

«¡Uh, Ah!» —dicen los inmigrantes—. «¡Esto es una obra maestra y una aventura!»

Pero aún no piensan en refugiarse en el elefante.

Míster James Lafferty. Diablo y soñador. Echado sobre la barra de una sucia cantina durante horas. A punto de perder a su familia. Soñando con un elefante de madera de doscientos pies de alto sepultado entre los hierros transversales de las ruedas moscovitas. Palpándose el bigote como si fuera un tren dispuesto a cruzar una interminable llanura. Padeciendo de un rara enfermedad que revienta como el maíz de Coney Island, únicamente en su cabeza embromada por ideas exigentes.

—Miren, allí está el pobre idiota que quiso vendernos un hotel vestido de monstruo —dice un jockey ebrio.

—A simple vista —clama uno de los niños del vodevil—, parece que está muerto. No tiene ni dónde dormir como la gente de este bar el viernes por la noche.

—¡Ese es el Señor de los Elefantes! —grita una prostituta masticando el brazo de otra.

—Sí —responde un borracho—, se trata del idiota que pretendió cobrar para que la gente reposara en su juguete.

Ahora la vida es este lugar donde el placer y el crimen comparten tejidos grasos.

—¡Oh, Míster Lafferty, tú debes contar todavía con algunos dólares! —dice el ladrón celoso, cambiándose rápidamente de lugar. Dejando que algo de luz lama su cicatriz pirata junto al rostro del genio—. ¡Compraremos muy abrazados algunas botellas!

El resto es previsible.

Después de largas temporadas de bronceado, el Hotel Elefante ha empezado a ser devorado por La Tripa. Misma que, parecida a un intestino o a una serpiente negra, se ha convertido en una verdadera fuente de dinero.

Como en el libro del aviador francés, los adultos ya no distinguen al elefante dentro de la serpiente.

Miran y aceptan únicamente lo que miran.

En sólo dos años el Hotel Elefante ha pasado a convertirse en un burdel chillón donde los hombres intercambian sus insomnios, entre piernas, cuellos y sonrisas flotantes, bajo el nocturno jugo de la luna. Fuman opio y beben grandes cervezas sin compartir objetivos reales, más allá que la apuesta por el fin.

Y casi todas las noches no queda un solo cuarto por alquilar. A medida que se aproxima a su desastre.

Acepta y Mira.

«El ojo sólo ve lo que la mente está preparada para comprender».

HENRI BERGSON

No hace falta relatar que Lafferty, viendo derrotada su ambición, terminó por vender su hotel y desapareció de la faz de la tierra. Aún un tanto joven, pero quebrado. Y que antes de 1890, el Hotel Elefante era una estructura prácticamente abandonada. Una estatua hueca vuelta depósito de adictos.

Es así. Ni la imaginación ni los grandes objetivos se salvan de toda esta liviandad.

Pero una noche de septiembre de 1896, alguien vio a un hombre desastrado ingresando por una de las patas del mastodonte. Se oyeron maldiciones en distintos dialectos y un golpe fuerte, estrepitoso, como la caída de un peso muerto, derribándose sobre un montón de libros. Luego de eso empezó el incendio más grande que haya existido en Coney Island. O en las costas de América. Toneladas de madera ardieron espontáneamente, borrando la noche. Pirámides de fuego salieron de los ojos de cristal del elefante. El humo ascendió cubriéndolo todo, incluso La Tripa. Fue como si una descarga eléctrica hubiera recorrido su estructura. No se balanceó su panza abovedada, sino que estalló escupiendo llamas rojas y amarillas a través de sus ventanas derruidas. Cuernos de humo cubrieron la cabeza abierta del elefante que fue, por unas cuantas horas, oro verdadero. Luz eléctrica disfrazada de ángel. Un fuego de la venganza sobre miles de turistas que se descubrieron de pronto como ciegos auténticos. Soltando llantos y alaridos. Abrazándose a tientas en completa oscuridad con los rostros compungidos en busca de ayuda.

Hasta que el elefante cedió.

Entonces, ellos vieron de nuevo. Miraron, se miraron otra vez e imaginaron.

Y aquello volvió a convertirse en otra noche chispeante. En un lento espectáculo extraordinario: el incendio de un cajón vacío de 175 pies de altura. Otra atractiva forma de darle ritmo a la vida. Un increíble modo de limpiar un lugar para que, al mismísimo día siguiente, bajo los dominantes rayos de un sol americano, pudiera levantarse otra nueva atracción, moderna y diferente.

Tal vez un parque o un circo, con tigres, osos y jirafas, al que

desearan entrar personas de todas las edades y razas del mundo para liberarse del aburrimiento de sus vidas.

Masticando unas sabrosas manzanas acarameladas bajo las nubes de algodón de Coney Island.

«Este sí que será un parque divertido», pensaron sus nuevos dueños.

«Donde quien ingrese esté dispuesto a perderlo todo».

VIII

Hay una velocidad diferente que nada tiene que ver con la de los seres y objetos en movimiento perpetuo. Ajena por completo a las leyes de la física. Una velocidad que se alcanza únicamente en el interior de un mundo galopante. Una velocidad ilimitada que ocurre en la mente de un creador cuando se abstrae por completo. Y frente a él empiezan a emerger las formas ondulantes del pasado, presente y futuro. Chorros múltiples de una luz que se materializa guiada por el corazón y el impulso de una razón en parcial o completo desacuerdo. Y donde todo cambia, dejando por detrás un abismo de dudas. Una velocidad que solo es alcanzable desalojando el cuerpo. Incluso, a veces, moviéndose en un sentido opuesto al mundo. Y esa es la eterna velocidad que Ulises sueña alcanzar, pero que aún no se revela ante él. Toma asiento otra vez frente a su escritorio. Trata de organizar sus ideas, sus nuevos materiales. Piensa en los árboles de México. En la historia de un árbol como un ajuste de cuentas con el ecosistema. Ojea con celo el libro de árboles ancestrales que compró recientemente. Fastidiado, se levanta de la silla y se echa sobre la cama donde se queda mirando por un buen rato, abriendo mucho los ojos y sin pestañear, sus diez leyes sobre la pared. Como si al hacerlo aflojara unas correas invisibles que no le permiten navegar hacia algún sitio en sombras. Tarda un cuarto de hora imaginando que fracasa en la beca y vuelve a su país en calidad de abogado.

Divaga su mente hasta que retorna a la idea de ese departamento donde lleva viviendo por casi un mes. Cómodo hasta cierto punto. Porque tampoco es un hotel con servicio de restaurante a la habitación. Además, ahora esa fotógrafa española tiene ocho días instalada allí. Sin promesa de partida. Y sus quejidos escandalosos sobreexcitan su ánimo. Aterriza en la conclusión de que esa mujer disfruta menos del sexo que lo que finge que disfruta del sexo. Grita para hacerlos cómplices de lo que ocurre en su cuerpo. Como si se necesitara de testigos para reafirmar una emoción.

Aunque siempre cabe la pequeñita posibilidad de que realmente esté gozando.

Decide abandonar el departamento e internarse por las calles de Veracruz para ver si así, dejándose invadir por los olores del puerto, el milagro de la escritura resucita. Se viste rápidamente y se aplica protector solar. Cuando cruza la sala no se topa con nadie. Las otras dos habitaciones están en total silencio. Un poco antes de abrir la puerta para bajar las escaleras, con el rabillo del ojo ataja una silueta que pasa tras de él en camino hacia la cocina. Se voltea y lo que mira

es la espalda de una mujer, de cabellos claros, circulando con decisión. Piensa que Lollipop se ha cambiado de color de pelo, y como no le gusta quedar como mal educado, se da la vuelta y la sigue por la sala para saludarla. Pero cuando entra en la cocina la mujer se desvanece frente a sus ojos.

Aturdido, se queda congelado por unos segundos con las manos atrapadas entre ellas, anudadas por los dedos, como una sola correa de tegumento. Se sacude y corre hacia las otras dos habitaciones a golpearlas. Necesita comprobar que todos están en sus cuartos. Y que ha visto lo que ha visto. Necesita comprobar que no está volviéndose loco.

—Te lo dije pero no quisiste escucharme, Ulises. Yo vi a una mujer con dos niños en mi cuarto. Y ese par de niños estaban brincando sobre mi cama.

—¿Y la mujer?

—La mujer estaba de pie mirándome con odio. Sentí que quería que me largara de la habitación. Incluso vi el vacío dentro de las cavidades de sus ojos. Fue horrendo, bróder.

—Yo solo he visto a la mujer.

—¿Tú también, Madre? ¿También la has visto? Puta, ¿y por qué no decís nada?

—Porque paso fumando mota, hueón. Y si te decía algo te ibas a burlar.

—¿Y cuándo la viste?

—¿Te acordai cuando el Calibán se perdió como dos noches y se quedó en casa de las bailarinas?

—Habla más bajo, bróder, que esta man está durmiendo y puede levantarse.

—Lo recuerdo.

—Pues el hueón regresó esa tarde hecho mierda. Pero mierda de verdad. Y se quedó tumbado con la lámpara del escritorio encendida. Cuando yo regresé de la calle, entré a mi habitación; y desde mi ventana se ve, pues, la ventana de este hueón. Las cortinas estaban abiertas, la lámpara encendida, la laptop sobre el escritorio. Hasta la música gay que escucha este negro se podía oír. Ya sabes: Pet Shop Boys. Seguí en lo mío: escribiendo. Y cuando se puso el sol, tipo siete, me da por mirar hacia su ventana, y allí estaba esa mujer. Sentada a su lado. Solo la vi de espaldas. Lo miraba dormir. Me aterré y cerré las cortinas.

Toda esa historia obliga a Ulises a pensar en el nombre de la calle en la que vive: Víctimas del 25 de junio. Toma un bus y llega hasta el

Centro Veracruzano de las Artes “Hugo Argüelles”, donde pide que le permitan hacer uso de la biblioteca. Allí encuentra un libro titulado *Mátalos en caliente*, que reconstruye los hechos del 25 de junio de 1879.

En resumen: se trató de una rebelión de personajes fieles a Sebastián Lerdo de Tejada, cuando empezó el gobierno del General Porfirio Díaz. Sin embargo Porfirio Díaz anticipó la jugada y, por medio de Luis Mier y Terán, apresaron a los implicados en sus viviendas. Una vez hecho esto, Mier y Terán esperó por la orden de Porfirio Díaz, que fue remitida en un telegrama que rezaba, precisamente, así: *Mátalos en caliente*. Por lo que se procedió a fusilar a nueve de los doce prisioneros y arrojarlos a una fosa a las afueras del puerto. Sin embargo, esos asesinatos implicaron un alto costo político para su gobierno.

La frase *Mátalos en caliente* sigue retumbando en los oídos de Ulises cuando abandona el sitio y empieza a deambular por las calles de Veracruz. Pasa, empapado en sudor, junto a una nevería y otros negocios como restaurantes de mariscos y bares. El sol destiñe puertas y paredes sin clemencia. Se detiene junto a un quiosco donde ofrecen aguas de sabores. Se sitúa frente a los grandes vitroleros de cristal donde mantienen las bebidas con hielo. Pide rápidamente un agua de horchata y timbra su móvil. La Madre le comunica que todos los becarios mantendrán una reunión urgente con los funcionarios del FONCA que acaban de llegar desde la Ciudad de México para ayudar con sus nuevos inconvenientes con las residencias. La cosa ha reventado, como esperaban, desde que se quejaron por la bonita vida de hotel del becario fantasma.

La cita tendrá lugar en el bar del Hotel Emporio.

Cuelga y se bebe el agua de horchata consciente de que ha llegado la hora de mejorar las condiciones en las que escribe. La Madre y él han urdido un plan para dejar ese puerto variopinto que, como cualquier otro puerto, alberga duros contrastes por cualquiera de sus avenidas. Lujos y podredumbre en una celda de calor reñidor. Sin arte ni actividades culturales de recreación. Ofreciéndole muy poco a la vida de un escritor como el que él quiere ser.

Ni lo piensa dos veces y toma un taxi. Desde el asiento trasero, acompañado por una cumbia melancólica, mira con raro apego esas calles en cámara rápida esperando no tener que volver a verlas. México y sus fantasmas. Veracruz y sus fantasmas. Una franja de malecón llena de hippies y pinches mariguanos que ofrecen sus artesanías. Se le aparece fresco el recuerdo de su llegada a una primera ciudad, cosmopolita, con un clima más amable, invadida de parques, tiendas y cafeterías. «Un departamento amoblado en Ciudad

de México, en una zona muy bonita como la Colonia Condesa», piensa en voz alta. «Un lugar donde la decadencia se extravíe en barrios lejanos».

«Vale la pena soñar así», se dice a sí mismo, cuando advierte la presencia de tres grandes vehículos Chevrolet Suburban negros con vidrios polarizados, al pie del Hotel Emporio. Quien baja del vehículo del centro, escoltada por agentes de seguridad, es Olga Ciprián, la Directora del Todopoderoso FONCA.

Ulises no se aproxima; espera que la comitiva entera cruce por la recepción del hotel y encuentre el bar donde ocurrirá la reunión.

Justo antes de ingresar la Madre manotea su espalda.

—¿Estamos listos para las exigencias, Ulises?

—Más que listo. Soy abogado, no lo olvidés, Madre.

—Apenas sea nuestro turno, entonces hablai tú, hueón. Pide que nos lleven al DF.

—Dalo por hecho.

En el vestíbulo, junto a la recepción, están Lollipop y Calibán alterados. Se hablan al oído, beben mezcal y fuman sin permiso. Cuando alguien les pide que se retiren hacia el bar, se ponen agresivos. Son como Nancy Spungen y Sid Vicious. No les importa un poco de alcohol, sangre o vómito sobre la ropa. No les importa alzar la voz ni besarse apasionadamente delante de todos. Apenas le hacen una mueca a Ulises cuando éste los saluda con la mano en el aire.

El bar nunca fue el espacio para reunirse. El bar había sido la opción que Calibán dio cuando lo citaron por teléfono. Ulises y la Madre caminan lentamente hacia el restaurante del hotel. La comitiva ha hecho preparar una mesa larga, al fondo de todo, que da a los vitrales por donde puede mirarse una piscina oval, llena de turistas. Mujeres y hombres en trajes de baño bebiendo margaritas y cervezas hasta reventar.

Olga Ciprián, bajo unas gafas cuadradas de carey, no esconde su molestia: la han obligado a viajar hasta Veracruz por la amenaza de que ninguno de los escritores se presentará a las tutorías del día siguiente.

Poniendo así en jaque al FONCA.

Ahora están los becarios sentados frente a siete funcionarios enfurruñados.

—Bueno, ¿quiero saber qué chingados pasa aquí? —dice la directora.

—Y lo que nosotros queremos saber es por qué Leonardo Rojas puede pasar cuatro meses hospedado en un hotel —pregunta o reclama Ulises tragando saliva.

—Sí pues —emula su queja la Madre— ¿cuánto es lo que cuesta

hospedar a ese hueón peruano?

—Eso no es de su incumbencia.

La seguridad de Olga Ciprián junto a los choferes de los autos, acodados en una mesa aledaña, miran inmediatamente a la mujer, la que con un rápido gesto transparenta su voluntad. Entonces uno de ellos se dirige a dos meseros para que pasen la carta.

—Vamos a hacer esto despacio —resume Ciprián—, pidan primero lo que deseen de la carta. Luego se me quejan de sus departamentos. Y de allí exploramos soluciones. Comamos y bebamos primero. Somos gente civilizada, ¿o qué?

Whiskies, cervezas Negra Modelo, tequilas y un agua de horchata, como materiales de tregua, aparecen en pocos minutos.

—Nosotros tenemos otro problema —habla Calibán sin deseos de prolongar más la reunión. Sin interesarle realmente las necesidades de los demás becarios.

—¿Y a ti qué te ocurre? —se asombra Ciprián deteniendo los rebotes que hace con un sorbete dentro de su vaso ondulado de Piña colada.

—Esta man está preñada. Y queremos tenerlo.

La mujer se retira las gafas, sus ojos parecen más pequeños de lo que realmente son, y se toma rápidamente la cara con ambas manos, tropezando con su movimiento el vaso de Piña colada. Salta el funcionario, sentado a su derecha, y trata de ayudar con unas servilletas para que no acabe desbordándose todo sobre su jefa.

—¿Quéeeeee? ¿Pero de qué habla este cabrón? ¿Qué… quéeeeee?

La mesa ha quedado en total silencio.

Ulises y la Madre sienten cómo algo de sangre empieza a hervir en sus rostros. Calibán se pasa un tequila y besa mecánicamente en la mejilla a la mujer de pantalones negros de cuero que está a su lado, a Lollipop, que algo ebria se carcajea, enciende un cigarrillo, se acomoda las gafas amarillas y, luego, dice:

—¿Qué no se entiende qué? ¡Joder, que me he quedado preñada y quiero tener a mi hijo mexicanito, aquí, en México!

Olga Ciprián, en lugar de torcer la boca, abre los ojos lo suficientemente como para expresar su anonadamiento. Su deseo de que todo se trate de una vil broma. Sin embargo, sus ojos continúan empequeñeciendo.

—¿Me estás hablando en serio, Inés? ¿Es qué te has vuelto loca? ¿No llevan ni un mes en México y ya andan en esas corridas?

—Como habéis oído, figura. Que estoy bien preñada y contenta. Y vosotros tenéis ahora que hospedarlo a él, que es el padre, conmigo en la puta montaña de San Agustín Etla. ¡Que tengo derechos! ¿No te jode?

IX

HISTORIA DE PRIMERA DE LA SEGUNDA

Por Leonardo Rojas

Cuando William ingresó en la cafetería, un pequeño asiento de color verde aún estaba girando frente a la barra. El policía gordo que cruzó junto a él debió apearse del mismo, abandonando un café a medio terminar. El sol apenas penetraba por los vitrales del establecimiento, generando un mareo sostenido a quien se atreviese a mirar demasiado tiempo el encandilamiento paulatino que sucedía sobre ciertas superficies, casi como si de una pintura futurista de caños metálicos se tratara.

En una mesa a su costado izquierdo, sumergida en una lectura bajo la luz fluorescente de una lámpara ovalada de pared, estaba Ilse. No se detuvo a mirarla a pesar de que el humo de su cigarrillo parecía alinearse en paralelo con el blanco mechón de su cabello que lucía como un rayo congelado en el origen sospechoso de su frente. Algunos años atrás, William jamás habría adivinado el futuro de ese posible mechón; cuando se conocieron Ilse tenía treinta y seis, y ni una sola cana en ese cabello de corte de león con cerquillo, delineado con precisión sobre ambas cejas. Ahora su cabello había sufrido desviaciones como su vida, canas que fueron pintando con fuerza un tramo de pelo hasta convertirse finalmente en aquel témpano expuesto.

El hombre fue hasta la barra y pidió por el Times. Volvió a mirar a la mujer y pensó en la burbuja del tiempo. En lo que somos. En qué somos. Gente que fue cuidada por gente y que vino a cuidar a otra gente. Niños desprotegidos cuidados por adultos desprotegidos que se convertirán en ancianos desprotegidos. Rechazos temporales. «Cadáveres postergados que procrean», fue así embestido por el verso del poeta portugués más salvaje y perdido que había leído: Pessoa. Aunque a él la paternidad se le hacía una cosa horrenda. La literatura y la paternidad no son compatibles. El verdadero escritor no puede tener ataduras ordinarias e innecesarias. Su vida está al servicio de un arte incomprendido que es criado, alimentado y madurado con años de perseverancia. ¿Era eso escribir? No estaba muy seguro.

Empuñó el diario y acomodó una vez más sus lentes que protegían esa mirada lánguida y verde opiácea que traía desde hace algún tiempo. Algunos años habían pasado desde la última vez que había

hablado con esa mujer con aspecto de ave. A los costados de sus ojos castaños habían crecido surcos, arañazos visibles del tiempo que al menos en el caso del costado derecho de su rostro, servían de apoyo para ese pequeño monóculo que respiraba como una luna del norte, sólida y transparente. Reparó en su monóculo, en lo mucho que le había gustado aquel detalle cuando se la presentaron y ella era una mujer ya divorciada que vivía en un cuartito de un hotel en un pueblo de pescadores, buscándose la vida con clases de idiomas (sabía al menos cinco) y haciendo de guía turística para todo tipo de gente, pero sobre todo para chicos y hombres maduros que llegaban hasta Europa a buscar amantes en garitos de enganche gay. Todo mundo sabía que si uno iba a veranear a Dubrovnik, era con la judía Ilse Klapper con quien debía de hablarse. Ella era una *socialité*. Una especie de Caronte inevitable del libidinoso submundo de aquel pueblo medieval amurallado, donde los autos no eran permitidos.

Entonces William cerró y abrió los ojos por segundos. Volvió en su mente a Croacia y a Viena. Recordó a ese chico aventurero de veintidós años, sifilítico y aspirante a doctor, que deseaba curar a gente que lo necesitara. Aquel viaje por Europa había sido una chifladura intensa que puso a padecer a sus padres. Su deseo de ser médico no le duró un semestre. Se rió. Después de ese viaje, lo que sí duró fue el deseo de moverse por todas partes. Aunque ahora lo hacía por América, la que lucía como una pesadilla con ventiladores de techo.

El techo del ventilador hizo un sonido áspero, desestructurando en dos segundos sus recuerdos. Los baños saunas. Los muchachos desnudos bajo cortinas de vapor. El deseo y la imposibilidad de acostarse con alguien. Volvió en sí leyendo la portada del diario que había empuñado. Alemania había ocupado Hungría. Una lástima. Nazis hijos de puta, reflexionó. Miró la falange que le faltaba al dedo meñique de su mano izquierda. Abrió finalmente toda esa palma sobre el frío metal de la barra. Entonces de un tirón sacó un fragmento de papel con el que hizo minúsculas bolitas que fue incrustándose en todas las uñas de sus manos. Volvió a doblar el periódico y lo entregó sin explicar nada al hombre al otro lado de la barra.

Avanzó finalmente hacia Ilse. Y se sentó frente a ella.

(*Primer café*)

—William, querido —habló así la mujer, y una sonrisa apareció en su rostro presionando ligeramente su monóculo, cubierto por el humo.

William, algo enojado, colocó su sombrero de paño oscuro sobre la mesa. Palpó su pistola con un golpe rápido y seco sobre el pliegue derecho de su solapa. Respiró: allí estaba su pistola Star 38. Escondida y reposando sobre su pecho esquelético. Aún sin prestarle atención,

preso de cierta fragilidad, encendió un cigarrillo por inercia.

Entonces miró a Alemania mirando el monóculo de Ilse. Una araña de humo trepó desde el cordón del monóculo hacia el ojo de la mujer.

—Los cazas de guerra con sus malditas sirenas ensordecedoras. La maldita trompeta de Jericó. Los bombardeos. La persecución y la mierda, Ilse.

—Han ocupado Hungría —dijo Ilse, cerrando finalmente el libro que tenía frente a ella—. Te he pedido un café, William.

—Gracias. Sí, acabo de leerlo.

—Un mundo en tinieblas es mejor que un mundo encendido a media luz.

—¿Tú crees?

—Todos lo creen.

Cuando la mesera colocó ambas tazas sobre la mesa, William dio un respingo y reparó en la figura diminuta de su amiga, en su aspecto de niño envejecido.

—¿Y dónde estás viviendo? —preguntó mientras sorbía algo del café.

—En un departamentito de la calle Stone. —¿Y cómo te las apañas? Siempre se te ve tan bien, Ilse. Como un pequeño lord sofisticado. Sabes, jamás he entendido cómo nunca me has pedido ni un céntimo.

—¿Quieres que empiece a hacerlo? —dijo Ilse y se sonrió de tal modo, que a William le pareció por un momento que lo que tenía delante de él era una mujer disfrazada de águila.

—No, querida. Sólo me sorprende como sobrevives de tan buena manera.

—Doy clases privadas de alemán. Y mi hermano Arnold me ayuda con algo, cuando puede. Óyeme, tú que te has burlado de *las ratas ahogadas*, escucha esta idea que he tenido: los judíos no somos otra cosa que un experimento científico. Uno muy largo. Alguien, desde el espacio exterior, quiere comprobar que no podemos extinguirnos.

—¿Lo dices por lo de Ernst? ¿Por lo de *la rata arrojada al agua a la que le recortaron los bigotes*?

—¿Y por qué otra cosa sería? Se lo fuiste diciendo a amigos y aquí todo mundo se enteró.

—Explicaba su decisión, su acorralamiento. No fue para tanto. ¿Me haces el relato de su muerte?

—¿Te causa morbo?

—¿Morbo? Sí, pero no del que te piensas, Ilse. Me causa morbo el carácter de ese comunista. De alguien que se quita la vida a los cuarenta y cinco años. Que deja un montón de cosas escritas y decide darle la vuelta a la página, pero hacia el vacío. Que se va directo a la

nada. Haciéndose nube. Cuando yo he querido hacerlo, por ejemplo, no he podido concretarlo. El suicidio es una meta para cualquier espíritu extraviado.

—Tú no eres ningún suicida. Déjate de cosas, querido.

—A veces, Ilse, poquísimas, por supuesto, sí que me lo pienso. Por eso creo que Ernst debió manejarse con cierta bravura para conseguirlo.

—Tampoco era tan valiente. Es cierto que era impetuoso y revolucionario, pero no me parecía del tipo que combate hasta la muerte. O que tiene los pies de plomo, ¿me entiendes?

—Siempre, querida. De una o de otra forma no todos los Señores de ideas tienen los pies fríos. Y a mí lo que más me encabrona son los Señores. Y Ernst Toller era un Señor. Un dramaturgo de cierta reputación. Pero debo aceptar que era otro tipo de Señor.

—Bueno, pues como sabes a Ernst lo conocí en Munich, cuando yo tenía diecinueve años. Poco tiempo antes de que asumiera la comandancia del Consejo Central Revolucionario. Estaba encabronado con el país; sentía que los líderes habían traicionado al pueblo. Y también estaba encabronado con los nazis. Era un antinazi, apasionado por la revolución, orando frente a un público enardecido. Apenas pude acercármele y decirle un par de palabras. Pocos meses después se convirtió en el Comandante del Ejército Rojo de Munich. Y en mayo de aquel año fue arrestado por traición y sentenciado a muerte.

—¿Cuántos años tenía Toller cuando eso pasó?

—Veinticinco, si recuerdo correctamente.

—Esa es la mayor de las estupideces: una revolución. ¿Para qué una revolución? ¿Qué significa eso? Cualquier revolución implica, irremediablemente, una exclusión.

—William, en aquel momento el mundo entero empezaba a mirar hacia el color rojo. Y en Munich también había alguna gente que quería ponerse ese color. Además, Ernst había luchado en la Primera Guerra; supuestamente estuvo trece meses en el frente.

—Yo también quise enlistarme para pelear en ésta —dijo William y pasó a mirarse el dedo meñique rebanado—. ¿Y por qué no murió en Alemania cuando lo sentenciaron?

—Porque el escuadrón de fusilamiento se negó a dispararle.

—Lo respetaban.

—Y sí, así debió ser. Entonces le cambiaron la pena por cinco años de cárcel.

—Y luego terminó en Nueva York.

—Antes estuvo en España, intentando hacerle la guerra a Franco. Estaba contra el mundo, William. Como tú, con la diferencia de que a

ti no te interesa cambiarlo.

—¿Cambiar el mundo? Cuando alguien dice una de esas estupideces solo me viene a la mente la imagen de un niño jugando con sus muñecos en la soledad de una gran habitación. Y después imagino a un niño más grande, quizás desgreñado y con algunos pelos en la cara, jugando con ese mismo niño que está a su vez jugando con sus muñecos, pero en la oscuridad de un patio destechado.

—Como sea, querido, cuando fui su secretaria el hombre ya era un fantasma. A pesar de que dio conferencias y le publicaron sus memorias aquí, no se reponía de esa tristeza que hacía de él un sonámbulo patético, un premuerto. Incluso su mujer lo había dejado.

—Pero el día en que se mató… ¿te acuerdas? Estábamos aquí mismo los dos, burlándonos de él. ¿Sí lo recuerdas? Dime que lo recuerdas, Ilse…

—William, ¿cuándo hemos perdido el encanto por burlarnos de los pusilánimes? Ese día almorzamos aquí y te dije que lo había encontrado apenas dos semanas antes jugando con un cuchillo de la cocina en la suite de su hotel. Simulando cortarse las venas.

—Bueno, Ilse, al parecer tampoco es que había estado simulando demasiado. Creo que estaba practicando.

—Esa tarde me demoré más de lo necesario. Le brindé la excusa que necesitaba. Sabes lo que dicen de los suicidas…

—No, dímelo tú, por favor.

—Lo sabes. Solo te gusta que te repita la historia desde allí.

—¿Cómo se te ocurre, Ilse? Además, ¿a quién le puede hacer daño ese relato? Ernst ya se fue hace mucho tiempo.

—Ningún suicida realmente se quiere matar. Por eso casi todos al principio dan señales de auxilio. Escaramuzas pequeñas. Pastillitas por aquí. Cortaditas por allá. Lloriqueos por aquí. Soguitas colgadas por allá. Van plantando la escenografía. ¿Me copias, Burroughs?

—Te copio, Klapper. ¿La escenografía para el suicidio?

—Sí. Y el cabrón de Ernst era… dilo, vamos…. El cabrón de Ernst era…

—¡Era precisamente un dramaturgo! ¡Y de los buenos! Aunque nunca había leído sus libretos, su reputación era grande. Entonces te estaba montando una obrita. La gran obrita de su escape final. Su última obra.

—¡Será cabrón! ¿Acaso pensó en lo que pasaría conmigo una vez que estirara la pata? Una pobre emigrante judía divorciada y casada por segunda ocasión, pero con marido maricón y ausente.

—Maricón, ausente y a mucha honra. Ja, ja, ja. Aunque ahora último, querida Ilse, en aquella materia, he estado contradiciéndome un poco. Pero esa es harina de otro costal. Continúa la historia sobre

el cabronazo de Ernst.

—Una pobre judía que venía huyendo del Tercer Reich.

—Lo sé. Insensible nuestro querido Ernst. ¿Y?

—Y esa tarde, después de que nos fumamos los últimos cigarrillos, logré obligarte a quedarte un rato más conmigo. Nos burlamos del Baron Yanche Wolfner y ese modo que tenía de organizar cacerías homosexuales. Y tú te fuiste quedando, atrapado en la red de ese relato. Te gustaba volver a tener veintidós años y estar en tu aventura europea por París y sus cafés. Mirarte en Viena en el Hotel König Von Ungarn donde cuenta la leyenda que Mozart vivió tres años y compuso *Las bodas de Fígaro*. Echarte una vez más sobre las playas de Dubrovnik repletas de turistas británicos, alemanes y franceses. O imaginarte los atardeceres en Grecia donde nos casamos. Aún te gusta, ¿si no, por qué estos encuentros?

—Sí, pero estás omitiendo la mejor parte.

—¿Cuál?

—Que ese día nos reímos del Rey Edward VIII y de su mujercita yanqui, Wallis Simpson. Habían llegado en el yate real hasta Croacia. ¿Lo recuerdas? Todo el restaurante se puso de pie. Una serie de miradas y silencios fueron suscitándose en escalada. Una veneración fingida porque en el fondo todos esos británicos los odiaban. Al rato estaban allí hablando mal de la parejita. Chismoseando sobre sus hábitos.

—A mí me gustaba. Vamos, hasta ahora me gusta esa pareja. Y cuando abdicó ese mismo año por su zorra, pues ese fue el mayor gesto que un noble ha podido hacer. Dejó un imperio por una mujer que no le daría ni hijos. Dejó un reino únicamente para pasárselas haciendo fiestas, metiéndose whisky a toda hora y follando. La mujercita debe ser una campeona en el arte de follar.

—Seguramente es una gran folladora.

—Pues esa tarde me demoré. Nos demoramos. Y cuando llegué a la suite me puse a tipiar en la máquina como hacía a diario. Sin embargo, me detuve un instante. Y el silencio pasó de mis nudillos hacia mi cuello. Volteé a revisar superficialmente todo con la fuerza mental de que algo, de que alguien faltaba. Entonces, lo supe.

—¿Así de pronto?

—Sí, querido. Así de pronto. Me dirigí hacia el baño, abrí la puerta lentamente y lo encontré allí: colgando del cinto de su bata de baño. Suspendido en el aire como una enorme polilla amarilla. Como un ángel desnudo recién sacado de un congelador.

(*Strawberry pies* + *segundo café*)

—Sabes, querida, a veces pienso en Viena, en esos muchachitos nazis

que se sonaban la nariz gelatinosa y muy blanca, con dedos tan gélidos que parecían estalactitas. Guapos y dementes racistas–nacionalistas. Chicos homofóbicos de nariz respingada y orto abierto. Les temía.

—¿Tú? ¿En serio les temías?

—Sí. A veces pienso que fue toda esa escalada de violencia política y persecución que me puso de vuelta corriendo acá. Incluso, si me hubieran aceptado en el ejército, estaría ahorita agujereando a un montón de esos mismos chicos bonitos.

—Yo creo que a ti lo de matar se te da muy mal, querido. O como un juego. No tienes idea de lo que es eso. Tampoco eres un intelectual con estructura política. Con alguna formación decidida. Vamos, querido, que tú estás contra todo. Pero sobre todo: estás contra la hipocresía.

—Cierto. Pero aún tengo en mi mente grabado ese maldito dibujo —en este punto, William empezó a extraer de sus uñas, paulatinamente y por debajo de la mesa, todas las minúsculas bolitas de papel que no hacían otra cosa que apretarle la piel interior, amoratándole las uñas.

—Piensas demasiado sobre algo que en nada te atañe.

—Tampoco es justo que lo mires así.

—Nosotros lo hemos perdido todo, William. Somos gente en tránsito que se desvanece.

—Como todo mundo. Todos estamos desvaneciéndonos todo el tiempo. Y todos estamos siendo perseguidos por otra gente todo el tiempo. Si lo piensas bien, la entera historia de la humanidad no es otra cosa que el juego del gato y el ratón.

—¡No seas ridículo!

—Me refiero a lo que en Viena y Alemania estaba ocurriendo cuando llegué. Hablo de aquel dibujo. Cuando miré esa araña supe que pasaría poco tiempo para que apareciese un dibujo sobre algún marica.

Cuando Ilse hundió el frío tenedor en el cuerpo empachado y triangular de su postre, frutillas rebanadas giraron desde su interior, y una espesa salsa almibarada y roja como la sangre comenzó a desbordarse del plato.

Burroughs observó el corazón abierto del *pie* de Ilse. Y atacó el suyo.

—Me gustó más mi segundo trabajo en Norteamérica.

—¿En la agencia de viajes?

—No, el de secretaria del actor Kurt Kaznar.

—¡Cuánto me gustó esa ópera oratorio! Todo un suceso. Más de doscientos actores.

—Bastante política. Era un libreto anti Hitler que venía auspiciado por el sionista Meyer Weisgal.

—A mí me encantó.

—¿No te pareció un poco larga?

—¿Excesiva?

—Ajá.

—¿Sabes lo que extraño? Extraño las fiestas de Kurt Kaznar a las que me llevaste como tu esposo. Todas esas actrices y actores. Todos esos vampiros y momias futuras de Hollywood.

—Primero se divorció de su mujer. Así terminaron esas fiestas. Ambos eran borrachos. Y luego lo enviaron a cubrir la guerra.

—¿A Kaznar?

—Sí. Le dieron entrenamiento militar hace tres años. Y luego lo mandaron como director de fotografía. Están haciendo algún tipo de película allá.

William cerró los ojos mientras sentía como le resbalaba por la garganta la última porción de postre. Cuando los abrió su taza de café había adquirido el oscuro color de un sueño incumplido. Ir a la guerra. Matar a alguien. Matar públicamente y con credenciales.

—Ya. Pero no me vas a decir ahora que crees que ese idiota está disparándole a algo.

—No lo sé. Es un actor, no un soldado. Pero quizás un actor personificando a un soldado sirva más que uno de verdad. ¿Me sigues?

(*Últimos cigarrillos*)

El humo de sus cigarrillos había dibujado un mapa de nubes despedazadas por encima de sus cabezas. Había que largarse antes de que se hiciera de noche. William había quedado en salir con los chicos con los que compartía desde hacía unos meses un departamento en el 420 West de la calle119: Jack Kerouac, Edie Parker y Joan Vollmer. Se drogarían antes de ir a buscar un nuevo club de jazz del que otro amigo suyo, Lucien Carr, les había hablado.

Dejaría su pistola esta vez en su habitación porque a Jack siempre le parecía una locura que William pasara cargando con ella como si aún trabajara para la Agencia Shorter de detectives; donde la verdad es que apenas hizo algún papeleo.

Se arregló el cabello cuando miró sobre el hombro de Ilse a dos marineros sentados en una mesa del fondo. Tomó una servilleta y con un lapicero que extrajo de su bolsillo derecho empezó a trazar un dibujo, sin decir una sola palabra, dejando de este modo a Ilse que continuara con la conversación.

—Hay algo con Alemania, ¿sabes? Hay algo con Alemania que va más allá de Hitler y de Wagner. Más allá de su fantasía sobre la

superioridad aria y la Orden Teutónica. A ratos me parece que esa gente ama la disciplina; y que vive gracias a que funciona hipnotizada. Aprecia ese poder de un discurso, de uno brutal, que hace de esos seres, seres disciplinados, aunque inhumanos. Casi robóticos. Pero es como si necesitaran de esa orden. Quizás lo que desprecian es el individualismo. No lo sé. Me parece que todos esos totalitarismos se manifiestan bajo el embrujo de la devoción a un solo líder, y se fortalecen con el silencio. Necesitan adorar una cabeza de la que nadie puede dudar ni expresarse mal. Y desde allí se propaga la idea sobre todo un estado donde nadie pueda expresarse con libertad.

—Puede ser, querida. Aunque no te olvides que en la masa también se ocultan los criminales. Pero, ahora, imagínate un futuro donde todos puedan expresarse con libertad. ¿No sería eso espantoso?

—¿Como sucede aquí?

—Esto es un espejismo. Estados Unidos promueve la democracia, pero si lo piensas bien, te darás cuenta de que somos esclavos también. Suma las horas que pasamos en un trabajo dentro de una oficina y en un hogar americano impuesto y te darás cuenta de que apenas estamos solos unas pocas horas. Y la soledad es esencialmente libertad. Pero también somos esclavos del dinero, porque para darte el lujo de ser anarquista debes ser millonario. Pero de ser millonario, la cantidad de obligaciones que aquello acarrearía te transformaría nuevamente en un esclavo. Es un sistema perfecto de opresión. Y es perfecto porque te hace pensar que eres libre cuando tienes dinero para estar en soledad o entrar al cine o para comprarte un convertible. Cuando realmente lo único que estás haciendo es adquirir deudas y compromisos.

—Podría ser. Sin embargo, no veo lo espantoso de vivir en un sitio donde todo el mundo pueda decir lo que piensa. Si ese futuro ya no es éste, aquí mismo, está muy cerca.

—Un futuro donde todos puedan expresarse daría igual a un futuro donde todos imaginen que tienen derechos. Lo cual sería únicamente una falacia. Porque los hombres no están acostumbrados a compartir el poder. Además, un futuro donde todos crean tener la verdad de sus lados y se vuelvan *opinólogos*, ¿no terminaría por convertirse en un mundo donde todos sean falsamente respetuosos con el prójimo? ¿Un futuro donde, por ende, se tema a opinar diferente? ¿Donde haya incluso represalias por ser desconsiderado? ¿Y acaso no nos ubicaría eso en el mismo sitio del que partimos? ¿De un régimen que prohíbe las opiniones individuales?

La mujer dio otra bocanada a su cigarrillo; y el humo que subió inyectó blancor al mechón de ese pelo que había tenido, igual que ella, algunas vidas. Giró ligeramente el monóculo con sus dedos y abrió una boca delgada y poblada de dientes amarillos.

—Bueno, aún no me has dicho para qué querías verme, William.

—Voy a necesitar el divorcio, Ilse.

En lugar de incomodarse, la mujer tomó con sutileza la servilleta en la que William había trazado su dibujo. Miró, se sonrió y la dejó donde estaba.

—De acuerdo, querido. Pero necesitaré unos meses más. Estoy haciendo el trámite de mi naturalización. No puedo volver a Alemania. Y de darse el caso, prefiero hacer lo que hizo Ernst. Dejar mi cuerpo en Nueva York.

—Está bien. Avísame, por favor, para asistir a la ceremonia.

—Así será.

Con su puño borró el rastro de ceniza que había ido dejando su cigarrillo. Vio a los dos marineros de la mesa del fondo poniéndose de pie, y pasando junto a ellos con sus boinas blancas dobladas bajo el brazo. La oscuridad había alcanzado el sitio causando la explosión visual de luces artificiales sobre mesas y paredes. Burroughs se quedó aturdido mirando a los jóvenes. Esos ojos azules, esos cabellos al rape. Uno llevaba una bolsa llena de ropa colgada del hombro. Pensó entonces en la belleza y en la certeza de no necesitar de nadie. De vivir para desvanecerse.

Ilse miró su dibujo y habló de nuevo:

—¿Por qué salvaste a un judío? Eres un tipo decente aunque pretendas ser lo opuesto.

—No creo que al casarme contigo en Europa lo haya hecho para salvar a un judío. Creo que quise salvarte a ti: una mujer fuerte y desprejuiciada. Una sobreviviente súper sarcástica. Mis decisiones no van por lo colectivo. Van desde lo individual hacia cualquier otro extremo. Subjetividades todas.

—Me parece, querido, que como todo buen salvaje manipulas a tu conveniencia tu retrato; escondes tus credenciales compasivas. Como sea, sabes que siempre te estaré agradecida.

Incómodo, William palpó otra vez su pistola Star 38 sobre el pliegue de la solapa. Rápidamente tomó su sombrero de la mesa y, poniéndose de pie, miró hacia todas partes buscando una señal entre las ruinas de aquel típico comedor americano, que a esa hora lucía lleno de gente que para él encarnaba una cultura pobre y aburrida.

—En el futuro, querida amiga, en ese futuro democrático que imaginas, únicamente los sarcásticos y los comediantes diremos las cosas con claridad. Usaremos la burla, que esconde el relato de un error, para ponernos sentimentales y cabreados aunque aquello sea un desafío diabólico. Seremos la voz de la razón dentro de una marea de comportamientos fingidos. Y cuando el mundo caiga en la cuenta de ello, entonces, solamente entonces, también nos volveremos en

perseguidos.

William se detuvo para respirar; y con su mano izquierda atrapó de la mesa aquel dibujo que lo guiaba hacia otra versión suya, una de juventud, que volvía verdadera la idea de que, después de cierta edad, la vida es solo memoria en estado líquido. Por eso quien escribe lo que realmente hace es llover.

Cuando avanzó hacia la puerta no se volteó. Simplemente permitió que aquel dibujo relampagueara por unos segundos más en el abismo de su mente, justo antes de apretarlo hasta darle la forma final de una pelota, que terminó arrojando a un tacho de basura.

X

Como todos se largaron a Xalapa para las tutorías, Ulises finalmente se dispone a escribir. Apenas se salvó de ir, alegando haberse contagiado comiendo unos tacos de gato en la calle. Fiebres y diarrea aparecieron en la madrugada. El quiosco de tacos al menos fue legal con lo que ofrecía: «Ustedes saben de donde es nuestra carne». Mintió así en un email robándole la anécdota a Calibán, a quien realmente le ocurrió aquello durante sus primeros días en Veracruz.

Esa es *La Venganza de Moctezuma*, le respondió Roberto García en otro correo. De cada diez turistas que llegan a este país, dos o tres deben sufrirla. Pero no te preocupes. Te pondrás al día con el nuevo tutor que tendrás desde la próxima semana en el DF.

Cliqueó para cerrar el correo y respiró contento.

Ahora mira a su alrededor: libros viejos y nuevos. Ropa sucia y limpia. Botellas de soda y fundas de frituras que por su alergia no debería ingerir. Piensa en Ricardo Piglia y Ernest Hemingway. En la idea de que un cuento siempre alberga dos historias. En la teoría del iceberg. En que todo lo que escribió Kafka lo quiso destruir. Piensa en el cuento de Onetti que más le gusta: *El posible Baldi*. En la idea de un impostor que está siempre dentro de uno mismo y que delira al desdoblarse. «Ojalá que mi impostor sea mejor escritor que yo», piensa en voz alta.

Entonces, como tomando puntería, separa las piernas y coloca ambas manos sobre el teclado. Intenta localizar alguna intuición hacia la que correr. La niebla frente a él es el documento de Word y la historia que aún no existe. El cursor titilando es un monótono signo de exclamación que demanda por una frase. Por cualquier frase.

De repente el papelógrafo se desprende de la pared generando un chasqueo seco. Se levanta y lo toma del suelo. Revisa la cinta adhesiva y vuelve a colocarlo. Cuando se sienta y se dispone de nuevo a intentar escribir, el papelógrafo cae otra vez, frente a sus ojos, produciendo un crujido perturbador. No se altera. Lo recoge una vez más del piso y lo acomoda sobre su cama. Retira los pedazos de cinta con cuidado y le coloca nuevas tiras pequeñas por todas partes. Apenas lo vuelve a adherir sobre la pared, esta vez el papelógrafo vuela por el aire como arrancado con furia por algunas manos invisibles. Ulises toma a velocidad las llaves y su gorra.

Y sale de allí disparado antes de que el frio lo paralice.

Fijo en un mesón cerca del mar, Ulises siente que tiene su cara dentro

de un guante. Ha ordenado un coctel de mariscos *Vuelve a la vida* y un agua de horchata. La turbación que experimenta es agobiante. Se pasa la mano por el cabello crespo. Se agarra la quijada torciéndola un poco. Tiene miedo. ¿Pero a quién o a qué? Específicamente no lo sabe. Algo lo echó de su cuarto. Algo sin voz que ensayaba vigilarlo.

El mar, a la distancia, parece estar retrocediendo. La espuma de una ola parece incluso ocultarse bajo la proa de un barco detenido. Pronto, el miedo en su cabeza empieza a convertirse en algo más, en una pesadez absurda. Porque entiende que ese nuevo miedo no puede competir con su miedo original, el miedo auténtico que tiene a no poder escribir, a no alcanzar su meta.

No tarda en descubrir, a pocos metros del sitio, a cinco hombres vestidos con trajes llamativos llenos de símbolos y colores, que empiezan a danzar alrededor de un mástil blanco de cuarenta metros de alto.

Van llegando turistas y otra gente para mirar lo que está por ocurrir.

Los cinco hombres comienzan a escalar por el mástil hasta alcanzar la cima. Una vez que llegan hasta allí, se sientan en lo que parece ser un cuadrado empotrado que gira, sin embargo, sobre su propio eje. Mientras van enrollando una cuerda en torno a sus cinturas, uno de ellos se pone de pie y comienza a tocar un flautín y un pequeño tambor. Entonces, los otros cuatro con las cabezas en dirección al suelo, empiezan a descender girando sutilmente por el aire. Es un hermoso vuelo coordinado en el que los cuatro hombres–pájaro deben realizar trece giros exactos alrededor del mástil antes de alcanzar el piso. Van girando en círculos perfectos, amarrados por la cuerda que los sostiene y aleja de la cima. Los cuatro hombres representan los cuatro puntos cardinales.

Ulises los contempla volando en círculos, atrapado por la sensación de que aquel ritual debe de ser lo más cercano a escribir: Tirarse de cabeza contra el mundo, dando vueltas con el corazón en la garganta.

Entonces, con lágrimas en los ojos, deja la comida y se acerca hasta donde está un niño indígena de pie mirando hacia el cielo.

—¿Y vos sabés lo qué significa este vuelo? —pregunta conmovido.

—Sí, señor —contesta el niño sosteniendo la mirada en el cielo abierto por donde siguen flotando sus parientes—. Es una ceremonia. Una ofrenda que los totonacas le hacen a los dioses con un árbol inmenso que anuncia el periodo de fertilidad.

SEGUNDA PARTE

FUCK THE FONCA

Toda la historia es historia contemporánea.

JOHN BERGER

Flaco, melancólico y ebrio, Calibán abre los ojos cuando amanece en Oaxaca. La luz del sol ha bañado inesperadamente los asientos traseros del bus. Las cortinas no cerraban del todo, y por esa escueta área entró con determinación.

A su lado aún duerme su nueva novia, su actual mujer. Quizás, incluso, su futura esposa. Su embarazo le ha obligado a replantearse un montón de cosas: como su rol de poeta y drogadicto. Al igual que su incapacidad para ser padre.

Cuando se conocieron la llamó por su nombre. Y el día siguiente de la primera noche que pasaron juntos, en que trastornada mordió su falo haciéndolo gritar en la habitación del hotel que compartía con un escritor boliviano, *Chupachups*. Hasta que finalmente se quedó con el apodo de *Lollipop*.

¿Qué sabe de ella? Poco. Es fotógrafa de culos y desnudos. Sobre todo de su propio culo y su cuerpo desnudo. Es natural de una isla española. Habla arrebatadamente. Es infatigable, cómica, exploradora, aventurera, fornicadora, de gustos refinados y tan drogona como él.

No se enamoró de su piel blanca. Ni de sus pecas. Ni de su cabello rizado e inquieto que se encendía como cascada sobre sus grandes ojos verdes y su nariz corva. Él sabe bien qué fue lo que llamó su atención aquella primera tarde en que se miraron.

Ahora gira su anillo metálico, con unos rombos labrados en el centro, que ella le obsequió en uno de los pueblos que conocieron durante *El Tour de los Rolling Stones*. Revisa las líneas de su rostro: las patas de gallo como secuelas de una vida dura de artista que él no presenció, pero que conoce bien; los labios rojos y gruesos entreabiertos por donde aparecen unos dientes amarillos y sutilmente torcidos; la pelusilla rubia que tapiza ciertos espacios de piel.

Ama verla dormir, que no es otra cosa que verla respirar a su lado, alejada en su mente pero adherida a él. Fuera del mundo pero atrapada bajo su brazo izquierdo, tatuado con la imagen de un jaguar feroz saliendo de entre un manojo de hojas rojas en la jungla.

¿Pero en qué momento se enamoró? ¿En qué segundo o cuándo pasó aquello? Mientras el bus late internándose entre las montañas, sigue pensando en esto. ¿No había sido todo desde el principio solo un juego? ¿Algo informal? ¿Solo sexo crudo y despiadado con gritos y mordidas exageradas?

Fue ese primer día de su llegada a México cuando se conocieron. Roberto García, el muchacho de FONCA, fue a perturbar su sueño en una banca debajo de un elegante edificio donde se realizaba un coctel de bienvenida con una rueda de prensa para los cuarenta artistas.

Había intentado cumplir pero no pudo más y se derribó cerca de la meta.

Por suerte, cuando subió hasta la terraza el evento había terminado. Apenas miró a escritores y artistas hambrientos por atención y dispersos por allí, hartándose de la bebida y comida gratuitas, se alegró por haberse perdido de todo.

Dio dos vueltas y solo reconoció a Ulises, el alto y aburrido nicaragüense que no quiso beberse un trago con él. Un pendejo con pose de escritor, pensó. Cuando se disponía a bajar, una mujer lo quedó mirando. Ella estaba cercada por funcionarios y otros artistas. Sin embargo, se volteaba a mirarlo cada dos segundos. Llevaba unas grandes gafas amarillas y estrafalarias, una camiseta rota por donde se observaba un top blanco y unos pantalones negros de cuero.

Mientras fumaba, Calibán miró sus pecas, su cabello alborotado y un culo tan redondo y abultado que podía pasar por artificial. Porque un trasero así —pensó él— no podía haber venido del mundo de los blancos, sólo del mundo de los negros. Ese culo debía de tratarse de una usurpación o una falsificación que tal vez escondiera algún tipo de mestizaje.

Ella abandonó el cerco y se aproximó a él.

—Hola.

—Hola —respondió él, traicionado por el reflejo de sus modales.

—Mi nombre es Inés Bejarano y soy fotógrafa. ¿Y tú?

—Río. Río Carcelén. Soy poeta.

—¡Fuaaa! ¡Ya, si está clarísimo! Joder. Se te nota mogollón.

—¿Cómo así?

—¿A que erais el tío dormido y echado en la banca de la entrada del edificio? ¡Joder, qué resaca!

—Llevo dos días así. Ahora mismo necesito meterme algo.

—Mira, si os apetece, te acompaño. Yo tengo que dejar mis datos a la gente de la AECID, y de ahí si queréis nos vamos a toda ostia por unos tequilitas.

Calibán estaba acostumbrado a este tipo de situaciones. Una reunión, una fiesta, una lectura poética, un bar, un espacio donde en algún momento alguien le proponía lo mismo: irse a solas a beber que era irse a solas a tirar. Y después de aquello él se desaparecía para siempre, pero la otra persona también. Llevaba años en una vida de libre intercambio de cuerpos.

—Está bien. Lo único pendiente que yo tengo es que debo esperar por mi editora mexicana en el Hotel María Cristina. ¿Te parece bien si bebemos allí mismo?

—Sí, claro. Espera aquí. Pero que no se os ocurra desaparecer.

—No. Aquí te espero.

Ella corrió alborotando aún más su cabellera y él se quedó mirándola alejarse con ganas de criticarse por ser un tipo de lo más fácil. Por no amarse lo mínimo como para alguna vez decirle que no a una mujer. ¿Decirle que no al sexo libre y arriesgado con quien fuera? ¿Decirle que no precisamente a aquello que le ofrecía sangre a su vida desarraigada y sin propósito? ¿A quién estaba engañando? No sabía decir que no. Nunca decía que no. Además, no tenía compromisos con nadie en su país. Ni en éste al que recién había llegado. Encima, no tenía nada por hacer más que beber y drogarse, mientras esperaba por su editora que quería informarle sobre los avances de esa publicación mexicana de uno de sus poemarios.

Cuando el bus se detiene en la estación de Oaxaca, él la despierta acariciándole el rostro y plantándole un beso húmedo sobre los labios entreabiertos.

—Ay, cari, qué haces que muero de sueño…

—Ya llegamos. Así que esta huevada es Oaxaca. No la recuerdo para nada.

—Ya, claro. Si la pasasteis ebrio. La noche de aquí fue cuando os pusisteis todo pesado con un mesero de un restaurante porque no dejaba de mirarme el culo. Ja, ja, ja. Joder, que ahora sí lo recuerdas. Le ha tocado comerse un marrón que flipas. ¿Ah, cari? Que fuiste a por él hasta la cocina a insultarlo y nos echaron.

—Sigo sin recordar. Pero mejor que así sea. Alguna vez un amigo poeta me dijo que no recordar nada te convierte inmediatamente en un inocente. Bueno, ¿y ahora?

—Ahora a por un taxi. Que de aquí no hay cómo subir la montaña ni de coña.

Toman sus maletas y empiezan a caminar hacia una esquina llena de puestos que ofrecen alebrijes. Lollipop se detiene al pie de uno que contiene alebrijes de diferentes tamaños y muchísimos colores y diseños.

—Óyeme esto, cari, y estos dos de aquí, ¿qué? —le pregunta señalando una pequeña gata galáctica que empina el rabo y una especie de chapulete verde agua, lleno de manchas violetas, al que ella comienza a poner sobre la gatita simulando que un bicho mágico está ensartando por el ano al otro animalito fantástico. Está intentando sondear cuál bicho le gusta más.

—Me gusta sobre todo el ensarte. O el arte del ensarte.

—¡Guarro! Por eso me gusta a mí también. Espérame que los voy a comprar.

—No es necesario.

—Que sí. Que cuando los miremos en nuestra casita de la montaña

pensemos en los dos y en este diablito que está aquí adentro—. Y se acaricia la barriga toda flácida antes de meter la mano en su bolso.

Compra los alebrijes y empieza a jugar con ellos, a moverlos frente a sus ojos para que el acople ocurra.

—¿A que así me queréis violar, ah, don Calibán? ¡Pero ni soñéis que Lollipop no te romperá la polla con su culo! ¡Pero mira qué chulada son estos dos animalitos!

Cuando se carcajea los ojos se le abrillantan desde el interior llenos de plenitud y vicio. Extraña combinación, piensa él. ¿Cómo puede esta mujer estar tan llena de vida y tan llena de vicios al mismo tiempo? ¿Qué tipo de misteriosa combinación ocurre dentro de ella?

Entonces, como sacándolo de su ensimismamiento, le pregunta:

—Oye, cari, déjame comprobar algo —y le asienta un beso húmedo sobre los labios cerrados—. No, así no. Abre bien la boca —le exige y vuelve a besarlo—. ¿Acaso habéis estado chupándote la polla?

—¿Qué?

—Que si habéis estado chupándote la polla, cari, porque te sabe la boca a polla. ¿A qué lo habéis hecho mientras yo dormía quietecita en el bus? Mírame y júrame que no. A que lo habéis hecho. Dime la verdad, cabrón. Qué monstruo más loquito con boquita con sabor a polla.

El taxi asciende por un sendero empinado forrado de piedra, tierra y vegetación. Lleva tres pasajeros más. Al parecer, ningún taxi hace la carrera hasta San Agustín Etla sino hasta haber llenado el cupo de sus asientos. Él mira por la ventana y siente los coletazos que va dando el vehículo mientras asciende. A un costado hay un comedor humilde con un letrero enorme sobre la fachada. Al otro costado apenas puede mirar vegetación, la sierra helada o el puro valle vacío con algunas casas acondicionadas y hundidas entre pasajes de tierra y piedra que se bifurcan de la vía principal.

El vehículo los deja en una esquina desde la que comienzan a trepar, cargando con sus maletas, hasta llegar a una especie de finca donde queda el bungaló en el que ella vive junto con una becaria mexicana de origen japonés.

Antes de pasar una reja, Calibán mira hacia todas partes. Se siente desaparecido en un punto de una montaña ordinaria, donde advierte algo de frío y donde sigue sin encontrar esa belleza mexicana de la que le hablaron. Ni siquiera puede ver el CaSa del maestro Francisco Toledo: la exfábrica de hilados y tejidos donde ahora los artistas tienen sus talleres al final de esa montaña y al pie del cielo.

De repente un perro negro, un gran perro lanudo como si llevara atada una alfombra prieta sobre el lomo, baja a toda velocidad por

una colina ladrando con todas sus fuerzas.

Se acerca peligrosamente.

—Joder, ¿y a este perro qué coño le pasa si casi nunca ladra? —cuestiona la mujer sin realmente cuestionar a nadie, solo para brindarle la tranquilidad a su novio de que ese animal no viene por ninguno de ellos.

Y Calibán ve la colina y al perro bajando sin quitarse del medio.

La primera fotografía que le mostró la encontró exagerada: aparecía ella colgada de un columpio con la cabeza doblada sobre el césped y el pelo revuelto; ambas piernas, blancas y gruesas, estaban atrapadas en los costados del columpio brotándole por completo el culo demarcado por un negligé negro que se apretaba a su espalda.

Se sentó a su lado en el bus cuando inició el tour y se dirigían hacia Los Atlantes de Tula. En dos minutos había extraído una pequeña laptop de su mochila y había rebuscado entre sus archivos hasta dar con unas fotos. Él no se apocó, simplemente se permitió compartir su arte y empezar a discutir sobre temas filosóficos. El cuerpo como algarabía. La fragmentación. La mutilación. El cuerpo sin órganos. Deleuze & Guattari. *La cámara lúcida* de Roland Barthes. *Nicaragua* de Koen Wessing. La poesía y la fotografía.

Esa misma noche volvieron a follar en la habitación de Calibán con su compañero durmiendo dentro. El Tramoyista no se incomodó; temió quedar como un hombre mayor dentro de un compendio de artistas descocados. Se volteó mirando hacia la pared, ocultó su cabeza bajo la almohada y se mantuvo en total silencio, de espalda a los amantes carnívoros.

Cuando ella embocó con hambre su glande, algo se desgarró y su grito corrió a lo largo del pasillo penetrando por las ventanas de las habitaciones de esa estancia hotelera con alberca y cercas suavizadas por animales domésticos. Los treinta y siete becarios oyeron su grito, seguido de esos «¡dios, dios, dios!» que ella voceaba con incontrolada virtud y que la ponían aún más cachonda.

Cuando acabaron se quedaron dormidos, llenos de sangre, sudor y secreciones.

Ningún becario o funcionario reclamó al día siguiente por el escándalo.

Solamente el Tramoyista solicitó, amablemente, ser reubicado en la habitación de otro escritor para esa noche y todas las que faltaran del tour.

Su bungaló es un departamento amoblado al que no le falta nada. Impecablemente ordenado y con olor a tostadas y café.

Yuki, su compañera japonesa–mexicana, los saluda con sobriedad apenas los ve entrar por la puerta.

—Hola, Río. ¡Qué gusto verte de nuevo! —su acento japonés dulcificado por el acento mexicano genera un tonillo inédito que replantea algunos problemas.

—Hola, Yuki. Igualmente, qué gusto verte de nuevo. Se nota que el FONCA los trata bien. Oye, ¿y hace mucho frío acá?

Lollipop interrumpe echando a la basura los disfraces sociales.

—Hola, Yuki. ¿A que se os quedó algo perdido en el CaSa?

—¿Qué?

—Sí. ¿A que hay mucho trabajo esperándote en el CaSa? Lo imagino. Bueno, cuando salga dejaré mi llave aquí en la mesita.

La japonesa entiende y toma un par de cosas de su habitación y se despide con rapidez.

—Os voy a follar que ya me dirás después. ¡Vamos ya! Al menos démosle un buen uso a este bungaló, antes de ir a por el cuarto que nos dio el FONCA.

—¿No fuiste un poquito mal educada con tu roommate? —pregunta él, fingiendo modales, cuando en muchísimas ocasiones se ha comportado sin tino y con una desagradable honestidad delante de cualquiera. Ser poeta y majadero se permite cuando se es buen poeta, le oyó decir a otro poeta de su ciudad.

—¡Que le den, cari! He pasado muy aburrida aquí. Además Yuki se quedará con todo esto para ella sola. Así que podrá traer a quien desee y follárselo hasta que se le caiga la polla. Aunque no parece gustarle la polla. Ni el coño. Así que ya está. Nada. Es una japonesita muy formalita. Vamos a follar en su habitación primero. Vamos a follarnos su cama, sus almohadas y sus sábanas.

—Siempre tienes respuesta para todo, ¿no?

—Tú a callar y desnúdate de una puta vez que Lollipop quiere que se lo metas por detroit —dice la mujer dejando el rastro de su ropa por el piso.

Siempre que ella le menciona la palabra «detroit», está muy lejos de referirse a la ciudad norteamericana donde se encuentra el mural de Diego Rivera, encargado por la compañía Ford, que terminó dividiendo la opinión de la ciudad. Y aunque su nombre provenga del francés y signifique «Ciudad del Estrecho». No es así. Cuando ella emplea la palabra «detroit» lo que único que quiere decir es que Calibán debe encajársela por detrás.

Un rato después están recogiendo sus posesiones. Maletas y bolsos con ropa, pero sobre todo con libros y disfraces o materiales (como zapatos rojos de tacos de aguja) que ella necesita para las composiciones de sus fotografías dentro del proyecto de la beca.

Antes de abandonar el bungaló, tras haber follado en las dos habitaciones, sobre los cuatro muebles y un rato de pie en la cocina rompiendo un par de platos de Yuki, Calibán mira por la ventana hacia fuera, buscando con algo de inquietud sobre el prado verde aquel perrote negro.

Ella lo descubre y se ríe a sus anchas con las tetas colgándole mientras se acomoda un sostén oscuro. Termina de ponérselo y enciende un cigarrillo del que chupa al instante.

—Oye, cari, aún tengo una poca de coca que pescamos en la disco aquella noche. ¿Os apetece?

Calibán se despierta oyendo el mugido de una vaca, seguido por los ladridos de tres o cuatro perros. La habitación en la que se están quedando es pequeña: una cama, un armario con espejo, un baño y un escritorio frente a la ventana que da a la parte trasera de un restaurante en la mitad de la montaña. Parece salida de una película de terror. De entrada, Lollipop apoda su nueva residencia como *el cuarto cutre del motel de Norman Bates*.

Sin despertarla, toma algo de dinero del cajón del escritorio, y deja la habitación cerrando con cuidado la puerta. Se encamina hacia el interior del restaurante que aún está en silencio. No atienden sino hasta las nueve de la mañana. Cruza sin hacer ruido por la bodega, la cocina y el comedor. Elige de las dos puertas del comedor la derecha, que lleva hacia la vía principal.

De allí baja unos cuarenta o sesenta metros hasta llegar a una descalabrada tienda de abarrotes donde compra un yogurt grande, fruta, galletas y cuatro cervezas.

Regresa, y cuando lo hace, un perro blanco y desnutrido se detiene a mirarlo con los ojos cubiertos de lagañas. La idea de un animal que llora es, en aquel momento para él, todo el contacto humano que necesita. Se tira junto al animal, mira una hilera de nubes en el cielo y enciende un cigarrillo. Destapa una cerveza y empieza a libar como si fuera agua lo que recibe su organismo. Como una primera bebida del día que se requiere para engrasar la máquina.

Piensa en qué hace allí, en la mitad de la nada, asistiendo a una paternidad que nunca consintió y que ahora va a ocurrir como un evento inevitable. Como un mantel que se mancha de kétchup o un plástico sobre las llamas. Piensa en el tiempo que conoce a esa mujer: un mes y una semana. Piensa en sus palabras, en su insistencia por tenerlo. Y en que aquel recuerdo le sienta fatal porque lo guía a otro recuerdo de otra novia y otro embarazo accidental. Uno que, para bien o para mal, no prosperó. Y sobre esas posibilidades mejor ni ponerse a echar cuentas o escribir testimonios. Lo que nunca pasó nunca pasó. Y eso es lo bello de aquello: que no tiene manera de

transformarse en ningún ángel o monstruo.

Cuando se pone de pie el perro se queda quieto. Y mientras camina no lo sigue. Siente entonces el peso de la funda con la que carga y se ríe. Le da risa sentirse responsable, todo convertido en un tipo que le lleva el desayuno a su mujer preñada que está dormida en un cuarto trasero de un restaurante de mala muerte en la mitad de una montaña de un pueblo mexicano.

¿Cuál sería el *Punctum* de esta fotografía que está mirando? ¿O, mejor dicho, en la que está viviendo desde hace una semana? Entiende perfectamente —según la teoría de Roland Barthes— que esto que experimenta como amplificación de un tema o de un territorio, del que ya forma parte, sería el *Studium*: la mujer con los cabellos revueltos y encendidos dormida sobre la almohada blanca; su laptop abierta en el escritorio junto a libros de ensayo de Bolívar Echeverría y un tomo de poesía en náhuatl; sus chaquetas oscuras al lado de los vestidos de colores claros de ella; dos cajetillas de cigarrillos, dos desodorantes, dos cepillos de dientes y dos botellines de champú; y el hijo dilatándose dentro del cuerpo de la madre como transformación paradójica porque aún no existe.

Pero no ve el giro o el elemento no premeditado que provoque un desplazamiento del sentido literal de lo que está viviendo.

En eso está pensando mientras llena el lavamanos del baño hasta el tope de agua y sumerge allí el yogurt para que se mantenga refrigerado, gracias a la bondad del clima montañoso. Sin refrigeradora, desde hace algunos días descubrió esta solución para que ella pudiera desayunar lo que le gusta. Cuando se mira al espejo haciendo esto, enfriando ese yogurt para su bella novia durmiente, un hilo se desprende de esa imagen que lo lleva hacia su propio nacimiento en la ciudad de Guayaquil. Hacia el matrimonio estéril de sus padres, del que solo saldría un poetita resentido, de clase popular y con deseos violentos. Hacia la genealogía jamaiquina de su madre: su segundo apellido, Montigue, esconde la historia de la construcción del ferrocarril más difícil de América. Cuatro mil negros fueron traídos de Jamaica hasta Ecuador y allí se encontraron entre montañas andinas trabajando hasta perder la vida por culpa de explosiones, derrumbes, picaduras de serpientes y enfermedades como la malaria.

Desaparecidos entre montañas heladas como él mismo en este momento.

De pronto un ruido lo sacude de su ensimismamiento. Lollipop se levanta y se introduce el cabello ensortijado detrás de las orejas. Se mueve por la habitación, algo aturdida por la jaqueca.

—Ya tengo tu desayuno listo —le dice exhibiendo con orgullo lo que ha comprado.

—Gracias, cari. Escucha esto, cari: creo que va siendo hora de bajarle un poco a las drogas. Eso de pegarme tiros a cada rato me sienta fatal. De andar jalando coca —habla con una voz nasal mientras va revisando su equipo fotográfico. Ahora también adquiere ciertas palabras del glosario ecuatoriano. Lo primero que hace cuando se despierta es pensar en su arte. Es como si recordara de golpe el porqué está en Oaxaca—. Ayer me lo pensé mucho y me decidí. No quiero que este diablito vaya a salir con algún problema. Así que hasta que nazca, Lollipop promete que se comportará ejemplarmente.

—Dale, está bien. Pero ¿eso no significa que yo no pueda meterme alguna cosa de vez en cuando?

—Ja, ja, ja. ¿Si serás cabrón? No, cari, joder, sigue metiéndote lo que os de la puta gana. El que yo no pueda divertirme no tiene por qué arruinar la diversión de nadie más.

Calibán desayuna chilaquiles rojos con pollo que preparan sabrosamente en el restaurante. Se los pasa con una cerveza Ángel Caído. Se pregunta quién le pone estos nombres a las cervezas en México. Porque tiene mucho sentido que un ángel caído esté emborrachándose en cualquier lugar del planeta por haberse arriesgado a perder la eternidad o el amor de un padre o todas esas fruslerías.

Esa mañana acompañará a Lollipop hasta el CaSa como asistente de fotografía. Algo de ilusión también le hace ver al cercenado Triunvirato del mal: Pablo Urrutia, alias el Fraile; y Xavier Castell, alias Banderitas, apodo endilgado por lo mucho que se parece al actor español, aunque en versión diminuta. Lo que le gusta de esos dos es que no se andan por las ramas. Son frontales, fiesteros, borrachos y drogones. Tres veces por semana toman un taxi en la montaña hasta la ciudad de Oaxaca para pescar drogas y hombres por la noche. Follan como manda el diablo: sin medir las consecuencias y sin amor. Solo padecen de abstinencias y cansancio.

El tramo por la montaña hacia el CaSa no es difícil, pero está lleno de piedras, humedad y un frío que cala con eficacia en los huesos. Además, la falta de oxígeno le hace inflar sus pulmones mientras aprieta con una mano la chaqueta a su cuerpo.

Cuando llegan hasta lo alto, Calibán olfatea el aire y enciende un cigarrillo contra toda lógica. Le falta el aire pero quiere meterse humo para recuperar la dureza de un rostro que aunque carece de arrugas se ve curtido.

—Así que aquí es donde están los mimados del FONCA. Si esto parece un templo o una antigua casa de gobierno.

—Ya. ¿No te jode? Y a vosotros a la mierda en Veracruz. Acá todos tenemos nuestros talleres. Pero el Fraile y Banderitas también tienen

sus habitaciones aquí. Y se la pasan del puta madre. Metiéndose de todo, tío, y luego currando su arte con droga hasta el culo.

Deambulan por el sitio por donde Calibán mira fajas de agua, amplios pasillos, tramos aislados por donde la luz penetra con una claridad avejentada a través de vidrios anchurosos, gradas y espacios de piedra que dan cuenta de una realidad refinada, de un pacifismo que recorre aquellas instalaciones llenas de recámaras bordeadas de vegetación.

Aunque esto era una fábrica posee una onda zen extraordinaria.

Ingresan por un tramo aislado que presenta orificios en cuatro espacios sobre una pared blanca de hierro y cemento. Ella acomoda el equipo fotográfico: lo ubica en un trípode y de la cámara desprende un cordón largo que es un disparador que oculta en una de sus manos. Se desviste allí mismo y se coloca los zapatos rojos de tacos de aguja. Se introduce por uno de los orificios dejando el culo y las piernas dentro del recuadro del lente, y empieza a disparar. Agita las piernas de modos distintos con la idea de que alguna de esas fotos le sirva. De allí le pide a Calibán que tome la otra cámara, se trata de una reliquia, de una cámara fotográfica de los años sesenta que sólo puede manipularse manualmente. Y ahora él empieza a disparar hacia su culo, inclinado sobre el visor, sosteniendo el objeto cuadrado y negro a la altura de su diafragma.

Seguido de esto se mueven hacia otros senderos del CaSa donde ella se hace más fotos con los zapatos rojos y totalmente desnuda. Apenas el largo de esa gran pluma india turquesa y aleonada, que lleva tatuada sobre el comienzo de su columna, junto con algo de vello vaginal, son elementos importantes en la composición.

Calibán no se ríe. Comprende que no hay ingenuidad en lo que ella hace. Le habló por muchas tardes sobre su admiración por las perfomers de algunos países latinoamericanos. Le mostró riéndose a carcajadas el trabajo de Maris Bustamante titulado: *El pene como instrumento de trabajo/ Para quitarle a Freud lo macho*. Veneraba a varias artistas mexicanas que exponían sus cuerpos, incluso lastimándose, para provocar y transmitir el efecto deseado de una propuesta feminista urgente. Se sorprendió de *La Congelada de Uva* de Rocío Boliver. Así como de *Día 28* de Katia Tirado. Se quedó pasmado ante esos trabajos que desconocía y que le ponían los pelos de punta. Imaginó por segundos que la poesía jamás podría hacer algo así. Que su papel estaba reducido al papel. Y que a veces había que gritar porque gritar es otra forma de escribir.

Sin embargo, ahora a ratos no entiende la desnudez, los zapatos, el culo casi siempre como personaje principal de la artista española (ella le contó, después de la tercera vez que durmieron juntos, que el milagro de ese trasero enorme y de gravedad cero, como de afro, era

producto de una vértebra extra que tenía al final de su columna) y el que se metiera por donde le diera la gana a tomar fotos. Perseguía los lugares más arriesgados y deteriorados o llenos de maleza para hacerlo. Su cuerpo podía terminar arañado por los matorrales. Y ahora estaba el asunto del futuro bebé. ¿Valía la pena arriesgarse para una fotografía más?

Antes de irse de vuelta al cuarto del motel de Norman Bates, ella le pide que se quede a visitar al Fraile y a Banderitas. Piensa que quizás algo de droga mejore su ánimo.

—¿Por qué no te fumas unos porros, cari? Si te place, anda con el Fraile. Hace mucho que vosotros no os comunicáis. Y él siempre tiene cervezas en su nevera.

—¿Tú crees? No te importa si *hangeo* aquí un rato.

—No, cari. Así yo puedo llegar y echarme a dormir un poquito porque esto de andar preñada me ha bajado las fuerzas. Me agoto con facilidad. Anda ya. Anímate. Venga, os indico donde queda su taller. Y al rato nos vemos y comemos juntos.

El Fraile es uno de los pocos artistas de la beca que Calibán respeta. Cuando revisó su trabajo se sintió feliz de encontrar a alguien barroco dentro de un mundo plano, sin relieves, sin giros divertidos, sin bucles espaciales, sin torturas de sentido, sin ese reciclaje que hace de su poesía un montón de desecho cósmico. Encontrar a otro artista barroco dispuesto a poner la realidad patas arriba, y fugarse de literalidades, lo estimula y le permite conservar su fe en lo alegórico y violento. En el canibalismo del arte y sus fauces que lo trituran absolutamente todo antes de escupirlo fermentado.

Cuando llega a su taller, en una de las alas del CaSa, lo encuentra encorvado y con una máscara de soldador sacándole chispas a unas barritas metálicas atrapadas en unos soportes. Por detrás de él, observa tres animales de más de un metro de altura, aun sin terminar, que intentan cobrar vida con cuerpos de materiales diversos como una máquina de escribir, una bola de malla con veinte osos de felpa maniatados y una carretilla de cemento oxidada. Está haciendo alebrijes gigantes con chatarra que parecen paridos por una mente insatisfecha con los relatos de Frankenstein o Kafka. Por unos segundos piensa en su madre costurera y su abuelo que confeccionaba juguetes en Santiago de Chile. En cómo el haber crecido en un hogar de artesanos debió haberle brindado la capacidad para jugar con todo.

—Míster Polla —dice retirándose la máscara y riéndose—. Qué linda visita. ¿Y qué es de Miss Coño?

—Pero mira toda esta locura, bróder. Se acaba de ir para el cuarto de Norman Bates. ¿Te contó de eso?

—Me contó. Qué bajón que FONCA los haya puesto detrás de ese restaurante. Pero quién los manda a ustedes, par de huevones, a jugar a la casita en la beca.

—Ni me digas, que yo aun no sé qué chucha estoy haciendo.

—Que ni te oiga Miss Coño porque ha estado muy feliz desde que se enteró del embarazo. Y que ella quiera tenerlo es bastante. No, si está dejando de lado sus prioridades como artista. Así que pórtate bien.

Al Fraile le encanta cambiar de apodos a Sus Satánicas Santidades. Desde que se emparejaron oficialmente empezó a llamarles de aquel modo: Miss Coño y Míster Polla. Incluso en algún momento pensó en trabajar en un cómic que relatara las travesuras mexicanas de estos dos personajes–genitales.

—¿Y cuáles son los planes? ¿Vivir aquí los meses que faltan de la beca?

—Asumo.

—¿Y después?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Ese diablito, ¿dónde va a nacer? ¿España o Ecuador?

—No hemos hablado de eso. Apenas estamos habituándonos a la idea de bajarle a la fiesta y subirle a la paternidad.

—Ja, ja, ja. Perdidos los veo. Lo que me mató de la risa es ver cómo pusieron a parir a los huevones del FONCA. ¡Lo que habría dado por hacerle una foto grandota a la cara de la nazi–queen de la Olga Ciprián! Bueno, y ahora todos ellos son el padrino invisible de la criatura. Los responsables de traer un mexicano más a la Suave Patria.

—No sé si les interesa mucho el hijo. Aunque sí se asustaron, pero creo que por el tema de que se trata de una mujer española embarazada y con demandas. Eso los pone a medir sus reacciones. Mira que la AECID también la cuida; incluso le han puesto un contacto en la embajada española para cualquier emergencia.

—Oye, Calibán, cambiando de tema ¿y qué es del escritor que no había llegado? ¿Finalmente llegó ese huevón?

—Leonardo Rojas… Sí, ya llegó pero no ha hablado con nadie.

—Ése. ¿Sabes qué escuché de él?

—¿Que limpiaba inodoros en los metros de Madrid? ¡Gran huevada! O sea que eso ahora lo hace más escritor que el resto. Dime si es así para contarte cómo yo limpiaba cisternas de niño en mi barrio por unos sucres.

—No, nada que ver. Me escribió un amigo de Perú a quien le pregunté por él. Y me dijo que ese tipo se cambió el nombre. Que no es ningún peruano que reside en España. Que antes se llamaba Daniel

Lucas y había llegado en los noventa a Lima desde Asunción. Que asistía a talleres literarios en la Universidad de San Marcos. Y que escribía poesía. Que desapareció de la noche a la mañana. Y que lo volvió a ver en el 2006 cuando en Internet se hizo viral la noticia de un escritor peruano que trabajaba como conserje en una estación de los metros de Madrid.

Después de beberse ocho cervezas y fumar un porro gigante con el Fraile, Calibán toma el camino de retorno por la montaña. La marihuana va curvando las imágenes frente a él mientras el frío lo apuñala por todas partes.

Cuando llega ella no está. Apenas hay una nota sobre el escritorio donde ha puesto que ha debido salir por una emergencia médica.

Calibán enloquece en la habitación y comienza a mirar cada dos segundos por la ventana para ver si regresa. No puede llamarla porque ella ha dejado recargando su móvil, allí, en la habitación. Se mete en el restaurante y pide una cerveza Ángel caído. Termina sentado frente a una de las mesas que le permite desde allí echar una ojeada amplia a la subida de la loma.

Pero ella no llega y los minutos continúan transcurriendo.

Completamente borracho cae desmoronado sobre la mesa.

Otro perro con los ojos brillosos, al pie del restaurante, sobre la tierra húmeda, se queda mirándolo con la quijada pesada como de hierro. Le ladra pero él no reacciona.

Una mano lo sacude hasta que despierta. Es Lollipop, quien lo abraza y le dice que deben hablar a solas en la habitación.

Tambaleándose le pide a la dueña del sitio que anote en su cuenta todos esos Ángeles caídos que ha tenido el valor en hacer desaparecer.

Y como un diablo caído, en camino a la santidad, se deja guiar hacia la habitación detrás del restaurante por esa mujer que tanto ama.

Hubo un dolor intenso seguido de un ligero sangrado. Más que suficiente para que ella saliera corriendo al dispensario médico situado en uno de los recovecos de esa montaña, la que ahora ante las necesidades más básicas no luce tan mágica.

En el sitio debió esperar por una hora y media para ser atendida por un estudiante de medicina, un aspirante a médico que estaba haciendo su año final de estudios en aquella geografía campera.

Insatisfecha y preocupada, sabe que lo más sensato es viajar hasta la ciudad de Oaxaca y buscar un doctor en una clínica formal.

Toman un taxi solamente ellos dos que no les importa pagar por todo el recorrido.

El médico que los atiende realiza una ecografía y luego les pide que tomen asiento para conversar sobre el estado de la criatura.

Se anima a echarles bromas para apaciguarlos, pues de entrada ambos ingresaron al consultorio alterados. Les pregunta por sus nacionalidades y respectivos oficios.

—Una pareja tan rara pero tan necesaria en estos tiempos de racismo y xenofobia —dice el hombre mientras se pasa la mano gorda y velluda sobre la calva abrillantada por la luz tenue del escritorio.

—Ya. Es que no solamente creemos en la diferencia sino que la hacemos.

—Qué cosa tan padre. Ecuador y España. Y con toda esa migración que ha ocurrido, ¿cierto? —se limita a mirar detrás de sus lentes únicamente a Calibán como esperando su aprobación.

—Cuando este me folla lo hace con venganza. Para que se lo sepa, doctor. Folla por las excolonias. Y yo como buena española me dejo. Que me dice que debo reparar los daños de mis ancestros, como si aquello fuera mi culpa.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué graciosos! En todo caso —dice mientras eleva la lámina oscura de la ecografía— su embarazo está bien. Quizás estuvo haciendo demasiado esfuerzo y por eso tuvo dolor y algo de sangrado. Debe cuidarse. Ahora, por favor, a no andar corriendo ni brincando ni exponiéndose demasiado.

—¡Qué alivio! —dice él con entusiasmo.

—No se preocupe, amigo. Este niño, que es mexicano ¿cierto?, nacerá porque nacerá. Su mujer tiene seis semanas. Por lo que su niño —en este punto el doctor empieza a mover con sus dedos un calendario anillado sin percatarse de la cara de Calibán que fluye hacia la tragedia— nacerá en el mes de…

—Espere, doctor, ¿esa cifra que acaba de darnos es exacta? Joder, no puede ser exacta. Es un aproximado.

—No, es exacta. La ecografía bota el resultado exacto.

Calibán ha enmudecido. Siente la cara en llamas cuando empieza a tantear un sitio, sobre las paredes llenas con diplomas y láminas ilustradas de cuerpos femeninos, donde clavar sus ojos hasta que concluya la consulta. Hasta que aquel doctor candoroso les permita largarse.

—Joder, doctor, no diga eso. Revise bien su laminita. ¿No pueden ser cinco?

—Cinco ¿qué?

—Coño, cinco semanas, doctor. Dígame que tengo preñada cinco semanas y no seis. O díganos que ni de coña esa ecografía da una fecha exacta para algo así.

—No puedo mentirle, usted quedó embarazada hace seis semanas.

Ahora, claro que pudo suceder en cualquiera de esos días en que estaba ovulando. Y quizás uno de esos días salta a la quinta semana, de la que usted guarda certeza.

—Ya. Es lo que digo.

Veinte años antes de los hechos narrados aquí, gracias a una carta que demoró otros catorce años en ser comprendida, nació el FONCA. Aquella carta, elaborada por el poeta Gabriel Zaid y publicada en *Plural*, revista que piloteaba por aquellos años Octavio Paz, fue firmada por numerosos intelectuales de la época como Juan Rulfo, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska y Carlos Pellicer, entre otros. La propuesta era fundar un fondo que distribuyera estímulos económicos a proyectos específicos en el campo de las Artes. Veinte años en el presente, algunos artistas de Iberoamérica y Haití, de diversas disciplinas, gozan también de este fondo. Entre ellos, Lollipop y Calibán, quienes ahora se miran como dos locos en un parque de Oaxaca frente al relato inconcluso de una traición, que no es tal, pero que Calibán siente como tal, y que ha tenido lugar en algún punto imaginario entre México y España.

—Pasó que mis colegas me hicieron una fiesta de disfraces de despedida. Y me puse hasta el tope de coca. Y me follé a tres tíos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues lo que es, cari. Quiere decir lo que quiere decir. Que cincuenta cincuenta. O hasta un poquito más, ¿no?

—Lo que esto quiere decir es que ese hijo no es mío y que tú eres una puta que piensa hacerme responsable.

—¡Vete a tomar por culo, tonto del culo, gilipollas!

Ella se pone de pie y sale del establecimiento en el que se encuentran: una fonda rústica apostada junto a otros locales en el perímetro de un parque oscuro y lleno de niños a esa hora.

Él va detrás de ella y la agarra del brazo. Es un momento silente de violencia en el que nadie repara. Unas lágrimas bajan por los rostros de ambos. Hay una especie de cobardía innecesaria que ambos experimentan. La de ella, es no tener la certeza de que su novio sea el padre de ese hijo que quiere tener, que piensa criar y con el que se ha hecho pastelitos imaginarios de cumpleaños en la cabeza. La de él, es no saber qué decisión tomar porque en el fondo ha empezado a dejarle de importar lo real; está apenas mirando en esos ojazos verdes los límites de su propio futuro. Puede largarse y retornar a su soledad etílica de poeta y a su desapego terrenal. Puede dar por cerrada esa historia y tomar esa misma noche un bus para Veracruz y buscar a la bailarina de mirada extraviada y dormir con ella sin un ápice de culpa. Una bailarina con la que pernoctó por una semana entera. Y la

que al penetrar sintió dilatada, tan anchurosa y tierna como si fuera imposible de satisfacer. Imaginó que las bailarinas guardaban un secreto abismal: un vacío que podía devorar tristezas y personas sin ahogarse. Ella le dijo que la culpa de que aquello pasara, de que ella quisiera probar su piel, había sido de esa fotógrafa española que no dejó de gritar en cada una de las noches del *Tour de los Rolling Stones*. Y después de esa semana casi no hablaron. Y le tocó ducharse con agua fría. También puede tomar un bus hacia el DF y buscar a sus amigos por allá y pasarse las próximas semanas enfiestado. Pero la noción de que ya ni él mismo importa porque él no es nadie sin ella, de que su cuerpo es corteza pura que ella enciende, lo acorrala. Descubre así, de golpe, que está enamorado. Que verdaderamente la ama. Justo ahora cuando le irrita la posibilidad de que el hijo de ambos no sea suyo. ¿Pero cómo puede ser posible que ahora, cuando se entera de que el embrión que ha estado cuidando tal vez no sea suyo, ame aún más a esa mujer que va soltándoselo todo con pena pero también sin vergüenza? Le llega todo un reverbero de experiencias en medio de la oscuridad de ese parque: la gran cantidad de sexo que había tenido desde que era adolescente; el modo en que había esquivado cualquier relación; la poca sutileza que había tenido con aquellas mujeres que quisieron pasar con él más de tres noches; la misoginia merodeándolo y que evadía exageradamente aludiendo a que jamás había obligado o manipulado a nadie para que durmiera con él, un mundo de adultos con sus reglas bien delimitadas donde jamás ofrecí el cariño como un bono para llegar a la cama, se repetía cuando alguna mujer le reclamaba por su falta de afecto o empatía; la imposibilidad de querer a nadie porque por dentro estaba profundamente deprimido e incapacitado, destrozado y disminuido desde hacía años. ¿Desde cuándo? Desde la ruptura de sus padres y desde la última vez que había confiado en el amor y le había costado. Y por eso se había refugiado en el sexo, para no amar a nadie. Porque aunque había que ser bien *macho* para la traición, porque un amor sin traición es como un jardín sin rosas, le había oído decir esto a un cantante popular de su tierra, él no podía lidiar otra vez con una situación similar. Sin embargo, escudarse en el puro sexo para esquivar el amor fue una estupidez. Porque el sexo no es otra cosa que amor en estado primitivo. Dos cuerpos se buscan y se atraen por necesidad biológica. Sin embargo, nada hay más honesto que aquello. Como dos animales que se olfatean hasta entender que se pertenecen. Del amor se escapa únicamente odiando con furia al deseo que empuja un cuerpo hacia los otros. Y él ya no puede odiarse ni siquiera por estar enamorado, por sentirse asfixiado por el modo en que esa noción ha cubierto su mente: sí, está enamorado. La ama y quiere ser padre a como dé lugar. Por lo que ahora ¿qué diferencia hace que ese hijo no

sea suyo? Le pide entonces que se calme. Se disculpa y la abraza. En medio de ese parque hay una hilera de perros que aparecen gobernados por alguna consigna. Avanzan ordenados, por detrás de los niños y la pareja, en dirección a una iglesia. Cuando Calibán se percata de ellos, abre aún más los ojos sobre los hombros de su novia. Es así como entiende que finalmente acaba de dar con el *Punctum* en su fotografía.

—Tampoco me culpes, cari. Que esta noticia a mí también me ha pillado desprevenida. Además puede que sí sea tuyo.

—¿Follaste con condón?

—Es que ese es el tema… ¡Joder, no lo recuerdo! Aunque hice un vídeo donde aparecen todos ellos. La fiesta entera. Pero… ¿no sé si os anime mirarlo? Porque a mí, no.

—¿Un video? Pero porque recién me dices esto. Me vine a esta huevada de montaña a vivir contigo después de mandar a la verga al FONCA.

—¡Fuck the FONCA! Esos ni se enteran. Son funcionarios. ¿Qué saben de los artistas? ¿Qué coño saben de lo que sucede con nosotros? ¿O de lo dura que es nuestra vida? ¿O qué te crees, cari, que alguno de esos que escriben chorradas y llaman o visitan, alguna vez ha tenido que pasar hambre por no vender obra? ¡Joder! ¡Ninguno es artista! ¡Que le den por culo! ¿O te crees que ese gilipollas de Roberto García y de la zorra de Olga Ciprián se enteran de nada? ¡Tú la has pasado mal! ¡Y yo también! ¿O te crees que me es fácil alquilar un pisito en Madrid? ¡Ni de coña! Yo he trabajado de mesera y de lo que fuere por mantener mi independencia como artista. Y ese piso lo subarriendo, sino vete a enterar como me mantengo. ¿O te crees que me vine a divertir a México? Esta es la segunda beca que me gano, porque de esto vivo mientras mi marchante coloca bien mis fotos y me da algo de pasta. Así que no me salgas con tu dramón de vivir en la montaña. Ni soñéis con que este hijo me interesa porque quiero ataros de algún modo. Este hijo me interesa porque tengo treinta y dos años. Porque me hice dos abortos en el pasado. Porque es ahora o nunca. Y porque me hace ilusión, mucha ilusión que sea de ambos.

Él la vuelve a abrazar y ve sobre las nubes una luna enflaquecida mientras un gran silencio comienza a esparcirse alrededor de ellos.

—Cari —dice reponiéndose— no dije nada porque no imaginé que algo así podía pasar. Porque ni me acordaba o ni quería acordarme de los tíos de esa fiesta. Porque te amo y me hace ilusión que este diablito sea tuyo. Y ahora todo esto me sienta fatal.

—Yo quiero lo mismo. Pero… ¿cómo saber? ¿Cómo no puedes con claridad saber qué paso esa noche antes de tu viaje?

—Pero, ¿y ahora que pasó contigo? Joder, ¿no os gustaba follarte todo lo que se te ponía por delante, ah? ¿Y vas ahora de juzgador? —vuelve a molestarse y se aleja de su hombro.

—No, no es eso, amor. No es lo que pretendo. Tampoco podría reclamarte por algo que sucedió antes de conocernos. El punto es que pasó horas antes de conocernos y tirar en el DF. Y ahora estamos tomando la decisión de hacer nuestra vida juntos. Y de hacernos cargo de alguien más.

—No sé qué quieres que diga. Este hijo es mío y quiero tenerlo. Y este hijo tiene una alta posibilidad de que sea tuyo. ¿Oíste al doctor? Son seis semanas o cinco por los días de ovulación. ¿Os animaríais a correr el riesgo de echarlo a la basura? Claro que hubiera convenido que tuviera tres semanas o dos, y así estar súper seguros. Igual, después de aquella fiesta de despedida follé contigo. Ahora todos entran en el rango de la sospecha. Pero tus posibilidades son más altas. Joder que lo intuyo así.

Entiende Calibán que ama con locura a esa mujer, y se asombra por ello. Se asombra de que la ame a pesar de que quizás jamás comprenda el misterio de una mujer como Inés, tan llena de vida y al mismo tiempo de una exagerada decadencia. Porque ella es alegre. Y él es decadente pero depresivo. Pero a ella la decadencia parece pedirle consejos. Entonces se queda mirándola dominado por la necesidad de cachetearla y abrazarla hasta comprimirse juntos en una bolita minúscula de energía.

—¿O sea que habiendo entrado de cuarto, puede que yo sea el primero? —pregunta sin sentirse noble por hacerlo; tornándose un animal tierno e impulsivo. Hallándose dueño y esclavo de lo que ella pronuncie.

—Ya, cari. ¿No has leído que el pene tiene la forma que tiene precisamente para sacar los espermatozoides de todos los machos anteriores?

—No.

—Claro. La cabeza tiene esa forma para crear un vacío en el aparato reproductor femenino y jalar a cualquier otro espermatozoide que ya se encuentre allí; sacarlo a patadas o a cabezadas. Así le da una ventaja al macho que está haciéndolo en tiempo presente. ¿No te jode ver que desde el principio la existencia tiene que ver con la supervivencia?

Seis semanas antes, Calibán jamás habría imaginado que viviría en la mitad de una montaña de México siendo parcialmente el padre de una criatura. Y sin trabajar en su proyecto. Aunque lo del proyecto le importa poco; lo tiene algo avanzado y sabe que puede escribir un libro en un par de meses.

¿Pero acaso puede él sacar sus propios cálculos? Intenta recordar sus noches juntos como rastreando las huellas de un delito cometido por dos viciosos. Piensa que no pudo ocurrir durante esa primera semana. Ciertamente, ella tomó una píldora del día después cuando visitaron el viñedo de Freixenet. La noche anterior se escabulleron de los demás becarios y fueron a dar a un hotel oscuro, antiguo, macabramente raro. Les dieron una habitación y él cayó agotado por todo lo que había consumido. No había nadie más en todo el sitio. Apenas un anciano de cierta rareza física en la recepción que les pasó dos toallas. Tenía las orejas puntiagudas y le faltaban algunos dientes. Era un hotel de dos plantas que lucía como una casona abandonada de 1900. Él se levantó sobre las tres de la madrugada, atacado por una pesadilla en la que se vio dentro de un círculo infernal con seres antropomórficos: cabras, lobos y hienas. Él era un perrote negro en el medio. Ellos entonaban cantos y le ofrecían fidelidad. Luego sintió cómo le hervían los testículos, y despertó atacado por el deseo de penetrarla. Ella le contó que no había podido dormir: borrachos cantaban en la calle desde hacía unas horas. Y que había salido a buscar una botella de agua por el hotel pero que estaba completamente apagado, sin una sola alma. Ni siquiera el recepcionista estaba en su sitio. No le había quedado más que meterse en la tina a darse un largo baño de agua caliente. Un baño reparador que había sentido como un bautizo. Hicieron entonces el amor con la idea de tranquilizarse mutuamente.

Ambos concluyeron que esa noche había sido muy extraña. Y al día siguiente, poco antes de viajar hacia el viñedo de Freixenet, ella tomó la píldora. Una píldora que ambos sospechan ahora que no sirvió de mucho.

Pero hay que poner las matemáticas de su lado. Por eso hasta la fecha no ha tratado de generar una ruptura. Ni se ha hecho mala sangre. Simplemente espera un desenlace a favor suyo.

Aunque desde aquella tarde está obsesionándose con el video de una fiesta en un departamento pequeño del barrio Lavapiés.

¿Pero qué le pasa por la cabeza? ¿Y por qué a sus treinta y dos años le ha dado ahora por obsesionarse con una mujer? ¿Cómo ocurrió aquello? ¿Qué tiene ella que lo empuja a desempeñarse en el papel de un hombre celoso? No entiende entonces qué lo hace sentir así: desahuciado. Rendido de amor y celoso. Casi como si ella, al mencionar la posibilidad de que el hijo sea de un tercero, hubiera empezado a quitarle de a poco la piel con un machete. Y él, como única respuesta, le mostrara los dientes perlados, le sonriera y le rogara porque el proceso no terminara tan pronto. No logra entenderse. Él solo sabe que ya está dentro de esa historia. Y no tiene deseos ni idea de cómo salir de ella.

El archivo que revisa una y otra vez, en su laptop, muestra por tres minutos con veintisiete segundos lo siguiente: torsos de hombres y mujeres bailando; rostros con máscaras venecianas y dos de animal: un cerdo y un lobo; copas de champagne y vino, llenas y semivacías, a lo largo de un mesón de madera; una alfombra amarilla donde hay tres personas enmascaradas besándose. De allí la cámara gira y la enfoca a ella con los ojos cubiertos por maquillaje; se lanza sobre un sofá y muestra un coño tupido; viste solamente un atuendo ligero y transparente: sin bragas. Sobre la cabeza lleva puesta una bonita diadema dorada de brillitos. Mareada se pone de pie, se carcajea y sigue moviendo la cámara, que aún mas borracha que ella va capturando medios cuerpos, medios rostros con máscaras hasta que se detiene en el cerdo. Y se congela.

Entre el barullo de voces y risas es fácil escuchar la canción *Bailando* de Alaska y Dinarama.

Ella le había dicho que el sujeto con máscara de cerdo le había chupado el coño y habían acabado follando en su habitación por unos minutos, porque ella se cabreó; no quería que su fiesta terminara tan pronto. No tenía memoria de los otros dos. Todo lo que sabía es lo que su mejor amiga le había contado: que se agarró al final de la fiesta con dos chicos y empezaron a follar en la sala. Cuando casi no quedaba nadie en la fiesta. Y de esos dos, uno era un modelo con el que ella había querido empatarla hacía algún tiempo.

Sin embargo ella no ha querido mostrarle más archivos de la fiesta de disfraces. Por lo que el carácter enigmático de esas imágenes ha empezado a sumergirlo en una crisis horrible. Ha empezado a trastornarlo con la idea de orgías bajo fuegos artificiales donde está siempre la silueta de un hombre negro flotando afuera de la ventana, que es él mismo mirando hacia el interior de ese departamento.

Como si verlo a través de esa ventana pulida fuera el único modo de hacer irreal un acontecimiento doloroso.

El cielo comienza a deslizarse casi imperceptiblemente hacia la noche. No oye a los pájaros ni a los perros que desde que llegó se dedicaron a borrar cualquier momento de tranquilidad que pudiera tener para sentarse a escribir. Sin escritura y sin paz se cambia de ropa en la habitación antes de que pase ella a recogerlo después de haber estado toda la tarde editando fotos en el CaSa. Le ha prometido una sorpresa para la noche: ir al restaurante de una pareja mexicana, que lo abre únicamente los jueves y viernes, y donde podrán beberse un tequila o un vino blanco cenando unos platos estupendos.

A la luz de unas velas, le sirven un plato donde apenas puede entender un par de alimentos redondos y verdes debajo de una capa de salsa blanca y gomosa. Ella se ríe y le pide que pruebe y descubra

el sabor de las nueces. Él, por supuesto, lo hace y comienza a pasarse ese extraño manjar con unos sorbitos de vino frío.

Ella apenas bebe una copa. El doctor dijo que una sola no le haría daño. Su plato es igual al de él. Y cuando lo devora los ojos se le iluminan como catedrales en llamas. Entonces él no puede negar que algo de santo existe en todo demonio. Y que en esa artista preñada y amorosa, alocada y folladora, hay una insólita belleza que proviene de lo incierto. Una belleza fecunda que solo puede venir de lo monstruosamente extraordinario y desconocido. Una insaciabilidad que le resta sentido a todo lo demás. Sus futuros amores, de haberlos, estarán condenados a ser bufonadas chocantes que duren segundos, después de ella. La idea de perderla, de nunca más presenciar el estallido de risas y acobardamientos que provoca en otras personas cuando abre la boca, lo enmudece a ratos.

En todo esto piensa cuando ella le pregunta por el sabor de los gusanos que acaba de tragarse. Y sobre el modo de cultivo y el tiempo, al igual que el cuidado de la preparación, para que finalmente lleguen a un plato.

Ambos se carcajean después de las arcadas que él expresa a espaldas de sus anfitriones. Y, luego, ella se pone a hablarles a los esposos sobre su embarazo y el diablito que llegará convertido en un mestizo que brincará fronteras y realidades geográficas tan opuestas. No hay nada más que hablar sobre el tema del hijo. Ambos están orgullosos de haber tomado la decisión correcta: serán padres de un mexicano que no tendrá una gota de sangre mexicana, pero sí dos padres que mirarán hacia el pasado sin remordimientos.

Antes de marcharse de allí, ella decide contarle finalmente de qué se trata la segunda sorpresa que le tiene guardada.

—Cari, ¿recuerdas lo mogollón que vosotros hablabais de iros para el DF allá en Veracruz? Pues, bueno, sobre todo ahora que la Madre y Ulises están por allá, sería bueno ir también. Y le he puesto ayer un correo a la directora del FONCA, con copia a la AECID, donde lo he dejado en claro.

—En claro ¿qué? —pregunta sobándose los bordes afeitados del bigote que están creciendo otra vez sobre sus labios.

—Joder, cari, pues que acá si nos llega a pasar una emergencia con el niño no hay dónde coños ir. Que la he pasado muy mal hace unos días en ese puto consultorio con médicos púberes que no sirven para maldita sea la cosa. Que me cansa subir la puta montaña a realizar mi trabajo porque estoy bien preñada y ya no puedo cargar con el equipo. Y que ellos deben velar por mi bienestar y el de mi hijo, que fue concebido aquí en México. Y que, aunque aún no esté decidido, lo más probable es que nazca aquí, cari. Y ya no me acuerdo que otras cosas más le dije.

—¿Y?

—Pues ha contestado que ya está. Que ellos han comenzado a buscarnos un piso en el DF. Y que no nos preocupemos más. Y que viajemos este fin de semana porque lo tendrán listo el lunes. Que igual puedes seguir con tus actividades allá. Parece que el tutor que revisó tu poesía en Xalapa os ha puesto en el cielo. Que incluso eres el único que ha recomendado para una publicación de su trabajo completo en México. Joder, que los poetas y los escritores son la ostia.

—¿Así de fácil? ¿No se cabreó?

—Ni de coña. Cari, que son funcionarios, que no entienden. Y lo poco que entienden es que deben mantenernos contentos y currando nuestro arte. Además, ¿a que viene bien para la presentación de tu libro? Bueno, de nuestro libro. Me hace mucha ilusión mirar mis fotos con tus poemas que son muy locos. Es nuestra primera colaboración como artistas.

—Me viene más que bien. Será bueno ver de nuevo a la Madre y a otra gente de la beca. Y está mi editora y hay más librerías y…

—Y movida cultural. Que yo ya me aburrí de la puta montaña. Vámonos para allá. Que de seguro ya están pasando en el cine la última peli de Jarmush. Me han dicho mis colegas de España que está muy guay.

—Dale —dice él mientras se sirve otra copa de vino hasta el borde. Mirar siempre su copa llena lo tranquiliza— ¡Qué buena noticia! Y con *el chingo* de libros que quiero comprarme, como dicen los mexicanos.

—Ahora, cari, ¿sabes quién sí se cabreó? Pues mi madre. Que no sé por qué coño se me ha ocurrido telefonearle hoy a contarle lo nuestro. A contarle esto. Y me ha dejado pasmada, tío. Puafff. Que me ha mandado a tomar por culo.

—¿Y por qué?

—Que no te siente mal, cari, pero tiene que ver con tu país y el mío y todo ese rollo de los ecuatorianitos quedándose por allá y desperdigándose por todas partes. Que dice que lo que quieres es la visa de residencia para quedarte allá en España como escritor o lo que mierda sea. Y todo esto me lo ha soltado antes de contarle que estoy preñada. Y me ha fulminado, tío. No me la imaginaba racista. Ha sido siempre muy comprensiva conmigo y con mi arte. Si el enemigo ha sido mi padre, joder. Que ella, para que te sepas, lo dejó todo por él y se dedicó a criar a sus dos hijas. Por eso va siempre como alentando a mi independencia, porque ella nunca la tuvo. Fue incluso quien me ayudó para que me fuera a vivir para Madrid. Porque mi padre estaba en contra. Y siempre ha sido una mujer de mente abierta. Pero con esto, no sé qué coños le pasó.

—Me vale verga.

—Ya. A mí también me la suda. O me vale verga como dices tú. Ja, ja, ja. O me vale polla, que sería su equivalente en mi español. O me vale un coñazo.

—¿Entonces nunca le contaste sobre tu embarazo?

—Sí lo hice. Y fue peor, cari. Es que, joder, nunca la había oído así. En mi vida, cari. En mi vida.

Cuando Moctezuma se enamoró de los españoles había visto previamente cometas en el cielo; una de sus hermanas había muerto y resucitado; el lago de Tenochtitlán había crecido y un rayo había destruido el templo de Huitzilopochtli. Había pasado por un repertorio de presagios que lo habían puesto en muy buena predisposición para mirar en Hernán Cortés a una serpiente con plumas. Pero, ¿cuántos presagios son necesarios para caer seducido ante lo inesperado? ¿Y cuándo lo inesperado acaba transformado, como en el relato de Moctezuma, en su destrucción?

Sobre el penúltimo asiento de un bus ADO, enteramente vacío, viajando sobre las dos de la mañana, hacen el amor por primera vez en silencio desde el día en que se conocieron. Ella se mueve el calzón hacia un costado y lo monta para recibir la embestida de él, quien apenas alcanza a colocar ambas manos sobre el respaldar del asiento delantero. Lleva el bluyín sobre las rodillas y su verga tiesa y morada entra en la mujer que da uno, dos y hasta cinco respingos antes de voltearse a mirar.

Por un segundo le parece haber visto la puerta del chofer semiabierta. Se ríe y cierra sus ojazos verdes para volver a concentrarse en lo que está haciendo: copular con su novio, perdidos ambos en su propio espacio y tiempo. Mete el culo mientras siente cómo se le acalambra la quijada.

Antes de llegar al orgasmo se vuelve a tocar la barriga y se imagina que un día su hijo conocerá la loca historia de amor de sus padres: dos artistas dementes que se fueron contra la realidad ancestral, violenta y encendida de sus continentes. Dos transgresores de sus culturas que desde el instante en que se vieron se pusieron hambrientos a masticarse la piel toda la noche. El bus da un giro abrupto. Y antes de abrir los ojos, se corre soñando que su hijo y ella son pura espuma de mar derramándose sobre una playa mexicana.

TERCERA PARTE

¡CHINGADA MADRE!

Y así estas ideas gastadas
Aquí usadas como ropas
Serán compensadas

JIM JARMUSH

La melancolía es una navaja que se afeita a sí misma.
MARIO MONTALBETTI

I

La Madre estaba muerto de calor desde que había llegado a ese país. En París y Buenos Aires, últimas ciudades en las que residió antes de ganarse esta beca, se había acostumbrado a largos meses de frío. Su físico, el de un hombre del páramo, era muy diferente al de un hombre de tierra caliente. Se enrojecía con facilidad. Se le llenaba la cara de granos. Se sofocaba y quedaba empapado de sudor si caminaba demasiado.

Ahora en el DF las cosas han mejorado. El clima no ha sido tan salvaje como el de Veracruz. Lo que le anima a utilizar todos sus suéteres de cuello alto y sus chaquetas de colores tan variados como el turquesa, el amarillo y el lila.

Una vez instalado no dudó en escribirle un email al Triunvirato del mal, así como a Sus Satánicas Santidades, y a uno que otro amigo que hizo entre los becarios antes del *Tour de los Rolling Stones*, como un cineasta cubano y un pintor guatemalteco, para anunciar la nueva adquisición de este modo: «Por fin huimos con Ulises de la asquerosa Veracruz. Si los invitan, no vayan. Es por su bien. El cuartito de la degeneración no solo se ha trasladado a Anaxágoras 905 en la Colonia del Valle, sino que se ha transformado en un oneroso departamento de narco. El teléfono es: 65828271. Cuando vengan al d.f., la bacanal los espera. Abrazos, La Madre.»

Cuando abre los ojos, lo primero que ve son los cuatro postes de sequoia barnizada con labrados de racimos de uvas alrededor de su cama. Frente a él hay un enorme televisor como un retrato de plástico negro enmarcado por un armario de sequoia barnizada con labrados de racimos de uvas. Se pone sus pantuflas, se amarra la bata, y camina por una sala llena de muebles antiguos, como sustraídos de una iglesia andina, de sequoia barnizada con labrados de racimos de uvas. El comedor es de mármol amarillo sienés con ocho sillas de sequoia barnizada con labrados de racimos de uvas. Hay una pared de lado a lado cubierta por un espejo, dos lámparas doradas de techo repletas de gotas, dos cuadros de bodegones de un metro por ochenta y nueve centímetros, y un balcón con una mesa pequeña para juegos de naipes. Cuando llega hasta la cocina el color plata del refrigerador de dos puertas le provoca una emoción casi inasible. Y el que esté hasta el tope de cervezas y comida le extrae una ligera mueca.

No repara en los vestigios de una reunión extinguida: cervezas, botellas de tequila y escudillas cubiertas de ceniza. Así como platos regados por el comedor. Aprecia ese silencio robado a los gallos que ocurre después de las 05h00m.

La Madre se coloca el cabello largo y lacio detrás de las orejas y saca una cerveza Corona de la refrigeradora. Hunde la mano derecha en el bolsillo de su bata y extrae de allí una bolsita con polvo. Sobre el mesón luminoso de mármol de Carrara, Ulises ha abandonado la novela *Adiós muchachos* de Sergio Ramírez. La observa por dos segundos, y tiene la decencia de darle la vuelta y verter la cocaína sobre la contratapa. En su otro bolsillo halla un tubito de plástico que coloca como puente entre la contratapa de *Adiós muchachos* y su nariz. Cuando se mete esa ráfaga como de pólvora, se dice a sí mismo: «Ya empezamos a morirnos, hueón. Pero vamos a morirnos con estilo».

Luego se pasa un trago de la Corona; limpia con su puño la huella de polvo sobre la contratapa del libro y le da la vuelta. Mirando la portada piensa rápidamente en esos guerrilleros que tilda de pendejos, y en todos esos jóvenes que los imitaron y le parecen aún más pendejos por perder la vida jugando a la guerra de los buenos y los malos. Algo que ni existe, se repite. Piensa en Latinoamérica y en Castro. En Chávez y Evo Morales. Y en que si eso es el comunismo de hoy, mejor es jurarle fidelidad a la reina de Inglaterra. La única lucha de clases que he conocido fue la que me tocó padecer durante la escuela y el colegio cuando me golpeaban por gordo, concluye su pensamiento. Se pasa otro trago de la Corona y vuelve a voltear el libro. Sabe que cuando Ulises despierte se pondrá insoportable por la fiesta que hizo la noche anterior, y que lo mejor es que lo encuentre con las defensas arriba. O sea: con coca hasta el techo.

Se avienta otra ráfaga de polvo por las fosas nasales con un trago largo y frío de su Corona. Limpia nuevamente el libro con el puño derecho y lo voltea. Mira la portada y recupera la idea de la violencia como algo inútil. Sin embargo —reformula en su cabeza— en la naturaleza animal absolutamente todo es cacería y asesinato. Y quizás nada horrible hay en ello. Es lo que hay. O es lo que es. Quizás lo horrible es que los seres humanos seamos los únicos que estamos conscientes. Conscientes del horror, de las insuficiencias y de la necesidad de una transformación.

Deja la cocina con su cerveza en la mano.

Llega hasta el balcón donde observa cómo las calles comienzan lentamente a cobrar vida. Desde hace algunas semanas ha hecho mayor honor a ese apodo que le endilgaron cuando salió del clóset una de las noches en Querétaro. Aún recuerda que hizo lo que hizo porque le cabreó de entrada que muchos se imaginaran que era homosexual. Lo que a él le gusta es su asunto. No de esos nuevos amigos: artistas que intentan ahogar el torrente del temor o la depresión con comportamientos exagerados. Si se ha besado con mujeres y hombres y querido u odiado a alguien es su problema. Por eso, aquella noche, cuando el clóset en la habitación del Fraile y

Banderitas se abrió de par en par, él emergió sin camisa y con el rostro rígido que anulaba pensamientos y palabras en los espectadores. Ágil y apretado se movió convertido en un canguro de piedra. Sin embargo el Fraile, que es una especie de profeta asombrosamente decadente pero veraz, abrió ebrio sus labios gruesos pronunciando aquella palabra que uniría su existencia con un elemento simbólico desde ese momento y por los meses siguientes: «Madre».

Ahora la Madre recibe visitas paulatinas de algunos becarios que viven en el DF y piden sus consejos. A veces, ni siquiera van por un consejo. Lo único que quieren es hablarle y llorar por algún tema que ocurre en sus realidades pausadas en sus países. Un novio o novia que ha decidido abandonarles. Una madre o un padre que se ha portado de modo inesperado en el hogar. Un hermano, un abuelo o una hija que pide auxilio desde un puesto ignorado. Y, para todo eso, la solución que da la Madre, después de escuchar con paciencia absoluta, es reubicarlos en sus posiciones de artistas; devolverles la dignidad que nadie ha querido entregarles en sus países donde, aunque sean reconocidos, han debido lidiar con problemas cotidianos como la falta de políticas culturales, la incomprensión familiar, la dificultad de mantenerse sin un sueldo fijo, o simplemente haber sido encasillados como parte de esa masa enferma de espíritus rotos que, igual que la hierba mala, crecen y decoran cualquier bonito frente y patio de una casa.

Y de allí les vende unos finos cigarrillos de marihuana o unos gramos de cocaína.

II

Sobreponiéndose a una discusión que había mantenido con Ulises, la Madre cruza por el Zócalo, que más que el ombligo de la ciudad, le parece el ojo de piedra de un huracán. Avanza con decisión en búsqueda de una calle escondida. Alrededor del área hay agencias turísticas y hoteles llenos de europeos y americanos, alelados, que desean absorber en pocos días la identidad mexicana. Arrebujados por el magma de una ciudad que se desdibuja desde su centro, una urbe que es puro desplazamiento y laberinto, no se dan por vencidos. Se lanzan a inspeccionar tiendas y mercadillos donde disfrazarse. Pasan cerca de él usando camisetas de La Catrina o La Santa Muerte. Algunos portan máscaras del Rey Misterio y sombreros de mariachis. Otros, los más intelectuales, llevan, bajo el brazo, libros y afiches de Frida Kahlo o del dios Quetzalcóatl.

La Madre está muy ocupado con las actividades que mantiene como anfitrión de fiestas y proveedor de drogas para los becarios. Finalmente, a la mitad de una cuadra, entre locales que lucen como garitos apolillados de hace cincuenta años, hay un hombre sentado sobre una bicicleta: tiene un parche en el ojo y lleva el cabello largo y desordenado.

—Ramón —dice la Madre y se acerca al hombre, que no deja de mirarlo con cierto cuidado.

—¿Qué hubo, pinche Madre? ¿Trajiste la lana? Y no vengas con más mamadas que mi jefa anda encabronada.

—Claro, hueón. Acá traje los cuatro mil. ¿Me dejai pasar?

—Pero primero aviéntate uno de estos, pinche culero —le dice y saca del bolsillo trasero de su pantaloneta sucia una botellita de mezcal Tonayán. Le gusta la idea de ver a ese escritor chileno y aburguesado bebiendo lo mismo que él.

La Madre no le saca el cuerpo y se pasa un trago de la botellita dorada. El sol le pega en la mitad del rostro provocándole un ligero mareo. Antes de que grite un «Ay, me diste en la madre», el hombre le dice: «ahora sí te di en la madre, pinche Madre», y se carcajea. Entonces, se mueve con bicicleta y todo para permitirle pasar por una puerta metálica hacia un angosto pasillo que desemboca en un patio interno, que a esa hora está lleno de adictos y prostitutas.

En una de las mesas está alias la Jefa, o Jocelyn: una mestiza de piel tostada, cabellos largos enredados y mirada dura. Su cabeza reposa sobre su cuerpo con pesadez. No es anciana aunque en su cara se adivina que vive con algunos fantasmas de la soledad. No deja de

fumar y beber cerveza apoyada sobre un viejo bastón que le ayuda a caminar por su problema de gota. Alrededor de ella, como ocurre siempre, hay otras mujeres y alguno de sus tres hijos jugando a los naipes y sirviéndole lo que ordena.

El resto de aficionados a las drogas saben que no pueden hablarle si no es por medio de alguno de sus hijos. Cuando la Madre se acerca, ella misma deja su mano de cartas sobre la mesa y voltea la cabeza dispuesta a avergonzarle:

—Pinche lechón culero afrancesado. ¡Me debes lana! Te llevaste y prometiste y hasta ahora das la cara. Te dicen Madre… Pero aquí la vas a conocer requetebién porque te la van a sacar mis hijos…. ¡Serás cabrón!

—Jefa, justo vine para eso. Aquí le traigo su lana.

Le entrega los cuatro mil pesos a la mujer que, como también es usual, pone a uno de sus hijos a realizar los cálculos de lo recaudado. Cuando cuadra el dinero, la Jefa hace un puchero y muestra los dientes negros inferiores.

—Ahora sí, pinche joto, dime cuánto más necesitas.

Cuando llega a su casa en Anaxágoras 305 se sumerge en la escritura de su proyecto, pero también de un documento de Word, que ha bautizado desde hace días del siguiente modo: *Diario de un narco o de cómo sobrevivir como artista en un país lleno de culeros.*

En este archivo redacta sus transacciones con la Jefa y sus hijos, al igual que las fiestas que organiza y las deudas que mantienen con él algunos de sus compañeros de beca. También asienta impresiones o anécdotas curiosas que le parecen dignas de recordar. Por ejemplo: la historia de la Jefa. O los romances de los becarios. Aquel archivo esquizoide ha comenzado a cobrar la forma de un chismógrafo insólito. Crece casi siempre después de las visitas que recibe y de las fiestas que organiza. Por seguridad, no coloca los nombres completos de nadie. Emplea a veces sus apodos y, en otras ocasiones, el nombre de pila seguido de un número. Un código que solo él entiende.

Ha perdido un poco la confianza en Ulises, quien está frenético y problemático a diario. Odia las fiestas que hace. Aunque muchas veces él mismo sale de su guarida a pasar un rato con otros becarios. Persigue algo de suerte. Está cazando alguna inspiración para su trabajo o alguna chica de la que enamorarse, piensa. Pero el que no se drogue lo ubica en la orilla enemiga: no juzga pero exhibe todo el tiempo un malestar y una conciencia animada a poner en duda su estilo de vida.

Agradece, entre otras cosas, el no tener que compartir más el baño con él. Si algo le resultaba insoportable en Veracruz era tener que

entrar de segundo a la ducha y hallar la piel de Ulises desgajada como pétalos humedecidos por todas partes.

Ahora se sienta en silencio, enciende un cigarrillo y, cuando descubre que no hay nadie más en el departamento, abre su laptop. Con su cabeza de cuervo comienza a registrar la información que considera relevante.

Escribe y se ríe al hacerlo.

DIARIO DE UN NARCO O DE CÓMO SOBREVIVIR COMO ARTISTA EN UN PAÍS LLENO DE CULEROS.

«Plinio el Joven: vino hasta Grecia a buscar al gran filósofo. Cuenta que se ha enganchado con un mexicano maduro. Lo conoció en un parque y esa misma noche el tipo se lo llevó. Dice que está enamorado y que el charro, casado y con hijos, tiene esos bigotes de brocha, muy espesos, que simbolizan la travesía de muchacho a hombre en el mundo de los machos. El charro le ha pedido que no se vaya de México; que si él quiere le alquila un departamento y lo mantiene. Disfruta de su doble vida con doble nacionalidad amatoria. Plinio se lo está pensando. Me compró un gramito y pagó completo. Mi consejo: *Los hombres vivirían increíblemente tranquilos si estas dos palabras, mío y tuyo, se quitaran*.»

....

Suena el timbre y la Madre cierra de súbito su laptop. Cuando avanza por la sala, nota que Ulises ha abierto la puerta de la habitación del fondo. La luz encendida dibuja un cuerno amarillo sobre el piso. Se sorprende de que por primera vez desde que viven juntos no haya hecho mayor ruido, orillándolo a pensar que no estaba en casa. Se pregunta a sí mismo si la cocaína lo está volviendo descuidado o si la cocaína lo está volviendo paranoico.

Abre la puerta y frente a él está María la Escamada con los ojos enrojecidos, el cabello enmarañado y dos maletas ajedrezadas a los costados. Ha abandonado su lugar de residencia en la beca. Se nota que ha llorado mucho. La Madre, como toda buena madre, entiende inmediatamente que esa mujer necesita de consuelo. La ayuda a pasar cargando con sus maletas. La sosiega y le pide que tome asiento en la sala, donde ella guste, mientras él se dirige a la cocina a buscar alguna bebida sin alcohol para su invitada. Recuerda que esta escritora perdió la cabeza por uno de los tutores (un poeta sexagenario laureado y reconocido en todo México) y que se fue tras de él pidiendo su cambio de residencia a Xalapa. Pensó en merodear su casa hasta convencerlo de que durmiera con ella. Lo que no sabe si efectivamente pasó.

Aunque ahora está a punto de saberlo para después anotarlo en su chismógrafo.

María la Escamada le hiló a la Madre el relato de lo que le ocurrió en Xalapa. Si bien primero merodeó por la casa del tutor, nunca tuvo la suerte de que él se fijara en ella. Luego, empezó a enviarle correos a su email contándole que se había ido a vivir a su ciudad y pidiéndole por una cita para revisar su proyecto. El hombre algo debió intuir porque no respondió. Entonces, se le ocurrió presionarlo a través del FONCA para que fuera el FONCA quien exigiera las reuniones con ella. Y a la primera reunión que el hombre, obligado laboralmente, asistió, la Escamada le soltó a bocajarro que estaba enamoradísima de él; y que aunque estaba casado y tenía un chingo de hijos eso a ella le valía madres porque lo único que quería era ser su amante. Que se había leído todos sus poemarios e incluso había empezado ella misma a borronear algo de poesía. Y le mostró unos poemas, eróticos y deprimentes, que el hombre con la cabeza llena de canas ojeó.

Por supuesto, el tutor, dueño de una calma monástica, producto de la vejez y la experiencia, le explicó que él no podía hacer algo así, que aquello sería abusar de su posición como maestro. Le dijo que no fue ético en el pasado y no sería ético en el presente; y que esa relación milenaria, entre maestro y alumno, jamás debería verse manchada por algo tan banal como el coito. Ella contraatacó diciéndole que no era una niña, recordándole que tenía veintisiete años y que si él quería verlo como abuso, pues ella estaba dispuesta a dejarse abusar. Que no le tuviera lástima, y que dejara de ser maricón y se la follara. El hombre, al parecer, se quedó mudo. Y al recobrar el habla le explicó que él comprendía bien de los tormentos que viven los artistas, de las dislocaciones y los pensamientos más oscuros que a veces nublan sus cabezas. Él mismo es un poeta y entiende cómo una maraña de ideas obtusas puede apoderarse de uno. Pero que al final siempre hay algo más. Y ese algo más es la literatura. Y que para alcanzar esa literatura ella debía regresar a sí misma después de haber hecho tremendo viaje delirante. Y que haría bien en retornar a Veracruz. Con eso le había indicado que no solo no podía amarla, sino que acaso ella estaba poniendo en peligro su escritura por una obsesión de la que nada bueno saldría. «Me infantilizaba, Madre, ¿sabés? Cada una de sus respuestas me hicieron más pequeña de lo que soy realmente. Porque lo mío con él no se trataba de una niña pidiéndole amor a un venerable poeta anciano y famoso. No se trataba del idiota romance entre una alumna y su profesor. Se trataba y aún se trata de otra cosa. Esto tiene que ver con respetar las obsesiones. Cada quien puede tenerlas y arrojarse a perseguirlas así le cueste el bochorno o lo que otros toman como locura. Él podía negarse a estar conmigo, pero no podía negarme a imaginar que estuviera conmigo. No tenía derecho

alguno en arruinarme con teorías mis impulsos. Así como se oye, Madre. ¿O no empieza la vida por una obsesión a la luz, a la leche del seno materno, a la vida misma? Hubiera sido exactamente igual para mí si me hubiera obsesionado con una de las tutoras de la beca o con un hámster. Más que un tema de roles, esto tiene que ver con el hecho de que hoy nadie parece respetar las obsesiones. ¿Acaso la fantasía y la ficción no son obsesión pura que ha evolucionado? Una obsesión, a veces, es todo lo que necesitamos para perder la apatía por vivir en un mundo horrible y sin sentido. Pero el hombre nunca más quiso responderme.»

Fue entonces cuando María la Escamada se dio por vencida, se echó a llorar del coraje, empacó sus cosas y decidió largarse para el DF sin comunicarle nada al FONCA. Solo siguió la ruta del correo enviado por la Madre unos meses antes. Quien, tras terminar de escuchar el relato, está tan sumergido en su rol de sicólogo, proveedor y gurú para las almas descarriadas del FONCA, que no ve cuando Ulises en silencio cruza el pasillo y se cuela finalmente dentro de su habitación.

III

NO EXISTES

Por María La Escamada

Gustavo mordió la manzana envenenada.

Gustavo cayó en la trampa y no se percató de que el brillo de esa manzana acaramelada era la entrada para un sueño profundo.

Gustavo había caído en un sueño profundo y nadie más que yo conocía el modo de despertarlo.

Gustavo no era cualquier príncipe.

Gustavo era el príncipe del rock.

Cada calamidad tiene su lógica. Una que no se ve desde cerca. Hay accidentes divinos que son más difíciles de entender. Accidentes diarios que no nos damos cuenta de lo que representan sino hasta que algo más ha terminado modificándose en nosotros. Nuestras vidas se barajan por un solo camino resquebrajado por donde tiemblan conciencias y destinos alterándose injustamente, aunque justificando con dignidad lo que un día acabará insonorizado.

Mi nombre es Laura Solís. Y lo que están a punto de leer no es la historia de una chica enamorada de una estrella de rock. Ni la de una fan obsesionada con un póster donde aparecía un muchacho espigado de pantalones apretados y cabello ondulado y esponjado en la década de los noventa. Póster que, honestidad por delante, guardo hasta hoy. Lo que están a punto de descubrir es la historia de cómo yo vine al mundo para salvarle la vida al único chico que ha importado.

De cómo mi vida entera fue la preparación para despertar a Gustavo Cerati.

Hay que ver cómo la gente gasta su dinero en cualquier tontería. Siempre y cuando lo que reciba a cambio le cause alivio. Trabajo desde hace seis años en el Hotel Betti Boop, que es un hotel para perros. Su nombre, como lo habrán adivinado, es un homenaje al personaje de 1930, a la caricatura que representaba a una *flapper* o a una chica del vodevil, con faldas altas, cabello negro y corto, así como dueña de una sexualidad explícita. Si bien el personaje fue basado en la actriz Helen Kane, lo que pocos conocen es que Betty Boop en sus orígenes fue una perra caniche francés. Y que sus apariciones vocalizando canciones de la época influyeron en la decisión de

humanizarla.

Por eso los dueños del hotel aman a Betty Boop. Y la aman de las dos formas: como mujer y como perra.

Incluso tienen atiborrado el local con sus imágenes y productos. Esa perra está por todas partes. En el letrero sobre la entrada y en las paredes como papel tapiz. Está en los adornos del baño y en las fundas de las almohadas que entregamos a los perros en sus jaulas, a las que llamamos suites. Y está en la tienda de objetos y en la peluquería.

Hay tantas Betty Boop que, por las noches, cuando me quedo de guardia en el local y los perritos aún siguen despiertos, no hago otra cosa que ponerme a jugar a las cartas en la oficina con una lámpara de Betty Boop que tiene el tamaño de un gnomo de patio.

Y le cuento sobre las cosas favoritas de Gustavo.

Sobre sus amores de juventud y sus canciones.

Así como sobre sus problemas con las sustancias y la angustia del artista.

Porque aunque yo no soy una artista como Gustavo, igual visto a los perritos y los peino de mil modos distintos. Y me quedan lindísimos. Y luego les saco fotos, que subo en la cuenta de Facebook del hotel, que reciben cientos de *likes* y comentarios. Y mis jefes me dicen: «oye, Laurita, tú sí que eres una verdadera artista». Y yo me río un poco. Y les respondo que no. Que muchas gracias, Paco y Clara, pero que no. Les digo que el verdadero artista es un tipo creativo. Un semidiós desaparecido del cielo que está entre todos nosotros pero que no lo reconocemos porque parece un tipo más del montón. Les digo que un verdadero artista es un músico, un flaco de cabello rizado y ojos verdes almendrados y barbilla perfecta. Les explico que eso sólo es Gustavo.

Lo que no puedo contarle a Betty Boop es cómo hice para despertar a Gustavo hace exactamente una semana, sin hacer el relato largo de las calamidades y su lógica. De mis accidentes divinos.

Cuando tenía doce años, por ejemplo, mi padre todo encrespado me prohibió ir al primer concierto que iba a dar Soda Stereo en la ciudad. A él le parecía que aquello no era el lugar apropiado para una niña. Mi madre, algo más empática, se puso de mi lado y le explicó que iba a cumplir los trece y que era perfectamente normal que me gustara el rock y las bandas. Para ablandarlo le habló de cuando ambos eran novios y fueron a un concierto de Pink Floyd.

Lo mismo, es lo mismo, dije. Gustavo es mi Pink Floyd. Y mi papá se cabreó mucho más por la comparación, y terminó afirmando que Soda Stereo jamás sería tan grande como Pink Floyd.

Y, obvio, se equivocó.

Como sea, finalmente pude ir en compañía de mi mejor amiga del colegio y su madre, quien nos llevó y esperó por tres horas en el parqueadero. Y allí fue cuando ocurrió mi primer accidente divino.

Justo cuando Gustavo empezó a cantar:

«Alguien me ha dicho que la soledad se esconde tras tus ojos
Y que tu blusa adora sentimientos, que respiras…»

Sentí como un chorrito caliente bajaba por mi vagina. Algo que mi mente rápidamente relacionó con la excitación. Y es que, sin cruzar los dedos en mi espalda, estaba verdaderamente sobreexcitada por estar mirando al príncipe del rock a cincuenta metros de distancia.

Pero no era eso. Para nada. Porque unos segundos después estaba enteramente empapada y aterrada. Cuando me miré la entrepierna descubrí una pequeña mancha caqui que se iba haciendo más marrón sobre el pantalón amarillo. Justo por debajo de la cremallera. Una mancha que comenzaba a hacerse más y más grande. Entonces corrí hacia el baño de aquel estadio sin decirle nada a mi amiga y me encerré allí por las siguientes dos horas. No pude salir hasta que mi amiga me encontró y trajo a su madre para auxiliarme.

Había tenido mi primera menstruación en un estadio de fútbol oyendo a Gustavo.

Me había convertido en mujer, como Betty Boop, gracias a una canción.

Mi siguiente accidente ocurrió cinco años más tarde, cuando perdí la virginidad con un imitador de Gustavo, de nombre Luis Rivas. El chico tenía una banda de *covers* con la que tocaba en bares y quinceañeras. Apenas lo vi en la tarima de un bar de mala muerte en la Zona Rosa me fleché como idiota. Era idéntico a Gustavo. Y cuando cantaba sus canciones hacía esos movimientos pélvicos improvisados que realizaba el Gustavo original. Agitaba sus caderas embutido en unos pantalones de cuero ceñidos que le conferían un bulto favorable y apetitoso a primera vista.

Sin embargo, fue una experiencia pésima. La primera y todas las que vinieron.

Creo que la cantidad de cocaína que esnifaba hacía de él un pésimo amante.

Casi nunca se le paraba. Y cuando el milagro ocurría, su rigidez era penosa. Debía hacer esfuerzos mentales para completar esa erección entre mis piernas.

Poco tiempo después, a través de Luis, terminé conociendo a Juan Carlos, su primo hermano. Quien se avivaba con solo mirarme y

parecía no necesitar de excusas para intentar conquistarme. Buscaba ligarme a cada segundo que su primo se descuidaba.

Hasta que lo logró. Y terminamos saliendo una noche. Y me acosté con él y la comparación hizo el resto del trabajo.

Fue así como un día oyendo al Gustavo falso cantando:

«Del fuego vino el diluvio
La nave vuelve a partir
Y mi alimento son las cenizas de una noche larga…»

Me dije: hasta aquí llegué con el falso Gustavo que no puede ni atarse los zapatos. Prefiero mil veces a un anti– Gustavo que, aunque tiene un rostro ordinario, funciona a la perfección.

¿Y quién podría culparme?

No se puede ser mujer de un sujeto que, aunque guapo, muy guapo, no sirve para la cama. Me encantaba verlo cantar y moverse como culebra sobre las tarimas de los bares. Hundirse los dedos por el cabello rizado y alborotado mientras se apretaba la guitarra eléctrica a los huevos. ¿Pero de qué podía servirme un muñeco asexuado como el Ken? Tampoco es que yo tuviera demasiada experiencia. Pero está claro que nada de experiencia se necesita cuando llega el llamado de la naturaleza. Y si algo entendía mi cuerpo es que nuestro sexo era lamentable, ineficiente y apocado.

Entonces, ese día en que tomé la decisión de romper con el falso Gustavo, mientras daba un concierto con su banda en una fiesta ridícula donde los padres de una adolescente engreída y paliducha llenaron su patio de césped artificial de espuma, globos y champagne, fue el 1 de mayo de 1997.

Y mientras volvíamos de esa fiesta en la furgoneta de la banda, Luis empezó a lloriquear y el bajista puso la radio y todos oímos muy claramente que Soda Stereo se había separado. Se anunció el final de una era. Soda no daba más. Fin. Era The end. Entonces yo empecé a llorar un poco también pero no por nuestra ruptura sino por la ruptura de Gustavo con su banda.

Por lo mal que la estaría pasando en Buenos Aires.

Y por todas las canciones que ya no existirían jamás por la culpa de esa ruptura.

Por alentadora que parezca la historia, no lo es. Y está muy lejos serlo. Al menos en esta parte. Pero tiempo es de lo que más dispongo en el hotel Betty Boop. Y en esta parte ahora se me viene a la cabeza la frase: *Un acto de Dios*.

Pero no nos adelantemos.

Aunque tenga deseos de soltarlo todo como una aceituna rebotando por mi boca.

Mientras el ordinario Juan Carlos estudiaba ingeniería mecánica nos mudamos a un departamento.

Y para el año 2003 quedé embarazada. Entonces, nos debimos casar para hacer las cosas correctamente.

Nuestra hija Ximena nació en el 2004, que fue el mismo año en que entré a laborar en el hotel para perros. De ese tiempo guardo la sensación de una felicidad bárbara. Juan Carlos había empezado a trabajar reparando autos Ferrari y Porsche en un taller donde ganaba un excelente sueldo. Ximena se pasaba revolcando por la alfombra del departamento metiéndose cualquier porquería en la boca. Y por las noches yo me iba de guardia al Betty Boop, donde escuchaba a mis anchas a Gustavo Cerati por las bocinas del lugar. Y todos esos perritos, en sus ropitas de dormir y acurrucados en sus jaulas, ladraban únicamente cuando ponía *Canción animal*.

Pero tratándose de su tiempo como solista, lo justo era que oyéramos *Bocanada* o *Siempre es hoy*. Lo que también hacía. Aunque, honestidad por delante, algo me hacía falta en esa nueva música que proponía. Como todo artista estaba explorando. Y yo, como su fiel fan, sabía que lo seguiría hasta las últimas consecuencias. Así se pusiera a cantar ópera o himnos religiosos. Pero la verdad es que comprendía la mitad de las letras. Algunas tonadas me parecían más sicodélicas y electrónicas que otras. Sin embargo, no había modo de no fantasear con su sonido.

Pero algo había cambiado. Aunque los cambios a veces se realizan por asuntos sanitarios. Y quizás no me equivocaba. Porque un domingo de visita en casa de mis padres, mientras mi papá jugaba con Ximena, puse la canción *Tabú* y él me soltó una frase, para mí, aterradora:

—Ahora sí me gusta Soda Stereo. Sabes, hija, hasta creo que si se esfuerzan esos chicos puedan alcanzar a Pink Floyd.

Unos días después recibí la mejor de las noticias que haya recibido nunca. Quizás, únicamente comparable con la noticia de mi embarazo. Juan Carlos me llamó desde el taller a decirme que habían anunciado por la radio que Gustavo Cerati confirmaba el regreso de Soda Stereo. No me lo podía creer. Pasé con la niña en los brazos mientras con mi mano derecha iba haciendo zapping para dar con la noticia por algún canal.

Hasta que la encontré.

Y efectivamente allí estaban Gustavo, algo maduro pero tan guapo como siempre, junto con los otros dos músicos anunciando una serie

de giras.

La banda volvía diez años después.

Recordé mi primer concierto a los doce; el olor de la menstruación y su pregunta futura rebobinándose en mi cabeza; el origen de una feminidad que había terminado por brotar en el interior de una letrina donde yo me escondía como en un sótano. Contuve alelada la respiración por un buen rato; apenas pude sacudirme oyendo el fugaz sonido de la llave de agua de la bañera, que había dejado abierta por treinta minutos para darle un baño a la niña.

El agua, como era de esperar, se desbordó hasta mojar la alfombra del pasillo.

Limpié todo prolijamente y cociné la cena oyendo los discos viejos de la banda.

Esto no es un hermoso sueño pero tampoco una pesadilla. Sin embargo, ahora que lo reconstruyo, me parece que algo de ambas cosas alberga este relato.

Amamos sin neutralidad en un pacto simbólico que termina trazando un mapa.

Y ese mapa común es el mapa extraordinario de nuestras vidas.

Por eso, cuando mi esposo me regaló una entrada para el concierto, y me pidió que fuera, que no me preocupara por nada, que él cuidaría como hacía todas las noches de Ximena, me alegré.

Pedí permiso en el hotel explicando mis razones, las que tanto Paco como Clara entendieron. Volvía el príncipe del rock a la ciudad. Gustavo estaba de vuelta pero con su banda original. Algo que me producía una especie de espejismo o reflejo involuntario. Porque era como si regresara el Gustavo de mi adolescencia.

Jamás imaginé que esa misma noche, después de pasarme bajo la lluvia por tres horas oyendo todas aquellas canciones de mi pubertad, sacudiéndome en las gradas del coliseo, coreando cada una de las letras y gritando hasta quedarme afónica, me encontraría al volver a casa con un cuadro apocalíptico.

Un retrato horrendo y enceguecedor como el peor de los recuerdos.

Por exactamente un minuto con diecisiete segundos la energía eléctrica se fue en la mitad de la ciudad. Un minuto y diecisiete segundos en los que todo mundo reaccionó y vio su realidad alterada de distintos modos, dependiendo de la actividad que se encontraba realizando. A un hombre se le apagó el televisor en el preciso momento que su equipo de fútbol iba a cobrar un penalti. A una mujer se le fue la luz en la ducha y cuando intentó buscar la toalla, a tientas, para salir de allí, tropezó con el jabón y se rompió una cadera. A una pareja el apagón los agarró discutiendo y antes de que volviera la luz ya se habían abrazado. A una chica la ayudó a escapar de un

atracador a mitad de una calle peligrosa. Y a nosotros, que estábamos en el concierto, dentro del coliseo, solo nos hizo gritar aún más como desquiciados. Y prendimos al unísono los mecheros.

En casa, Juan Carlos y la niña se habían quedado profundamente dormidos. Y durante ese minuto con diecisiete segundos aparentemente nada pasó. Sin embargo, cuando la luz regresó se produjo un cortocircuito en una de las lámparas de la habitación. Y por las siguientes horas ambos estuvieron respirando monóxido de carbono y ácido cianhídrico sin despertarse.

Y sin poder despertarse nunca más.

Y a esa anoxia tisular que se llevó a toda mi familia el mundo empezó a llamarla: *Un acto de Dios*.

El Husky siberiano. El Pug. El Bulldog. El Labrador retriever. El Beagle. El Pomeranio. El Poodle. El Schnauzer. El Shih Tzu. El Chichuahua y el Bichón maltés son los perros más populares que llegan al hotel Betty Boop.

Pienso que de no haber sido por ellos, por la forma en que la gente gasta su dinero en dejarlos aquí para darse alguna tranquilidad cuando salen de vacaciones y se van de viaje fuera de la ciudad, quizás hubiera perdido la cabeza.

Los años no pasan volando. No es cierta esa expresión. No desaparecen los años. El tiempo no se desvanece. No deja de existir. Somos nosotros quienes empezamos a dejar de existir. Somos nosotros los que pasamos volando, haciéndonos humo.

El siguiente accidente divino que ocurrió no me ocurrió a mí, sino directamente a Gustavo. Después de un concierto en Caracas cayó dormido. Entró en un sueño profundo. Había dicho durante la prueba de sonido que le dolía la cabeza; y luego dio el concierto con normalidad y después se fue a comer unas arepas.

Y se durmió.

A todos nos pilló por sorpresa esa noticia.

Que alguien tan joven y hermoso cayera suspendido como muerto en vida.

Y empezaron a especular sobre un montón de sandeces. Sobre si había bebido o fumado demasiado. Sobre si andaba con una chica joven que lo había empujado a enfiestarse más. Pero yo sabía que el estrellato era su droga y que lo que había ocurrido era otra cosa.

Gustavo no estaba muerto. Pero tampoco estaba vivo.

Gustavo estaba encantado o congelado.

Gustavo se había convertido en piedra dentro de una habitación.

Ocurrió que su corazón no se detuvo. Seguía latiendo. Pero dentro de

un cuerpo que en suspenso flotaba para el mundo mientras nadie lo despertara. Aunque, honestidad por delante, el mundo para muchos de nosotros también se detuvo.

Y pasaron los meses.

Y alrededor de la torre donde lo pusieron, dentro de un ánfora de cristal, creció un bosque de espinos custodiado por águilas y enanos deformes.

Nadie podía acercársele.

Nadie podía besarlo y decirle algunas palabras o intentar sacudirlo.

Era un príncipe dormido que seguía viajando a una velocidad inapresable dentro de su mente.

La música se apagó.

Aquel fue el año en que murió la música.

Y hasta las moscas se quedaron petrificadas sobre las paredes.

Betty Boop acaba de pestañear dejando escapar un largo bostezo. Cuando me planté a contar la historia, olvidé que esa lámpara tiene una falla. A veces le viene bien desconectarla de la pared y volver a conectarla para que recupere su brillo.

Pero hay tiempo para hacerlo.

En cuanto supe la noticia que Gustavo había caído como muerto, aunque no estaba muerto, mi mente giró hacia todas las direcciones posibles.

Mientras pasaban los meses yo continué trabajando en el hotel, pero sin dejar de relacionar lo que había sido mi vida llena de calamidades y accidentes que, ahora, cobraban sentido.

Porque cada vez que aparecía una nueva noticia sobre el estado de Gustavo, sobre su encierro vegetativo, y aparecía una corte de brujos que decían que nada podía hacerse al respecto, mi corazón se comprimía, se achicaba como un chícharo debajo de la gran cama de una reina.

No podía dejar de relacionarlo todo.

Me refiero a todo lo que irremediablemente había ocurrido para que arribáramos precisamente a este momento.

Cuando llegué a Buenos Aires, después de explicarles a Paco y Clara que debía ir a despertar a Gustavo, y aunque ambos elevaron razones y excusas sobre el delirio y la situación clínica suya, empecé a merodear esa torre donde lo tenían resguardado.

Hombres y mujeres todos los días se apostaban alrededor intentando ingresar. Llevaban pancartas garabateadas con mensajes de amor por su recuperación. Otros, desesperados, ponían a todo volumen sus canciones en equipos de música del pasado.

Sin embargo, nada de eso funcionaba.

Y, cuando llegaba la noche, lo único que podía sentirse alrededor era el frío más húmedo de la tierra, mientras una bandada de cuervos viejos viajaba en escalada hacia el primer piso.

Y eso me preocupaba, porque yo sabía muy bien que los cuervos jamás andan en bandada. Al menos, no los adultos y sedentarios.

Dos semanas después, ya había registrado en mis notas el completo movimiento que allí sucedía. Quiénes ingresaban y a qué hora lo hacían. Entendí que la mejor manera de entrar a ese lugar impenetrable para despertar a Gustavo era hacerlo disfrazada de enfermera durante el cambio de guardia, que ocurría a las seis de la mañana.

Enteramente de blanco crucé la recepción junto a dos chicas más.

Y mientras me movía hacia el primer piso únicamente oía en mi mente:

«Te rescataré. Te rescataré.
Los guardianes pierden el honor mientras desfilan.
Hay tanto fraude a nuestro alrededor (comprenderás)
Es amor lo que sangra desde el cielo en la cúpula.
Es amor lo que sangra desde el techo en la cúpula.
Te rescataré. Te rescataré…»

Y cuando entré a su habitación y finalmente lo vi, me congelé por unos segundos.

Quizás por un minuto y diecisiete segundos.

Gustavo lucía igual de hermoso que siempre, acordonado por un montón de tarjetas y flores muertas. Su cabello alborotado contorneaba su perfecta barbilla y esos pómulos tan pálidos donde unas largas pestañas rizadas reposaban. Su cuerpo, algo más flaco que antes, parecía de agua.

Sin cerrar los ojos pude mirar hacia el interior de la red que se había tejido entre ambos. Todas esas líneas de tiempo que me habían traído frente a él: mis bailes dentro de mi habitación cuando aún era una niña, mi primera menstruación en un concierto, la pérdida de mi virginidad con el falso Gustavo, el descubrimiento del amor en un anti–Gustavo, el nacimiento de mi hija, la muerte de mi familia.

Gustavo había formado parte de todos y cada uno de esos momentos.

Mi línea de tiempo estaba marcada como el resultado natural de mi fascinación.

Y aquello debía guardar algún propósito, que era éste.

He viajado por décadas y países para desencantarte, me dije. Y me abalancé hacia él, retirándole con prisa el respirador artificial y besándolo con todas mis fuerzas mientras las alarmas explotaban por dentro y fuera de aquella ánfora de cristal.

En segundos un montón de enfermeras y guardias corrieron hasta la habitación.

Mientras era arrastrada de allí, Gustavo abrió los ojos. Estoy segura de esto. El fogonazo que sentí en mi zona pélvica no fue imaginario. Gustavo los abrió; y el verde agua de esos ojos, ese océano misterioso que guardaba con celo en su interior moribundo, rebalsó la habitación iluminándola por completo. Como fotografiando el lugar donde ahora sucedía un alboroto.

Aún persiste en mí esa conmoción intensa. La reconozco bien desde que Gustavo era solamente un póster.

El abrió los ojos y yo grité con el cuerpo acorralado por un pulpo de múltiples brazos.

Si algo sé muy bien es que no es fácil hacer a un lado el dolor. Y, por eso, él ahora debe estar recuperando el tiempo perdido con su familia.

Aquí en el hotel todos los perritos ya se han dormido. Mañana a primera hora, apenas me levante, le escribiré una carta larga, bien larga. Seguramente Gustavo también querrá conocer el nombre de la fan que zanjó todos los peligros del mundo para despertarlo.

De la chica que jamás aceptó su inexistencia.

Frente a mí Betty Boop ahora hace otra bola de humo y pestañea.

Tendré que reportarla temprano, antes de irme.

Desde la próxima semana no vendré más por las noches.

IV

Lo que ella contó le sentó mal a ambos. Para tranquilizarla, la hizo fumar marihuana y la terminó hospedando en la habitación que estaba más allá de la cocina, a la que se llegaba a través de un patiecito con tragaluz. Esa diminuta habitación, que ni Ulises ni él utilizaban, en el pasado debió servir para albergar a empleadas domésticas. Latinoamérica, en su relación esclavista con los sirvientes, ha dejado barrios enteros con casas y departamentos con cuartitos en el fondo, conectados por un patio o incrustados en el rincón más alejado del hogar, donde vivían mujeres que únicamente podían salir un domingo de cada mes. Mujeres que eran casi parte de la familia porque eran bien queridas por los hijos de sus patrones, quienes pasaban ocupados en reuniones de trabajo y cocteles. Pero que al mismo tiempo recibían maltratos y estaban excluidas de algún gesto de afecto en público.

Ahora María la Escamada duerme en el cuartito trasero gracias a la generosidad de sus hospederos. Le han proporcionado las llaves de la puerta de entrada al edificio, del departamento y de su habitación para que se mueva a sus anchas. Sin embargo, ella no tiene mayores deseos de pasear por la ciudad. Poco o nada le interesa recorrer el DF. Ha empezado a respirar pegada a la Madre, como uno de sus tantos hijos, con la diferencia de que vive allí mismo. Por lo que no tarda en descubrir que Ulises, adoptando la figura de un padre severo, vive confrontándolo. La asociación es inmediata: le pega como una experiencia que ha vuelto a ocurrir.

—¿Dónde dejaste la merca, hueón? —pregunta la Madre indignado, furioso, alzando los brazos por toda la sala.

—Sabés que eso no podía seguir pasando. ¡Y te advertí que no iba a tolerarlo más, Madre! Antes, en Veracruz, vos andabas de mariguano por todo el departamento y no me molestaba demasiado. Pero, ahora, ¿de qué es que andas vos? ¿De traficante? ¿De vendedor? Yo soy abogado, jodido. Y este departamento es de ambos. No recuerdo haber firmado algún acuerdo contigo sobre la venta de drogas aquí. A no ser que vos querás que te meta un vergazo… ¡que te lo puedo dar!

—Dime que no la tiraste. Estás loco, hueón. Dime que no fuiste tan tonto como para tirarla. ¿La tiraste? Estás loco, Ulises. ¿No sabes que nos pueden matar, hueón roto?

María la Escamada se mete en la discusión intentando bajar los ánimos de ambos. Le pide a Ulises que se lo piense mejor y que devuelva lo que no le pertenece. Pero Ulises se encoleriza y le pide que no se meta. Que ella está recién llegada y desconoce el infierno

que lleva viviendo con la Madre. Le hace un breve recuento de todas las fiestas con sus excesos que debió soportar por parte de Calibán y de él. Y que encima justo ahora, cuando finalmente está terminando su proyecto de escritura, éste se mete a camello de drogas.

Por un instante, Ulises, agotado y tosiendo con los ojos abiertos, amenaza con denunciarlo con el FONCA. Entonces la Madre amenaza con denunciarlo con la Jefa y su progenie.

—A mí a lo mucho me expulsan de la beca, hueón. Y no seré el primer artista que pierde la cabeza aquí. Cuatro meses son mucho tiempo en cualquier país para no perderla. Pero a ti te van a matar si no me entregai la merca. Ni el FONCA te podrá salvar de eso. Cualquiera de esos hueónes te puede encajar un bate grande de béisbol por el culo. ¿Crees que ellos no tienen que pagarle a alguien más? ¿Si me oíste? No te metes con la mafia mexicana y te echas a dormir, hueón. Ahora voy a salir; pero cuando regrese quiero encontrar las bolsas en mi cajita feliz de madera, Ulises. Te estoy dando como cinco horas para que te sosiegues. A las diez llegará toda la gente para la fiesta. Y será mejor que las cosas estén en su sitio.

«Oh, sí, desde luego, Roberto, cómo no, con mucho gusto… Oh, claro, doña directora del FONCA, lo que usted pida, sí, por supuesto… Oh, pero en este momentito mismo envío el archivo, la carta, el informe, o lo que usted me pida… Oh, sí, señora, ahora mismo lo hago». Y así se pasaba arremedando todo lo que le oía decir a Ulises por el móvil a los funcionarios cuando lo llamaban. Era tan servicial y lisonjero que alguien debía ponerle un apodo.

Sentado en una mesa del Applebees, la Madre hace un recuento de los conflictos que ha tenido con Ulises desde la estadía en Veracruz. Aprecia la frialdad norteamericana de aquel establecimiento. No tener que mirar ni hablar con nadie se agradece cuando uno está con la cabeza en llamas. Para relajarse pasa a revisar su *Diario de narco* mientras se bebe una fría margarita en una copa impregnada de sal.

> DIARIO DE UN NARCO O DE CÓMO SOBREVIVIR COMO ARTISTA EN UN PAÍS LLENO DE CULEROS.
>
> «La leyes de la memoria son las mismas leyes que las de la ficción. Están sujetas a la arbitrariedad y a las falacias que ponen nuestra cabeza a trabajar creativamente para darle a todo ese bullicio su verosimilitud. ¿Cómo parchar la vida sino dándole un giro a las cosas hasta que terminen significando algo más? Es como lo que dijo Sartre pero afinándolo: Lo importante no es lo que nos ha ocurrido, sino lo que podemos inventar con lo que nos ha ocurrido. A Jocelyn, alias la Jefa, la

conocí después de seguir el rastro de unos corazoncitos rojos. Me había acuartelado en un restaurantito del Zócalo a emborracharme hasta tomar confianza con uno de los meseros. Sacarse un *dealer* de la manga es como ligarse a un chico para pololear. Tras idas y venidas, el hueón aflojó: un paquetito de cocaína por quince dólares, que traducidos a pesos mexicanos eran más de trescientos, es todo lo que podía conseguirme. Dudé. Pero la necesidad de articular mi plan de supervivencia era más importante. Pagué y me llevé una gran decepción cuando en su mano apareció una bolsita diminuta con poco polvo, apenas para dos esnifadas, cubierta de dibujos de corazoncitos rojos. Sin embargo, tras probarla entendí que su calidad era lo que estaba pagando. Convencí al mesero de mi necesidad de adquirir una gran cantidad. Ayudó, por supuesto, mi nacionalidad y el que me viera forrado en pesos. Fue así como llegué hasta donde la Jefa. Su historia es digna de un relato. Lástima que esa literatura a mí no me interese. Me refiero a la ficción realista. O social. O como sea que le llamen por estos días a la literatura que se asienta sobre hechos reales. Jocelyn fue obligada a casarse muy joven. Su padre hizo el convenio con su esposo; y antes de cumplir los dieciséis ya era madre de dos criaturas. Mi marido, pinche Madre, era un flaco golpeador como muchos otros aunque sí trabajaba con esmero su tierra. No sé en qué momento, o sí lo sé pero no quiero acordarme, empezó a cultivar mota allí mismo, en Culiacán. Forzado por la pura coincidencia de que nuestra tierra estaba alrededor de los cultivos de otros que les dio por organizarse como una nación. Y el flaco, aunque al principio no quiso, luego perseguido por las amenazas y el asesinato de uno de nuestros hijos, terminó aflojando. Yo era muy muy joven, veinte años menor que él, así que qué podía preguntar. Me dediqué a darle tres hijos más para reparar así al que nos habían arrebatado. Además, a muchos en la escuela nos habían explicado que la marihuana había llegado con los conquistadores. Que dizque un tal Pedro Cuadrado de Alcalá del Río la trajo y la plantó por pedido del mero cabrón de Hernán Cortés, porque hasta los obispos decían que los indígenas necesitaban de *Juanita* o *María* para ser felices. Entonces, tuvimos dinero, nos acomodamos, montamos bien la finca y una villa bonita, digna de Sinaloa. Pero cuando llegaron los colombianos con su cocaína las cosas fueron cambiando. Esa gente no era más mala que los mexicanos, porque somos igual de malos. Lo que pasa con esa gente es que no tiene conciencia ni palangana que se le llene lo suficiente. El flaco no quería

meterse en eso y siguió cultivando mota y traficando para los gringos. Como tenía lana y armas pensó que todo se trataría de mantener a raya a esos culeros. Cómo se equivocó el pendejo que tuve yo misma que entregarlo para salvar la vida de mis hijos. Así fue como empecé a viajar, incluso a los Estados Unidos. Y a volverme tan pretenciosa y hábil ante cualquier crisis de negocios. Pero ése es solo el comienzo de una vida tan llena de torceduras que un pinche joto como tú jamás podría desentrañar.»

* * *

«Manolo 77 y Doña Cuca: Ambos artistas visuales. El primero, español. El segundo, argentino. Se quedaron viviendo acá en DF cuando inició la beca. Se supone que tenían proyectos separados. No se supone; tenían proyectos diferentes. Se conocieron en esos viajes que realizaban al Centro Multimedia del CENART a editar sus trabajos. Fueron por unos tragos y se enamoraron. Empezaron a coger en el departamento del uno y del otro. Uno de sus roommates, quizás el de Manolo, se quejó. Encima, Doña Cuca era muy drogadicto. Compraba cocaína para rellenar los tabacos y hacerse lo que se conoce como «un nevadito». «Madre, sos un boludo si no te fumás uno de estos. No es farlopa pero se acerca, che». Así me decía. Y al parecer se quedaba colgado por días en la casa de su amante. Cero de proyecto. Manolo, su novio, lo seguía. Aunque tampoco es que se metía tanto como éste. Arman el drama al FONCA y piden ser reubicados: los dos elaboran una carta como pareja homosexual con derechos. Entonces exigen una habitación en La Casa del Escritor de la Sociedad General de Escritores de México. Se les otorga el capricho. Error número 1. Lo siguiente: demandan cambiar de proyecto; ya no quieren hacer aquello por lo que se les otorgó la beca. Ahora quieren ambos, en amor, hacer un nuevo proyecto. Exigen que se les entregue de golpe todos los fondos de ambas becas para adquirir un auto Volkswagen. Explican que el auto será el objeto artístico. Han pensado en adecuarlo por dentro con un tapizado de arcoíris, así como pintarle mariposas y flores sobre el capó blanco hueso. Error número 2. Una vez que consiguen el dinero, ambos novios se borran de la Ciudad de México y se disparan a viajar por distintas latitudes del país azteca. Nadie más los ha vuelto a ver hasta la fecha. No responden emails ni llamadas telefónicas. Me adeudan dos gramos.»

* * *

«Álex Curbelo: Cineasta cubano. Ganó la beca y pidió por carta ser recibido con su mujer: su invalidez (se mueve en silla de ruedas) era una justificación oportuna. Se le otorgó un departamento con todas las comodidades. Rampas y ascensores, por supuesto. Una semana después, su esposa se acercó al FONCA a exigir un sueldo para ella. De algún modo, la mujer estaba dejando de trabajar en Cuba por acompañar al maestro. FONCA se lo pensó y terminó accediendo. Era eso o lo invertido por la beca se iba *pá el carajo*. Error número 1. Dos semanas después la esposa del cineasta se acercó al FONCA a exigir un auto con chofer. El cineasta no podía moverse con libertad tomando taxis o el metro. Una vez más su invalidez justificaba el gasto. Error número 2. Entonces, hubo un auto con chofer las veinticuatro horas al pie del departamento del genio. Hace una semana fue devuelto con su mujer para la isla. El pobre Roberto García debió correr a una comisaria de la policía a sacarlos a él y a su esposa de la cárcel. Fueron atrapados in fraganti en un supermercado: se movían por los pasillos escondiendo alimentos enlatados debajo de la frazada que el maestro acomodaba sobre sus piernas.»

…

Pensando en esos privilegios, o repentinos caprichos, de pronto cobra cuerpo el fantasma de Leonardo Rojas. ¿Quién es ese becario con el que absolutamente nadie ha conversado aún? ¿Quién es ese narrador, casi cuarentón, que había llegado tarde a la beca y seguía viviendo en un hotel de cuatro estrellas en Veracruz? Por Internet apenas había una noticia sobre su trabajo como conserje en la estación del metro de Aluche en Madrid. Y, a pesar de su edad, todo lo que había publicado hasta la fecha eran un libro de cuentos y una novela en onda beatnik. Entre las cosas que había respondido, ponía *Aullido* y *El almuerzo desnudo* como sus influencias. Y de sus textos decían los entendidos que congeniaba la literatura con la política. Pajas, piensa la Madre. Para hacer política con la escritura hay que hacer ciencia ficción. Mira su foto y lo único que ve es a un sujeto desgreñado y barbudo con una estopa en la mano.

Pide otra margarita y unos nachos con queso, mientras continúa pesquisando por la web sobre aquel hombre.

Nada. Apenas aparecen la entrevista y los libros del sello español que los publicó, así como un par de librerías virtuales donde adquirir sus ejemplares. Se le ocurre escudriñar su foto en otros espacios. Hacer una búsqueda por similitud de imagen.

Nada. No hay absolutamente nada más sobre Rojas. Ni siquiera una foto de joven participando en algún evento literario.

Afuera, frente al parqueadero del centro comercial donde está el Applebees, la Madre mira cómo las luces de la avenida con monotonía y desorden cobijan a jaurías de automóviles que se disparan hacia distintas direcciones. El cielo y la tierra se han puesto negros y opacos como coraza de cucaracha. El bullicio de lo que allí sucede es un relámpago irreal que ve aunque no escucha, protegido por los grandes vitrales del establecimiento. Piensa, entonces, en la posibilidad de quedarse en aquel sitio a vivir para siempre. México es maravilloso, como un océano demiúrgico donde la inequidad y la lucha por el poder generan la fábula. México es como esas novelas de vaqueritos que su papá leía y recopilaba en una biblioteca ancha y oscura, y que se veían tan feas al lado de los libros de literatura que leía su mamá. México es una novelita con vaqueros insensibles y arrogantes que nunca se comportan como es debido y que todo lo resuelven con la amenaza de un brillo en los ojos.

México es una novelita de bolsillo a la que puede aspirar cualquiera.

Y cuando entra a su habitación más tarde, esa misma noche, la Madre halla las drogas en su sitio junto a una nota dramática de Ulises escrita sobre un trozo de papel que dice lo siguiente:

> «Calibán está en la ciudad. Comportáte y llevemos la guerra en paz.
>
> TU AMIGO, ULISES.»

V

K

Por La Madre

1

La agencia de viajes les dijo a los chicos que había una condición para viajar. Marta y Cinthia ya la sabían de antemano. Pero cuando se la contaron a sus novios, ellos estaban distraídos. Ezequiel y Julián jugaban a *Cadena de mando 3*, que era la última versión del juego más sangriento del mercado, donde aparecían los universos de algunas películas de acción actuales mezcladas con clásicos como *Terminator* y *Alien*. En cada nuevo mundo el jugador se convertía en uno de los personajes principales de la cinta y debía enfrentar al enemigo de la historia. Sin embargo, una vez cumplida la misión el personaje elegido quedaba liberado y podía acompañar a otros hacia los siguientes mundos y niveles. De este modo, aquella tarde en que las chicas hablaban sobre el viaje de fin de semana al futuro que habían programado un mes antes, Ezequiel había logrado que Tyler Durden del *Club de la pelea* acompañado por John McClane de *Jungla de cristal*, aterrizaran en *El planeta de los simios* dispuestos a patear traseros peludos.

—No podemos viajar a nuestros lugares de origen —dijo Marta mientras se miraba las diez uñas recién pintadas de color turquesa sobre la cama de la habitación de Julián.

—¿Y eso? —preguntó Ezequiel totalmente distraído, absorto por el videojuego que ocurría en la enorme pantalla plasma sobre la pared. Tyler Durden había entrado al campamento enemigo.

—Marta, no seas pesada. Te lo he dicho mil veces. A nadie le gustan tus comentarios a medias —habló así Julián, prácticamente murmurando, mostrándose interesado por aquel viaje que era un regalo de costo exorbitante hecho por su novia.

—No soy ninguna pesada. No es mi culpa que te pases de tonto, Julián. En todo caso, lo que dice la agencia es que podemos viajar a cualquier parte del mundo, menos a nuestros lugares de origen.

—¿Y por qué la restricción? —continuó Julián preguntando.

—Y yo qué sé. Quizás no quieren que interfieras con el pasado —dijo Marta con tono nasal ingresando en el baño.

—Mi prima hizo este paseo el año pasado. Fue una de las veinte personas elegidas para el piloto. Aunque le hicieron firmar un acuerdo

de confidencialidad, sí nos contó que la pasó increíble. Me dijo que no puedes encontrarte contigo mismo; por eso la restricción. Además el viaje se lo realiza con un guía puesto por la compañía—. En ese momento Cinthia sacó los boletos del bolso de su amiga: eran cuatro triángulos transparentes con unas inscripciones curiosas en el borde inferior. Arqueó las cejas acomodándose los lentes.

Apenas podía leer el nombre de la compañía que organizaba esos fines de semana en el futuro: LAROGUE. Sufría de hipermetropía.

—O sea que no podemos viajar a nuestra ciudad. Bueno, eso le quita un poquito el misterio de poder mirar el futuro. Si te lo piensas bien, ir hacia otra ciudad en otro tiempo quizás solo se parezca a ir de turistas a París o Tokio en este momento —dijo Ezequiel agitando el control del juego.

—Tampoco, Eze, porque el futuro es el futuro. Pagué con mi tarjeta de crédito por los boletos por un viaje a veinte años en el futuro. Y lo hice porque, la verdad, los otros dos tiempos que ofrecen son demasiado —mencionó Marta mientras salía del baño alisándose el vestido corto de tirantes delgados con ambas manos.

—¿Cuáles? —indagó Julián.

—El de cuarenta y ochenta años. Nos asustó a ambas. Yo no quiero ver qué pasó con el mundo en ochenta años. —Y yo no quiero ni pensar en lo viejas que estaremos dentro de cuarenta —dijo Cinthia abrumada.

—Bueno, a mí sí me habría gustado mirar robots del 2123 —afirmó Ezequiel sin levantar la mirada.

—¡O la última versión de *Cadena de mando*! ¿Te imaginas, Eze? —habló exaltado por un segundo Julián, aplastando los botones de su control mientras John McClane ingresaba a la selva en un paracaídas, sosteniendo dos metralletas A–47 con las que disparaba endiablado contra los bultos oscuros de los simios, que iban cayendo de los caballos y agarrándose momentáneamente de algunos árboles.

Ahí se rompió la paz porque Marta, enfadada, terminó por colocarse delante de la pantalla plasma. Giró su reloj de pulsera con rapidez hasta dejar la luna apuntando hacia el piso. Chasqueó los dedos de su mano izquierda paseando su mirada sobre ambos chicos.

El ruido del videojuego le aturdía.

—¡A ver, chicos, basta ya de este jueguito! ¡Pausen esta tontería! ¡Que sí o sí nos tenemos que poner de acuerdo hacia dónde viajamos el fin de semana!

El recibidor lucía como el de cualquier compañía de viajes con la diferencia de que en aquel lugar había monitores dispuestos en cabinas transparentes desperdigadas en un ancho corredor, donde se

exhibía hacia el fondo de todo un retrato de Castro Cohen, el hombre que había hecho posible los viajes en el tiempo.

Ezequiel miró directamente al retrato: un gran castor con barba castaña y cabello cortado al rape entrecerraba los ojos, dueño de una alegría increíble. Parecía un ex luchador de la WW. Había sido un tipo robusto Castro Cohen. Es o será, pensó Ezequiel. Porque aquel científico había dejado de estar en el presente; todos sabían que se movía desde hacía años en los tiempos, saltando como le daba la gana.

A su derecha, mientras los cuatro nuevos viajeros avanzaban, miró mujeres, niños y hombres mirando a su vez danzantes revelaciones de otros futuros, en definitiva: paisajes de ciudades y caminos llenos de posibilidades enmarcadas por la revelación rápida de un tiempo ajeno. Allí escogían el lugar y el año adonde ser enviados. Luego de eso eran conducidos por otro corredor a un ascensor que los llevaba hacia el subsuelo, donde el viaje hacia el futuro empezaba.

Era un servicio novedoso que apenas había salido al mercado.

Cuando Cinthia tomó su mano, él estaba observando el exterior de la cabina por la que habían ingresado Julián con Marta.

—Esta es la nuestra —dijo la chica recuperando algún número en la pantalla de su móvil—. Síguelos.

—Vamos, pero te juro que no entiendo el chiste de hacer esto. Mi padre me ha dicho que hay cosas que es mejor no saber ni conocer. Lo que pones en tu cabeza te puede acosar. Llenarte de dudas. A mí me gusta estar en el presente. Aunque siempre esté evaporándose. Y a pesar de que el presente se parece mucho al pasado —dijo Ezequiel ingresando a la cabina transparente.

En el monitor flotaban con teatralidad decenas de ciudades en recuadros. Antes de acceder y ampliar la información de cada recuadro, el sistema exigía ubicar las huellas dactilares para verificar a los usuarios. Los cuatro chicos asentaron sus respectivos pulgares.

Sin pensárselo mucho, fue Julián quien eligió Praga como destino turístico.

Y rápidamente emergieron:

Calles que explotaban en colores ocres. Plazas que ondeaban banderas de diseños nunca antes vistos. Una cinta de bicicletas sin pedales recorriendo tramos llenos de luz, bajo un cálido sol otoñal. Cafeterías y bares repletos de personas atractivas que reían y gruñían sin objeciones. Autos diminutos, para dos, que se movían en carriles como empujados por un sistema de ondas electromagnéticas. Y otros, circulando por el cielo. Carteleras y grandes vallas digitales donde aparecían nombres de cantantes, artistas, películas y productos desconocidos. Niños vestidos de algún material sintético paseando perros mecánicos y gatitos robots. Y un desfile borroso de disfraces

donde Ezequiel no pudo evitar quedarse absorto, bajo una fuerte lluvia, con la imagen de la espalda de un sujeto, en sobretodo, que llevaba un *cooler* atado al esqueleto de su bicicleta. Cuando giró en la esquina, apenas pudo distinguir la cola de un pez que sobresalía cómicamente del *cooler* de color amarillo. Quizás lo que llamó su atención fue la cola del pez. O la bicicleta oxidada.

Marta pulsó en la pantalla la imagen del Hotel Atlántida, que al abrirse mostró un frente majestuoso decorado por dos fuentes de agua que, a todo tiempo, hacían bajar y subir sus chorros trazando el contorno de unos animales prehistóricos de los que ninguno de los chicos conocía el nombre.

Al salir del ascensor los cuatro viajeros fueron guiados por una mujer achispada de nombre Sídney hasta una primera habitación amarilla. Sídney traía puesto un bonito traje de azafata con el logotipo de la empresa: un trueno encerrado dentro de una circunferencia que asemejaba a la tierra realizando tres giros. Una especie de rosca hipnótica trazada tres veces. O un ojo con un rayo encendido dentro.

—Dejen aquí su ropa. Y procedan a cambiarse con la que encontrarán en los casilleros. Allí mismo hallarán cuatro maletas con todo lo que necesitan para su viaje. Cada una lleva el nombre de su destinario.

Ezequiel no demoró en vestirse y revisar su equipaje. Ropa para dos días; una tablet genérica con información turística que indudablemente funcionaría en veinte años; un botiquín con medicinas usuales como pastillas para la jaqueca o las náuseas, nada fuera de lo común. Exceptuando por un brazalete electrónico de la empresa que le fue colocado en la muñeca izquierda. Y que no podía endosarse. Respondía únicamente a las acciones del usuario.

—Cualquier emergencia, cualquier pago, cualquier comunicación deben realizarla a través del brazalete — dijo así la mujer mostrándoles cómo se encendía desde sus costados, generando las opciones—. Sus tarjetas de crédito están conectadas a la red de nuestra empresa. Y hallarán también un número de emergencia al que pueden contactar, de ser necesario.

Ezequiel puso su mano derecha sobre el hombro de Cinthia y sonrió. No quería que se percibiera su temor por realizar un viaje con el que nunca había estado de acuerdo, pero del que no había podido excluirse por la necesidad de complacerla. Cinthia y Marta eran mejores amigas desde la escuela. Y todos los caprichos de la segunda debían llevarse a pies juntillas por la primera.

—¿Cómo está el tiempo en Praga? —preguntó Julián, terminando de ubicarse una chaqueta de cuello alto.

—Nublado y lluvioso. Como en casi toda Europa en esta época —

respondió Sídney—. Síganme, por favor, que apenas estamos a tiempo para abordar.

De repente el ojo izquierdo de Sídney titiló de forma eléctrica por unos segundos. Luego recuperó su motricidad, irguió su cabeza y siguió guiando a los chicos hacia otro pasillo.

—He oído de ellos —dijo Julián, en voz baja.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cinthia colgándose el equipaje al hombro.

—De los clonbots. Sídney debe ser uno de ellos.

—¿Una clonbot? ¿Lo crees? —preguntó Marta.

—No lo creo. No pueden estar capacitados para controlar estos paquetes turísticos —dijo Ezequiel intentando no subir el tono de su voz.

Ocho años atrás los clonbots habían aparecido en el mercado. Una sutil mezcla de tecnología y humano creada con el propósito de realizar todo tipo de labores. No era otra cosa que un clon fabricado bajo la solicitud de algún humano específico, al que luego se le adaptaban partes robóticas que mejoraban sus falencias, precisamente humanas. Eran engendros de un capitalismo voraz que necesitaba producir esclavos en masa. Y aunque los chicos habían visto videos sobre ellos, jamás habían estado cerca de uno.

La semejanza con los humanos era óptima.

—¿Tú vienes con nosotros, Sídney? —preguntó Cinthia.

El ascensor se cerró en un instante y se internó hacia la profundidad de la tierra como chupado por un vacío inesperado.

Los chicos, nerviosos, rieron.

—Sí. Yo iré con ustedes. Seré su guía en Praga. No hay de qué preocuparse. Será un estupendo fin de semana.

Esas palabras, algo robóticas, hicieron estremecer a Ezequiel. Abrió y cerró los ojos sosteniendo la mano de su novia.

Cuando el ascensor se detuvo y se abrió por completo, dejó frente a los chicos la imagen de una silenciosa cabina alargada que, en forma de vagón, mostraba en todos sus lados unas ventanas transparentes con acabados metálicos de color ámbar.

—Entren —dijo con firmeza la clonbot. Su ojo izquierdo por dos segundos emitió una descarga casi imperceptible.

Los cuatro se internaron en la cabina y se colocaron los cinturones de seguridad.

Frente a ellos todo era oscuridad, como si hubieran llegado al núcleo cavernario de la tierra.

Entonces, Sídney ingresó y pulsó en la computadora la información necesaria. Y cuatro vigas blancas se irguieron y se curvaron por fuera de los costados del vagón, a modo de antenas gigantes, comenzando a

irradiar energía y vibración con mayor fuerza, mientras el tiempo real frente a ellos se convertía en puros chorros líquidos de luz aceitada.

Cuando el movimiento de las vigas se detuvo, y éstas volvieron a su sitio, los chicos apenas podían escuchar algo: un zumbido había taladrado sus cabezas por unos cuantos minutos. También sintieron como si sus cuerpos hubieran estado dilatados, expandiéndose en algún tipo de frecuencia, hasta que sus moléculas se reintegraron o se volvieron a fijar al molde de cada uno de sus cuerpos.

Habían viajado veinte años en el futuro sin moverse un metro.

Sídney los guió inmediatamente hacia el vehículo aéreo que los llevaría al Hotel Atlántida. Alzaba su quijada o los brazos con elegancia solicitándoles una acción específica con cierto automatismo.

No era una inteligencia artificial ni era enteramente una persona.

Cuando entraron al hotel, Ezequiel se quedó mirando las dos fuentes de agua. Le fascinó las formas de animales prehistóricos creadas por los chorros en gradual movimiento. El perímetro era frívolo, con acabados de piedra pulida. Y alrededor del lugar no se veía mayor movimiento. Pensó que había sido una mala opción escoger aquel hotel dejándose guiar únicamente por el juego del agua. Que estaban en alguna parte alejada de Praga donde verían muy poco de la ciudad. Y ya de la empresa al hotel habían visto poco, apenas unas torres de apartamentos y unos parques ovales, porque el cielo estuvo cubierto todo el tiempo por una espesa neblina.

Ocuparon dos suites interconectadas en el piso once. Julián y Marta tomaron la de la izquierda y la otra pareja, la de la derecha. Sídney los dejó al pie de sus alcobas explicándoles que, de necesitarla, ella estaría recargándose en un cuarto especial ubicado en el primer piso.

—Si me necesitan, todo lo que tienen que hacer es digitar en sus brazaletes la opción de llamarme —dijo abriendo mucho los ojos, casi como si un botón los hubiera pausado. —Y agregó—: No olviden que no pueden perder sus brazaletes. Ni abandonar el hotel por su cuenta. Debo acompañarlos como precisa la política de la compañía. Estos viajes tienen sus riesgos. Debieron leerlo en el archivo publicitario.

Julián se la quedó mirando y no pudo evitar sonreír.

—¿Riesgos? Tú no te preocupes y anda a recargar. Que bares, discotecas y casinos es todo lo que pensamos conocer durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Sídney siguió su camino y se perdió en el pasillo.

Los chicos se pasearon por ambas habitaciones y no tardaron en revolverlas y abrir botellas de cervezas y recipientes de frituras.

Mientras Ezequiel se asomó al balcón, Cinthia y Marta examinaron

algunas opciones de los posibles lugares por visitar en una de las tablets. Habían llegado a su destino pero ninguno sabía por dónde empezar.

Julián destapó otra cerveza y encendió el televisor. No le importaba mirar lo que apareciera. Le aburría cualquier cosa que no fueran bares, videojuegos o casinos. Sabía que iba a oponerse donde alguna de las chicas saliera con la idea de visitar un museo. Praga le valía un huevo. Y lo poco que conocía de esa ciudad es que quedaba en Europa. Y que allí habían asesinado en masa a un montón de judíos en alguna de las guerras pasadas.

Ezequiel sintió un ostracismo súbito cuando le pareció, por unos segundos, más allá de los límites del hotel, sobre la esquina donde había un parqueadero cerrado, ver a un sujeto con un sobretodo montado sobre una bicicleta oxidada, girando hasta perderse.

—¿Y esto? ¿A que no se animan a que nos hagamos esto? —preguntó entusiasmada Marta.

—¿Un tatuaje? ¡Qué aburrido!

—No, tonto. Cuál tatuaje. ¿A que no se atreven a que nos vayamos a modificar el ADN?

La invitación que había largado Marta tenía que ver con los avances en materia de cambio y diseño genético que recién se analizaban en su tiempo; pero que al parecer veinte años más tarde habían terminado regulándose o normalizándose hasta llegar al nivel de forjar un buen número de comunidades de humanos mejorados y centros urbanos de ingeniería genética. Incluso los avances habían conseguido que dichas modificaciones se cumplieran a la brevedad. Ahora existían, además de instituciones médicas, corporaciones de belleza y estética brindando este servicio.

—¿Estás loca, Marta? ¿Y tú qué te cambiarías?

—Pues, para empezar, quisiera ser más alta. Y tú sabes que mis tetas no me ponen feliz.

—¡Tonterías!

—No, Julián, piénsalo. Por ejemplo ¿no te gustaría cambiar de color de ojos o cabello? ¿O llenarte de bíceps?

—¿Y eso puede hacerse?

—Pero si aquí mismo lo están vendiendo. Además, no les voy a mentir: si pagué por este paseo es porque me interesaba hacerme unos cuantos retoques.

—Me lo imaginaba. Tu gato encerrado de siempre.

—¿Y sabes si duele? —preguntó Cinthia intrigada.

—¿Y eso a ti qué te importa? No creo que debas cambiarte nada —afirmó Ezequiel, quien ahora se había arrellanado en una de las sillas

del interior.

—No duele. Para nada. Si te pinchan una o dos veces y ya está.

—Bueno, Ezequiel, yo sí quisiera, por ejemplo, corregir mi problema de visión. No tener que usar estos lentes.

—Ya. Entonces, ahora este viaje se ha realizado para salvar la salud —dijo Ezequiel delineando una mueca antes de pasarse un trago de cerveza.

—La salud y la estética, Eze. Que la belleza duele y cuesta —dijo Marta poniéndose de pie y tomando su chaqueta—. Pero tú no te amargues. Que también te vendría bien un par de brazos más largos.

Aunque Cinthia lo sugirió, fue Julián quien la cortó de entrada. No veía motivo de avisar a Sídney. Además, por qué ponerse una niñera en un paseo. A los veintidós años lo que uno menos necesita es control, concluyó el chico cuando tomaron el ascensor hacia el lobby.

Abordaron un taxi aéreo que les permitió, gracias a que apenas se elevaba entre trescientos y seiscientos metros del nivel del piso, mirar mejor la ciudad. Y como si estuvieran dentro de una repetición cinematográfica, vieron calles que explotaban en colores ocres. Plazas que ondeaban banderas de diseños extravagantes. Una cinta de bicicletas sin pedales recorriendo tramos llenos de luz. Cafeterías y bares repletos de personas muy atractivas que reían y gruñían sin objeciones. Autos diminutos, para dos, que se movían en carriles, a ras del suelo, empujados por un sistema invisible de ondas electromagnéticas. Y otros circulando junto a ellos por el aire. Carteleras y grandes vallas digitales donde aparecían nombres de cantantes, artistas, películas y productos desconocidos. Niños vestidos de algún material sintético haciendo pasear perritos mecánicos y gatos robots. Pero eran pocos niños. Ezequiel reparó en que no había más de diez niños jugando en el perímetro de un parque.

Cuando llegaron al centro de Praga, miró con atención sus torres barrocas rodeadas de árboles espesos, una iglesia gótica y un raro reloj astronómico medieval con cuatro figuras que representaban: La Vanidad, La Avaricia, La Muerte y La Lujuria. El movimiento que hacían los círculos dorados sobre la torre le brindaron la sensación de haber empezado a pasear.

En algún punto imaginó que el taxi los llevaría hacia un lugar apartado de Praga; que aquellas modificaciones de ADN aún guardaban algo de tabú y clandestinidad como en su época. Pero se equivocó.

En una de esas calles que, a pesar de la ineludible modernidad, había conservado la noble arquitectura de siglos pasados, se desperdigaba

una considerable cantidad de locales que ofrecían cambios de genes como quien ofrece piercings y tatuajes.

—Déjenos en aquella —gritó Marta entusiasmada.

—¿Así se llama la que viste? ¿*Cocky and Foxy*? —preguntó Julián poniendo ambas manos sobre la ventana de su lado, dejando sus huellas impregnadas en el vidrio.

—Sí, ésa misma. Parece que es una cadena importante o algo así.

—No mires al suelo.

—No, mejor cierra los ojos. O si quieres mírame a mí.

—Dijiste que no dolería.

—Allá ustedes con esta bobería. ¿Por qué mejor no nos vamos a un bar o a un centro comercial?

El sitio era una especie de spa europeo con luces de colores brillantes. Y todos los que atendían parecían actrices y modelos profesionales. Cuando Sídney entró sin ser vista, deambuló con lentitud entre cuerpos musculosos y mujeres atléticas. Y halló a los chicos con facilidad frente a los escaparates del fondo del establecimiento. Habían terminado de inyectarse nuevos códigos que pronto empezarían a revelarse sobre sus cuerpos.

Ezequiel estaba sorprendido por la cantidad de cosas que podía comprarse. Desde proteínas congeladas y mapas específicos de cromosomas, hasta plantas y pequeños animales alterados genéticamente.

Había tortugas, perros, gatos, conejos y hámsteres.

—Les pedí que me avisaran si dejaban el hotel —dijo la clonbot sin vacilar.

—La verdad fue una cuestión de un segundo. Julián quería cambiarse el color del cabello; y Cinthia quería corregirse un problema de visión —dijo Ezequiel torciendo el gesto y apresurando a sus amigos.

—No sé si leyeron en el contrato de la compañía que sus brazaletes tienen GPS. Y que si se alejan más de un kilómetro de donde me encuentro se activa una alarma. Por eso no… —en ese preciso momento sus dos ojos titilaron y la pestaña del ojo derecho se abrió y cerró por tres veces consecutivas hasta terminar abriéndose del todo, y abstrayendo a Sídney por unos minutos.

Cuando Sídney recuperó el habla, los chicos seguían revisando escaparates por donde se movían conejos y pequeños perros fluorescentes. Entonces ella empezó a contarles sobre un bar, de nombre Serendipity, famoso en Praga por brindar el servicio de Sueños líquidos.

—Muchas personas van allí para relajarse y deslizarse dentro de

sus sueños o recuerdos. Hay sesiones de treinta minutos hasta una hora. Y cuestan entre mil y mil doscientos euros —terminó así de venderles el lugar mientras los guiaba por las calles.

Ezequiel hizo un esfuerzo por no contrariarse; le habría gustado ir a una tienda o a cualquier restaurante de comida rápida. Incluso, por qué no, desplazarse hacia unas ruinas secretas. Entonces, en silencio, siguió caminando junto a su novia, quien había empezado a jugar con sus lentes sintiendo los resultados de su modificación genética.

El bar Serendipity ocupaba la primera y la segunda planta de un edificio de amplios vitrales tornasolados. Los chicos se movieron hacia la barra, pasando por una pista donde apenas había tres parejas bailando al ritmo de una música electrónica. Por los pasillos, llenos de privados y propaganda publicitaria, avanzaron hasta encontrar una especie de observatorio: una terraza redonda y azulada donde algunas personas reposaban sobre sillones ordenados en filas que estaban conectados a pantallas que proyectaban barras y decenas de códigos por segundo. Tenían sobre la zona de los ojos dos tiras oscuras de material sintético.

Sídney prosiguió:

—Yo esperaré en una de las mesas por el bar. Ustedes quédense aquí si gustan.

—De acuerdo, Sídney. Vamos que quiero ver mi cara el día en que mis padres me compraron mi primer auto: un Porsche Carrera GT —dijo Marta entrando con Julián de la mano, seguida por Cinthia quien se internó en el observatorio sin mirar atrás.

Ezequiel optó por regresar y sentarse junto a la barra a beber una cerveza. Paseó su mirada por otras mesas y vio hombres y mujeres tomando raros cocteles, con los sobacos al aire libre, sin cicatrices. Eran de una blancura exagerada. Le pareció algo infrecuente la ausencia de asiáticos, latinos y negros, pero no le dio mayor importancia.

Luego se percató de Sídney, quien estaba sentada frígidamente con los brazos cruzados sobre sus piernas. Paralizada como un maniquí mirando hacia la puerta de ingreso. Hasta que levantó la barbilla, se acomodó y de allí alargó la mano cuando un tipo de gafas polarizadas, con barba castaña y cabello cortado al rape, se acercó a su mesa.

El hombre se sentó mirando hacia todas partes. Lucía nervioso y parecía darle indicaciones sobre algún tema. La clonbot apenas asentía mientras digitaba alguna orden o código en su brazalete.

De pronto, tres hombres rubios con chaquetas oscuras y máscaras de Adolf Hitler se abrieron paso entre la gente y, gritando una frase larga en alemán, mostraron sus armas automáticas disparando a

quemarropa contra Sídney y su acompañante.

En segundos el humo y los cristales por el aire forjaron una especie de enjambre sonoro.

La clonebot apenas logró reaccionar intentando proteger con su cuerpo al sujeto, quien cayó fulminado con proyectiles en el pecho y la cabeza. No demoró en cubrirse su bonito traje de azafata de un líquido violáceo, mientras los asesinos huían de aquel sitio.

Cuando Ezequiel se aproximó a Sídney para ayudarla, se acuclilló junto a ella y posó sus palmas sudadas en los espacios por donde manaba la sustancia violeta. La clonbot apenas repetía un código mientras ambos ojos parecían moverse de atrás hacia adelante, girando dentro de sus párpados entreabiertos. Hasta que se apagó. Y el chico pasó a mirar al pobre diablo que había caído abatido a su lado.

Un frío se le coló hasta la mandíbula como si una anguila eléctrica le hubiera mordido el cuello. Se levantó lentamente para tomar distancia de aquel muerto que no era otro que Castro Cohen, el padre de los viajes en el tiempo.

Aunque se trataba de un Castro Cohen rejuvenecido y encharcado en sangre.

2

Ese mismo día, seis horas antes, el detective de la policía Petr Jellinek había recibido en su despacho un mensaje sobre un posible atentado. Acostumbrado como estaba a los falsos avisos, no dijo nada a sus superiores y eliminó el mensaje de su móvil después de masticarse la uña del pulgar izquierdo con sus dientes perfectos.

Ahora se mueve en su vehículo por las calles de Praga hacia el bar donde acaba de ocurrir el asesinato de un hombre sin identificación.

Cuando llega al sitio se encuentra con un cerco policial y con paramédicos yendo de un lado al otro sin nada que poder hacer. Han confirmado el deceso del hombre; su cuerpo será trasladado a la morgue.

Al otro lado de la calle, con cierto sigilo, mira cómo funcionarios de la compañía de viajes en el tiempo, LAROGUE, sacan una clonbot apagada y la embarcan en uno de sus camiones.

No hay mucho que hacer. Se acerca y comienza a interrogar a los testigos con el léxico particular de los detectives: zanjando nimiedades y apretando cuando le parece que algo ocultan.

Hasta que da con los cuatro chicos extranjeros que habían llegado al sitio con la clonbot; y decide llevárselos a la comisaría para sacarles cualquier información que le sea útil.

No se percata todavía de que han llegado del pasado.

Simplemente los introduce en su vehículo comunicándose con ellos

en un inglés fluido.

En su oficina, Marta pierde la paciencia con rapidez, rasgo propio de su alcurnia. Es la segunda vez que le explica al detective que ellos están allí por un fin de semana y que nada saben de aquel atentado horroroso que, por suerte, ni presenciaron. Al menos, ninguno de los tres. En aquel momento se hallaban flotando en universos líquidos saboreando sus memorias.

Suena el móvil de Petr Jellinek y oye con atención lo que le dicen del otro lado. Ha sido reconocido el hombre asesinado. Se trata de Castro Cohen, el famoso científico.

Cuando repite el nombre, como queriendo cerciorarse de que es verdad, Ezequiel reacciona arqueando las cejas, y le dice:

—Es Castro Cohen, ¿cierto? Es él, lo sabía. Aunque lucía mucho más joven que el que conozco.

—Necesito que me expliques qué fue lo que viste. Absolutamente todo. Desde que llegaron al bar hasta que la clonbot se encontró con Castro Cohen —dice el detective con un gesto de preocupación. Sabe que en pocos minutos aquella noticia reventará por todas partes y su departamento tendrá que dar explicaciones a la prensa y a las embajadas de México e Israel sobre lo que sucedió. El célebre científico poseía doble nacionalidad.

¿Pero qué hacía Castro Cohen en Praga? ¿Y por qué en esta época y en ese bar?, se pregunta el detective mientras oye la narración del chico. Agitado, enlaza los dedos de sus manos sobre el escritorio, moviendo sus muñecas de izquierda a derecha, comprimiéndolas. Sospecha que hay un pedazo de información omitida en esos fragmentos que le entrega. Algo que el chico esconde porque quiere o porque no se da cuenta.

—¡Señor Jellinek, nosotros no tenemos nada que hacer aquí! —ahora es Cinthia quien toma la decisión de hablar—. Nosotros vivimos a millones de kilómetros de aquí. Incluso nos encontramos a veinte años de distancia. Nada conocemos de este sitio ni de esta realidad que pueda servirle.

—Esto era solo un fin de semana en el futuro, organizado por…

—Sí, no me lo diga más: organizado por LAROGUE —interrumpe Petr Jellinek—. Esas mierdas son muy populares. No sé a quién se le puede ocurrir gastarse un pastón de dinero para mirar un tiempo que quizás ni ocurra. Como si no hubiesen recibido clases de física en el colegio.

—Eso no es asunto suyo —increpa Martha. Y continúa—: Nosotros venimos de paseo y seguramente alguien de la compañía debe estar aguardando por nosotros en el hotel. Esto debía ser solamente un

paseo en el futuro y ahora parece una pesadilla. Me he quejado ya con la compañía —dice y revisa su brazalete electrónico.

—Como cualquier historia de viajes en el tiempo. ¡Se confirma el cliché y la cagada! —afirma el detective, esta vez riéndose y dejando entrever sus dientes perfectos bajo un fino bigote rojo.

—Le he dicho lo que vi. Ellos apenas habían cruzado palabra cuando aparecieron los enmascarados de Hitler y dispararon con todo. Cuando me acerqué a Sídney, apenas se iluminó su córnea derecha, y terminó por apagarse. Al otro hombre no me acerqué inmediatamente. Luego me di cuenta de quién se trataba. Quizás no lo sepa, pero Castro Cohen es muy famoso en nuestro tiempo.

—Es muy famoso ahora y pasado mañana, chico. Si es el puto tipo que inventó estos viajecitos de lujo para niños ricos como ustedes. Pero nadie sabía dónde estaba hasta esta tarde. En que curiosamente aparece en Praga, pero para ser asesinado. Y mucho más joven.

—¿Cuánto más joven?

—Me han dicho que la edad del occiso oscila entre los veinte y treinta años.

Todos se quedan en silencio. Por el pasillo de la comisaría se oye un discurso brioso, a media velocidad, llamando a los oficiales al patio.

Pero Petr Jellinek no se turba.

—¿Y por qué Praga? Necesito saber por qué escogieron venir a esta ciudad.

—Puro azar —responde Julián acomodándose con ambas manos el cabello que ha empezado a aclarársele.

—¿Azar? Tienes edad suficiente para saber que el azar no existe. Solo existen: «lo que debía pasar» y «lo que debe corregirse». Y en medio de ambas sentencias: esas pequeñas variaciones o episodios que nosotros protagonizamos como idiotas. O en otras palabras: los accidentes.

Cuando deja a los viajeros del pasado en el Hotel Atlántida, el detective Petr Jellinek sabe muy bien adónde dirigirse. Halla un resquicio de luz entre un racimo de nubes oscuras hacia su derecha y lo toma sin pensárselo mucho, franqueando entre dos vehículos a exceso de velocidad. Enciende un monitor a un costado del volante y coloca rápidamente el pulgar derecho en un pequeño recuadro sobre la esquina de la pantalla.

La noticia sobre el asesinato del científico aparece de un modo escandaloso:

«La tarde del día de hoy, sábado 27 de septiembre de 2063, ha sido asesinado en la ciudad de Praga el científico Saúl Castro Cohen,

conocido como Castro Cohen. El Padre de los viajes en el tiempo se hallaba desaparecido desde hace veinticinco años, cuando renunció a LAROGUE, empresa que él mismo fundó, abandonando así la vida pública. Fue abatido por tres sujetos en el interior de un bar que descarg…»

El detective apaga cabreado el monitor y aterriza en uno de los parqueaderos de las bodegas de la empresa.

No ha terminado de salir del vehículo cuando observa una silueta acercándose.

—Detective Jellinek, lo estábamos esperando. Mucho gusto, Jan Zavadil.

Quien le habla es Jan Zavadil, gerente del lugar. Un rubio pálido y alto que apenas le toma la mano hace un esfuerzo por endurecer el tono de su voz.

Jellinek lo saluda y eleva la vista hacia los grises galpones de LAROGUE, con sus banderas ondeando con un trueno encerrado dentro de una circunferencia que se asemeja a la tierra realizando tres giros.

—Necesito revisar los archivos de respaldo de la clonbot que fue abaleada en el bar Serendipity junto a usted ya sabe quién —dice mostrándole su identificación, aunque sabe que no es necesario.

—Imaginábamos que vendría por ellos. Mis superiores me llamaron hace más de una hora. Y debo decirle lo mismo que a ellos: no hay tales archivos de respaldo. Ellos están como locos porque también necesitan saber qué ha ocurrido.

—¿De qué mierda habla usted? ¿Cómo que no hay archivos de respaldo de un clonbot? ¿Usted se cree que yo me chupo el dedo? ¿Ah?

—No, detective. Le invito a que pase y lo compruebe por usted mismo.

Un poco antes de que el detective ingrese al recinto, su móvil vibra con fuerza por la llegada de un nuevo mensaje. Lo abre y se agarra la quijada con la mano izquierda como si de algo le sirviera esa fricción. Vuelve a leer una oración que corre en línea horizontal sobre su móvil, apareciendo y desapareciendo.

«La Orden Teutónica» acaba de emitir un comunicado acreditándose el atentado.

¿Pero por qué La Orden Teutónica mataría a Castro Cohen? No tiene sentido. Ellos son neonazis en auge con intenciones de transformarse en un partido político. El que algunos de sus miembros más radicales se atribuyan su muerte es contraproducente para sus intenciones.

Además ¿quién dio la orden? ¿Su *Hochmeister*? Hans Böll es un

pusilánime disfrazado de lobo. ¿Y cómo pudo saber que Castro Cohen estaría donde estuvo? ¿Y cómo es posible que aquel científico desaparecido ahora sea más joven? ¿O fuera más joven?

¿Y dónde está el argumento de toda esta tontería? Una declaración donde dijeran, por ejemplo, que lo habían eliminado por comercializar los viajes en el tiempo. ¿Desde cuándo un hombre como Castro Cohen es su objetivo?

El detective entiende al momento que debe volver sobre sus pasos y tratar de inclinarse por encontrar algún accidente. No buscar nada más que aquello.

En el bar pide por el archivo de video de seguridad donde, con facilidad, descubre la marca (el tatuaje de una cruz negra o cruz paté) de La Orden Teutónica sobre la mano derecha de los tres pistoleros enmascarados.

Afuera ha empezado a llover de forma ruidosa. Caen agua y granizo generando un sonido seco, como el de maíz reventando en una sartén. Seguramente, el movimiento vehicular aéreo se detendrá hasta la noche.

Petr Jellinek ahora congela un cuadro y realiza un zoom. Retrocede una vez más para asegurarse de lo que ha visto: el ojo azul de Sídney emite un código al brazalete de Ezequiel justo antes de apagarse para siempre.

3

ACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTAC
GTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGT
ACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTAC
GTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGT
ACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTAC
GTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGTACGT

La alteración de una sola de estas cuatro letras, dentro de las 6400 millones que dan forma al completo genoma humano, puede representar una enfermedad o condición grave.

Como dejar de ver u oír.

Pero también, tratándose de un código, la alteración de una letra puede implicar una metamorfosis.

Y en un abrir y cerrar de ojos Ezequiel se queda pensando en aquella información, como si la hubiera leído o revisado en algún programa. Fueron millones de neuronas las que entablaron una comunicación para disparar en su cerebro el conocimiento sobre algo que a él jamás le había interesado.

Ahora los cuatro chicos están arreglando su equipaje y pensando únicamente en largarse apenas amanezca. La compañía LAROGUE ha

respondido a Marta, una más alta y de pechos grandiosos, que a primera hora del domingo llegará Penélope, otra clonbot, para llevarlos de vuelta a casa.

Y, por supuesto, se disculpan por cualquier inconveniente, ofreciéndoles incluso un nuevo viaje al Caribe en el pasado con todo pagado.

—Yo no veo el motivo de quedarnos aquí encerrados —dice Julián. La sola idea de confinarse en sus suites a esperar hasta que sea el día siguiente le acongoja.

—Pero es que… ¿quién diría que hemos sido testigos del asesinato más famoso de la Historia? —Marta suelta esa frase así de chocante mientras opera su tablet—. Igual que Julián, creo que debemos despedirnos bien de este sitio. No tirar el dinero en balde. Vámonos a dar una vuelta por alguna plaza llena de restaurantes.

Ezequiel no opone resistencia. Anochece y se va sintiendo cada vez más aislado. No por sus amigos, sino por la sensación de que todos están formando parte de algún proceso ajeno. Hay una trama imprecisa que los había puesto a esa hora, en aquel tiempo y en ese lugar, cuando iba a ocurrir ese crimen o ejecución ideológica. Sabe que si alguien había asesinado a ese científico, aquello solo podía significar que ese alguien no estaba feliz con su trabajo.

Piensa entonces en Sídney, en la clonbot eliminada y errática, que fue quien los convenció de ir al bar donde apareció Castro Cohen. Piensa en su uniforme y sus ojos entreabiertos y chispeando que ya no puede olvidar.

Empiezan a deambular por la Plaza de Wenceslao, entre árboles llenos de hojas perfumadas y luces cálidas, sin decidir en cuál restaurante cenar. Marta, Julián y Cinthia parecen impresionados entre un montón de gente blanca y de rasgos suavizados. Hay otra gente más ordinaria que es en la que repara Ezequiel. Cabezas dentro de pañuelos. Cabezas encubiertas. Cabezas con pelucas y gafas oscuras.

De pronto, sobre la vereda de la derecha, Ezequiel descubre al tipo con sobretodo que había visto fugazmente en dos ocasiones anteriores, encadenando su bicicleta oxidada al pie de una tienda. Repara otra vez en ese *cooler* amarillo del que puede apreciarse la cola salvaje de un pez, que lo orienta a imaginar un mar oscuro donde un bote flota en silencio.

Por dos segundos se sueña a sí mismo en el asiento de un bote con el rostro rígido, bajo la oscuridad de un cielo quieto.

No se lo piensa más y se dirige a buscarlo, apartándose del grupo y ofreciendo como excusa la necesidad de comprar algún recuerdo para su padre en una de las tiendas que ha visto del otro lado de la calle.

Marta y Cinthia le señalan el sitio que finalmente han terminado escogiendo para su última cena en Praga. El chico hace un gesto atorado, una media sonrisa levantando el puño derecho con el dedo pulgar estirado hacia arriba.

Cuando entra a una tienda de videojuegos, atolondrado, pasa entre clientes y no halla al sujeto que, como una pesadilla biológica, hace remolinos de polvo dentro de su mente. Entonces se queda absorto ante la imagen de su juego favorito, *Cadena de mando 9*, que al parecer había sido la última versión de un juego que era considerado una antigüedad. O un clásico, como se le llama elegantemente a las creaciones que permanecen en la imaginación aunque sean obsoletas.

La cabeza enmarañada del hombre en sobretodo aparece por completo a su lado. Respira como si empujara una bola pesada de hierro fuera de su boca.

—Ezequiel —te estaba esperando. No tienes mucho tiempo. Necesito que sigas mis instrucciones. ¿Ves esa puerta de la izquierda a un costado del baño? Bien. Pues esa puerta da a un callejón. La he dejado abierta para que salgas por allí. Del otro lado encontrarás a una mujer dentro de un vehículo.

Ezequiel gira la cara y fricciona ambas manos mientras observa, como quien mira la aparición de Jesucristo en su propia habitación, la cabeza peluda del hombre de la bicicleta.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué te hace pensar que haré lo que me pides?

—En la mañana del lunes pensaste en decirle a tu novia que querías dejarla. Sin embargo, te temblaron las rodillas y miraste con estupor las cosas que ella guardaba de ambos dentro de su habitación. Se te pasó hasta el miércoles en que volviste a pensar en lo imposible que te era calcular un futuro con ella. Menos aún con sus amigos: unos engreídos. Y cuando ibas a terminar la relación caíste en la cuenta de que en su interior también flotaba una fragilidad igual a la tuya. Te detuviste y seguiste con sus planes. Con este viaje.

El chico enmudece y prefiere quedar envuelto por esa sensación con la que ha seguido viviendo por meses.

—Sal, Ezequiel, y no hagas preguntas. Estarás de regreso aquí en cuarenta minutos. Créeme. Y tus amigos jamás sospecharán nada —le dice mirándolo enérgicamente a los ojos—. Jellinek viene en camino y no debe encontrarte.

Aunque se oye igual que él, a Ezequiel le parece reconocer los rasgos de su padre en esa cabeza peluda. Sin embargo hace lo que le pide y toma la puerta trasera justo antes de que el detective ingrese a la tienda.

Y cuando está en el callejón una mujer pequeña y de lentes, con un blanco mechón en su cabello aleonado, lo llama por su nombre

indicándole que se suba al auto lo antes posible.

Del otro lado del callejón, en el interior de la tienda de videojuegos, el detective Petr Jellinek apresa a un extranjero que responde a los nombres de Ezequiel Chaves. Nuevamente se cabrea porque se siente engañado. Aquel hombre no solamente ha perdido el brazalete con la información que requiere, sino que además tiene veinte años más de los que tenía por la tarde.

«Nein, Camaradas. Afligirse por los caídos es contraproducente. ¿Acaso no estarían ellos aspirando a resolver esto sin tanta habladuría? ¿Acaso las futuras batallas no sucederán entre arios cristianos y puros contra bacterias y bichos anormales? Hoy, 28 de septiembre, se cumple un año exacto de aquella funesta madrugada que alteró el futuro de Europa, pero sobre todo el de nuestra Orden. Es por salud de nuestra organización que daré cuenta de lo que sabemos, no de lo que se inventa alguno por allí para infundirnos miedo. Y lo que sabemos es que los judíos se enfadaron con la forma en que la ingeniería genética pasó de emplearse como asunto curativo, a un tema de estética y dominación racial. Por supuesto, ¿quién iba a querer modificarse para parecerse a un indio olmeca o un negro haitiano o un chino mandarín? El asunto había empezado a tomar forma. Al menos, durante los últimos años solo bastaba ver las calles y universidades para darse cuenta de lo que toda la gente estaba haciéndose. Perseguían una pureza precaria en sus cambios genéticos. Perseguían una pureza parecida a la nuestra. En definitiva: perseguían la blancura como un delirio estético. Y era difícil morir. Aún lo es. Ya nadie envejece como antes, Camaradas. Y esto acaso empezó en nuestra sociedad a generar la idea de la poca necesidad de tener hijos. Porque los hijos eran solamente una prolongación del miedo, del miedo a la muerte. Y nuestra Orden, que había llevado siglos obligada a sumirse únicamente dentro del rol religioso, recuperó el valor de su pasado guerrero. Hasta que el año pasado, en esta misma ciudad, en la madrugada de La fiesta nacional de la República Checa, alguno de esos puercos de La Logia K entró en contacto con cierta información específica, con un rompecabezas de códigos que nuestros mejores ingenieros genéticos aún no logran descifrar, y que terminó permitiendo la aberración que hoy se conoce como La Nueva Transformación. Lo que es pura y verdadera locura. O desesperado horror. Y esos deformados, luego, envalentonados, ebrios por las mutaciones a las que se redujeron, se tomaron las avenidas y terminaron enfrentándose con nuestros hermanos. Utilizando como pretexto el asesinato del científico judío Castro Cohen. Algo que nosotros jamás hicimos. Aunque obligaron a tres de nuestros miembros más valiosos a decirlo antes de que desaparecieran para

siempre. Entonces corrió sangre de ambos bandos. Hoy sabemos que fueron ellos mismos quienes sacrificaron a una versión más joven del científico. La Logia K y su Gran Jefe: Gregorio II. Hombres–buitre, Hombres–rata, Hombres– búfalo, Hombres–elefante. Judíos degenerados que optaron por modificar su genética para transformarse en seres monstruosos. Usando esta misma ciudad para recordarle al mundo lo que hicimos los nazis durante el siglo XX. Mutaron para mejorar sus habilidades; para golpearnos moral y físicamente. Pero esto recién comienza. Y no creo que el mundo se haya vuelto lo suficientemente loco como para empezar a creerle a un Hombre–escarabajo que vaticina el futuro y les habla de lo que los neonazis harán en el 2115. Vayamos por partes. Es urgente entender el pasado. Así que pongámonos a trabajar.»

VI

—¿Tú recuerdas por qué empezaste a escribir?

—N–o–o–o…

—La sensación que guardo es extraña, Madre. No sé si yo empecé a escribir porque era diferente o porque quería ser diferente. No recuerdo si la orden llegó a mi cerebro a través de la reflexión intensa o por algún evento dramático. O si fue una lectura que me empujó a empezar a hacerlo. Quizás, y hasta fue dentro de un sueño que alguien me convenció de escribir. ¿Tú lo recuerdas? Pero hemos hecho tantas cosas, ¿no? Quiero decir… tú y yo somos amigos y hemos removido una mierda de vida para sacar de allí alguna cosita que haya valido la pena escribir, ¿cierto? No hay día que pase en que no me pregunte si ha valido la pena, bróder. Me refiero a si ha valido la pena escoger la literatura como oficio. Escribir poesía es estúpido y una necedad. Escribir poesía es valiente. Escribir poesía es luchar pero con la condición irremediable de que debes perder…

—N–o–o–o…

—Sí, debes aprender a perder contra todos. Debes estar dispuesto y preparado para la humillación. Los poetas verdaderos no han sido amados nunca en el marco de sus realidades históricas. Y si han sido amados por sus gobiernos se convierten en estatuas y eso solo sirve para caca de palomas. Pero, al principio, uno no sabe nada de estas cosas. Uno es pequeño y diferente o se cree diferente. Y escribe. Si tienes padres comprensivos vas hasta donde ellos con ese invento en las manos, con esos pellejitos que te has arrancado de tu cuerpo tú mismo, y se los muestras. Y si ellos son de clase popular se asombrarán. Y si ellos son de clase media te acusarán de maricón. Y si ellos son de clase alta te recordarán que debes estudiar leyes o negocios porque hay que cuidar el apellido y la fortuna familiar. Fin de la pendejada. ¡Qué tonto poder! ¿No? Aún recuerdo la sensación que tenía a los quince cuando me quedaba mirando alelado por la ventana de mi casa, o por la ventana del bus, o en el patio del colegio a la hora del recreo, cómo sucedía la vida de los otros. Miraba desde un sitio extraño, extranjerizado, desde una soledad impuesta. Ése era yo, pero no era yo, porque yo era un fantasma o una cámara que se apoyaba sobre una ventana para grabar los gestos, movimientos y conversaciones de los vivos. Prefería mirar a la gente haciendo cosas que hacerlas yo mismo. Yo no estaba vivo. Pero estaba más vivo que todos porque era consciente de que ese espectáculo que allí ocurría merecía perennizarse con unas cuantas líneas. Pero ¿se lograba? ¿Tú lo has logrado? La poesía y los relatos. Dime la verdad, Madre, ¿te

parece a ti que la poesía y los relatos reparan nuestra necesidad de afecto? ¿Nuestro tedio? ¿Nuestro perfecto instrumento de autodestrucción que es tenerle fe a cualquier pendejada que se nos ocurra? Y cuando empezaste a escribir, ¿no te pareció que aquel ejercicio le era solo dado a espíritus vencidos, aislados o rechazados? ¿Dónde se ha visto al chico más popular de la clase, al niño guapo, haciendo poemas o leyendo novelas? *Never*. Ese chico tenía tanta atención solo por su físico o condición que no necesitaba pensar ni imaginar ni soñar sobre cosas imposibles. Todo le caía en las gordas y blancas manos llenas. ¿Entonces fue allí donde todo esto empezó? ¿Desde la irreparable sentencia de estar condenado a ser uno más del montón y no el héroe del relato? ¿Entonces la literatura no es sino el relato de un tipo retraído que quiso tener un poco de la atención que jamás recibió?

—N–o–o–o…

—Me niego a creerlo. A veces pienso que he escrito por coraje. Por odio profundo hacia las injusticias poniéndome a mí mismo en la capacidad de provocar aún más dolor. Yo te puedo decir de dónde nace un poema, un buen poema. ¿Tú puedes decirme, Madre, de dónde nace un buen relato o una buena novela? Una que valga la pena leer. He vivido más de treinta años dominado por un salvaje, ¿sabes? He vivido por más de treinta años dispuesto a degollarme a mí mismo con tal de dejar de sentir todo lo que he sentido. Porque tal vez tú puedas ser indiferente, bróder. Escribir desde tu alberca espacial y no involucrarte con el dolor humano. ¿Es eso lo que pasa contigo, Madre? ¿No sientes igual que el resto? La ficción, vivir dentro de ella, ¿es una droga evasiva? ¿Se puede escribir ficción sin poner el cuerpo? Solo los cobardes dicen eso. Solo los cobardes y los autores que jamás se arriesgaron a vivir o a dejarse la piel por las calles. Solo los escritores sin creatividad y sin una vida real dicen que la ficción no necesita de la realidad del autor. Solo los autores vacíos, aunque llenos de lecturas y teorías, dicen eso. Huecos como sus personajes huecos. Créeme, Madre. Porque debe ser más difícil haber vivido y después recuperar esa velocidad desde una edad diferente y escoger un relato que ya no sea fiel a quien fuiste, sino que le sea fiel a la literatura. ¿Tú conoces cuál es esa velocidad con la que nosotros vivimos? Me refiero a la velocidad con la que un autor mira el mundo, lo detiene, retrocede para recuperarlo, o se adelanta para imaginarlo. Y aún así vive fingiendo que se mueve igual que el resto. Entonces se trata de un sacrificio. De cambiar una vida por un relato o por un puñado de poemas. ¿Y por qué tú no puedes hacer literatura comprometida con algo más que la literatura? Yo aún siento los gritos en mi cabeza y escucho a caballos dando coces sobre una pradera yerma, por donde siembran a gente muerta, a mis ancestros. Yo aún cierro los ojos y

llevo mis manos vacías hacia mi cabeza de niño. Y lloro.

—N–o–o–o… No te mires al espejo. No pretendas hacer literatura para mirarte al espejo, Calibán. Piensa en los vampiros y su siniestra cualidad de no poder reflejarse. Los vampiros solucionan con su incapacidad para reflejarse el dolor de esta puta vida. Reflejarse es dividirse, segregarse, peor aún: deshacerse gradualmente y registrarlo. Un escritor no debe hacer de su libro un espejo porque los espejos son cofres para cadáveres alegres. No te la acabes tan rápido, Calibán. No tengo tanto polvo como para andar regalando, hueón. La ficción, igual que nuestra historia, ha tenido una vida fracturada. No es un problema el que esté despojada de una sola línea de vida del autor. Porque, como sea, siempre está concentrando reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro. Es cierto eso: cada uno de nosotros vive acelerando y desacelerando la realidad. Para mí, una buena ficción es una broma peligrosa. Escribo para desaparecerme a mí mismo, para que otros destinos atropellados o inexistentes puedan convertirse en presente. Un presente que solo es pasado en reparación. Para mí, el verdadero problema es rendirnos. Y sobre todo nosotros, que somos un montón de extraviados. Chilenos, ecuatorianos, colombianos, mexicanos, bolivianos, todos andamos así. Sin poder reflejarnos por completo. Intentando dar con una identidad que nació cortada, escindida. Porque ser iberoamericano es una real mierda. Es una mentira olímpica. Es un trasunto diplomático, hueón. Y nada más. Así uno amara de chico a la marciana de Alaska, a Miguel Bosé y a Pedro Almodóvar. Crecer así, con tanta agua de por medio, fue como si alguien nos hubiera dicho que un brazo nuestro estaba perdido en el otro lado del mundo. Una extremidad invisible que nos faltó desde el origen. Y que nos faltará siempre. Y así avanzamos. Quizás ésa sea la gran diferencia de la relación de ellos con nosotros. Ellos jamás han sentido nuestra ausencia para completarse, para entenderse plenamente.

—¿Y qué hay de toda esa literatura acomplejada?

—¿A cuál te refieres?

—A todos esos cuentos y novelas donde los personajes tienen nombres como: Giordano, Alexander o Enrico. A esas elegantes historias sudamericanas donde el indio ha sido borrado. Y donde si el mestizo aparece, únicamente lo hace disfrazado por capas que solo exhiben nuestros complejos más profundos. Querer ser lo que nunca podremos.

—N–o–o–o… Y eso si funciona, funciona. Tampoco te tienes que poner sociológico para escribir, hueón. Además, la creatividad no es una elección para quienes tenemos que salir adelante haciendo lo que hacemos. Cualquier novela es la prueba irrefutable de que el ser humano está jodido.

—¿Y un poema?

—Bueno, un poema es la prueba de que el ser humano, además de estar jodido, es masoquista.

—Madre, ¿no crees tú que nuestro trabajo debería ser la interferencia, la vacuidad en llamas, mostrar el gran vacío histórico? En un país donde la justicia social es una ficción, la ficción debe construir relatos sobre la justicia.

—N–o–o–o… Entregamos el futurismo. Entregamos el surrealismo. Entregamos el socialismo. Entregamos la contracultura. Y ahora nos disponemos a entregar la ficción, que es nuestra última droga. ¿Cómo se supone que haremos los artistas para sobrevivir? ¿Desde qué espacio ser disidentes? ¿Desde dónde reventar y discutir? ¿Desde dónde crear, Calibán? Nos mintieron por todas partes y ahora nos tienen encerrados donde nos querían. Aceptando sus leyes; fabricando su comida; escribiendo sobre sus monstruos. Cuando miro hacia la izquierda, todo lo veo gris. Cuando miro hacia la derecha, todo lo veo sanguíneo. Pero ¿qué cultura es esa de hacer íconos de asesinos seriales? Es como que llevara yo una playera con la gorda cara de culeado del General Pinochet. O armara mi banda de rock: *Los Pinochetistas*. Ciertamente esos gringos culeados están locos. Por otro lado, los premios y las becas (NO ÉSTA) son pura y miserable paja. Los Ministerios de Cultura de la izquierda y la derecha son más paja todavía. Ninguno funciona. Calibán, la izquierda y la derecha, lleva cada una su culpa y solo buscan más culpables para esconder sus ineficiencias mientras nos hacen creer que aún hay algo de valor en lo que encarnan. ¿Saben cuántos artistas, cansados de oír mentiras, se suicidan? ¿O cuántos artistas dejan de serlo porque tienen que mantener una familia? ¿O cuántos artistas desaparecen antes de convertirse en artistas porque caen arrodillados ante la lógica que les dice que el mundo no está hecho para tanto hueón culeado que elige sufrir y plasmar? Eso es ser un artista en Latinoamérica: ser un hueón culeado con trabajos a medias o mal pagados, recibiendo limosnas de los gobiernos y apostándole a cada premio que aparece, con problemas de sociabilidad y con altas probabilidades de caer en la drogadicción, la ñoñez o el suicidio. Pero tú no te vas a rendir. Ni yo tampoco, hueón. Por eso la creatividad, más que una destreza, es una obligación para nosotros. Mira lo que he llegado a entender con los años: el capitalismo es seguir sufriendo aunque alejado de ti. Y eso me gusta. La idea de ser un juguete roto junto a un montón de juguetes a punto de romperse.

La Madre empezó a plantearse seriamente si no sería conveniente cambiarse el nombre y perderse de los ojos del FONCA, para poder comenzar una segunda vida en el DF. ¿Qué era todo lo que había

hecho hasta el momento que podía hacerle difícil o imposible aquel nuevo nacimiento? Había publicado en Buenos Aires un libro de poemas, su primero y último. Había publicado dos libros de relatos en Santiago, que con tirajes de trescientos ejemplares, cada uno, se borraron de la mente de la gente sin pena ni gloria. Y en París había realizado traducciones de los poemas de Vallejo y Neruda. Casi nada. Recordó que para ganar esta beca debió contactar a cierta gente influyente en la embajada de su país en Francia y conseguir cartas de recomendación de escritores chilenos importantes. Se dijo que el mundo de la cultura a veces era eso: una mafia y un juego de supervivencia.

Pero cuando hizo una búsqueda de sí mismo por Google se desinfló. Aparecía en tantas partes con su gorda y amigable presencia, con su oscuro perfil de cuervo, con su cabello negro y largo y sobrado sobre chaquetas de pana de colores pasteles, posando en tertulias, charlas y lecturas en tres países, que aquella luminosa idea no sería posible de realizar.

Ahora oye que María la Escamada fríe algo en la cocina. Está más relajada desde que arregló su situación con el FONCA. Le han permitido quedarse en el piso de Anaxágoras y le brindan asistencia sicológica. Una que no pidió, pero que debe aceptar como trámite regular que justifique su desplazamiento. «La burocracia tapa con bobadas lo que nosotros anulamos con montones de palabras», le dijo esto a la Madre, aunque sigue pasando el sofocón romántico. Aunque sigue triste y se había puesto antes triste, mucho antes de enamorarse de su tutor. Él piensa que a la Escamada quizás le cuesta entender que es una involuntaria portadora de la depresión, como algunos del grupo. Aunque a ratos le había parecido que aquello, lo de su pasado depresivo, sí lo había compartido con Ulises. Que únicamente a él lo hacía partícipe de dramas anteriores a la beca.

Cuando pasa por el comedor observa los rastros de la visita nocturna de Calibán: el poeta salvaje había pintado con rojo la portada de su único libro de Jaime Gil de Biedma. Lo había sacado de una de sus estanterías para leer cuando amaneció. Y aunque leyó algo, luego le dio por usarlo de bandeja para esnifar. Hasta que la Madre se fue a su habitación dejándolo a solas con sus fantasmas mexicanos. Y ahora, unas lágrimas rojas rodaban por la mejilla derecha del vate. Biedma llorando sobre la mesa de mármol amarillo sienés lo desorienta. También había pintado con cierta destreza, cerca de su rostro, una burbuja de pensamiento, donde se leía: *España, aparta de mí este canon*. Y experimenta más risa que coraje por la forma en que Calibán, igual que él, antagoniza hasta con una portada. La revancha perfecta no existe en la vida real. Solo en películas.

Apaga el cigarrillo de marihuana, se aparta del balcón, agarra su

chaqueta de pana de color lila y abandona el departamento sin despedirse.

Avanza, mezclado entre la gente, hasta la esquina de una avenida donde toma un autobús. Mientras empieza a lloviznar se queda pensando con los ojos abiertos en uno de sus personajes: Castro Cohen. Un científico que es un loco pero, al mismo tiempo, un salvador. Un revolucionario pero un gordo perdido en el tiempo. Un solitario infeliz pero un probable Dios. Un genio y un salvaje. Y ese es el tema con la ficción: el papel leído es solo el ticket de ingreso. Tú sigues viajando después a otra velocidad. Y donde sea que te encuentres vuelves a ser absorbido hacia esa guerra, mundo o teatro despiadado.

Se baja en la parada y el agua moja sus mocasines negros y afelpados. Corre hacia la entrada de un edificio en el Complejo Cultural Los Pinos, donde piensa enfrentarse con su futuro.

O pedir un aventón hacia allá.

Cuando pasa a la oficina de Olga Ciprián, la Directora del Todopoderoso FONCA, abandona cualquier posible tono de prepotencia. Se dispone a bajar la cabeza y concordar con cualquier insensatez o argumento chocante que pueda ser dicho por esa mujer blanquísima, de inferioridad numérica racial dentro de una realidad india y mestiza, pero de superioridad posicional en aquel mundo al revés.

Había notado también cómo en los comerciales de la televisión y en las vallas publicitarias las mujeres no representaban para nada a la mayoría étnica. Había conocido algunos sitios como Guanajuato, Querétaro, Oaxaca y Veracruz, como para entender que allí pasaba lo mismo que en la mayoría de los países que fueron colonias. Una minoría aria, que tampoco lo era realmente, era la que gobernaba como consecuencia de un sentido reverencial provocado por el complejo y la desconfianza hacia la propia raza, inculcada por siglos. Algo que lo empuja a pensar en la incapacidad de consolidar un presente en cualquier país donde sus propios habitantes rechazan y ocultan su pasado étnico.

Rápidamente, aquello que acaba de pensar le causa coraje. Aunque la idea de un presidente indígena, como Evo Morales en Bolivia, le provoca náuseas. Se divide entre dos posturas tan marcadas que lo terminan dejando en nada. Mientras observa sobre el escritorio los retratos de esa mujer con diversas autoridades como el Papa Benedicto y el Presidente de México, se pregunta si él mismo no es un subproducto barroco mal maquillado. Si solo jura que se ama tanto porque en el fondo lo único que siente es el miedo de romperse como todo mundo, apoyándose en el lado de la historia de los resentidos. Porque casi todos los artistas, en fondo y superficie, estamos

resentidos. Profundamente cabreados y resentidos, se dice.

—Hola, Ramiro, cuéntame para qué querías reunirte conmigo. Ando muy ocupada. Espero que no tengas quejas sobre el departamento que les pusimos en la Colonia del Valle que costó un chingo de dinero y está chingón.

—No, mi estimadísima Olga. ¡Ese departamento es una belleza! Quería hablar contigo de otro tema.

—Me alegra; la verdad, con tantos percances que han ocurrido en las últimas semanas, cada vez me pone de peor humor esta beca. Si no fuera porque tengo a los españoles pegados a mi sombra, te lo juro que la cancelaba. La daba por terminada. ¡Pinches becarios! ¡Cada uno más demente que el otro! Y ahora no sé ni cómo nos va a quedar la bendita Muestra de Arte Iberoamericano en el CENART. ¿Oíste lo de la fotógrafa española? ¿Lo de la loca esa? ¿O lo del director cubano?

—No, no he oído nada.

—Na. Ni para qué te voy a hacer el relato. Pero estas escenitas y desplantes de niños volubles me están agotando. Es que así no se puede. Ni madres, Ramiro. No se puede.

—Todo quedará muy bien. Te lo aseguro.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué o qué estás armando para la muestra?

—Bueno, pues yo entregué mi relato ya a Roberto García para la diagramación del librito colectivo de los escritores.

—Eso ya lo sé. Y ese libro claro que se publicará y se le repartirá a todo mundo durante la muestra. Me refiero a qué harás durante esa semana. A que nosotros necesitamos alguna cosa escénica bien puesta. El CENART va estar hasta el tope de gente y embajadores y periodistas y funcionarios y artistas. Debemos quedar elegantes y por todo lo alto.

—Por eso vine. Quiero construir una caseta, que puede ser de madera o algún metal económico, para que funcione como máquina del tiempo. Te lo explico: se trata de una especie de cabina telefónica donde las personas ingresen, y puedan escoger hasta ocho destinos distintos con fechas también distintas, y al presionar la opción oigan por el auricular una descripción detallada del lugar como un relato sobre la historia, superficie y demografía, acompañada de música hipnótica. ¿Cachay? Apenas una o dos cuartillas de cómo han evolucionado o desaparecido ríos, especies, flora, fauna y territorios. Por supuesto que toda la información será ficticia. Me la inventaré toda.

Olga lleva el pelo más corto, por lo que ahora su rostro luce más fino. Mueve su mano izquierda y se la pasa por la barbilla. Sonríe con unos labios delgados y pintados de naranja.

—Se oye bien, Ramiro. Tú busca los materiales y envíale a Roberto los detalles para que él se encargue de comprar todo y construir tu

cajita del tiempo. Y los audios, ¿puedes hacerlos con alguno de los chicos de Multimedia?

—Sí. Conozco a un par de ellos; hoy les pondré un correo. Ahora, Olga, sobre lo otro que quería consultarte… es sobre la plaza para director de taller que estai ustedes ofreciendo.

—¿Para La Casa del Escritor?

—Sí, ésa. Quiero ser considerado.

—Pero eso no pasará sino hasta febrero del próximo año, Ramiro. Y ustedes se vuelven este veinte de diciembre a sus países.

—Pero yo me pienso quedar. Y necesitaré ese trabajo. Además, puedo ayudar con la siguiente tropa de becarios. Puedo orientarlos.

—¿Y estás planeando quedarte en el mismo departamento? Cuesta un chingo de pesos, como te dije. Y no creo que el FONCA pueda seguir cubriéndotelo.

—Que eso no te preocupe, Olga. Yo tengo el modo de seguir pagándolo. Al menos, hasta febrero si ustedes me dan esa plaza. Bueno, tú sabes bien la relación de los escritores con México. Vivir aquí sería una oportunidad valiosa para mí.

La mujer fuma y sus ojos se sumergen en una maliciosa melancolía.

—Lo analizaremos y te contamos. Puede que sí. Hasta luego.

Volver es siempre parecido a la derrota. En el bus de regreso a su departamento este verso de un poeta que Calibán le hizo leer aterriza ruidosamente en su cabeza. ¿Pero cómo volver y destacarse en su país? Pedro Lemebel rodó sobre gradas en llamas dentro de un saco. Raúl Zurita se arrojó amoniaco a los ojos intentando cegarse. Rodrigo Lira participó en un show de televisión semanas antes de cortarse las venas en una bañera. Qué duro que es ser un autor en Chile. Qué tarea tan jodida destacarse entre autores que se sacan la chucha en mente y cuerpo. Además es cierto lo que ha dicho Nicanor Parra: A Bolaño nosotros le debemos un hígado. Quizás habría vuelto si le hubieran ofrecido ese hígado. Pero eso no pasó. Ni volvió para quedarse ni sobrevivió. Porque volver es igual a haber sido derrotado fuera de la patria. Los ganadores no vuelven nunca. Y Bolaño solo fue un ganador.

La Madre había visto en Internet que entre los sitios turísticos que se ofertaban en DF estaba el tour por los canales de Xochimilco. Para contribuir a su plan debía fortalecer la tregua con Ulises. Entonces, los invitó a él y a María la Escamada a ese paseo, pagándolo todo de su bolsillo.

Sabía que en Xochimilco podrían recorrer invernaderos y mirar las plantas tradicionales, algo que de algún modo relacionó con el

proyecto de Ulises. Y por ese lado logró engancharlo.

La barcaza es amplia y de colores pasteles y chillones. Los tres van sentados sobre unas sillas amarillas que tienen al frente una mesa donde un joven fuerte y aindiado comienza a servir tragos y enchiladas. Sobre ellos, una tolda verde agua hace las veces de techo, generando la idea de un restaurantito flotando.

La Madre fuma y no pierde tiempo con su misión:

—Ulises, lo más posible es que me quede a vivir aquí en México, hueón. No se los había contado, pero he hablado con la Olga Ciprián y, bueno, pues tal vez me quede.

—Me alegro tanto por vos, Madre. El DF es muy bonito.

—¿Pero cómo vas a sostenerte acá? —pregunta María la Escamada mientras mira cómo el agua va plasmando líneas y líneas transparentes a medida que avanza la barca.

—He pedido trabajo. ¿Cachay que ellos tienen una plaza para La Casa del Escritor?

—No, ni idea —dice la mujer abriendo los ojos como un proceso natural.

—Entonces finalmente dejarás de vender droga en Anaxágoras, ¿cierto? —dice Ulises tomando fotografías por el canal. No le interesan ni las cervezas ni el tequila servidos en la mesa frente a él.

—No es tan fácil, hueón.

—¿Cómo así? ¿Vos pensás seguir haciendo esa mierda?

—Ya relájate, concha de tu madre —a la Madre se le suelta ese insulto pero recula cambiando rápidamente de tono—. Lo dejaré, Ulises. Pero casi no queda ya nada de la beca. Esto termina en semanas. Y están por llegar todos esos huevones de otras ciudades. Mira, no nos hagamos líos: sólo haré un par de fiestas más para nuestros amigos y se acabó.

Ulises se lo queda mirando y, cuando está a punto de decirle que si es así la cosa se jode, unos mariachis que no había visto antes se ponen a tocar y cantar a todo dios con cadenas de oro en el cuello, gesticulando y agitando los brazos como si estuvieran desplumando alguna gallina por el aire.

Ulises se emociona, reconoce algunas canciones y empieza a tararearlas. La Madre no pierde ritmo y, en medio de una tonada, le encomia por su buena voz y le obliga a pasarse un tequila que no quiere, pero que al mirar el canal de agua, la tarde en su punto más alto, y otras barcazas coloridas moviéndose junto a la de ellos, le provoca esa idea de permitirse vivir un poco, de aligerarse. Entonces se pasa el tequila sin pensar en sus problemas de alergia.

Una semana después, la Madre llega acompañado de Ulises a la

presentación de un libro de poesía de Calibán en un bar bohemio en el Centro Histórico. Un antro que se llama La Bota, lleno de mesitas chuecas y atiborrado de objetos alusivos a corridas de toros, boxeo y cultura. Parece un revoltijo de gustos arbitrarios que fueron heredados de un dueño al siguiente. Hay una enorme cabeza de toro encima de la barra, así como una bicicleta colgando del techo con una pintura pegada que parece una imitación de Cézanne. La luz del sitio es tenue, casi de crematorio. El contraste de elementos lastima la percepción de la Madre, quien no logra elaborar con rapidez un concepto sobre el lugar hasta que mira montones de libros de poesía apilados entre botellas de mezcal y tequila.

Hay poetas y borrachos depositados a su entera gana.

Es Ulises quien descubre a Calibán retraído en un rincón, escuchando cabizbajo a su editora con cara de culpable pero con la paciencia del condenado. Cuando ambos se aproximan a saludarlo, la mujer se presenta jovial y desentendida por completo de cualquier lío, alejándose finalmente hacia otra mesa para saludar a otros amigos.

—¿Estás bien, hueón? —pregunta la Madre sin poder eludir el inesperado aprieto agazapado de tener que meterse cocaína después de dos sorbos de cerveza. Intuye que la adicción ha comenzado a ganar terreno, pero todo el dinero que se embolsará, más la idea de hacer a un lado su vida de artista miserable por una vida con comodidades vendiéndole drogas a futuros becarios y, quien quita, a muchos más artistas del DF, le hace sentir que algo se abre en él, una especie de cavidad por dentro, justo en el pecho. Algo parecido a la felicidad de ser creyente aunque nunca se haya visto a Dios.

—No, bróder. Estoy en la verga de ebrio. Y esta man anda arrecha porque así, pues, cree que ya no podré leer. Lo que no sabe es que ahorita acaba de llegar mi Doctor Lacra. ¡Pásate un toque de esa situación que quiero acariciar la tristeza en cámara lenta! ¡Dame esa vitamina, Lacra! —le dice a la Madre, riéndose con cierta demencia, quien repara en el estado delirante de su amigo, pasándole de inmediato por debajo de la mesa una bolsita con el polvo.

Calibán se mueve hacia el baño dando tumbos. Su figura de espaldas les produce una inesperada lástima a los dos.

Luce repuesto cuando regresa: tiene un brillo extraño pegado a las retinas que, infladas como dos bolas negras de hule, parecen flotar despojadas de humanidad pero impregnadas de fantasmas o cuentos paranoicos. Hay un bombeo eléctrico al interior de Calibán que solamente la Madre, u otro adicto, reconoce.

Ulises pide una naranjada al darse cuenta de que allí no venden agua de horchata. Mira con ilusión hacia otras mesas donde poetas, escritores y gente en general se pelea y se pone sentimental muy fácilmente, aminorando con el trago la vergüenza y los golpes de la

vida. Le divierte muy en el fondo, aunque jamás quiera aceptarlo, esa raza de vencidos que son los bohemios de cualquier ciudad del mundo. Quizás un posible Ulises, su otro *Baldi*, algún día se convierta en un bohemio guerrillero de las letras con modales salvajes. Quizás, algún día, él mismo se convierta en un personaje que ande por ahí bebiendo, sulibeyado y sudando, sin tener tiempo más que los sábados por la noche en los que corrige sus cuentos. Pero no. La idea de parecerse a Vargas Llosa pesa un jodido quintal.

—¿Recordás vos la historia de los pájaros que te hablaron en números impares? —pregunta a Calibán pensando en la oscuridad del sitio y en el restallido de vasos y botellas—. Ahora que terminé el trabajo de la beca, estoy pensando en tomarlo para otro cuento.

—¿De qué pájaros hablas, loco?

—De aquellos que te decían «quincuagésimo quinto» mientras ibas por la montaña una tarde. ¿Es que no te acordás ni un poco?

—No —responde haciendo una mueca rara, estirando su quijada, obligando a que sus fosas nasales se dilaten.

—Vos te habías ido hasta el CaSa del maestro Toledo en la montaña de San Agustín Etla. Habías fumado mota con el Fraile. Y, luego, algo te pasó cuando…

—Ya. Empecé a bajar y los pájaros que flotaban como reventando desde un volcán, que no había, porque volcán no había, Ulises, pero sí una maldita montaña, empezaron a hablar, a repetirme un número en inglés. Fifty fifth. Fifty fifth. Fifty fifth. Estaba claro que no estaba loco, aunque tuve que detenerme y quedármelos un rato mirando. No por nada, un poco antes, los perros habían comenzado a pegárseme en la montaña. Incluso cuando me quedaba dormido junto a un plato de pollo con mole, al levantarme alguno de ellos estaba a mi lado. Haciendo guardia. Entonces, de pronto era como si yo estuviera dentro de una historia de Disney pero punk. O de terror. Y ese fue el día en que todo cambió, bróder. Esos pájaros temblando sobre ramas y piándome lo único que estaban haciendo era advertirme de algo. De un número. Un número que yo debía ponerme a revisar.

Ulises mira a la Madre, quien está más preocupado de hallar alguna personalidad literaria o a un muchacho guapo que le haga menos doloroso y aburrido el recital. No le interesan ni la leyenda eléctrica de esos pájaros profetas ni el modo en cómo Calibán convierte todo el oxígeno en puro veneno. Esa necesidad auténtica de hacerse daño, piensa la Madre, lo torna un opresor.

—¿Y qué es de Lollipop? —pregunta finalmente Ulises, mirando otra vez el movimiento de saludos y abrazos que se generan con espontaneidad en otras mesas.

—Esa mamaverga se murió.

—¿A qué te referís?

—Ay, déjalo así. Mejor no preguntes, hueón —interviene finalmente la Madre para que los huevos hinchados de Calibán queden atados con su depresión dentro de su pecho.

—Esa mujer es la novia de la muerte. Nadie puede verla ahora. Nadie.

—Estás bromeando, ¿no? Debe de estar de más de tres meses. Sabés, siempre he pensado en tu buena suerte. Te imagino en un año viviendo como poeta en Madrid. Una ciudad hermosa. Y con tu hijo y tu mujer. ¿Ella viene más tarde?

—No, Ulises. Ella no vendrá. Ni siquiera porque las fotos de su culo aparecen en la primera página de cada capítulo de mi poemario. De hecho: ya no vivimos juntos.

—¿Qué? ¿Y el diablito que van a tener?

—No existe ese diablito. Y quizás nunca existió.

—Pero qué decís, jodido. Si todos estamos esperando la llegada de ese niño como si fuera el verdadero Anticristo.

La editora anuncia por el micrófono el inicio del evento, y Calibán se pone de pie y se queda mirando un vaso de mezcal sobre la mesa, que luce aceitoso como un río inalterable que jamás ha sido removido de lugar. Y eso es el alcohol para él: un río ardiente pero quieto como un paraíso donde no hay necesidad de nadie. Donde se puede simplemente flotar sin moverse ni llegar a ningún lado. Donde se puede incluso cerrar los ojos y respirar sin respirar.

—Saben —termina diciéndoles a sus amigos— la muerte es mexicana. Aunque el quemeimportismo es gringo. Y el olvido, ése es solamente español.

VII

PRÁCTICAS DE CAZA DEL ANTIGUO REINO

Por Calibán

[Á]

Hay indios colgados de los árboles de fruta pan que crecen en el Área de la Madre. El Área de la Madre (u *Old– Madrid*, como algunos extranjeros le dicen, sin motivo aparente) es un lugar nublado, lleno de castillos, donde los niños escasean y hay piernas de cerdo crucificadas en todas las ventanas de sus comercios. Piernas precocidas que distraen la mirada de los Lores, cuando éstos andan *sapeando* a los indios para cazarlos.

[ÁÁ]

¿Cómo llegaron esos indios a quedar colgados de los árboles de fruta pan en la zona más profunda del Área de la Madre? ¿Y cómo se reproducen sin dejar rastros? Por ejemplo: la tira del ombligo, el cebo de las plantas de los pies, el agua sangre. ¿Y por qué se parecen tanto a los dibujos de los libros de la prehistoria del Área? ¿Y por qué no han querido salir de allí, sino a tiros de rifle? Eso es un misterio. Y lo que obligó a los Lores a mantenerse unidos y organizar cacerías de indios después del desayuno.

[ÁÁÁ]

Que no se piense tampoco que los indios son unos inocentes. Ellos apenas vieron los árboles de fruta pan curando el cerro, brillando por su longaniza, se aferraron con sus colmillos a sus troncos. «*Nos gusta vivir de este modo*», dicen que habló así el primero de los indios que mordió el Área de la Madre (su verga iba camuflada, sus ojos iban camuflados y su temblor también). «*Nos gusta mirar la realidad con los pies hacia el cielo*».

[ÁÁÁÁ]

«Los indios son unos colgados del infierno. Tan feos como el demonio», mencionó el Jefe de los Lores. Y continuó: «En muy poco tiempo terminarán destruyendo el Área de la Madre. Por la noche no los podemos cazar. Se extravían en las ramas más altas donde emiten sonidos guturales torciendo sus pescuezos contra el poniente. Pareciera que lloran en el lenguaje de las aves. Pían por una respuesta, lejos de casa».

[ÁÁÁÁÁ]

Los indios aman las cicatrices porque no pueden volver sobre el agua. Además no tienen sabor, opinaron algunos medios como la radio y la prensa, que llevaban nota de cuántos indios invadían el Área de la Madre y de cuántos indios eran cazados por supuesto deporte filosófico. «*¡No los cazamos por diversión!*», aún reza un anuncio de aquellos años pegado sobre la puerta de un cafetín demolido en Plaza de Cibeles. «*Lo hacemos para despejar nuestra hermosa Área Ancestral y para que no terminen arruinando todos los árboles*».

[ÁÁÁÁÁÁ]

A muchos extraña que, sin tormenta previa, los indios hayan caído del cielo. «¿Pero del cielo *cielo*?», dice esta frase una vieja, sentada, cubriéndose la boca con ambas manos. «¿Estáis seguros de ello? Porque del cielo solo cae chatarra cósmica». Sí, miladi. Hay una teoría, enviada por los botánicos Lores de Oxford, que sostiene que los indios aprendieron con nuestros propios recursos, hace más de 500 años, a tomarse una foto sin brincar sobre pantallas o lentes, solicitar una visa Schengen, burlar a nuestro servicio de inteligencia, y pagarse finalmente unos bonitos boletos de avión en clase de turistas.

[ÁÁÁÁÁÁÁ]

De todas las teorías, es mentira que el indio no tiene sabor. Años después de las primeras cacerías de indios, encabezadas por los Lores del Área de la Madre, en las que participaron famosos violadores grupales como Giorgio Armani y el rubito Tommy Hil (extranjeros traídos por su experticia en caso de invasiones de indios), nosotros dimos con cajas y cajas que estaban llenas de recetas sobre cómo preparar un buen indio a la parrilla, o hacer una cacerola de indio putumayo, peruano o chileno. Vimos que habían puesto a un costado de las instrucciones de cocción el tipo exacto de sazón para cada carne. Leímos sobre cómo se debe destapar un corazón y cómo abandonar las orejas cortadas para otros animales, junto al río. Parece que aunque los Lores rechazaban el contacto físico con los indios, no tenían empacho en rebanarlos y devorarlos cocidos. Guardando para sí el curioso recuerdo de alguna monstruosidad del pasado.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁ]

Se presume que después de la era espacial, pero antes de que un Lord le hundiera su zarpa a una hembra marciana, los indios ya estaban también allí, colgados de otros árboles de pan en el espacio.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁÁ]

A la derecha hay Castellanos y Quechuas (que ya no pueden hablar), que son la mitad vigilada de la evolución: una cantidad siniestra y

vulnerable que discurre por la escena sin mirarse a los ojos. Sin embargo, requerimos información. Estudiamos a los indios; pero sobre todo estudiamos la caza de indios en el Área de la Madre. Sabemos que de ello depende nuestro destino. La zona arrasada del Área fue escenario de cientos de cacerías en las que el indio casi siempre se vio cercado cuando, golpeado por el poder fulminante de la publicidad, entró a un centro comercial del que ya no salió nunca más. Al menos ya no era él cuando salió electrificado por el dolor. Había extraviado su espíritu y la disposición ordenada de todos sus músculos.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ]

Esta Área abre preguntas por donde sea. Por eso, los centros comerciales hoy están clausurados. En sus tuberías hay un olor a muerto. Y las cadenas metálicas recrujen cuando sus candados explotan hacia adentro. Los pocos niños de aquí —hijos de antiguos Lores, *Loritos* diluidos en la abstracción de la trama— saben que no deben acercarse a esos cementerios de lujo que en alguna época recibieron la distorsionada calificación de moles. Saben que allí, entre vitrinas empolvadas y escaleras mecánicas detenidas, dan vueltas las almas de todos esos indios que sus ancestros mataron.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ]

Para cazar indios —según las instrucciones EN LETRAS MAYÚSCULAS, leídas en los primeros documentos recogidos, u oídas en las cajas negras de algunos aviones siniestrados que cayeron al sur del Área de la Madre— los Lores prepararon trampas con pantallas de agua, mujeres delgadamente aterradoras, y máquinas de colores que vomitaban unas golosinas por entre sus tuercas. Hubo también un Jesús de la Cruz muy rubio, de ojos azules, paseándose por todas partes, que hacía pensar en el arrepentimiento del color de la piel más que en el arrepentimiento del maligno. La luz brillante en las planchas de aluminio —al igual que el Jesús de la Cruz— les provocaba inusitadas jaquecas y sobrecogimientos. El indio terminaba adormecido ante lo que al parecer no era otra cosa que su propio reflejo.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ]

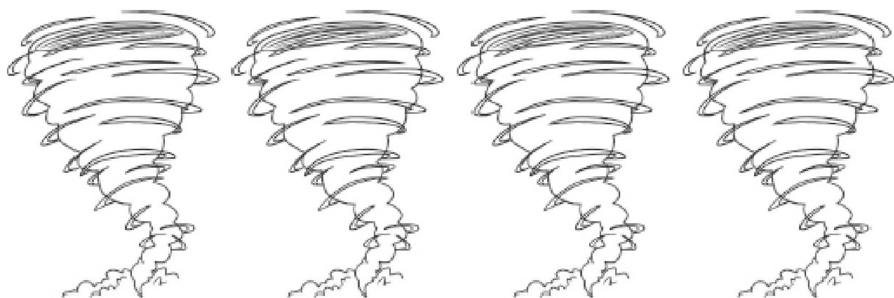
¿Pero era su reflejo?

Aún seguimos dándole caza a esta reflexión. El indio que se miraba por las tardes en las planchas de aluminio de los moles era el indio, de eso no hay duda. Sin embargo, un indio con los cabellos pintados, mascando chicle y oyendo música hipnótica, ha pasado a residir en una realidad diferente. Ese indio ha caído en un vórtice entre su mundo y el mundo de los Lores.

[ÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ]
Un poco antes de la desaparición de los indios, los Lores ya habían abandonado la cacería. Al parecer, confundidos como marmotas en un desastre ecológico, habrían comenzado a cazarse entre ellos.

ALGUNAS IMPRESIONES EN EL MUSEO DEL PRADO

1]
No hallamos en las telas de Velásquez ni en las de Goya el gesto depresivo de haber devastado una cultura desde el siglo XV. Los Lores, aparentemente, han recreado una realidad con énfasis hacia la grandeza de su Área. No entendemos tampoco el gesto de la cabeza inclinada de un nativo africano, borroso, en una tela donde hay un ojo de vaca sobre la sotana de un Obispo. O la cacería de especies más limitadas como los alces. O el linchamiento de caballos. ¿Por qué habría un hombre de golpear animales para hacerse entender? Todos saben que las bestias hablan el idioma de los huracanes.



Y todos saben que los huracanes desaparecen por los aires como las revelaciones de una casa.

2]
Pero:

¿Quién vio el color de los barcos entre dos aguas?

¿Quién señaló y gritó «muerte a la vista»?

¿Quién, sin castellano, pudo entender que aquello que se acercaba sobre las olas era, en efecto, un grupo de Lores en proceso de desaparición, quebrados y desesperados por concretar un asalto?

Alguna vez alguien nos brindó datos sobre lo que allí pasó. Sin cuya historia no podríamos estar redactando la otra mitad de este informe sobre la caza de indios. Cuando las embarcaciones entraron en aguas blancas, un mono se detuvo; y un artista, atacado por sus visiones como alacranes que se columpian de un hilo de neuronas, pudo entender lo que estaba por suceder:

Son tantas. Son unas destelladas. Son unos copos blancos sobre unos cueros negros. Son letras y más letras. Son racimos y raíces dentro de un casco. Son bríos y bríos y bosquejadas. Son barbas más y más bronca de luz moliendo la arena. Son unos hideputas de su puta madre. Son tantas mandíbulas que se incrustan en orejas y piernas. Son loros que colorean tantas cosas. Son tantas y tantas son que no son nada.

3]

Pero no hay telas pintadas con indios, ni telas que detallen otra cosa que la cacería de alces y venados que luce divertida, excitante y caricaturesca. También hay brujas volando en círculos: los ojos volteados, en blanco, vigilando el ciruelo de la verdad que está a punto de reventar dentro de sus mentes. Nos extraña que la guerra sonría con sus dientes perlados. Que guste tanto. Que el bosque apenas se distinga por el horror que esconde.

ESTUDIO SOBRE LA EXTINCIÓN DE INDIOS (CON UN AVISTAMIENTO DE JAGUAR)

1]

De acuerdo: hubo indios aquí. Y cuando llegaron fueron primeramente cazados, y, luego, abducidos (sin que aquello haya generado la audacia de algún reportaje internacional). Ahora, si es que aún viven aquí, están entre sombras. No es posible mirarlos a la luz del día. En su lugar, hay una colección de cabezas extraviadas, en los grandes vitrales del castillo de los reyes, generando un juego de luces en los espacios no narrados entre las armaduras de los caballos y las armaduras de los Lores.

2]

¿Qué es un Lord? El enigma que circula entre nosotros lo asemeja con un falso espía, o un mercenario de anteojos, que seguirá siendo inmaculado aunque sus huesos se descalcifiquen y se esfumen.

3]

Ahora que hemos concluido este informe, redactamos la siguiente advertencia para el Área de la Madre:

Ten piedad por el hombre peruano que cultiva la tierra; por la mujer ecuatoriana que recoge la mierda de los perros sobre la vereda; por el crío exótico y mexicano que recibe una mirada de odio como lluvia de anzuelos en la escuela; por los albañiles y las peluqueras venezolanas, ten piedad. Y sobre todo ahora, que hemos llegado nosotros y estamos del otro lado de tu puerta, golpeándola.

—¿Sí nos estás oyendo? Esos golpes con fuerza, esos azotes.
—*Hola…*
—Ábrenos.
—*Pero… ¿quién es?*
—Ábrenos, que ya es tiempo de que también nos conozcas.
—*Pero… ¿cómo te llamas?*
—Ábrenos, que somos El Jaguar.

VIII

La Madre se restriega los ojos en su balcón para mirar la ciudad. Mientras bebe la última cerveza de la madrugada, no puede evitar pensar en el relato de Calibán como parte de una realidad infernal que parece haberles sido concedida a ciertos artistas. A ratos piensa que él mismo sabotea su felicidad para poder acceder al sitio donde ocurrió una tragedia y escribir un buen libro. No siente pena. Siente impiedad. Siente desazón. Siente, incluso, odio. Siente que si eso le hubiese ocurrido a él, estaría destripado como algún perro atropellado en las calles impasibles de esa ciudad tan desafinada como majestuosa.

A todo cuerpo le falta una parte siempre.

A todo cuerpo le falta esa parte que hace de un cuerpo un todo.

A todo cuerpo le falta otro cuerpo siempre.

A todo cuerpo un cuerpo lo transforma.

Un cuerpo solo con su cuerpo es una parte sólidamente irreal.

Fue sobre las dos de la mañana cuando Calibán, como si se tratara de un ajuste de alucinaciones, habló con ellos del tema. Justo cuando Ulises quería hablar de los fantasmas que los tres habían visto en Veracruz; sobre la vida anterior de esa gente que penaba precisamente allí, donde alguna vez convivieron. Ulises había dado con la historia de la familia del departamento de la calle Víctimas del 25 de junio, que había sido mucho antes una villa enjuta. Se la contó la dueña de un comedor sobre la esquina de esa misma calle. Pero nadie quiso escucharla.

Ahora la Madre se interna en su habitación, enciende su laptop y comienza la redacción de la historia, enfrentado con la frustración de quien elabora un relato con los pedazos de una memoria ajena. Algo que garantiza el fracaso. Pero que deja al menos la satisfacción de que esa historia no se hunda definitivamente en el olvido.

> DIARIO DE UN NARCO O DE CÓMO SOBREVIVIR COMO ARTISTA EN UN PAÍS LLENO DE CULEROS.
>
> «Un hombre llega a las ocho de la mañana de una fiesta en la que bebió demasiado y se drogó demasiado, para no lidiar con el problema que ocurre en su departamento en la calle Mancera. Su novia, tras tres meses de embarazo en los que ha hecho de todo para cuidar el nacimiento de ese hijo, apoyada por el novio y padre de la futura criatura, después de algunas llamadas telefónicas de la madre, quien le ha explicado el

riesgo de iniciar un viaje por la vida marital, decide eludir esa tarea engorrosa de convertirse en madre. Tres meses más tarde, cuando algún riesgo implica el proceso. Sin embargo, está decidida. Ahora padece jaquecas permanentes seguidas de la impresión de estarse convirtiendo en una mujer ordinaria que parirá, amamantará y eructará obligaciones aburridas. La idea de estarse convirtiendo en algo opuesto a una gran artista la tiene abrumada. ¿Qué pasará con su fotografía? ¿Qué pasará con su talento? Lavando ropa y cambiando pañales no tendrá el tiempo para recorrer el planeta ganando becas y haciendo exposiciones en galerías. Y con lo mucho que le ha costado llegar hasta donde ha llegado. Manteniéndose como sea para perseguir su sueño. ¿Y qué puede hacer el novio? Nada. Porque él nunca pidió ser padre cuando ella decidió tenerlo. Y no le quedó más que mostrarse solidario y comprometido por haber participado en la concepción. Debió portarse literalmente como un futuro padre. A pesar de que se sintió como un auténtico traidor de sí mismo cuando aceptó esa paternidad. Entonces, cuando ella decide acabar con el feto, él intenta hacer igual. Ponerse en sus zapatos. Decirse a sí mismo que es su cuerpo y, en definitiva, es ella quien cargará con esa maternidad por el resto de su vida. Puede así liberarse del traidor que ha mantenido atormentándolo, buscando rostros dentro del video de una fiesta en un departamento en el barrio de Lavapiés. Pero entonces, la idea de que un abuso ha ocurrido, o está por ocurrir, lo paraliza. Porque ¿cómo es posible que para ninguno de los dos escenarios su opinión tenga importancia? Cuando, de hecho, cazando a vuelo la idea, ese hijo, de llegar a nacer, será también su responsabilidad. Porque él jamás se borró al principio. Pero, ahora, cuando ella se lo ha pensado mejor, y cambia el futuro de los dos (o de los tres) a su aire o capricho, motivada por una madre racista que le alienta enviándole a su email direcciones de clínicas clandestinas en DF donde abortar, ahora que se le viene esa otra vida encima y quiere ser únicamente la dueña de su vida, ahora esa decisión cae de golpe sobre la noche como una sentencia. Y él le suplica que se lo piense. Él, que quizás ni sea el padre de la criatura, llora y le pide que lo tengan. Tiene episodios maníacos en los que empieza a cortarse los antebrazos durante el almuerzo. Piensa que chantajeándola y aterrándola puede convencerla de que haga el que ahora es también su capricho: tener un hijo. Un hijo que él tampoco quería. Un hijo que, aún invisible y chupado tras esas tetas blandas y grandes y un vientre inflado, puede que ni sea suyo. La mujer no cede: mantiene su decisión.

Una decisión que le tomó exactamente un fin de semana en aceptar. La decisión de tenerlo, por otro lado, le tomó el mismo tiempo. Pero la conservó por tres meses. Aunque la decisión de acabar con el feto durará por el resto de su vida. Y ese feto junto a sus dos fetos abortados en juventud, formarán una trinidad fantasmagórica que la acompañará para siempre. Nadie sabe realmente sobre el dolor de una cavidad que se vacía. Menos, sobre el sabor de las cosas inconclusas donde anida el dolor de lo posible. Incluso, así, reapareciendo drogado y con la sombra torcida, el hombre llega hasta su piso en Mancera y, en lugar de su novia, halla un papelito sobre una bandeja de cristal, en el mueble del recibidor. Un papel donde ella ha escrito con rara precisión: «He ido a acabar con esta puta mierda de una vez. Y si te interesa acompañarme estaré en esta dirección…» Y el hombre se lleva las manos a la cabeza. Y sale corriendo de allí. Toma un taxi con el rostro desencajado. Ni siquiera le importa el final de ese feto, a pesar de que durante meses ambos le pusieron un rostro y un nombre que lo transformaba. A pesar de que sortearon finalmente su lugar de nacimiento y el color de cabello que tendría. Ahora le importa que ella se muera en cualquier clínica clandestina del DF. Y en el taxi va mirando esas calles en cámara lenta, llena de gente y formas tan ajenas que parecen rebotar por obligación natural. Por física y motricidad pura. Que explotan como si no fueran sinceras. Y cuando llega al sitio que luce por fuera como una fábrica de motores o baldosas, toca el timbre y lo hacen pasar. Va por un pasillo a oscuras, angosto y sucio, hasta llegar a una recepción diminuta, con tres sillas a un costado y una mujer con lentes detrás de un mostrador. Otras mujeres allí miran al suelo cercadas por la vergüenza. Él las mira por un segundo y piensa que ojalá hubiera él también tenido la posibilidad de elegir su propio nacimiento. De haber elegido su aborto para dejar de sufrir como lo hace en ese momento. Piensa en su padre, un bueno para nada. En el favor que habría hecho a sus vidas, a las de los tres, si se hubiera puesto los pantalones y le hubiera exigido a su madre que lo abortara. A un lado del mostrador hay otra puerta, blanca y metálica, herméticamente cerrada. Ningún sonido llega hasta donde él está, pero intuye que del otro lado de la puerta es donde el milagro de aquel vaciamiento ocurre. Debe aguardar unos quince minutos hasta que lo hacen pasar por la puerta blanca. Va cruzando por cuartos con aroma a encierro y formol. Cuartos donde el profundo silencio es más aterrador que cualquier quejido. Ingresa a la tercera habitación y allí está ella: pálida como si

hubiese perdido la vida. Desnuda bajo la bata. Doblada sobre una camilla de metal. Y completamente sedada. No sabe lo que ocurre a su alrededor. No sabe que allí está él, a su lado, tomándola de la mano y uniendo los instantes, los tiempos del pasado y del futuro, las proyecciones de una paternidad que ya no ocurrirá con los de un futuro incierto, el inútil presente como artista becado que se hace pedazos sobre el mundo, con los de un pasado solitario cuando gozaba en soledad de su autodestrucción, a la que le parece imposible volver pero a la que deberá volver para sentirse seguro, como un monstruo que elige el desprecio del resto para sentirse a salvo, para tener un rol dentro de la historia, preguntándose ahora por qué se enredó con ella cuando recién había llegado a ese país, drogado y amanecido, dueño de una existencia sin brújula. Y, con lágrimas en los ojos y encabronado, va mencionando en su mente el nombre que le puso con cariño al día siguiente de la primera noche que pasaron juntos. Ella se estremece ligeramente y vomita. Vomita un largo líquido amarillo. Él se apresura a sostenerla para que pueda eliminar lo que su organismo necesita eliminar. Media hora después la ayuda a sostenerse y salen hasta la calle para tomar un taxi. Eligen no mirarse a los ojos. En el taxi su silencio es espantoso. Su silencio tiene la fuerza suficiente para incendiarlo todo. Pero él continúa lagrimeando como un puto crío, como un cobardica, lo piensa y lo siente en el español de ella. Las calles se dilatan como polvo en el viento. Piensa en su muerte. En que México es el mejor lugar para morir. En definitiva, hay tantos fantasmas que quizás regrese. Ella sigue amortiguada, adolorida por el proceso, con la cabeza hundida, echada ligeramente hacia la ventana. Él pone su mano, sus dos manos sobre una de ella. Y sin decirse absolutamente nada, ella se acuesta sobre sus piernas y cierra otra vez los ojos. Suben juntos por el ascensor hasta el piso de ambos. Un piso que ahora se siente ajeno, lleno de un pasado que ha sido suprimido, comido por las arañas, volado por alguna falange filosófica, evaporado por un dios sin nombre con un chasquido. La acuesta sobre la cama de ambos, una que no comparten desde hace algunas semanas. Y se mueve hacia el pasillo, el ascensor y la calle, para comprarle en un restaurante chino una sopa. Por los siguientes dos días la cuidará y la alimentará en su cama de aquel modo. Imaginando que ella ha venido de la guerra, que es una sobreviviente de las circunstancias de un mundo injusto, igual que él.

Con el retorno del resto de artistas de distintas partes de México al DF,

para la culminación de la beca con la Muestra de Arte Iberoamericano, la Madre se ve en la necesidad de hacer el relato de lo que sucedió con algunos becarios que fueron cayendo como soldados heridos, de un mes a otro. Y cuando le preguntan sobre Sus Satánicas Santidades, debe contarlo tantas veces que prefiere en la última fiesta soltarlo delante de todos para que nadie más lo moleste nuevamente con el tema.

Se infla como un pavorreal en la mitad de su sala elegante y barroca, delante de toda esa gente a la que ha conocido poco y mucho. Va ofreciendo detalles hilarantes y giros dramáticos mientras bebe una cerveza Noche Buena. Cuando concluye uno de sus relatos, sacude su cabeza de cuervo y muestra las propias cicatrices. Habla un rato de sí mismo, del viaje que ha tenido como escritor por algunos países donde hizo de todo para salir adelante. Sabe muy bien que, si algo desprecian los demás artistas, es una historia de éxito que no exhiba un poco de mierda o sangre. Habla entonces de un tío desaparecido en la dictadura. Y luego de la poesía de Nicanor Parra. Prueba suerte diciendo finalmente que todo lo que hace un gran autor es mostrar el llanto de un modo interesante.

No demora Ulises en ponerse de mal humor cuando comienzan a circular las drogas en bandejas. Entonces los becarios, algunos relajados y otros ansiosos, aspiran cocaína y fuman marihuana sin detenerse. No todos, por supuesto. Algunos se quedan simplemente allí charlando, sin consumir nada más que licor, para no quedar como fresas o criticones.

Ver a todos en su sala le hace sentir a la Madre una alegría exagerada, increíblemente revitalizante. ¿Cómo puede ser posible que un grupo de artistas, llenos de conflictos y talentos, sean el centro del planeta para él? ¿Y cuál es ese planeta que ellos protegen allí, en medio de la noche, con sus cuerpos anestesiados como las estatuas? ¿Y cuál es su rol en todo esto? Se ríe y luego se ríe de su modo de reírse. Se pregunta qué es lo que está viendo todo el tiempo en que conversa con alguno de ellos y vuelan pedazos de su arte o de sus vidas como fragmentos de celulosa. Como algodón que se chamusca en las retinas. Vestidos pero desnudos. Con los brazos colgados o cruzados. Con los dedos manchados de pintura o tinta. Atraídos por una cosa en común: eternizarse aunque aquello les cueste romperse por dentro.

IX

PUERTA MERCED

Por Ulises

Y por debajo de la tierra, lo que nos une es la tierra, dice el hombre a su mujer, quien sigue incrédula y asustada por lo que él piensa hacer. Esa tarde pasean por un gran campo y descansan bajo las ramas de un cedro nogal. Tienden allí una tela, sobre las lengüitas de un césped azotado, castigado por el tiempo, improvisando así la mesa para almorzar con sus hijos.

El calor pegotea sus ropas generando una experiencia desagradable. Los dos niños hunden los dedos en la hierba y no dejan de estirarse el cuello de sus camisas. Los cuatro son el retrato de amor de un zoológico abandonado de mamíferos.

Distraída por la fulguración de la luz sobre los alimentos ordenados, la mujer no se percata del temblor en su labio inferior. El sol, piensa, es un bólido que embiste en apenas unos segundos sin necesidad de tocar la tierra. Vive estacionado como un recuerdo familiar. Acecha hasta adormecerte. Quizás más que un bólido, es una horrible bruja con la cabeza en llamas como culebras que solo cuando entra al mar halla sosiego. Y empiezan a comer como cualquier otra familia: callados y viendo pajaritos que, de aquí para allá, enredan aún más la imagen de lo que están viviendo. Tumbados bajo aquel cedro nogal en el origen de todo. Como una estampa inmóvil hundida hasta el cuello de esperanza.

Toman el camino junto a la vía de mulitas. En el fango hay huellas de carretones y caballos propiciadas por la peregrinación constante hacia Veracruz. La mujer y su hombre van en silencio; la mano de ella persigue un segundo por el aire la mano de él, quien no presta atención a ese deseo de captura: sueña con el líquido que derraman los valientes. Está pensando en la sangre, en la del futuro y del pasado. En sus combates cuando la ocupación de los yanquis y durante la Guerra de Reforma. Está pensando en que, para vivir con dignidad, la política es insuficiente.

Tampoco es que deseara morir. Hacía años había conocido a un joven soldado que coleccionaba las formas y colores de los árboles que iba descubriendo en el camino. No entendía por qué lo hacía. Arrancaba ramitas y hojas de los troncos; las limpiaba y dibujaba en una libreta

especificando detalles, el aroma, así como el lugar y la fecha donde las iba encontrando. Luego lo quemaba todo con una lupa en la brisa caliente. Cuando le preguntó por qué lo hacía, el soldado se mantenía disperso mirando las partículas de una hoja invadiendo el aire hasta desvanecerse. Que yo desaparezca tal vez no es algo injusto, le respondió. Porque alguien de la tropa le hará el relato a mi madre. O mañana mi nombre estará repujado en una tabla de mármol junto al de otros soldados. ¿Pero quién va a contar la historia de estos árboles? ¿Quién va a recordar el aroma de estos pastos renegridos cuando desaparezcan?

Entran a la ciudad amurallada, una prisión ardiente de piedra que contiene calles, fuentes, iglesias y mercados. Más de sesenta manzanas resguardadas por altos muros que protegen del invasor. En el camino encerado por la tenacidad del sol, las fachadas de las casas, alrededor de un riachuelo de agua rotosa y negra, emiten un resplandor cegador. Son pobres casas que van bordeando el vapor de un mar que, a la distancia, se torna un vacío chupado que los obliga constantemente a mirar hacia el sur donde está esa larga playa, eliminada de todo pensamiento por una muralla que los empuja a pensar precisamente en esa playa.

Mientras van pasando por los Lavaderos Públicos, ella descubre que él escoge observar a tres militares fumando enfurruñados al pie de sus caballos. Son pañuelos, sombreros y pistolas declarando una posición. Hay algo obsceno en la presencia de esos hombres tostados por el sol que se toman del mentón y soban sus bigotes. No dice nada a su mujer ni a sus hijos. La tristeza del sitio es retorcida como un arrullo demasiado prolongado.

En casa suben los escalones con prudencia. Ellos dos. Porque los niños lo hacen gritando, riéndose, molestándose mutuamente, tirándose de los cabellos; jodiendo, en definitiva, como es privilegio y labor de todo niño.

El sitio cuenta con su propia disposición geopolítica. Los niños, desde hace un año, han puesto nombre a cada habitación brindándole un poder específico dentro de un mapa raro pero consecuente con la realidad interna. Por ejemplo, los nombres los tomaron de las puertas de la muralla y de la historia de su país. Asimismo, hay un árbol dentro de cada uno de esos espacios, trazando un paisaje determinado.

Un árbol que preserva la existencia.

Un ave del paraíso al frente de la cama del cuarto de los padres, también llamado: Puerta de Mar. Un laurel al pie de la ventana del cuarto de los niños, también llamado: La Reforma. Un mangle prieto en la esquina de la cocina, también llamado: Puerta Merced. Un ficus lira en el salón principal, también llamado: Puerta Nueva. Un olivo en

el balcón de madera, junto a una silla, donde ahora fuma el hombre mirando intranquilo hacia la calle empedrada, también llamado: Puerta México.

Y durante las siguientes horas la mujer en la Puerta de Mar se peina frente a un espejo mientras carga con la sensación equivocada de que las cosas, después de tanta violencia, solo pueden mejorar. Llega la noche; va hacia la Reforma, donde obliga a los niños a dejar de jugar, a cepillarse los dientes, a tumbarse a dormir. Luego cierra los ojos oyendo toda la música que proviene de las hojas de su ave del paraíso.

Y el hombre en la Puerta México deja de fumar; se pone de pie y se dirige hacia la Puerta Merced para beber algo de agua. En sus pensamientos se enjaulan los deseos por una guerra ganada y una patria distinta. Sangre es lo que hay en sus ojos cuando se olvida de ellos. Sale y deja su rifle, allí, junto al mangle prieto, llenándose de moscas. Ahora sus ramas, en silencio, se encaraman sobre las paredes escupiendo la sombra siniestra de un caimán. Y desde la Puerta Nueva mira cómo en La Reforma ha empezado a ganar terreno una agitación.

Los niños destrozan La Reforma. Revuelven su interior y comienzan a echar hacia afuera lo que primero se les ocurre. El laurel sigue brotando. Luego, corren y se avientan de todo a las cabezas haciendo un reguero por la Puerta Merced, la Puerta Nueva, y desde la Puerta México hacia el resto de un mundo ya ennegrecido. Libres y pioneros hacen lo que les da la chingada gana. Solamente respetan la habitación del mar.

Durante la madrugada un grupo de soldados tumba la puerta. El hombre abre los ojos y toma por la espalda a su mujer, quien apenas está saliendo del sueño en el que se encuentra: viajan los cuatro en barco por un océano celeste mirando a los delfines realizando círculos de espuma para tragar dorados peces voladores.

Van dejando espirales como señales de un lenguaje de caza sobre el agua.

No alcanza a ponerse de pie cuando los soldados bordean la cama. Apuntan e insultan. Uno lo tironea de los cabellos obligándolo a sacudirse. Otro, le asesta un puntapié, le grita «traidor, miserable» y da la disposición de hacerlo prisionero. Uno más mira a su mujer aterrada y sonríe perversamente. Y, a su salida, dos más destrozan con sus botas el ave del paraíso.

La mujer apenas alcanza a cubrirse y gritar cuando su hombre es arrancado de su lado, fundiéndose absolutamente con la oscuridad de su hogar esa madrugada. Y cuando pregunta sobre lo que ha hecho, nadie responde. Y cuándo pregunta sobre las órdenes de quién siguen, nadie responde. Y cuando pregunta adónde lo llevan, nadie responde.

El miedo se convierte en una deuda contraída que ha de encontrar su modo de regresar convertida en otra cosa. En algo nuevo. Y, cuando eso suceda, cuando el miedo se torne un compromiso, será la violencia quien emerja como una especie de salida para recuperar cierta intimidad.

No hay mucho más que imaginar: la mujer ha empezado a mirarse las palmas de las manos volviéndose loca.

Camino hacia el cuartel del batallón número 23 el hombre, envalentonado, exige hablar con algún superior. Quiere ponerse de acuerdo con algún militar que, como todo militar, sigue las reglas de alguien más y por ello carece de espíritu propio. Ésa es ya una ventaja.

Se sorprende al descubrir que tal militar es, al mismo tiempo, un allegado del presidente de la república con un cargo político. Un sujeto que luchó durante la Segunda intervención francesa en México. Un raro servidor que cuida del poder, aunque en teoría quiere brindar servicios a su gente. Un truhan que ejecuta hechos basándose en paranoias. O un ligero que hace de sus paranoias el panorama.

No hay modo de explicarle a un tipo así, que busca aprobación y paternidad para escribir su historia. Se cierra. Y cuando traen a rastras a otros diez apresados, entre los que hay desde militares hasta médicos, se cierra aún más. No le interesa que le pidan, al menos, redactar cartas de despedida a sus esposas e hijos; ni que le cuenten sobre aquella ocasión en que le perdonaron la vida, cuando se lo tomó prisionero; ni que alguno se plante allí con los brazos cruzados a llorarle por el abismo que se cierne sobre su cabeza.

Empieza a ejecutarlos. Uno por uno. Nada parece excesivo. La luz de la luna entera fotografía ese remolino de sangre y vísceras que ha empezado a plantarse en el patio de aquel cuartel.

Y cuando es el turno del hombre, mira a su asesino con la mirada extraña de un hombre que sabe que va a volver. Y que comprende que su retorno solo puede darse en el futuro. Cierra entonces los ojos y viaja hacia una tarde paseando por un gran campo y descansando bajo las ramas de un cedro nogal. Tendiendo allí una tela, sobre las lengüitas de un césped azotado, castigado por el tiempo, improvisando así la mesa para almorzar con su mujer y sus hijos.

Por suerte nadie ve el carretón colmado de cadáveres siendo llevado hacia los extramuros de la ciudad, seguido por un cortejo de perros que sacian su hambre con las vísceras y pellejos desprendiéndose con el zangoloteo.

Si existe un rastro de sangre, aquel será lamido por los mismos perros que salen hasta por detrás de las paredes sin pegar un ojo.

Cuando uno de los soldados comienza a cavar una fosa común, no está muy seguro de haber escogido el lugar más alejado.

Al rato le falta el aliento y se limpia los brazos.

—Qué tipo tan bravo éste cabrón —le dice otro soldado—. Así uno hasta dispara con más limpieza.

A la mañana, por las casas ha corrido el rumor de las ejecuciones. La mujer deja el hogar invadida por la sensación de que aún puede encontrar a su hombre con vida, quizás pedir clemencia y llevárselo a casa. Las calles de la ciudad se vuelven otro muro dilatado mientras avanza atribulada con un olor a muerte en su cabeza.

Sigue el camino del riachuelo negro. Su vestido va enfangándose, despoblándola de cierto recato que necesita. Que alguien estire esto, se dice a sí misma, mientras el temblor de su labio inferior vuelve con capricho. Que alguien detenga la madrugada y la mañana y la tarde de ayer.

Los recuerdos que la atacan son confusos.

Lo único que entiende es que en cada uno de ellos su hombre tiene los ojos fijos en ella. Y entra y sale de las habitaciones llenas de árboles como un animal adaptado a su terreno vital.

Ha olvidado despertar a sus hijos o dejarlos bajo el cuidado de alguien. Únicamente avanza esperando que deje de temblarle el labio y le brote la voz cuando lo necesite.

El sol entra en La Reforma alzando a la altura de los ojos de los niños un espejo. El haz de luz surca rápidamente y, luego, se sostiene haciendo sobre la pared el dibujo de una joya milenaria.

Ambos son unos bandidos que han dejado en suspenso un duelo anterior.

Se miran, se ríen, y brincan de sus camas para empezar a atacarse con lo que encuentren al paso: zapatos, almohadillas y hasta hojas de ese laurel que empiezan a deshojar acomodándose al campo de guerra.

El menor, algo más intrépido, escapa de la prisión de los brazos del mayor; y cruza a toda velocidad por la Puerta Nueva hasta refugiarse en la Puerta Merced donde se queda del otro lado, impidiéndole el paso.

Agarra la escopeta del padre para trabar la puerta.

Y cuando el niño mayor llega hasta la Puerta Merced comienza a golpearla con fuerza con el zapato de la madre, con el que piensa castigar al más pequeño, quien ahora usa la escopeta para golpear del otro lado de la puerta, y hacerse el bravo y demostrar que está dispuesto a seguir batallando.

Entonces el arma se dispara haciendo trizas la puerta.

En el cuartel del batallón número 23 comienza a llegar la gente. Apenas hay dos soldados en la entrada que no necesitan mirar mucho a la mujer para entender que quien llega allí, enfangada, con los cabellos enredados, los parpados hinchados y los ojos desorbitados, es la esposa de un muerto.

Están muertos, todos ellos están muertos, grita una anciana abrazada por otras dos mujeres sobre la calzada. Los acribillaron. Los mataron como a perros. Ni a los perros los matan así. Asesinaron a mi hijo. Asesinos.

La calle del cuartel estalla en un delirio que termina por convertirse en una ola expansiva de calor extendiéndose por más calles y plazas, entrando en los zaguanes, en las casas y las cafeterías, hasta desbordarse por las puertas de las murallas y llegar al mar, y del mar a los barcos y de los barcos de nuevo al aire que es donde reinan siempre los gritos de los muertos.

Vuelve de inmediato para encontrarse con otra tragedia. Por el aire hay virutas y un llanto mezclado con angustia como quien ha trenzado cristales con alambres. Se trata de un accidente inexplicable que justifica ahora una dinámica cruel que comenzó en la madrugada.

La madera del hogar, del buen terreno habitado, está humedecida por la sangre del hijo. Y también por la del padre. Ve pasar frente a sus ojos el mundo que había ayudado a crear y donde había soñado perdurar.

Se pone en cuclillas y toma la cabeza del hijo vivo y la aplasta contra su pecho con tanta fuerza, que apenas puede sorprenderse cuando hace un sonido ahogado como el de una rama quebrada. Es una asfixia ejecutada con delirio en la Puerta Merced. Los ojos del hijo menor dan una última vuelta hacia el techo antes de cerrarse por completo.

La mujer carga ambos cuerpos hasta su habitación en un gesto circunstancial que hace la realidad de las cosas, rechazándolas serenamente. Allí decide acostarse con ellos debajo de lo que ha quedado de su ave del paraíso. Sus hojas no son plumas, pero definitivamente esquilman el viento almacenado en esa casa donde el presente parece una tripería intolerable. Su vestido enfangado flotará unos minutos más tarde por el aire sobre los cuerpos inmóviles de los dos niños.

Derramando más sangre ante la Puerta de Mar como otra forma de permanecer dentro de México para siempre.

X

La intuición le dice a la Madre que nada bueno puede venir de esos golpes que oye en la puerta de su departamento, a esa hora de la mañana, cuando desencajado va por un último sorbo de cerveza, antes de echarse a dormir.

Al abrir la puerta aparece ante él Roberto García. Tiene la expresión de estar asustado y, al mismo tiempo, de estar atravesando por una profunda decepción.

Apenas le da la mano, ingresa y se desplaza lentamente por toda la sala.

—Nos notificaron sobre esto pero no quise creer hasta verlo. Pero ¿cómo pudiste cagarla así, güey? ¡Qué pedo, cabrón! ¡Y después de todo lo que hicimos por ustedes! Donde se entera alguien es el final para todos, güey —dice turbado el hombrecito, moviendo sus dedos sobre escudillas y bandejas llenas de polvo y cigarrillos enrollados de marihuana.

—¿Te notificaron sobre qué, hueón? ¿Y tú qué haces aquí? —pregunta ocultando el susto mientras intenta recoger botellas y bandejas regadas por todas partes—. Ahora estoy agotado y estaba por echarme a dormir antes de que casi tiraras mi puerta. Si quieres un consejo: déjame ahora en paz que no tengo deseos de pelearme con nadie, hueón. Ando enfermo, Roberto.

—Ramiro, una cosa es ayudar; y otra cosa es pasarse de lanza. Mañana mismo te regresas para tu país. Y llévate contigo tus consejos pendejos.

El tipo no bromeaba en lo absoluto.

Al día siguiente ya estaba la Madre siendo abandonado en la entrada del aeropuerto con un boleto de regreso a Santiago de Chile.

Se siente indignado porque comprende que todo lo que le acaba de ocurrir es el producto de una operación rápida y calculada. De una traición.

Y a menos de quince días de que finalice la beca.

Se dirige al baño del aeropuerto antes de chequearse, donde ingresa con torpeza a uno de los privados y pone el seguro. Se rebusca en los bolsillos de su chaqueta de pana amarilla, de los que extrae cuatro gramos de cocaína y uno y medio de marihuana. Abre una de las fundas con los dientes. Y luego coloca algo de polvo sobre la V que se forma entre el dedo pulgar y el índice de su puño izquierdo.

Aspira por cuatro ocasiones y sacude su cabeza hacia atrás para

que el polvo baje con rapidez hasta la tráquea. Zarandea su cabello negro. Su perfil de cuervo agarrotado. Y tira el resto de la droga dentro del inodoro. Se enfada por lo que está haciendo, aunque comprende que ése es el único modo de despedirse. Se irá de México para siempre por culpa de algún becario que fue capaz de traicionarlo, se dice a sí mismo. Por un huevón rastrero que fue capaz de traicionar a la Madre de los artistas. A la Madre que estuvo dispuesto a diluir sus tormentos y abrazarlos.

Sospecha de Ulises. Sospecha de Calibán. Sospecha del Fraile. Sospecha de Clón de pichón. Sospecha de María la Escamada. Sospecha de absolutamente todos. La cocaína perpetra una descarga eficaz para su paranoia.

Piensa por un segundo en la Jefa y sus hijos; en lo que ocurrirá cuando él no aparezca con el dinero ese domingo. Los imagina rompiendo la puerta del piso de Anaxágoras 305 y golpeando a quien sea que esté allí en las próximas semanas.

Tira de la cadena del inodoro y sale.

Vuelve a tragar amargo al recordar la respuesta de Roberto García, cuando él le explicó que no podía irse de México porque ya había hablado con Olga Ciprián, la que le había prometido el puesto de nuevo director de un taller que empezaría en el mes de febrero. «Esa plaza ya fue ocupada por otro escritor —le contó el funcionario—. Se le entregó a un becario que vino bien recomendado». Y se sacudió la chaqueta y le cerró la puerta de su propio departamento en las narices.

Pero ¿quién se quedó con su plaza? ¿Y por qué, mientras camina cansado por el aeropuerto, experimenta la sensación de que alguien más lo empuja, de que otras manos sobre su espalda hacen el trabajo de empujarlo fuera de México?

La sala a la que llega está vacía. Son apenas las cinco y media de la mañana. Su vuelo no será directo: hará dos escalas. Y ante la frialdad del sitio, la vida en tonos azules con empleados de limpieza desperezándose y locales aún cerrados, toma la decisión, apoyado en la cocaína que va produciendo bombeos eléctricos en su cerebro, de ponerse a escribir en su laptop.

Cuando la abre encuentra un mensaje de Ulises en su correo electrónico.

No le sorprende. Le habla sobre lo mal que le ha sentado su separación de la beca. Y que no dude de él, porque él jamás haría algo así. Jamás delataría a ningún compañero. Sus amenazas eran solo eso: pura frustración. Le recuerda de golpe que ambos provienen de países donde las denuncias terminaban con muerte, con historias violentas, y donde aún nadie se pone de acuerdo en la diferencia entre vivir y resistir. Afirma que si estuvo presionándolo fue porque lo había

empezado a ver perdido, enganchado con la cocaína. Y que, al parecer, su actividad comercial no es el único problema que ahora tiene. Calibán cayó con sobredosis, tres noches atrás, y está en coma en una clínica de la que el FONCA no quiere dar datos a ninguno de los becarios.

No le cuesta nada reconocer su documento de Word donde ha escrito esas caprichosas percepciones sobre todos los hijos de una Iberoamérica fragmentada, que produce un arte, asimismo, despedazado. Todos esos niños que, tarde o temprano, arriban a la noción de que adoptar el arte como forma de vida es hacerle la guerra tanto al presidente como a un gato.

Piensa: «para hacernos creer que conservamos la cabeza el infierno hace una obra».

Y pasa a escribir lo siguiente:

DIARIO DE UN NARCO O DE CÓMO SOBREVIVIR COMO ARTISTA EN UN PAÍS LLENO DE CULEROS.

«Lollipop vino a buscarme la noche anterior a la presentación del libro de Calibán. Quería comprar tres gramos para hacerse una fiesta con un artista mexicano que había conocido. No habló de nada que no quisiera. Fui cariñoso y ella, digamos, un poco también. Me contó que se había separado de Calibán y que ahora se estaba quedando en el piso de una española, amiga de su hermana, que llevaba tres años viviendo en DF. No pregunté nada más porque me bastó mirar su barriga para entender que lo del embarazo había acabado. Joder, Madre, joder que ese tío se puso intenso con tener un crío. Y yo no he venido hasta México para arruinar mi arte, ¿sabes? Debo currar una exposición entera para mi marchante en España. ¿Y cómo coños ése se piensa qué podré hacerlo preñada o recién parida? ¿Acaso él está sacrificando su literatura por ser padre? Además, Madre, a mí la ilusión de ser madre ya se me pasó. Después de su silencio, no dije nada. Respeté el modo en que se aliviaba que es el idéntico modo en el que todos nos aliviamos: mostrando solo una parte del retrato. Luego me enteré de que además de haberse largado del piso de Mancera, había exigido algunas cosas al FONCA para poder llevar a cabo la muestra final de su trabajo. Primero, exigió un teatro aparte. Dijo que ella no podía hacer su exhibición junto al resto de artistas, dentro de aquel espacio reducido y asignado para todos. Cuando los funcionarios preguntaron por qué, la mujer respondió que porque su propuesta era un arte en movimiento o un happening o una de esas mierdas. Ellos, aceptaron. Error

número 1. Se accedió a darle el Teatro Salvador Novo que está en las instalaciones del CENART. Y debió quedar todo allí. Pero la fotógrafa volvió a llamar para decirles que, además del teatro, necesitaba exponer diez gigantografías, de al menos cuatro metros de alto por dos de ancho, donde aparecieran muchos penes con diferentes enfermedades de transmisión sexual. Imágenes que serían colgadas en el escenario alrededor de una cama donde ella estaría acostada, mostrando el culo, y portando nada más que una máscara negra de látex Bondage Boca de Pez. Los funcionarios no se mosquearon y aceptaron lo solicitado, todo en aras de una libertad artística que ella les recordaba furiosa en cada llamada que realizaba. Error número 2. Después de unos días, vuelve a telefonear para decir esta vez que se había dado cuenta de que, además del teatro, la cama y las fotos de muchos penes enfermos, iba a necesitar que una mujer mayor, la bedel del piso de una amiga (a quien, por supuesto, habría que pagarle), subiera con su ropa de oficio al escenario y protagonizara un apasionado beso con ella. Llegado este punto, los funcionarios se miraron y se sentaron a discutir por una semana sobre lo que estaba ocurriendo con la fotógrafa española. Revisaron con detenimiento su propuesta inicial y, aunque no entendieron los cambios, descubrieron en su tipo de arte un enfoque que volvía a justificar su petición. Aceptaron. Error número 3. La última llamada que hizo fue para solicitarles que, además del teatro, la cama donde ella aparecería con una máscara negra de látex Bondage Boca de Pez, las fotos enormes de penes radioactivos y la entrada de una bedel al escenario para besarla, requería de un coro de al menos quince niños de una escuela de México que fuera subiendo paulatinamente y se apostara alrededor de la cama a cantarle la canción tradicional *Las mañanitas*. Y hasta allí llegó todo. El FONCA le retiró la beca y la fotógrafa empezó a merodear por sitios públicos donde protagonizó algunos escándalos. Terminó gastándose el dinero que había recibido por adelantado para su muestra final. Algunas personas dijeron haberla visto durmiendo al pie de su embajada. Acampó allí hasta que el Embajador Extraordinario y Plenipotenciario del Reino de España en los Estados Unidos Mexicanos la recibió y la envió en un vuelo directamente a Madrid. Nunca me pagó por los gramos.»

Pero no se trató nunca de esto, se dice.

Nunca se trató de terminar la beca.

Y, sacudido por esa revelación, siente que ve con claridad por

primera vez, como quien se asoma a un álbum familiar en busca de respuestas, a los cuarenta artistas que llegaron. Sus ojos iluminados en la terraza el día de la rueda de prensa. El aspecto tentador de sus sonrisas. Y comprende que no habrá conclusión posible para este viaje. Porque una conclusión es igual a decir que algo se acabó. Y acá no ha terminado nada ni se terminará nada, así los becarios salgan adelante con la Muestra de Arte Iberoamericano. Ahora sabe que su viaje, al igual que el de sus amigos, jamás acabará por el simple motivo de que nunca empezó realmente en México, sino mucho antes. Comenzó cuando cada uno, dentro de su microcosmos abandonado, perseguía su propia luz para existir y luchaba por mantenerla encendida. Midiendo su valor en publicaciones, entrevistas, premios y becas. Sintiéndose como falsas celebridades en una realidad castigadora de celebridades superficiales. Dándose de tumbos para consolidar un nombre en el medio. Persiguiendo el prestigio y una carrera a la carrera. Piensa en Iberoamérica, en ese concepto con el que funciona la beca, resumido en tres españoles, un portugués y treinta y seis gentes de Perú, Colombia, Chile, Ecuador, Cuba, Argentina, El Salvador, Nicaragua, Brasil, Costa Rica, Paraguay, Venezuela, Bolivia, Honduras y México. Se cuestiona a sí mismo si más que una condición lingüística atávica, aquello no se trata únicamente de la reunión de las excolonias con sus colonizadores para terminar aliviando cierta tensión existente a pesar de los siglos. «En definitiva, quizás todo lo que somos y seremos siempre sea latinoamericanos, unos huevones desesperados y muertos de hambre», dice recordando de pronto un diálogo entre Ricardo Piglia y Roberto Bolaño, donde el primero le pregunta al segundo: «Entonces, ¿seguimos siendo latinoamericanos? ¿Cómo ves ese asunto?» Y el segundo le responde: «Sí, para nuestra desgracia, creo que seguimos siendo latinoamericanos. Es probable, y esto lo digo con tristeza, que el asumirse como latinoamericanos obedezca a las mismas leyes que en la época de las guerras de independencia. Por un lado es una opción claramente política y por el otro, una opción claramente económica.»

Por eso, desde el primer día en México, la mayoría de ellos solamente podía ganar. Porque todos eran unos fugados de su miseria y autocontrol. Porque la mayoría había llegado de un lugar donde lo usual era perder, resistir y contenerse. Y aunque nadie haya encontrado jamás escapatorias totalmente satisfactorias en el arte.

Cierra los ojos, y antes de que unas lágrimas de rabia se enreden con la visión brillante de la pantalla que tiene enfrente, mira una fotografía con una leyenda en blanco y negro de Nicaragua, que Calibán, seguramente trasnochado, le envió en un email cuando aún estaba en Oaxaca:



Nicaragua, fotografía de Koen Wessing

El cielo se ha abierto.
Pero la sensación de remordimiento ya no es auténtica.
Chingada Madre: Alguien ha puesto en venta nuestro infierno.

EPÍLOGO

ROCK THE CASBAH

Fundamentally can’t take it.

JOE STRUMMER

El Centro Nacional de las Artes de México (CENART), creado en 1994, es un gran complejo arquitectónico de más de doce hectáreas que contiene espacios para las diversas expresiones artísticas, ideados a su vez por distintos arquitectos. Alberga teatros, salones multimedia, cafeterías, espacios para talleres, auditorios y salas de exposiciones. Por fuera, su apariencia es la de un enorme rectángulo anaranjado. Ni frívolo ni cómico. Un monumento que se interpreta como un mensaje masivo. Y una vez dentro, lo que puede apreciarse son pasillos anchos y oscuros, alrededor, llenos de escalones y tramos donde la luz penetra por claraboyas rectangulares regadas sobre unos altos muros de piedra. Es un laberinto donde cualquiera puede perderse con facilidad moviéndose de un salón a otro por los pasillos, pero también a través de patios con esculturas al pie de trechos de piedra gris, llenos de agua.

Los becarios están dentro de una galería ubicados en las primeras filas. Aguardan allí sentados por la proyección de una película para la que han sido citados. Cuando la cinta comienza a rodar, un rumor va cobrando fuerza entre los presentes. La cinta proyecta las imágenes, tomadas cuatro meses antes, de cada uno de ellos saliendo de un clóset. Se trata de una pieza ensamblada artísticamente que nadie imaginaba que existía, y que corre con música electrónica de fondo. Porque cuando aceptaron entrar y salir de un clóset, frente a una cámara que parecía un rayo paralizador, creyeron que solo formaban parte de un juego, de un performance.

Todos respiran al unísono mirando esa versión de sí mismos que brotó por la necesidad de expresar su identidad dentro de un clóset. Cuando recién habían arribado a ese país y aún desconocían qué iría a ocurrirles. Cuando tenían días en México y el deseo por verlo todo.

Uno a uno, desfilan haciendo gestos extraños, mostrando partes del cuerpo, frunciendo cejas y ojos debajo de sombreros y paraguas. Con los puños en alto o reventando en un chorro de llanto y carcajadas. Alucinando desde una dimensión interna que pulsó por emerger pero que, ahora, una vez que la película concluye y el silencio se hace entre ellos, también desaparece.

Y es así como una vez que alguien enciende la luz de la sala, mientras continúa la mayoría en total silencio, sienten todos que aquella proyección es el aterrizaje necesario para volver a respirar sin temores, es el final de un montaje, con acceso a ciertas verdades, pero parte de un mismo arte que, como todo buen arte, solo puede ser falsificación de lo real. Quizás puedan volver a intentar ser quienes decían que eran antes de entrar al clóset.

Entonces, pestañeando y comenzando a moverse, poco a poco, van

recuperando sus nombres verdaderos.

Allí está Lía Rangel arreglándose una blanca diadema sobre la cabeza. Y más allá está José Carlos López riéndose con sus enormes dientes de sabueso inglés. Y al otro lado de la sala está María Justa Benítez junto a Ulises, quien se acomoda los lentes sin molduras sobre el puente de la nariz, y aplaude con fuerzas. Está feliz no solo por haber cumplido con el propósito de la beca, sino porque además ha conseguido que el FONCA patrocine la edición del primer tomo de sus cuentos completos.

Cuando aparece Xavier Castell, artífice del proyecto, algunos se levantan de sus sillas mientras aplauden. Seguramente él no contaba con que todos aceptaran entrar en el clóset, sin saber que aquello había sido siempre el proyecto que había ideado: obligar a un grupo de artistas a exhibir su identidad sumergida (¿o su identidad por venir?). Pablo Urrutia corre hacia él y le pasa la mano con cariño por el cabello crespo: lo hace como si Castell fuese un niño pequeño que acaba de revelar una travesura que, aunque será un material útil de tiempo congelado, ninguno de ellos querrá mirar otra vez.

Y eso es lo que más les aturde.

Byron Galindo tarda un rato en ponerse frente a todos para darles un mensaje:

—Por arte de magia, o de la literatura, desde este momento podremos escuchar a Leonardo Rojas, futuro director de talleres en México, por todos los pasillos y patios del CENART. No se pierdan su emotivo *patchwork* sobre su travesía mexicana.

Cuando salen, aún aturullados, empiezan a escuchar una voz sin acento identificable, dentro de la borrasca de esos castellanos rizados que hablan en sus países (rizar el idioma español fue un modo de aceptarlo; para amarlo había que hacerlo rodar por el santo fango latinoamericano), que se propaga por los altavoces del centro cultural.

Y así se oye:

Me gustan los tianguis llenos de puestos de orfebrerías y objetos artesanales que están prácticamente desaparecidos de nuestras vidas ordinarias. Siento que puedo difuminarme en una miríada de oficios.

Me gustan ciertas esquinas del DF donde la gente deposita sus muebles ahuecados, sus lámparas oxidadas, sus mesas de noche y sus armarios apolillados, sus cunas con olor a naftalina y muerte, así como sus juguetes rotos junto a pilas de ropa vieja. Parecen instalaciones imaginadas por una familia que ha dejado el país de improvisto. O que ha

decidido renunciar a la vida en la tierra.

Me gustan los embotellamientos terribles porque la gente empieza a vivir a otra velocidad. Se pone contemplativa sin razón y logra situarse fuera del alcance, a pesar de la cercanía de los cuerpos.

Me gusta la lucha contra la muerte que ocurre en el juicio de un país que ha hecho de la muerte una mano enfundada saludando a la población, sin esperar una reacción especifica.

Que se inclina ante guerrilleros, militares y sicarios.

Me gusta la lucha libre mexicana porque es un antidepresivo efectivo.

Me gusta la única calle Bolívar acribillada de cantinas donde te dan de beber y comer organizadamente como a un loco disciplinado. Donde puedes quedarte a vivir si te da la regalada gana. Donde solo debes aprender a suministrar adecuadamente tu hígado.

Me gusta el mezcal barato acompañado de bolsas de chapuletes cubiertos con polvo anaranjado. Cuando era joven podía llevar estos asuntos hasta estar a punto de desplomarme.

Me gusta…

De pronto una fuerte explosión se oye por fuera del Centro de Artes, confundiendo la narración que había ido capturando el interés de todos los visitantes.

Los becarios ven bolas de humo apareciendo por primera vez en el cielo.

Corren hacia la puerta principal y se quedan contemplando el espectáculo.

Enmudecidos, algunos optan por tomarse de las manos.

Un Volkswagen con un curioso tapizado interior de arcoíris, con mariposas y flores pintadas sobre su carrocería de color blanco hueso, está incendiándose en medio de la calle.

Está chisporroteando y echando humo al pie de la entrada.

Mientras, un perro negro y lanudo salta por detrás del auto

buscando el horizonte.



© Daniel Mordzinski

Ernesto Carriøn

Poeta, novelista y guionista nacido en Guayaquil, 1977. Máster en Guiones de Cine, Tv y Dramaturgia por la Universidad Autónoma de Madrid. Impartió talleres literarios en la Universidad de las Artes y mantiene la columna de crítica Escritor Lector en Plan V. Ha merecido, entre otros, el Premio Miguel Donoso Pareja de Novela (2019); Premio Lipp de novela (2017); Premio Casa de las Américas de Novela (2017); Premio de Literatura Miguel Riofrío de Novela (2016); Premio Único Bienal de Literatura de Poesía Universidad Católica Santiago de Guayaquil (2015); Premio Pichincha de Poesía (2015); Premio de Poesía Jorge Carrera Andrade (2013); Becario del Programa para Creadores de Iberoamérica y Haití en México (Fonca-AECID) (2009); Premio de Poesía Jorge Carrera Andrade (2008); Premio Latinoamericano Ciudad de Medellín del Festival Internacional de Poesía de Medellín (2007); Premio de Poesía César Dávila Andrade (2002). Algunos títulos de sus obras son: *Cementerio en la luna*, *Un hombre futuro*, *Ciudad Pretexto*, *Incendiamos las yeguas en la madrugada*, *El vuelo de la tortuga*, *Cursos de francés* y *La carnada*. En poesía escribió el tratado lírico titulado «Ø», que reúne 1.500 páginas de poesía en tres tomos: «La muerte de Caín», «Los duelos de una cabeza sin mundo» y «18 Scorpii».
@elhieloescrito

Foto de la cubierta: © Valerii Maksimov / Alamy Stock Photo
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Otros títulos de la colección

La carnada
Ernesto Carriøn

Tratado de simiología
Hugo Chaparro Valderrama

Viejos pactos
Álvaro Robledo

Lo que no fue dicho
José Zuleta

Ventana o pasillo
Consuelo Triviño

Plaga
Juliana Javierre

Si me ves por el camino
Jaime Manrique Ardila

La ciudad sin cielo
Nicolás Martínez Bossio

Trilogía de amor y muerte
Javier Correa

Ernesto Carrion

Ulises y los juguetes rotos

"¿Cómo se convierte un autor en alguien famoso de la noche a la mañana?" pregunta Ulises a sus compañeros de residencia literaria en México que son los personajes de esta novela coral protagonizada por un grupo que busca lo mismo: hacerse un espacio en el mundillo literario hispanoamericano, con sus veleidades, vanidades y sufrimientos por doquier.

Blancanieves, una chica bulímica que acabará como paciente de Jodorowsky; El Tramoyista, un hombre sin memoria que corre con una cabeza parlante de Borges debajo del brazo; Calibán y Lollipop (él ecuatoriano, ella española); La Madre, quien lleva el "Diario de un narco o de cómo sobrevivir como artista en un país lleno de culeros"; La Escamada y su fantasía de haber despertado del coma a Gustavo Cerati son las partes de una novela que se inscribe en la tradición del gran Roberto Bolaño.

Esta novela está dedicada a Ulises Juárez, escritor nicaragüense que en 2017 fue hallado muerto en su casa, aparentemente por problemas cardíacos, a pesar de que solo tenía 33 años.



Seix Barral Biblioteca Breve

Seix Barral

Harold Kremer

El cartógrafo del infierno



El cartógrafo del infierno

Kremer, Harold

9786280000268

152 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A Pedrito Ospina le cambia por completo la vida entre sus diez y sus quince años. Su padre va a la cárcel y al salir sufre un atentado que lo deja malherido. Su madre pasa más tiempo del prudente con el guardaespaldas principal del papá. Su hermana tiene un pretendiente prohibido y todo parece indicar que ha quedado en embarazo. Su abuela muestra un rostro distinto al que ha mostrado hasta ese

momento... En esos años, Pedro tiene tres encuentros que terminarán por definir su vida de ahí en adelante: el primero de ellos, con su vocación de cartógrafo del pasado, es decir, de escritor; el segundo de ellos, con Ruth, la bibliotecaria del pueblo, que lo acompaña en el despertar de su sexualidad y de su vocación, y el tercer encuentro, pero no por ello el menos importante, con la verdadera naturaleza de su padre. En esta novela de Harold Kremer, que ocurre en Buga, en plena época de la Violencia, los pájaros, la policía conservadora, van por las veredas asesinando familias enteras de campesinos para después, en las notarías y juzgados cómplices, trasladar la propiedad de sus tierras a despojadores más grandes y a líderes del Partido Conservador. Uno de ellos es Pedro Ospina, el papá de Pedrito, el narrador de esta novela.

Cómpralo y empieza a leer

Seix Barral Biblioteca Breve

Ricardo Vargas Posada

La batalla de Bagdad



La batalla de Bagdad

Vargas Posada, Ricarda

9789584237781

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bagdad, urbe espléndida que vivió ebria con la idea de la inmortalidad, está a punto de sucumbir bajo la poderosa amenaza del imperio mongol. Hülegü –soberano ilustrado y hermano del Gran Kan– se enfrenta a una enorme disyuntiva: destruir la totalidad del legado de las dinastías ismaelí y abasí, o exonerar del fuego sus vastas bibliotecas, quizá las más completas del mundo en aquella época. Mientras tanto, un espía del ejército mongol es seducido por una

misteriosa mujer que, noche tras noche, siguiendo la senda marcada por Sherezada, le cuenta la historia de esa ciudad magnífica. Una ciudad blanca a orillas de un río taciturno que abrevaba en riberas verdes de cultivos. Ciudad de altas palmeras y estrechos callejones, de espléndidos palacios, de mujeres de mirra y príncipes belicosos, de jardines y mercados, morada de magníficas mezquitas, ciudad de leyenda que ahora no es más que polvo.

Cómpralo y empieza a leer



Parece que Dios hubiera muerto

Ospina, Diana
9789584292568
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una mañana, cuando las vacaciones escolares recién inician, la narradora de esta novela recibe una terrible noticia: su mamá está muerta. Ahora que han pasado más años de su vida sin su madre que con ella, decide regresar a ese lugar fangoso que es la adolescencia para reconstruir no solo ese momento que rompió su vida en dos sino el tiempo que lo precedió y las maneras en que el silencio se había

apoderado de todo. El funeral, las diligencias con certificado de defunción en mano, un padre que regresa de lejos para embarcarla en una aventura inesperada serán algunos de los hilos que tejerán el duelo de una joven de catorce años. Ella irá descubriendo las grietas del pasado, aquellos pesos que su familia y su madre cargaban, mientras va encontrando las palabras y la fuerza necesaria para nombrar esa inexplicable muerte. Con gran destreza narrativa, Diana Ospina Obando reconstruye la mirada de la adolescente para hablarnos de heridas profundas, de soledades y silencios, de corrientes que nos arrastran a lugares oscuros sin que podamos evitarlo y del camino que toca recorrer para seguir viviendo. Una novela que conmueve y que en cada página muestra hondura y belleza.

Cómpralo y empieza a leer



Trílogia: tres esquinas de Fernando Molano

Molano Vargas, Fernando
9789584289056
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una trílogia espectacular de un autor tan magnifico como sus escritos.
Un pack que reune lo mejor de Fernando Molano: Un beso de Dick, Todas mis cosas en tus bolsillos y Vista desde una acera.

Cómpralo y empieza a leer